



MAGGIE  
STIEFVATER

LAS  
CARRERAS  
DE  
ESCORPIO

Ocurren al comienzo de cada mes de noviembre: Las carreras de Escorpio. Los jinetes intentan mantener las riendas de su caballo en el agua el tiempo suficiente para llegar a la línea de meta. Algunos jinetes viven. Otros mueren. A los diecinueve años, Sean Kendrick es el primer campeón en regresar. ...él es un joven de pocas palabras, y si tiene algún temor, los mantiene enterrados, donde nadie más puede verlos. Puck Connolly es diferente. Ella nunca tuvo la intención de participar en Las carreras de Escorpio. Pero el destino no le ha dado muchas oportunidades. Así que entra en la competencia, y es la primera chica en hacerlo. Ella no está en absoluto preparada para lo que va a suceder.

**Lectulandia**

Maggie Stiefvater

# **Las carreras de Escorpio**

ePUB v1.0

theonika 31.10.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The Scorpio Races*  
Maggie Stiefvater, 2011.  
Traducción: Patricia Nunes, 2013

Editor original: theonika (v1.0)  
ePub base v2.1

Para Marian, que ve caballos en sueños

# PRÓLOGO

## HACE NUEVE AÑOS

### SEAN

Hoy es primero de noviembre, y alguien va a morir.

Incluso bajo el sol más cegador, el gélido mar otoñal se tiñe de azules, negros y marrones: todos los colores de la noche. Contemplo las cambiantes cenefas que el trote de innumerables cascos forma en la arena.

Sacan a correr a los caballos a la playa, convertida en un sendero que separa las oscuras aguas de los acantilados calcáreos. Siempre entraña peligro, pero nunca tanto como hoy, el día de la carrera.

En esta época del año, la playa me embarga y su brisa es lo único que respiran mis pulmones. Siento las mejillas en carne viva por la arena que arrastra el viento, y los muslos me escuecen por el roce de la silla de montar. Gobernar un caballo de novecientos kilos me deja los brazos doloridos. Se me ha olvidado vivir sin frío, dormir una noche de un tirón y cómo suena mi nombre cuando no se grita a todo pulmón de extremo a extremo de la playa.

Me siento tan, tan vivo...

Al iniciar el descenso hacia los acantilados con mi padre, uno de los comisarios de la carrera me da el alto. Me dice:

—Sean Kendrick, tienes diez años y no lo sabes todavía, pero hay maneras mucho más interesantes de morir que en esta playa.

Mi padre vuelve sobre sus pasos y agarra del brazo al comisario como si éste fuera un caballo inquieto. Intercambian algunas palabras sobre las restricciones de edad. Mi padre gana.

—Si tu hijo muere —insiste el comisario—, tú serás el único culpable.

Mi padre no le contesta: se limita a apartar a su semental *uisce* de allí.

En nuestro trayecto hacia el agua, recibimos empujones de animales y de hombres. Me deslizo bajo un caballo que, encabritado, obliga a su jinete a tirar del ramal. Sin un rasguño, me encuentro a orillas del mar, completamente rodeado de caballos marinos: son los *capaill uisce*. El color de su pelaje es tan variado como el de los guijarros de la playa: rojizo, dorado, blanco, marfileño, gris y azul. Los hombres les colocan unas bridas enjaezadas con borlas rojas y margaritas en un intento por rebajar la amenaza del oscuro mar de noviembre. Pero no confío en que un manojo de pétalos pueda salvarle la vida a nadie: el año pasado, un caballo marino adornado con flores y cascabeles le arrancó de cuajo medio brazo a un hombre.

Éstos no son unos caballos cualesquiera. Puedes cubrirlos de amuletos y apartarlos del mar, pero hoy, en la playa, no puedes perderlos de vista un solo instante.

Algunos caballos tienen una capa blanquecina de sudor. Los espumarajos les resbalan hocico y pecho abajo, como espuma marina, ocultando unos dientes que más tarde no tendrían piedad con los corredores.

Son hermosos y letales: nos aman y nos odian.

Mi padre me manda a por la manta para la montura y el brazalete, custodiados por otro grupo de comisarios. El color de la manta tiene como fin que el público que contempla el espectáculo desde los acantilados pueda identificar a mi padre, aunque, en su caso, no lo necesita por el vivo color rojo del pelaje de su semental *uisce*.

—Ah, Kendrick —dicen los comisarios, refiriéndose tanto a mi apellido como al de mi padre—. Dadle la manta roja al muchacho.

De regreso hacia donde está mi padre, me detiene un jinete.

—Salve, Sean Kendrick —es un hombre diminuto, delgado y fuerte. Su rostro parece tallado en pura roca—. Un buen día para correr.

Me honra que me traten como un adulto, como si aquél fuera mi lugar. Nos saludamos con la cabeza antes de que se dé la vuelta hacia su caballo para acabar de ensillarlo. Cuando alza el faldoncillo de su pequeña silla de montar cincelada para darle un último tirón a la cincha, leo las siguientes palabras grabadas a fuego en el cuero: «Nuestros muertos beben del mar».

Le doy la manta a mi padre, mientras el corazón se me sale del pecho. Mi padre también parece intranquilo; desearía ser yo quien tuviera que correr, en vez de él.

Porque de mí sí estoy seguro.

El semental *uisce* rojo está agitado y resopla. Aguza el oído, ansioso. Hoy está muy acalorado: correrá muy rápido. Y será muy difícil de controlar.

Mi padre me da las riendas para poder ensillar al caballo marino con la manta roja. Me paso la lengua por los dientes, que saben a sal, y observo a mi padre mientras se coloca el brazalete a juego en el brazo. Cada año contemplo ese gesto, y su pulso nunca había flaqueado. Pero este año, es distinto. Sus dedos parecen torpes, y sé que tiene miedo del semental rojo.

Yo he montado a lomos de este *capall*. He sentido el azote del viento y de la tierra y el salpicar del mar en piernas y patas. No nos cansamos jamás.

Me acerco a la oreja del semental y le dibujo un círculo en sentido contrario a las agujas del reloj encima del ojo mientras le susurro unas palabras al oído.

—¡Sean! —me grita mi padre, de manera que el *capall* agita la cabeza de inmediato y casi acaba dándome un golpetazo en la mía—. ¿Se puede saber qué haces poniéndole la cabeza tan cerca en un día como hoy? ¿Acaso te parece que no tiene hambre? ¿Qué pinta crees que tendrías con media cara?

Pero yo me limito a mirar la pupila cuadrada del semental. Y él me devuelve la mirada mientras aparta ligeramente su cabeza de la mía. Espero que recuerde lo que le he dicho: «No te comas a mi padre».



Mi padre carraspea antes de añadir:

—Bueno, me parece que tendrías que irte ya. Ven aquí, anda... —me da una palmadita antes de subirse a su montura.

A lomos de aquel rojo semental, se ve empequeñecido y oscuro. No ha hecho más que subirse y sus manos ya trabajan sin descanso para que el caballo no se desboque. Ese movimiento tuerce el bocado que lleva el animal en la boca. Lo veo mover la cabeza adelante y atrás: no es lo que yo habría hecho, pero no soy yo el que está a lomos del *capall*.

Quiero decirle a mi padre que preste atención, porque el caballo es asustadizo en su flanco derecho, y que creo que ve mucho mejor del lado izquierdo, pero sólo acierto a decirle:

—Nos vemos después —a modo de despedida asentimos con la cabeza, como extraños. Es una situación incómoda por la falta de costumbre.

Estoy en los acantilados siguiendo la carrera cuando, de repente, un *uisce* gris se abalanza sobre el brazo de mi padre para agarrarlo después del pecho.

Durante unos segundos, las olas se detienen antes de chocar contra la orilla, las gaviotas dejan de revolotear por encima de nuestras cabezas y el aire se queda atrapado en mis pulmones llenos de polvo.

Entonces, el caballo marino gris arranca a mi padre de su inestable posición, a lomos del rojo semental.

El cuadrúpedo no logra mantener a mi padre cogido por el pecho y éste cae sobre la arena, ya destrozado antes de que los cascos de los demás caballos lo alcancen. Iba el segundo, de modo que pasa un interminable minuto hasta que el resto de cabalgaduras le pasan por encima. Cuando logro verlo de nuevo, no es más que una mancha informe, negra y carmesí, a medio sumergir en el espumoso oleaje. El semental rojo se da la vuelta hacia él, pues es en parte criatura marina, pero hace lo que le pedí: no se come aquel despojo que una vez fue mi padre. En vez de eso, regresa al mar de un salto. Nada es tan rojo como el mar aquel día.

No suelo pensar en el cuerpo de mi padre, tirado sobre la roja arena. Prefiero recordar cómo estaba antes de la carrera: asustado.

No cometeré el mismo error.



# 1

## PUCK

La gente dice que mis hermanos no sabrían apañárselas sin mí, pero en realidad soy yo la que estaría perdida sin ellos.

Normalmente, si le preguntas a algún isleño de dónde es, te dirá que «de cerca de Skarmouth» o «de más allá de Thisby, de la zona peligrosa», o que creció «a un tiro de piedra de Tholla». Pero ése no es mi caso. Recuerdo que, de pequeña, iba yo un día de la callosa mano de mi padre cuando un viejo granjero, curtido por el paso del tiempo y que parecía acabado de desenterrar, me preguntó:

—¿De dónde eres, muchachita?

—De Connolly House —respondí en un tono de voz demasiado alto para ser una mocosa llena de pecas.

—¿Y eso qué es?

—Donde vivimos los Connolly, porque yo soy una Connolly —y entonces, todavía me da un poco de vergüenza recordarlo, porque es un rasgo de mi personalidad que no me gusta, añadí—: Y tú no.

Y exactamente así son las cosas. En una parte están los Connolly y en la otra, el resto del mundo. Aunque en el resto del mundo, si uno vive en Thisby, no hay demasiada gente. Hasta el otoño pasado, la imagen era siempre la siguiente: Finn, mi hermano pequeño; Gabe, mi hermano mayor; nuestros padres y yo. Éramos una familia bastante tranquila. Finn siempre andaba montando cosas para después desmontarlas y guardar las piezas sobrantes en una caja que guardaba debajo de su cama. Gabe no se caracterizaba precisamente por ser el mejor conversador del mundo. Es seis años más mayor que yo, y prefirió reservarse la energía que tenía para crecer: a los trece años ya medía metro ochenta. Nuestro padre tocaba la flauta irlandesa cuando estaba en casa y nuestra madre obraba el milagro del pan y de los peces noche tras noche. No me di cuenta de que realmente hacía milagros hasta que ya no estuvo con nosotros.

No es que fuéramos huraños con el resto de isleños. Simplemente nos bastaba con ser amables entre nosotros. Ser un Connolly era lo primero: ésa era la única regla. Eras libre de ofender a cualquiera, siempre y cuando no se tratara de un Connolly.

Estamos a mediados de octubre. Como todos los días de otoño en la isla, el día empieza frío, pero la temperatura se vuelve más agradable y los colores se avivan a medida que el sol se alza en el horizonte. Me hago con una almohaza y un cepillo, y le quito el polvo al pelaje de *Dove* hasta que las manos me entran en calor. Cuando llega el momento de ensillarla, ella está limpia y yo, mugrienta. Además de ser mi yegua es mi mejor amiga. Siempre creo que le va a pasar algo malo, porque la quiero demasiado.

Mientras le ajusto la cincha, *Dove* me da un golpecito con el hocico en el costado, apenas un ligero mordisquito, y aparta la cabeza rápido; ella también me quiere. Hoy no tengo demasiado tiempo para montar: tendré que regresar pronto para ayudar a Finn a preparar galletas para las tiendas del lugar. También pinto teteras para los turistas y, como las carreras empezarán muy pronto, no me faltan encargos. Una vez acaben las carreras, los visitantes que vienen del continente ya no regresarán hasta la primavera siguiente. El océano se vuelve demasiado imprevisible cuando llega el frío. Gabe se pasará el día fuera, trabajando en el Hotel Skarmouth, preparando las habitaciones para los espectadores de la carrera. Ser huérfano en Thisby significa que hay que trabajar mucho para llevarse algo a la boca.

La verdad es que no me di cuenta de que la isla no era nada del otro mundo hasta hace unos años, cuando empecé a leer revistas. A mí no me lo parece, pero Thisby es minúscula. Este peñasco rocoso que sobresale del mar y que queda a unas cuantas horas de distancia del continente no tiene más de cuatro mil habitantes. Está repleta de acantilados, caballos, ovejas y carreteras de sentido único que serpentean por prados despojados de árboles en dirección a Skarmouth, la localidad más importante de la isla. Y la verdad es que, hasta que no visitas un lugar distinto, es más que suficiente.

Yo he estado en otros sitios, y Thisby me sigue pareciendo suficiente.

De modo que aquí estoy, cabalgando sobre *Dove*, con los dedos de los pies congelados bajo mis zarrapastrosas botas de montar, mientras Finn está sentado en el Morris, que está aparcado en la entrada. En este preciso instante mi hermano fija un poco de cinta adhesiva negra sobre un desgarrón que hay en el asiento del copiloto, cortesía de *Puffin*, nuestra gata semisalvaje. Por lo menos Finn ha aprendido que no debe dejar las ventanillas del coche bajadas. Finge estar enfadado por tener que reparar el roto, pero sé perfectamente que le encanta. Va contra sus convicciones demostrar demasiada felicidad.

Cuando me ve a lomos de *Dove*, me dedica una mirada curiosa. Tiempo atrás, hace más de un año, aquella mirada se habría transformado en una sonrisa tímida y, a continuación, habría pisado a fondo el acelerador y la carrera habría empezado: yo con *Dove*, y él con el coche, aunque técnicamente era demasiado pequeño para conducir. Muy pequeño, de hecho. Pero no importaba. ¿Quién iba a detenernos? De modo que competíamos: yo cabalgaba por las praderas y él seguía la carretera. El último en llegar a la playa tenía que hacerle la cama al otro durante una semana.

Pero no hemos vuelto a competir desde hace casi un año, cuando mis padres murieron en el mar.

Hago que *Dove* retroceda trazando pequeños círculos en el patio lateral. Esta mañana está ansiosa y tiene demasiada energía para concentrarse, y yo tengo demasiado frío para calmarla y frenarla con el bocado. Sólo quiere galopar.

Oigo arrancar el motor del Morris. Me vuelvo justo a tiempo de ver cómo el coche sale a toda pastilla por la calzada, acompañado del resoplido del tubo de escape. Oigo el gritito de alegría de Finn un instante después. Saca la cabeza por la ventana y veo su cara pálida y su pelo polvoriento. Sonríe de oreja a oreja, enseñando todos los dientes.

—¿Esperas una invitación o qué? —me dice antes de volver a meter la cabeza. El motor del coche se acelera por el cambio de marchas.

—Tú lo has querido —le respondo, a pesar de que mi voz ya no puede alcanzarlo. *Dove*, sobresaltada, mueve las orejas hacia atrás, en mi dirección, antes de dirigir las hacia la carretera. La mañana es fría y salvaje, y apenas necesito pedirle que corra. Presiono las pantorrillas contra sus flancos y chasqueo la lengua.

*Dove* se pone pezuñas a la obra. Con los cascos excava semicírculos de tierra que quedan tras de ella, y salimos a por Finn.

La ruta que seguirá mi hermano no es un misterio: por fuerza tiene que ir por la carretera principal que lleva a Skarmouth y que pasa por delante de nuestra casa. Pero no es la ruta más directa. La carretera serpentea entre los campos, protegidos por muros de piedra y setos. No tiene sentido seguir el rastro de polvo que va dejando a su paso: en su lugar, *Dove* y yo decidimos atravesar los prados al galope. *Dove* no es una yegua grande; ninguno de los caballos de la isla lo es, porque los pastos no son gran cosa, pero tiene nervio y valentía. De modo que saltamos por encima de los setos a voluntad, siempre que el terreno nos lo permite.

Recortamos la primera esquina, dándoles un buen susto a algunas ovejas. Musito un «lo siento» por encima del hombro. El siguiente seto aparece cuando todavía estoy pendiente de las ovejas, por lo que *Dove* tiene que hacer un quiebro sin perder un segundo para poder saltar por encima. Suelto las riendas con una torpe maniobra, pero por lo menos evito que note el tirón en la boca. *Dove* repliega entonces sus patas y nos salva a las dos. A medida que se aleja a medio galope del seto, recupero las riendas y le doy una palmadita en el hombro para que sepa que me he dado cuenta de su maniobra salvadora. Ella echa la oreja hacia atrás como señal de que le gusta mi aprobación.

Después cabalgamos por un campo en el que antes pastaban tranquilas las ovejas y ahora se amontona el brezo a la espera de ser quemado. El Morris nos saca una pequeña ventaja: su negra silueta destaca entre una nube de polvo. No me preocupa que vaya en cabeza: para poder llegar hasta la playa en coche tendrá que tomar la carretera que atraviesa el pueblo, con sus curvas cerradas y sus peatones, o bien rodearlo y perder unos valiosísimos minutos que nosotras podríamos aprovechar para alcanzarlo.

Por el sonido del motor del Morris, sé que titubea en la rotonda antes de dirigirse a toda prisa hacia la aldea. Puedo seguir la carretera que rodea Skarmouth, y evitar así

los saltos, o bordear la linde de la población, irrumpiendo en algunos patios traseros y arriesgándome a que Gabe me vea desde el hotel.

Ya me imagino siendo la primera en llegar a la playa.

Decido arriesgarme a que Gabe me vea. Hace tanto tiempo que no echamos una carrera que las pesadas de las señoras mayores no se quejarán demasiado por la presencia de un caballo en su jardín; siempre que éste no les destruya algún objeto de valor.

—Vamos, *Dove* —le susurro a mi yegua, que se lanza al galope por la carretera antes de atravesar un seto por un recoveco. En esta zona hay casas que parecen surgidas de las rocas, jardines traseros abarrotados de objetos que ya no caben en los hogares y un tramo de roca maciza por el que no debería galopar ningún caballo. El único modo de abrirse paso es atravesar a toda prisa media docena de jardines y pasar por delante del hotel, al otro lado.

Espero que todo el mundo esté ocupado trabajando en el muelle o atareado en la cocina. Irrumpimos de repente en los jardines traseros, saltamos sobre una carretilla en el primero, esquivamos un pequeño huerto en el segundo y recibimos los ladridos de un terrier con malas pulgas en el tercero. Y después, curiosamente, saltamos por encima de una vieja bañera vacía en el último jardín antes de plantarnos en la carretera que lleva al hotel.

Allí está Gabe. Y me ve de inmediato.

Está ocupado barriendo el paseo de delante del hotel con un escobillón. Tras de sí se dibuja el edificio que alberga el hotel: es imponente y está cubierto de hiedra. Las hojas se han recortado con gran pulcritud para que pueda pasar el sol a través de las ventanas de azules alféizares. La altura de la finca oculta la luz de la mañana y proyecta una sombra de un azul intenso sobre el paseo de piedra que barre. La chaqueta marrón que cubre su ancha espalda le da un aspecto adulto y hace que parezca más alto y más mayor. Tiene el pelo de un rubio azafranado y un poco largo por detrás, pero sigue siendo guapo. Siento una repentina oleada de orgullo de que sea mi hermano. Deja de barrer y se apoya en el extremo del mango para verme galopar sobre *Dove*.

—¡No te enfades! —le grito.

En su cara se dibuja una media sonrisa. Si nunca lo hubiera visto sonreír, diría que hasta está contento. Lo triste es que me he acabado acostumbrando a esa sonrisa falsa. Me he acostumbrado a esperar deseosa a que aparezca la de verdad, sin darme cuenta de que quizá debería haberme esforzado más en buscarla de nuevo.

Le pido a *Dove* que pase del trote al galope una vez salimos del camino y volvemos a pisar la hierba. Aquí, la tierra es suave y arenosa, y cambia de pendiente bruscamente. El camino se estrecha entre las colinas y las dunas que llevan hasta la playa. No sé si Finn nos saca ventaja o va por detrás de nosotras. Me veo obligada a

pedirle a *Dove* que vaya al trote por la marcada pendiente del camino. Por fin, tras dar un salto torpe, llegamos al nivel del mar. Cuando rodeamos la última loma, se me escapa un exabrupto: el Morris ya está aparcado en la linde de la playa. El olor de los gases provenientes del tubo de escape flota en el ambiente y se magnifica por el levantamiento del terreno a nuestro alrededor.

—No te preocupes, lo has hecho muy bien, eres una buena chica —le susurro a *Dove*. Se ha quedado sin aliento y resopla por el hocico y los ollares. Ha disfrutado de la carrera.

Finn tiene medio cuerpo fuera del coche. Ha dejado abierta la puerta del conductor para poder descansar los pies en el estribo. Tiene un brazo apoyado en el techo y el otro, en la parte superior de la puerta abierta. Está contemplando el mar, pero cuando *Dove* vuelve a resoplar se vuelve a mirarme, llevándose la mano a la frente para protegerse los ojos del sol. Veo que tiene cara de preocupación, por lo que le doy un golpecito a *Dove* indicando que se coloque junto al coche. Suelto las riendas para que pueda pacer tranquila, pero, en vez de bajar la cabeza, también ella se queda contemplando el océano. Apenas unos cien metros nos separan de él.

—¿Qué pasa? —le pregunto. Tengo un mal presentimiento.

Sigo su mirada. Apenas alcanzo a vislumbrar una cabeza gris, abriéndose paso por encima de las olas. Está tan lejos y tiene un color tan parecido al del agitado océano, que casi creo estar imaginándomelo. Pero la mirada de Finn no deja margen para la duda. Efectivamente, la cabeza emerge de nuevo de entre las aguas, y esta vez puedo distinguir los oscuros ollares. Resoplan con tal fuerza que acierto a ver el color rojizo de su interior a pesar de la distancia. A continuación aparece el resto de la cabeza, la cerviz, las onduladas crines —adheridas al pelaje por efecto del agua salada— y los poderosos hombros, refulgentes y húmedos. Surge al fin el caballo marino del océano con un asombroso salto, como si los últimos pasos que diera sobre la marea creciente fueran un obstáculo casi insalvable.

Finn se estremece al ver galopar al caballo por la playa hacia nosotros. Le coloco la mano en el hombro, aunque el corazón parece salirse del pecho en ese momento.

—No te muevas —le susurro—. No te muevas, no te muevas, no te muevas...

Me aferro a lo que me han repetido una y otra vez: que los caballos marinos persiguen a las presas que se mueven. Les encanta cazar. Me viene a la cabeza un listado de motivos por los que no nos tendría que atacar: estamos quietos, lejos del agua y al lado del Morris. Los caballos marinos odian el hierro.

El animal galopa hacia nosotros y pasa de largo sin titubear ni detenerse. Observo a Finn: traga saliva y la nuez del fino cuello se mueve arriba y abajo. Es inevitable sentir escalofríos hasta que se lanza de nuevo al océano.

Han vuelto.

Sucede cada otoño. Mis padres no seguían las carreras, pero me sé bien la historia. Cuanto más cerca estamos de noviembre, más caballos marinos escupe el mar. Los isleños que quieren participar en las Carreras de Escorpio se ven obligados a acudir en grupo a capturar a los *capaill uisce* recién salidos del océano. Es una hazaña peligrosa, porque los caballos están hambrientos y enloquecidos por el mar. Una vez empiezan a emerger, quienes participan en las carreras de ese año saben que ha llegado el momento de entrenar a los caballos capturados en los años anteriores. Son caballos dóciles en comparación con los recién surgidos del océano, aunque se alteran tan pronto como el olor del mar de octubre despierta la magia que llevan en su interior.

Durante el mes de octubre y hasta el primero de noviembre, la isla se convierte en un terreno que consta de zonas seguras y zonas peligrosas pues, a menos que seas uno de los corredores, no es buena idea estar cerca de un *capall uisce* cuando se vuelve loco. Nuestros padres intentaron que no supiéramos de la realidad de los caballos *uisce*, pero era imposible vivir al margen. De vez en cuando, algún chaval no iba a clase porque un caballo *uisce* había matado a su perro en plena noche. A veces, cuando íbamos en coche de camino a Skarmouth con papá, teníamos que rodear alguna carcasa, testigo de la pelea entre un caballo de tierra y un caballo marino. No era raro que las campanas de Santa Columba tocaran a muerto por el funeral de algún pescador desprevenido en la orilla.

No hace falta que nadie nos recuerde a Finn ni a mí lo peligrosos que son los caballos marinos. Ya lo sabemos. No lo olvidamos ni un solo día.

—Vamos —le digo. Finn se incorpora, ayudándose con los delgados brazos mientras contempla el mar. En ese momento mi hermano parece mucho más pequeño, aunque está atrapado en esa tierra de nadie que separa la niñez de la edad adulta. Siento la repentina necesidad de protegerlo del sufrimiento que traerá consigo el mes de octubre. Pero no es de este octubre del que debo preocuparme, sino de otro que ya tocó a su fin hace mucho tiempo.

Finn no me contesta y se limita a agacharse para meterse de nuevo en el Morris. Cierra la puerta sin mirarme. Está bastante claro que éste no va a ser un buen día. Y eso que Gabe todavía no ha vuelto a casa.

## 2

### SEAN

Cuando oigo las noticias, el hijo del carnicero, Beech Gratton, acaba de sacrificar a una vaca y está recogiendo la sangre en un cubo para dármela. Nos encontramos en el jardín que queda detrás de la carnicería. Estamos callados y el silencio se multiplica por el eco de nuestros pasos sobre la piedra. Hace un día hermoso y frío, y estoy intranquilo; no puedo estar quieto. Las raíces de árboles ya desaparecidos empujan hacia arriba las piedras que quedan bajo mis pies: son irregulares y están manchadas con salpicaduras y puntitos marrones y negruzcos.

—¿Te has enterado, Beech? Los caballos han salido ya —anuncia Thomas Gratton a su hijo mientras sale de la tienda, cuya puerta está abierta. Casi había llegado al patio, pero se detiene al verme—. Sean Kendrick, no sabía que estabas aquí.

Como no digo nada, Beech suelta un gruñido.

—Ha venido cuando ha sabido que empezaba la matanza —hace un gesto hacia el cuerpo de la vaca, que cuelga de un trípode de madera, decapitado y desmembrado. El suelo está cubierto de sangre, porque Beech ha tardado demasiado en colocar el cubo debajo de la vaca. La cabeza de la res descansa en el extremo del patio, volcada sobre un costado. Thomas Gratton parece querer decirle algo a Beech sobre el panorama, pero se queda callado. Thisby es una isla repleta de hijos que decepcionan a sus padres.

—¿Te has enterado, Kendrick? —me pregunta Thomas Gratton—. ¿Es ésa la razón por la que estás aquí y no subido a un caballo?

Estoy aquí porque los trabajadores a los que Malvert acaba de contratar para que alimenten a los caballos o tienen miedo, en el mejor de los casos, o son unos incompetentes rematados. La calidad del heno es malísima y los trozos de carne son todavía peores. Los mozos de cuadra apenas les han dado sangre a los *capaill uisce*, como si tratándolos como caballos normales esperaran convertirlos en monturas corrientes. De modo que aquí estoy yo, tomando las riendas de la situación: sólo así voy a conseguir que se hagan las cosas bien. Pero me limito a decir:

—No, no sabía nada.

Beech le da un golpecito a la vaca en el cuello antes de mover el cubo sin mirar a su padre.

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunta a su padre.

No me interesa lo más mínimo la respuesta. Da igual quién lo haya dicho o quién lo haya visto. Lo único que importa es que los *capaill uisce* están saliendo del mar. Sé que es verdad porque lo siento en mi interior y por eso estoy tan intranquilo. Ése es el motivo por el que *Corr* pasta delante de su caballeriza y yo no puedo dormir.



—El chaval de los Connolly ha visto uno —responde Thomas Gratton.

Beech rezonga y le da otro golpe a la vaca; esta vez no tiene más objetivo que el de lograr un efecto teatral. La historia de los Connolly es una de las más tristes de todo Thisby: es la de tres hermanos, hijos de pescadores, que se quedaron huérfanos por culpa de los *capaill uisce*. No son pocas las embarazadas que pierden a sus compañeros en mitad de la noche: se los arrebatan los caballos salvajes o la tentación del continente. Y muchas mujeres han dejado a sus maridos en la isla tras recibir el mordisco de un caballo marino o la tentadora propuesta de un turista de billetera bien repleta. Pero perder a tus padres de golpe no es habitual. Mi historia (padre enterrado mucho tiempo atrás, madre que emigra al continente), de tan común, ha caído en el olvido, cosa que no me importa. Es mejor que te conozcan por otros motivos.

Beech me da el cubo y empieza a trocear la res sin demasiada delicadeza. Thomas Gratton observa la escena en silencio. Podría parecer que no se puede despedazar a una vaca con destreza, pero sí se puede. Y no es como lo hace Beech. Lo observo largo rato mientras le inflige al cuerpo unos cortes dentados y gruñe por lo bajo. Creo que tararea algo. Me cuesta apartar la vista; me fascina lo ajeno que parece a nuestra presencia durante todo el proceso, el placer infantil que siente Beech al hacer mal su trabajo. Thomas Gratton y yo nos miramos.

—Fue su madre quien le enseñó a descuartizar piezas. Yo no tengo nada que ver —me confiesa. No sonrío, pero mi reacción parece agradarle.

—Si no te gusta cómo lo hago —añade Beech, sin apartar la vista de la res muerta — prefiero irme al pub. No soy el único que puede ponerse a cortar con el cuchillo.

Thomas Gratton emite un sonido que proviene de algún lugar entre la nariz y el paladar: no me queda duda de la etimología de los gruñidos de Beech. Le da la espalda a su hijo y se queda mirando el tejado rojo de uno de los edificios que flanquean el patio.

—Supongo que este año participarás en la carrera, ¿no? —pregunta.

Beech no contesta, porque a quien se dirige su padre es a mí.

—Eso espero.

Thomas Gratton no responde de inmediato. Sigue contemplando el reflejo del atardecer sobre las tejas, que se tiñen de tonos naranjas y rojizos.

—Supongo que eso es lo que Malvern espera de ti —añade al fin.

Llevo trabajando en Malvern Yard desde que tenía diez años, y hay gente que dice que me dieron ese trabajo por pena. Pero se equivocan. El prestigio y el sustento de los Malvern dependen totalmente de sus establos: exportan caballos al continente y jamás pondrían en peligro su reputación. Y mucho menos por pena, algo demasiado humanitario para esa familia. Llevo con ellos el tiempo suficiente como para saber que no son santo de la devoción de los Gratton, y sé también que Thomas Gratton quiere que hable mal de ellos para regocijarse aún más en su odio a Benjamin

Malvern. De modo que me tomo una pausa para calibrar la pregunta que me acaba de hacer antes de responderle.

—Si no le parece mal, saldaré lo que le quedo a deber por esto a finales de semana —le contesto mientras agito el asa del cubo.

Thomas Gratton suelta una risita.

—Mira que eres peculiar, Sean Kendrick. Parece mentira que tengas diecinueve años: eres mucho más maduro que cualquier otro chaval de tu edad.

No le contesto, porque probablemente tenga razón. Me dice que el viernes saldaremos lo que le debo, como de costumbre. Salgo del patio, cargando con el cubo, y Beech me dedica un gruñido de despedida.

Tengo que ir a buscar a los ponis a los campos y llevarlos a los establos, medir bien el alimento de los caballos purasangre y pensar en cómo evitar pasar frío en mi pequeño apartamento esta noche, pero lo único que tengo en la cabeza es lo que me ha dicho Thomas Gratton. Estoy en tierra firme, pero parte de mí anda ya allá abajo, en la playa. En mi propia sangre nace una canción. Me siento tan, tan vivo...

### 3

## PUCK

Esa noche Gabe rompe la única regla que observamos.

No tengo grandes expectativas para la cena, porque no hay otra cosa que judías secas, y estoy ya de ellas hasta el moño. Al final, consigo preparar una tarta de manzana y me siento bastante orgullosa. Finn está en el jardín y no ha dejado de dar la lata toda la tarde con una motosierra vieja y rota. Dice que alguien se la regaló, pero lo más probable es que la haya sacado de la basura porque tenía marchas y eso le llamó la atención. Estoy de mal humor porque estoy en casa, completamente sola, y no tengo ganas de empezar a limpiar. Me pongo a cerrar armarios y cajones con gran estruendo mientras trasteo en el fregadero, siempre lleno de cacharros, pero Finn no me oye o se hace el sordo.

Al fin, antes de que el sol desaparezca por completo por el oeste, abro la puerta lateral y me quedo mirando a Finn con la esperanza de que levante la vista y me diga algo. Mi hermano está inclinado sobre la pieza superior de la motosierra, que está completamente desmembrada delante de él. Las piezas están dispuestas ordenadamente en el suelo. Lleva puesto un jersey de Gabe que, a pesar de ser antiguo, le sigue yendo grande. Se ha enrollado las mangas de modo que forman unos puños perfectamente simétricos y voluminosos. Lleva el pelo recogido en una coleta grasienta y despeinada. Tiene aspecto de huérfano, y eso también me pone de mal humor.

—¿Vas a venir a comerte la tarta antes de que se quede como la suela de un zapato? —mi voz suena un poco irritante, pero me da igual.

—Ya voy, tardo un minuto —responde Finn, sin levantar la vista. Sé que tardará mucho más.

—Bueno, pues me la comeré toda yo —añado. No me contesta, está absorto en los misterios de la motosierra. En ese momento se me ocurre que odio a los hermanos en general, porque nunca se dan cuenta de cuándo algo es importante para ti y sólo les importa lo que les pasa a ellos.

Estoy a punto de decir algo de lo que seguramente me arrepentiría más tarde cuando veo que Gabe se acerca con su bicicleta bajo la tenue luz del crepúsculo. Ni Finn ni yo lo saludamos cuando abre la portezuela del jardín, pasa a través de ella con la bicicleta y la vuelve a cerrar. Finn está perdido en sus pensamientos y yo estoy molesta con él.

Gabe aparca la bicicleta en el pequeño cobertizo que tenemos en la parte trasera de la casa y después se detiene detrás de Finn. Se quita la gorra, se la coloca bajo el brazo y se queda mirando lo que hace con los brazos cruzados, sin decir nada. No sé si Gabe sabe qué objeto es el que ha destripado Finn, porque la luz del atardecer es

cada vez más tenue, pero éste mueve ligeramente el cuerpo de la motosierra para que Gabe lo vea mejor. Al parecer, ese gesto le proporciona a Gabe toda la información que necesita, porque Finn levanta la barbilla hacia nuestro hermano mayor y éste asiente con la cabeza.

Se entienden sin necesidad de decirse una palabra. Ese lenguaje propio suyo me enfurece y me fascina a la vez.

—En la cocina tienes tarta de manzana —le digo—. Todavía está caliente.

Gabe se saca la gorra de debajo del brazo y se vuelve para mirarme.

—¿Qué hay para cenar?

—Tarta de manzana —dice Finn desde el suelo.

—Y motosierra —respondo—. Finn ha preparado una deliciosa motosierra para acompañar.

—Con la tarta de manzana ya me basta, gracias —dice Gabe. Parece cansado—. Puck, no dejes la puerta abierta, hace bastante frío —me aparto para que pueda entrar en casa y, al pasar, me doy cuenta de que apesta a pescado. No me gusta nada que los Beringer le hagan limpiar el pescado: toda la casa acaba oliendo fatal.

Gabe se detiene en la puerta. Me lo quedo mirando: tiene la mano colocada en el marco y la cara vuelta hacia ella. Parece contemplarse los dedos o la pintura roja de la puerta. Tiene la mirada perdida, como la de un extraño, y de repente siento la necesidad de abrazarlo como cuando era pequeña.

—Finn —dice al fin con tono grave—. Cuando hayas acabado con eso, tengo que hablar contigo y con Kate.

Finn levanta la vista, sorprendido, pero Gabe ya ha desaparecido en dirección a la habitación que todavía comparte con él, a pesar de que el dormitorio de nuestros padres está vacío. Aquella petición inusual o el hecho de que Gabe me haya llamado por mi nombre de pila han captado la atención de Finn mucho más que la promesa de mi pastel de manzana. El caso es que se pone a ensamblar las piezas antes de colocarlas en una caja de cartón que está hecha polvo.

Me noto intranquila mientras espero a que Gabe salga de su cuarto. La cocina se ha convertido en un cuartucho amarillo y pequeño, como cada noche, por efecto de la oscuridad exterior. Busco tres platos iguales para lavarlos a toda prisa y corto un pedazo grande de tarta de manzana para cada uno de nosotros. El más grande se lo doy a Gabe. Me deprime colocar tres platos en una mesa a la que antes se sentaban cinco personas, de modo que decido olvidar este pensamiento preparando un poco de té a la menta para acompañar. Mientras coloco las tazas junto a los platos, se me ocurre que quizá la tarta de manzana y el té de menta no pegan demasiado.

Finn ha empezado a lavarse las manos; puede tardar una eternidad. Se las enjabona con la pastilla, con la mayor parsimonia del mundo, y se frota tranquilo el espacio que queda entre dedo y dedo antes de restregarse la espuma por cada línea de

la palma. Cuando al fin aparece Gabe, que se ha cambiado de ropa pero sigue oliendo a pescado, todavía no ha acabado con el ritual.

—Qué buena pinta —me dice Gabe mientras aparta la silla. Me siento aliviada porque no pasa nada y todo irá bien—. Qué bien huele la menta, después del día que llevo.

Intento imaginar lo que le habrían dicho mamá o papá en esa situación. Pero nuestra diferencia de edad, por algún motivo, me parece un obstáculo insalvable.

—Pensaba que hoy te tocaría prepararlo todo en el hotel para que estuviera a punto.

—Sí, pero andaban escasos de personal en el muelle —responde Gabe—. Además, Beringer sabe que soy más rápido que Joseph.

Joseph es el hijo de Beringer. Es demasiado vago como para acabar las tareas con rapidez. Gabe me dijo una vez que tendríamos que darle las gracias a Joseph por ser incapaz de ocuparse de otra cosa que no fuera él mismo, porque gracias a él tenía trabajo. Pues yo no le estoy nada agradecida en este momento, porque Gabe huele a pescado por su culpa.

Mi hermano mayor sostiene la taza de té con la mano, pero no bebe. Finn sigue lavándose las manos. Yo estoy sentada. Gabe espera unos instantes antes de decir:

—Finn, vale ya, ¿no?

Finn se toma otro minuto más para aclararse bien las manos antes de cerrar el grifo y sentarse al otro lado de la mesa.

—Aunque sólo haya tarta, ¿también tenemos que rezar?

—Y sierra mecánica.

—Gracias, Señor, por esta tarta y la sierra mecánica de Finn —recita Gabe—. ¿Contentos?

—¿Dios o yo? —pregunto.

—Dios siempre está contento —replica Finn—. Tú eres la que nunca está satisfecha.

Esa afirmación me parece la cosa más absurda del mundo, pero no pico el anzuelo. Miro a Gabe, que está concentrado en el plato.

—Bueno, ¿y qué tenías que decirnos? —le pregunto.

Oigo a *Dove* relinchar en la linde del jardín, donde empieza ya el pasto. Tiene hambre y reclama su ración de grano. Finn se queda mirando a Gabe, que, a su vez, sigue con la vista perdida en el plato. Toquetea con los dedos la capa superior de la tarta, como queriendo comprobar su textura. De repente me doy cuenta de que tal vez a Gabe, tan centrado y callado, también lo afecte que mañana sea el aniversario de la muerte de nuestros padres, como a mí.

—Me marcho de la isla —anuncia, sin levantar la vista del plato.

—¿Qué? —dice Finn, mirando fijamente a nuestro hermano.

No me salen las palabras. Es como si Gabe hubiera hablado en otro idioma y mi cerebro tuviera que traducirme lo que ha dicho para que yo lo entienda.

—Me voy de la isla —repite Gabe, esta vez con un tono mucho más firme, aunque sigue sin mirarnos.

Finn es el primero que consigue emitir una frase entera.

—¿Y qué haremos con nuestras cosas?

—¿Y qué pasa con *Dove*? —añado yo.

—Me marchó de la isla.

Finn mira a Gabe como si éste le hubiera dado una bofetada. Levanto la barbilla e intento que Gabe me mire a los ojos.

—¿Te vas a ir sin nosotros? —mi mente responde a la pregunta maquinalmente. La explicación es lógica y excusa a mi hermano—. O sea que es algo temporal. Sólo te vas para...

Niego con la cabeza. No se me ocurre ningún motivo que justifique su ausencia.

Gabe levanta al fin el rostro.

—Me marchó de aquí.

Finn, que está sentado al otro lado de la mesa, se agarra con tanta fuerza a la madera que se le quedan las puntas de los dedos blancas. Creo que lo hace sin darse cuenta.

—¿Cuándo? —pregunto.

—En dos semanas —*Puffin* maúlla a los pies de Gabe y frota la barbilla contra la silla y su pierna, pero él no baja la vista ni le hace caso—. Le prometí a Beringer que me quedaría hasta entonces.

—¿Que le prometiste a Beringer qué? ¿Y qué pasa con nosotros? ¿Qué nos va a pasar? —me quejo.

Gabe no me mira. Intento imaginar cómo sobreviviremos con un Connolly menos y una cama vacía más.

—No puedes irte —afirmo—. Todavía no —el corazón me va a mil y tengo que apretar con fuerza la mandíbula para que no me castañeteen los dientes.

Gabe sigue imperturbable, y sé que me voy a arrepentir de lo que diré a continuación, pero es lo único que se me ocurre y lo digo.

—Voy a participar en las carreras —le espeto, como si nada.

Ahora he conseguido llamar la atención de mis hermanos. Las mejillas me arden como si me hubiera inclinado encima de un fogón.

—¡Venga ya, Kate! —exclama Gabe; pero en su voz veo un resquicio de esperanza: parece dudar. Creo que parte de él me cree, muy a su pesar. Antes de añadir nada más, tengo que pensar y decidir si yo misma me creo lo que acabo de decir. Pienso en aquella mañana, cuando el viento me alborotaba el pelo y yo galopaba a lomos de *Dove*. Pienso en el día posterior a las carreras y en las manchas

rojas de sangre que tiñen la arena, allí donde el océano no llega. Pienso en las últimas barcas que parten de la isla antes de que empiece el invierno, y me imagino a Gabe en una de ellas.

Si me lo proponía, podía hacerlo.

—Voy a participar. ¿No te has enterado? Los caballos ya han empezado a salir del mar. Mañana comienzan los entrenamientos —me siento infinitamente orgullosa de lo convincentes que suenan mis palabras.

Gabe gesticula, como queriendo decir algo, pero no separa los labios. Sé que en esos momentos piensa en cómo rebatir mis argumentos. En parte quiero que me diga «no puedes participar» para así poder preguntarle «¿por qué?» y que vea que no puede responder a la pregunta, puesto que entonces tendría que decir «porque no puedes dejar solo a Finn». Tampoco puede preguntarme «¿por qué?», porque entonces volvería a estar en las mismas. Así que debería sentirme muy orgullosa de mi ingenio ya que es muy difícil dejar a Gabe sin habla, pero en vez de eso, lo único que noto es el «bum, bum, bum, bum» de mi corazón, que bate a toda prisa. Me gustaría que me dijera que se quedará en la isla si yo no participo en la carrera. Pero, en cambio, lo que dice es:

—Vale. Me quedo hasta que acaben las carreras —parece contrariado—. Pero no más días o los barcos ya no zarparán hasta que llegue la primavera. Lo que vas a hacer es una tontería descomunal, Kate.

Está enfadado conmigo, pero me da igual. Lo único que me importa es que se va a quedar un poquito más con nosotros.

—Bueno, la verdad es que no nos vendrá nada mal el dinero si gano —digo en un intento de parecer adulta, como si todo aquello no fuera conmigo, pero pensando en realidad que, si gano, mi hermano no tendrá que marcharse. Me levanto y coloco mi plato y mi taza en el fregadero, como si aquélla fuera una noche de lo más normal. Después me voy a mi habitación, cierro la puerta y me tapo la cara con la almohada para que nadie me oiga.

—Egoísta de mierda —musito con la boca pegada a la almohada.

Y rompo a llorar.



## 4

### SEAN

Estoy soñando con el mar cuando me despiertan.

En realidad estoy soñando con la noche en la que atrapé a *Corr*, pero oigo el mar en sueños. Dice una vieja leyenda que los *capaill uisce* que son capturados de noche son más fuertes y rápidos. Bueno, pues son las tres de la madrugada y estoy agazapado tras una roca situada al pie del acantilado, a unos cuantos metros de la arena. La erosión del mar ha originado un arco en la roca calcárea, cuyo techo queda a unos treinta metros por encima de mi cabeza. Las blancas paredes me dan cobijo. Debería de estar a oscuras, a salvo de la luz de la luna, pero el océano refleja la claridad de la pálida roca y puedo ver lo suficiente como para no tropezar con el suelo, cubierto de algas. La piedra que tengo bajo los pies tiene más en común con el fondo marino que con la orilla, por lo que tengo que prestar especial atención para no patinar en la escurridiza superficie.

Escucho.

Allí, bajo aquel manto oscuro y frío, escucho el sonido del océano, en busca de algún cambio. La marea está subiendo, rápida y silenciosa, y en una hora la altura del agua en la cueva sobrepasará la de mi cabeza. Estoy alerta, escucho atento en busca del sonido de un chapoteo, del rumor de una pezuña que emerge a la superficie o de cualquier pista que me indique que un *capaill uisce* va a salir del agua.

Pero lo único que se oye es el sobrecogedor silencio del mar. Por la noche no hay pájaros ni chavales cerca de la orilla ni tampoco se oye el rugido de ningún motor. El viento sopla, despiadado, hasta llegar bajo el arco. Pierdo el equilibrio por el repentino sobresalto y me resbalo. Logro recuperar el equilibrio apoyando la mano sobre la pared, que aparto a toda prisa: las paredes del arco están cubiertas de hongos gelatinosos, rojos como la sangre, que relucen y parpadean bajo la luz de la luna. Mi padre me dijo una vez que eran completamente inofensivos. Yo no me lo creo: nada es completamente inofensivo.

El agua empieza a colarse entre las piedras a medida que sube la marea. Y me sangra la mano.

Oigo un ruido que parece el maullido de un gato o el llanto de un bebé y me quedo paralizado. En la playa no hay ni gatos ni bebés: sólo están los caballos y yo. Brian Carroll me explicó en una ocasión que, cuando sale a la mar, a veces oye a los caballos bajo el agua, cuando se llaman, y que suena como el canto de una ballena, el lamento de una viuda o algo parecido a un chasquido.

Bajo la vista y veo que la marea ha crecido rápidamente. A mis pies, la hendidura más profunda que había entre las rocas ha quedado cubierta de agua. ¿Cuánto tiempo llevo allí, de pie? Las rocas que tenía ante mis ojos ya son meros puntos brillantes

que sobresalen de las oscuras aguas. Mi trayecto ha sido en balde y, además, el tiempo se me agota: necesito dar marcha atrás y desandar el camino a través de las rocas recubiertas de algas mientras sea posible.

Me miro la mano: en la palma tengo un hilillo de sangre que llega hasta el antebrazo, donde se arremolina antes de precipitarse en el agua. Seguro que la palma me dolerá luego. Observo el agua, en la que desaparecen las gotas de sangre que me caen del brazo. Estoy callado. La cueva está en silencio.

Me doy la vuelta y veo un caballo.

Estoy lo suficientemente cerca como para notar su olor salobre, sentir el calor que desprende su cuerpo, todavía húmedo, y mirarle a los ojos y ver su pupila cuadrada y dilatada. Su aliento huele a sangre.

Y entonces me despiertan.

Abro los ojos y veo los rostros alarmados de Brian y Jonathan Carroll. Cada uno refleja la preocupación a su manera: Brian me mira con el ceño y los labios fruncidos. Jonathan, en cambio, me dedica una sonrisa de disculpa que cambia cada pocos segundos. Brian es de mi edad y lo conozco del muelle: nuestras vidas están ligadas al mar y hemos pasado bastantes aventuras juntos, aunque no somos amigos. Jonathan es su hermano y le va a la zaga en casi todo, inteligencia incluida.

—Kendrick —dice Brian—. ¿Estás despierto?

Ahora sí lo estoy. No me muevo de la litera y me quedo como si estuviera atado a ella. Tampoco digo nada.

—Perdona por despertarte, tío —añade Jonathan.

—Te necesitamos —anuncia Brian. Aunque no le tengo un especial aprecio ahora mismo, Brian no me cae mal. Dice lo que piensa—. No podemos hacer nada más, Mutt se ha metido en un buen lío. Quería esperar a que saliera uno de los *capaill* del agua y ha recibido su merecido, y me parece que no le ha gustado nada.

—Los va a matar a todos —añade Jonathan. Parece satisfecho por haber sido capaz de decir aquella obviedad antes de que lo hiciera Brian.

—¿A quiénes? —pregunto. Hace frío y estoy completamente despierto.

—A Mutt y a su pandilla —responde Brian—. Están todos en la playa, con el caballo, pero no lo pueden soltar ni tampoco traerlo aquí.

Me incorporo en la cama. No siento ninguna estima por Mutt, también conocido como Matthew Malvern, el hijo bastardo de mi jefe, ni por ninguno de los mozos de cuadra que pululan a su alrededor, vinculados a él por una amistad puramente servil. Pero no puedo dejar que ningún caballo se quede atrapado en la playa en alguna estúpida trampa de su invención.

—Tú eres el que sabe de caballos, Kendrick —afirma Brian—. Estoy convencido de que alguien morirá a menos que vuelvas allí con nosotros.

«Volver allí.» Ahora entiendo la preocupación que se refleja en sus rostros. Ellos

estaban metidos en aquel lío y sabían que me decepcionarían al decírmelo.

Ya no digo nada más. Salgo de la cama, me pongo el viejo jersey y cojo de un manotazo mi chaqueta negra azulada, que tiene los bolsillos llenos de cosas. Miro con un gesto brusco hacia la puerta y los dos chavales se disponen a salir a toda pastilla. Jonathan sostiene la puerta para que Brian lidere la comitiva.

Ya afuera, el viento tiene vida propia y está hambriento. Es noche cerrada, pero el cielo sobre Skarmouth tiene un tono marrón apagado, iluminado por la débil luz de las farolas. La luna nos alumbra con su tenue luz, que se volverá más clara cerca del océano, aunque no demasiado. Atajamos por los campos para seguir el camino más recto hacia la playa. No hay más que rocas y ovejas, pero hay que prestar mucha atención para no tropezar con unas ni con otras.

—La linterna —digo. Brian la enciende de inmediato y me la pasa. Pero yo niego con la cabeza: necesito tener las manos libres. Jonathan va detrás: le cuesta seguirnos el paso y se tropieza cada dos por tres. Lleva la linterna en la mano derecha y el haz de luz que proyecta oscila con violencia. Me viene a la mente el recuerdo de mi madre dibujando palabras en la pared con una linterna cuando la tormenta nos dejaba sin electricidad.

—¿Cuánto queda para llegar a la playa? —pregunto. La marea subirá en apenas unas horas y, si están allí en ese momento, capturar a un nuevo *capall uisce* será el menor de sus problemas.

—No mucho —resopla Brian. No está en mala forma, pero el esfuerzo extremo suele dejarlo sin aliento. De no haber visto sus caras de pánico antes, me habría detenido para dejar que se recuperara.

Desde donde estoy distingo la hendidura que separa los acantilados y deja paso al camino que lleva a la playa: en este punto, la tierra se vuelve más oscura que el cielo. Y entonces oigo un grito. El viento ha transportado hacia nosotros aquel quejido agudo, débil e irregular; es imposible saber si es un sonido humano o animal. Siento que se me eriza el vello de la nuca: es un aviso, pero hago caso omiso y empiezo a correr a toda prisa hacia la playa.

Brian no me sigue (no creo que pueda aguantar el ritmo) y noto que Jonathan duda entre acompañarme o quedarse con su hermano.

—¡Necesito la linterna, Jonathan! —le grito por encima del hombro.

El viento arrastra mis palabras hacia atrás y, aunque Jonathan me contesta, no oigo lo que me dice. Salgo del débil círculo de luz que emite su linterna y me adentro en la oscuridad, tropezando y resbalándome a cada paso en aquel empinado sendero que lleva a la playa. Durante un breve instante se me ocurre que ya no puedo seguir adelante, porque no veo nada, pero entonces doy unos pasos más y percibo el movimiento de linternas que danzan sobre la arena. Más allá veo el mar, débilmente iluminado por la escasa luz de la luna.

La fuerza del viento se lleva las palabras de modo que, cuando llego hasta el grupo de mozos, parece que todos hayan enmudecido. De lejos, parecería una lucha equilibrada. Pero no lo es. Los cuatro hombres tienen cogido a un caballo marino gris del cuello y de la cuartilla de una de sus patas traseras, justo por encima del casco. Cuando el caballo arremete contra ellos, se apartan, y cuando se retira, tiran de él. Pero están mal situados, y lo saben. Han cogido al tigre por la cola y se han dado cuenta de que todavía puede herirlos con las garras.

—¡Kendrick! —grita alguien; no sé distinguir de quién se trata—. ¿Dónde está Brian?

—¿Sean Kendrick? —brama otro. Sé que es Mutt. Es él quien sostiene el cabo por el que tienen agarrado del cuello al animal. Lo sé porque reconozco su silueta, la ancha espalda y el cuello recio, que es a la vez cuello y barbilla.

—¿Quién le ha pedido a este malnacido que viniera? Vuélvete a la cama, matarife de caballos, ¡lo tengo todo bajo control!

Que Mutt pueda amansar al caballo es tan improbable como que una barquichuela de pescador pueda controlar lo que sucede en el mar. Veo ahora que es Padgett quien tira del otro cabo: me sorprende que, a pesar de ser un hombre maduro, arriesgue su vida al lado de alguien como Mutt. Oigo un ruido sordo cerca de mí. Me vuelvo para ver a otro de los amigos de Mutt sentado, hecho un ovillo, contra la pared de roca del acantilado. Se agarra con fuerza uno de los brazos, que parece tener roto. El lamento que escuché antes era el suyo.

—¡Kendrick, aquí no pintas nada! —grita Mutt.

Me cruzo de brazos y espero. El caballo ha dejado de corcovear. Distingo perfectamente contra las blancas paredes del acantilado las temblorosas líneas negras de los cabos que sujetan al *capall uisce*. El animal empieza a cansarse, pero los mozos también. Los musculosos brazos de Mutt parecen imitar el temblor de los cabos. Los demás se agitan a su alrededor y forman lazadas con la cuerda, a la espera de que el caballo caiga en la trampa. Alguien que no conociera el temperamento de los caballos marinos pensaría casi sin dudarlo que el *capall uisce* ha perdido el combate, por el temblor en sus costados. Pero yo veo que echa la cabeza para atrás porque su naturaleza depredadora y de ave rapaz es más fuerte que la equina. Y sé que las cosas se van a poner muy feas.

—Mutt —digo. Ni siquiera vuelve la cabeza. Por lo menos le he avisado.

De repente, el cabo que sostiene al equino de la cuartilla se tensa cuando el *capall* gris inicia su arremetida contra Mutt. El caballo clava los cascos y me rocía con una lluvia de piedrecillas y arena. Se oyen gritos. Padgett recoge y tira de su cabo, en un intento de desequilibrar al caballo. Mutt está demasiado ocupado preocupándose de su propio bienestar como para devolverle el favor. La soga que tiene atrapado al caballo del cuello se destensa repentinamente y el caballo se vuelve hacia Padgett.

Con las pezuñas dibuja círculos en la arena antes de dirigirse hacia él. Le clava los dientes en el hombro. Se encabrita y se abalanza sobre el mozo. Parece imposible que Padgett no sucumba bajo el peso del animal, pero, al tenerlo la bestia agarrado por el hombro, tarda unos instantes antes de poner las patas delanteras en el suelo y llevarse a Padgett consigo.

Mutt tira del ramal que rodea el cuello del cuadrúpedo, pero ya es demasiado tarde, no tiene nada que hacer ante la fuerza de un *capall uisce*.

Parece ya imposible poder salvar a Padgett: su cuerpo es un pedazo de carne informe. Uno de los hombres me llama con tono quejumbroso: «Kendrick». Doy un paso al frente y, a medida que me acerco al caballo, me escupo en la mano izquierda antes de agarrarlo por las crines, justo detrás de las orejas. Me saco de la chaqueta una cinta roja con la mano derecha y la aprieto con fuerza contra los ollares del animal, que se resiste, pero mi pulso es firme y le presiono con fuerza la cerviz. Le susurro unas palabras al oído y se tambalea. Al intentar recuperar el equilibrio pisa el cuerpo de Padgett. Pero lo que me preocupa ahora no es el mozo, sino sacar de allí a ese caballo de novecientos kilos que ya ha lisiado a dos hombres y al que sostenemos de un cabo. Y todo eso antes de perder la poca fuerza que me queda.

—Ni se te ocurra dejarlo escapar después de todo lo que ha pasado —me ordena Mutt—. Llévalo al establo, que esta salida no acabe en fracaso.

Quiero decirle que este caballo que tiene ante sus ojos es un *capall uisce*, no un perro, y que llevármelo al interior de la isla, lejos del agua salada del mar de noviembre, es algo que no tengo la mínima intención de hacer en este momento. Pero no quiero gritar y que el caballo recuerde que sigo allí, a su lado.

—¡Haz lo que tengas que hacer, Kendrick! —grita Brian, que ha logrado llegar hasta la playa.

—¡Ni se te ocurra soltarlo! —insiste Mutt.

Sacarlos a todos vivos de la playa sería una verdadera proeza. Llevar al caballo hasta la orilla, liberarlo y ver que se aleja y podemos regresar sanos y salvos, sería algo excepcional. Puedo hacer mucho más que salvarlos a todos, y lo saben, especialmente Mutt.

Pero, en vez de eso, le susurro al caballo al oído y me aparto del haz de luz de las linternas. Me alejo de todos ellos y me acerco al océano. Los calcetines se me empapan y las botas se me calan. El caballo gris tiembla bajo mis manos.

Me vuelvo para mirar a Mutt y dejo que el caballo se vaya.

## 5

### PUCK

No tengo la sensación de haber dormido, pero por la mañana tengo los ojos pegajosos y parece que un topo haya construido un túnel con las sábanas, así que supongo que algo he dormido. Tras la ventana, el cielo tiene ya el tono azul del día y decido que, sea la hora que sea, ya estoy despierta. Me paso demasiado rato muerta de frío con el camisón puesto (el que tiene los tirantes de puntilla que pican un poco, pero que llevo igualmente porque lo hizo mamá), mirando la ropa que tengo y pensando en qué ponerme para ir a la playa. No sé si tendré frío después de montar, y tampoco sé si es buena idea ir vestida como una chica, porque seguro que Joseph Beringer estará allí y me dedicará una sonrisa sarcástica.

Me esfuerzo por no pensar en cosas grandilocuentes del estilo «recordarás este día el resto de tu vida».

Al final, me pongo lo de siempre: los pantalones marrones, que no me hacen rozaduras, y el jersey verde oscuro grueso de mamá, tejido por ella. La recuerdo llevándolo puesto y me gusta; hace que sea una prenda especial. Me miro en el espejo, moteado por las manchas, igual que mi rostro por las pecas, y ensayo una mueca feroz: frunzo el ceño que enmarca mis ojos azules y cambio el rictus. Pero lo único que me devuelve el espejo es confusión y enfado. Me saco algunos mechones de la coleta y con ellos me tapo un poco la frente: intento parecer otra persona y no la niña de siempre, para que no se rían de mí cuando me vean llegar a la playa. Pero mi táctica no funciona: tengo demasiadas pecas. Me vuelvo a colocar los mechones en la coleta.

Finn ya está despierto. Me lo encuentro en la cocina, de pie, junto al fregadero. Lleva el mismo jersey que ayer: se diría que es un hombre que ha menguado durante la noche y que por eso se le queda la ropa tan grande. En el ambiente hay un olor apenas perceptible a carbón. Me resulta un aroma casi agradable, como a filete o a tostada, hasta que me doy cuenta de que en realidad huele mal, a papel o a pelo quemado.

—¿Se ha despertado ya Gabe? —pregunto. Miro en la alacena, sin saber muy bien qué hacer. Lo que no quiero es mirar a Finn. No tengo demasiadas ganas de hablar. Y al ver lo que hay en la despensa, creo que tampoco me apetece comer nada.

—Ya se ha ido al hotel —responde—. He hecho... Toma —dicho lo cual, me sirve una taza con su correspondiente cuchara. A los lados del recipiente hay manchas de lo que quiera que sea que ha utilizado para preparar la bebida. Me digo que seguro que deja manchas en la mesa, pero que está calentito y es cacao en polvo.

—¿Lo has preparado tú?

Finn me dedica una mirada.

—No, me lo ha traído San Antonio en plena noche. La verdad es que le sentó bastante mal que no te lo diera en aquel preciso momento —añade antes de darme la espalda.

Me sorprende que Finn haya recuperado el humor y que yo vaya a disfrutar de una taza de cacao. Me doy cuenta ahora de que la encimera está hecha un desastre: hay montones de cazuelas que Finn ha debido utilizar para obtener una única taza de chocolate en polvo. Y estoy segura de que el olor que se percibe en el ambiente es el de la leche derramada en el fogón. Pero no me importa, porque lo que de verdad cuenta es la intención. El labio inferior empieza a temblarme y no sé muy bien qué hacer, pero aprieto los dientes con fuerza un instante hasta que todo deja de darme vueltas. Cuando Finn se sienta al otro lado de la mesa con otra taza para él, ya vuelvo a estar normal.

—Gracias —le digo, cosa que lo incomoda. Mamá solía decir que Finn era como un hada: no le gustaba que le dieran las gracias—. Perdona —añado de inmediato.

—Le he puesto sal —me dice Finn; como si eso eliminara la necesidad de darle las gracias.

Lo pruebo. Está bueno. Si lleva sal, la verdad es que no la distingo entre las islas flotantes de cacao a medio deshacer que hay en la taza. Me resulta agradable sentir que se disuelven los grumos en mi paladar. No sé si Finn ha preparado antes cacao en polvo, creo que sólo me ha visto a mí hacerlo.

—Pues yo no la noto.

—La sal —explica Finn— hace que el cacao sea más dulce.

Me da a mí que eso es una tontería, porque ¿cómo es posible que algo que no es dulce haga que otra cosa, que ya lo es, sea todavía más dulce? Pero no le digo nada. Agito el cacao y chafo algunos grumos contra las paredes de la taza con la cucharilla.

Finn sabe que no le creo, e insiste:

—Ve y pregúntalo en Palsson's. Ya verás como me dan la razón: he visto cómo preparan las magdalenas de chocolate. Y les ponen sal.

—¡Oye, que yo no he dicho que no te crea! Es que ni he abierto la boca.

Finn deshace un grumo de la taza.

—Ya lo sé.

No me pregunta cuánto tiempo voy a estar fuera hoy ni cómo voy a conseguir un caballo para las carreras. Tampoco hace ningún comentario sobre Gabe. No sé si me alegro de que no quiera hablar de nada o me pone de los nervios. Nos bebemos el resto del cacao en silencio y, cuando me levanto para llevar la taza al fregadero, hablo al fin:

—Supongo que estaré fuera casi todo el día.

Finn se pone en pie y coloca su taza al lado de la mía. Tiene una expresión muy seria y el cuello, tan delgado, le sobresale por encima del jersey, demasiado grande,



como si fuera una tortuga. Señala la encimera que tengo detrás. Entre el lío de cacharros y platos hay una manzana cortada, a la que se le han quedado pegadas algunas migas que había en la encimera.

—Es para *Dove*. Quiero ir contigo.

—No puedes acompañarme —le digo, sin pararme a pensar en lo mal que me siento pronunciando esas palabras.

—No me refiero a todos los días —añade él—. Sólo hoy, el primer día.

Me vienen a la mente dos escenas de mi llegada a la playa: en la primera, estoy sola, orgullosa, y en la segunda, me veo entrando acompañada de mi hermano, cuyos dos ojos, sumados a los míos, pueden resultarme muy útiles.

—Vale, es una buena idea.

Finn coge su gorro, y yo, el mío. Los tejí yo misma. En el mío usé lana negra, blanca y dos tonalidades de marrón. El de Finn es blanco y rojo. El acabado no es perfecto, pero nos protegen del frío.

Nos quedamos mirando el panorama desolador de la cocina con los gorros puestos. Contemplo aquella estancia a través de mis ojos, como nadie más puede hacerlo: tengo la sensación, por unos instantes, que los cacharros que rodean a Finn han emergido del desagüe del fregadero. Qué caos. Nuestra vida es un caos y no me extraña que Gabe se quiera marchar.

—Vámonos —digo.

## 6

### SEAN

El primer día, Gorrry me pide que baje a la playa antes que los demás para que le dé mi opinión sobre una yegua pinta que le robó al mar algún tiempo atrás. Está tan seguro de que la voy a querer para Malvern que la ha tasado por el valor de dos caballos. Observo como el hombre la hace trotar bajo la tenue luz del alba, cuando la arena empieza a ganarle terreno al mar. Los mitones me dejan al aire los dedos de la mano, que se me empiezan a congelar. Las huellas de la yegua son las primeras que se dibujan sobre la arena aquella mañana: la marea ha limpiado completamente la costa y no queda ni rastro de la chapuza que hizo Mutt la noche anterior.

La yegua es una belleza. Los caballos marinos tienen la capa del mismo color que los caballos normales, pero, al igual que éstos, suelen ser castaños o alazanes. Es menos habitual el pelaje cervuno, palomino, azabache o gris. Y es extremadamente raro hallar un caballo marino pinto, blanco y negro, con manchas blancas como nubes que sobrevuelan una pradera azabache. Aun así, una capa vistosa no garantiza que se gane una carrera.

La yegua pinta no se mueve nada mal. Tiene buenos hombros, como muchos de los *capaill uisce*. Contemplo imperturbable a los cormoranes que revolotean por encima de nosotros como pequeños dragones.

Gorrry me acerca la yegua. Monto y bajo la vista.

—Es el *capaill uisce* maj rápido que montaráj en tu vida—me dice con voz carrasposa y su acento peculiar.

*Corr* es el *capaill uisce* más rápido que jamás he montado.

La yegua pinta huele a cobre y a algas casi putrefactas. Se vuelve y me mira con un ojo que llora agua marina. No me gusta la sensación que me transmite, es sinuosa y difícil de controlar, aunque puede deberse a que estoy acostumbrado a *Corr*.

—Date una vuelta —propone Gorrry—, y dime si conoces caballo máj rápido que éjte.

La pongo al trote y se mueve insegura por la arena hacia el agua, con las orejas pegadas a la crin. Me saco las piezas de acero de las mangas de la chaqueta y las desplazo en el sentido contrario al de las agujas del reloj cerca del espinazo, en la cruz, justo donde se dibuja una mancha blanca en forma de corazón. Se agita y aparta el cuerpo. No me gusta lo poco equino que es su movimiento de cabeza ni tampoco que no despegue las orejas en ningún momento. No se puede confiar en ningún caballo, pero en esta yegua confío menos que en ningún otro *capaill uisce*.

Gorrry me insiste en que galope para que me dé cuenta de lo veloz que es. Dudo mucho que su galope pueda llamarme la atención si resulta tan inseguro como su trote. Pero aflojo las riendas y le espoleo los flancos.

Se mueve por la playa increíblemente rápido, como un halcón pescador en busca de su presa. Y en todo momento está pendiente del mar y escora hacia él con los movimientos sinuosos y escurridizos de antes. Tengo la impresión de que es más criatura marina que equina, aunque esté en tierra firme, en pleno mes de octubre. Y a pesar de que yo le susurre al oído.

Es rápida, eso sí es verdad. Con las zancadas se come la arena, y pasamos por la cala que señala el final de la zona practicable en cuestión de segundos. La sensación de velocidad me estalla en el cuerpo como las burbujas que explotan en la superficie del agua. No quiero reconocer que es más rápida que *Corr*, pero no le va a la zaga, aunque es imposible saberlo sin tener a *Corr* en aquel momento allí.

El terreno se ha vuelto pedregoso. Cuando le indico que baje el ritmo, la yegua, depredadora, se encabrita y lanza un mordisco al aire.

Noto que, de repente, el animal desprende un poderoso olor a mar. No es ese olor característico de la playa que suele asociarse a la sal, ni tampoco el olor a algas, sino el que te impregna el cuerpo cuando has metido la cabeza debajo del agua, has respirado y los pulmones se te han llenado de océano. El acero pierde todo su poder cuando nos acercamos al agua.

Con los dedos le hago nudos en las crines en series de tres y de siete. Le canto al oído sin dejar de dibujar círculos con la mano, cada vez más pequeños y más apartados del agua. Pero no hay nada seguro.

A medida que avanzamos por la arena, su magia me seduce, maliciosa. Un pedacito de mi piel está en contacto con la yegua: quizá sea la muñeca que aprieto contra su cuello, o quizá la pierna, a pesar de que la tengo bien protegida por la bota. Aun así, siento sus latidos dentro de mí, pidiéndome que confíe en ella, obligándome a seguirla hasta el mar. Sin embargo, los diez años que llevo montando caballos marinos me devuelven la cordura un instante.

Apenas.

Mi cuerpo me pide que abandone la lucha y que vuele con ella hacia el océano.

Tres. Siete. El acero que llevo en la palma de la mano.

Le susurro al oído: «No serás tú quien me ahogue».

Tardo lo que me parecen minutos en calmarla y regresar hacia donde está Gorry, aunque seguramente sólo han sido unos segundos. Y en ese breve instante, su cuello me sigue pareciendo traidor y su dentadura, amenazadora, en nada parecida a la de un caballo normal. Tiembla como una hoja.

Me cuesta olvidar lo rápida que es.

—¿Lo vej? ¿A que ej el caballo máj rápido que jamás hayas montado? —insiste Gorry.

Me bajo de la yegua y le entrego las riendas. El hombre las acepta con una mueca de extrañeza.

—Esta yegua un día matará a alguien —le digo.

—Bueno, oye —objeta Gorry—, todos han matado a alguien.

—No quiero tener nada que ver con ella —concluyo, a pesar de que una parte de mí lo desea.

—Ya la comprará otro —me dice Gorry—. Y entonces te arrepentirás.

—Y ese «otro» morirá —le contesto—. Devuélvela al mar.

Le doy la espalda.

Oigo al mozo detrás de mí.

—Ej más rápida que tu semental rojo.

—Devuélvela —le repito, sin darme la vuelta.

Sé que no lo hará.

## 7

### PUCK

No pensé que pasaría tan mal rato.

Me da la sensación de que la isla al completo se ha congregado en la playa. Finn me acabó convenciendo para que fuéramos con el Morris, que se averió como de costumbre, con lo que llegamos después de que lo hiciera todo el mundo. Ante nuestros ojos aparecen dos océanos: uno, lejano y azul oscuro y otro, formado por una marea de hombres y caballos. Sí, de hombres, porque aquí no hay una sola chica, a menos que cuentes a Tommy Falk porque tiene unos labios muy bonitos. El rumor del océano queda enmudecido por el griterío que hay en la playa. No me explico cómo aciertan a moverse o a respirar. Se gritan unos a otros y también a los caballos. Parece que discutan, pero no sé quién está enfadado con quién.

Finn y yo nos quedamos plantados en el largo camino que lleva a la playa, de pronunciada pendiente. El suelo está lleno de los baches que han ido dejando los cascos de los caballos. Finn frunce el ceño al ver al grupo de personas y animales. Pero yo me he fijado en uno de los caballos. Tiene el pelaje de un rojo muy vivo, como el de la sangre. A sus lomos cabalga agazapada una pequeña figura oscura. Cada vez que da unas zancadas, roza con los cascos la ola que llega a la orilla, salpicando montura y jinete.

La visión de aquel caballo que galopa cortando el viento, extendiéndose hacia el infinito, es tan hermosa que siento un repentino escozor en los ojos.

—Parece como si hubieran pegado dos caballos en uno —dice Finn mientras señala a uno de los equinos.

Su comentario me saca de mi ensimismamiento. Aparto la vista de aquel semental rojo antes de mirar hacia los acantilados.

—Es un ejemplar pinto —le contesto. La yegua a la que señala tiene el blanco pelaje salpicado de grandes manchas negras. Cerca de la cruz tiene una mancha blanca que parece un corazón sangrante. Un hombre minúsculo como un gnomo, con la cabeza coronada por un bombín, aparta a la yegua de los demás caballos.

—«Es un ejemplar pinto» —repite Finn, imitándome. Le doy un manotazo y vuelvo a mirar hacia la playa, donde vi al caballo rojo y a su jinete, pero ya no están.

Siento un raro desánimo.

—Bueno, supongo que deberíamos bajar —propongo.

—¿Está todo el mundo en la playa? —pregunta Finn.

—Eso parece.

—¿Y cómo vamos a hacernos con un caballo?

Como no sé qué contestarle, la pregunta me irrita. Me molesta mucho más cuando me doy cuenta de que estamos los dos de pie, en idéntica posición. O bien yo imito a

mi hermano o él a mí. Me saco las manos de los bolsillos.

—¿Es el día de las adivinanzas o qué? ¿Vas a pasarte todo el rato preguntándome cosas? —le digo, con brusquedad.

Finn pone la boca y las cejas en paralelo. Se le da muy bien poner esa cara, aunque no sé exactamente qué significa. Cuando era pequeño, mamá le decía que con esa cara parecía una rana. Ahora, como a veces se afeita, su rostro no tiene tanto de anfibio como antes.

Bueno, el caso es que pone cara de rana y da unos pasos hacia la multitud. Pienso en seguirlo pero, de repente, los pies se me quedan como pegados al suelo al oír un chillido muy agudo.

Es la yegua pinta. Se ha apartado de los demás caballos y no se sabe si los mira a ellos o al mar. Echa la cabeza hacia atrás, pero no gime: grita.

Aquel aullido se abre paso por encima del rumor de las olas y del alboroto de la playa. Ese grito es el de un antiguo depredador: nada tiene que ver con el de un caballo normal.

Y es horroroso.

En la cabeza sólo tengo un pensamiento: «¿Es ése el último sonido que oyeron mis padres?».

Tengo que bajar a la playa ahora mismo o no me voy a atrever: lo sé. Estoy temblando como una hoja. Hasta me he tropezado con uno de los surcos que han dejado los cascos de los caballos y casi me tuerzo el tobillo. Cuando la yegua pinta deja de aullar me siento aliviada, pero me cuesta pasar por alto el olor que emana de los *capaill uisce* a medida que me acerco más a ellos: aquellos efluvios nada tienen que ver con el olor natural de un caballo. *Dove* huele a paja, a hierba y a melaza: es un aroma suave. Los *capaill uisce* huelen a sal, a carne, a desperdicios y a pescado.

Intento apartar esa idea de mi cabeza y respirar por la boca. Los perros corren veloces a mi alrededor y la gente pasa sin mirar adónde va. Los caballos se encabritan y los hombres les venden a los jinetes a voz en grito seguros y protección. Están más entusiasmados que un perro en una carnicería. Me alegra que Finn se haya ido, porque no soportaría que me viera tan desconcertada.

Más o menos sé cómo puedes conseguir un caballo antes de la carrera sin adelantar dinero, pero este conocimiento se basa en las cosas que les oí decir a los chavales en la escuela; cuando presumían de que participarían en las carreras cuando fueran mayores. Cosa que nunca hicieron: casi todos se fueron al continente; los que se quedaron se hicieron granjeros. Aquellos delirios de grandeza, sin embargo, resultaron ser una buena fuente de información, especialmente porque mi familia era una de las pocas que no seguía las carreras.

—¡Oye, niña! —gruñe un hombre que tira de un caballo de pelaje ruano que piafa sin moverse un milímetro—. ¡Mira dónde pones los pies!

Bajo la vista y me doy cuenta demasiado tarde de que había un círculo dibujado en la arena, sobre el que mis botas han trazado una línea. Me aparto.

—¡Ahora ya da igual! —me grita el hombre, al ver que intento dibujar el círculo de nuevo. El caballo ruano avanza hacia la línea que ha roto el círculo. Me aparto y de nuevo alguien me grita: dos hombres cargan con un muchacho que sangra por la cabeza y que me lanza un exabrupto. Me aparto y casi me tropiezo con un perro pulgoso que tiene el pelo lleno de arena.

—¡Maldito perro! —le suelto al animal sin más, porque no puede contestarme.

—¡Puck Conolly! —es Tommy Falk, el de los labios bonitos—. Pero ¿se puede saber qué haces aquí? —o por lo menos eso es lo que creo que me dice. El jaleo es tal que las conversaciones ajenas apagan casi todas sus palabras y el viento se lleva las demás.

—Busco bombines —le respondo. En la isla, quienes portan estos curiosos sombreros, siempre negros, son comerciantes. A veces también los llevan los chavales que quieren parecer rebeldes, que suelen resultar bastante patéticos.

—No te oigo bien —grita Tommy.

Pero sé que me ha entendido. Lo que pasa es que no se cree lo que acaba de oír. Papá me dijo una vez que el cerebro de las personas es duro de oído. Me da igual que Tommy esté sordo como una tapia o que finja estarlo: acabo de ver un bombín a lo lejos; el que descansaba sobre la cabeza del gnomo que tiraba de la yegua pinta de antes.

—Gracias —le digo a Tommy, aunque no me ha ayudado en nada. Zigzagueo entre la multitud hasta llegar al hombrecillo. De cerca, no es tan bajo. Pero de tan chata que tiene la cara, se diría que alguien le ha dado un par de ladrillazos: uno, para chafársela y el otro, porque sí.

Está discutiendo con alguien.

—Sean Kendrick —le espeta a su interlocutor. Ese nombre me resulta familiar, especialmente dicho en aquel tono tan desdeñoso, pero no sé por qué. El gnomo del bombín no tiene voz de duendecillo, sino de fumador empedernido. Además, a veces cambia las eses por las jotas al hablar—: Ejque este chaval parece que sea un pejcao de tan llena de agua que tiene la cabeza. ¿Qué te ha dicho de mij caballos?

—Preferiría no tener que repetirlo —responde educadamente el otro personaje. Se trata del doctor Halsal. Tiene el pelo negro y brillante, y lleva la raya perfectamente marcada a un lado. Me cae bien: es muy sensato y pulcro. Parece el dibujo de una persona. Cuando tenía seis años quería casarme con él.

—Ej imprevisible, como el océano —añade el comerciante—. Vamoj, si apuejtas por ella, la querrás.

—Aun así tendré que pasar —le responde el doctor Halsal.

—Ej rápida como el rayo —sigue diciendo el gnomo, a pesar de que el doctor



empieza a retirarse de allí y le da la espalda.

—Perdone —intervengo con un tono de voz demasiado agudo. El gnomo se da la vuelta. Esa cara tan peculiar, acompañada de una mueca de irritación, impone bastante. Intento poner orden en mis pensamientos y formular una pregunta digna—. ¿Acepta quintos?

A los chavales de la escuela les había oído hablar de los quintos. Es un modo de apostar, más o menos. A veces, un comerciante te deja un caballo sin que le tengas que adelantar dinero, a condición de quedarse con cuatro de las quintas partes de lo ganado en la carrera. La verdad es que la cantidad es irrisoria, a menos que seas el primero. Entonces sí que puedes comprar la isla entera, si te apetece. Bueno, por lo menos la parte de Skarmouth que no le pertenece a Benjamin Malvern.

El gnomo me mira.

—No —me contesta. Pero sé que lo que quiere decir de verdad es: «En tu caso, no».

Siento que me abandonan las fuerzas, porque no se me había pasado por la cabeza que podrían decirme que no. ¿Acaso había tanta gente que quisiera subirse a un *capall uisce*? ¿Podía permitirse ser tan selectivo? Me oigo decir:

—Vale. ¿Puede indicarme quién estaría interesado...? —y añadido de inmediato—: ¿Señor? —papá me dijo una vez que llamarle «señor» a un villano hace de él un caballero.

—Pregunta a loj del bombín —me responde el gnomo.

Hay villanos que siempre lo serán, y así se quedarán. Hace unos años, le habría lanzado un escupitajo en los zapatos. Pero mamá me había librado de aquel mal hábito con ayuda de un pequeño taburete azul y montones de jabón.

Así que me voy sin despedirme. Me ha sido incluso de menos ayuda que Tommy Falk. Serpenteo entre la multitud en busca del siguiente bombín. Pero obtengo el mismo resultado. A la chica pelirroja se le dice que no. Ni siquiera se lo piensan. Uno frunce el ceño, otro se ríe e incluso hay quien no me deja ni acabar la frase.

Es ya la hora de comer y el estómago me ruge. Algunas personas venden comida a los jinetes, pero es demasiado cara y todo huele a sangre y a pescado rancio. No veo a Finn por ninguna parte. La marea empieza a subir y los menos valientes ya se han marchado de la playa. Me aparto un poco y aprieto la espalda contra la pared calcárea del acantilado. Extiendo la palma sobre la fría superficie, que se vuelve más suave unos metros más arriba, donde se encuentra la marca que señala dónde llegará el agua en apenas unas horas. Me imagino allí, quieta, aguardando la llegada de la marea y siendo engullida lentamente por el agua.

Unas lágrimas de frustración me recorren las mejillas. Lo peor de todo es que casi me alegro de que me hayan dicho que no. Esos monstruos aterradores no se parecen en nada a mi *Dove*, y no puedo ni imaginarme subida a uno de ellos. Y mucho menos

dándole piezas de carne carísimas que no puedo permitirme para mí. En verano, los niños suelen atrapar libélulas y atarles un hilito detrás de los ojos, para llevarlas como si fueran mascotas. Pues bien, el mismo aspecto tienen los hombres que aquí se congregan con sus *capaill uisce*. Los caballos tiran de ellos como si no pesaran nada... Me aterra pensar lo que podrían hacerme a mí.

Miro hacia el mar. Cerca de la orilla, el agua se vuelve turquesa alrededor de las rocas blancas que se han desprendido de los acantilados. En algún lugar de esta infinidad azul están las ciudades que me arrebatarán a mi hermano Gabe. Sé que nunca volveré a verle. Me dará igual pensar que está vivo en alguna parte: será igual que lo de papá y mamá.

A mamá le gustaba decir que todo pasa por un motivo, que a veces los obstáculos están ahí para evitar que hagas algo de lo que puedas arrepentirte. Solía repetírmelo muchas veces. Pero cuando se lo decía a Gabe, papá añadía que los obstáculos te obligan a intentar las cosas con más determinación.

Respiro hondo y me dirijo al único tipo con bombín que no me retira la mirada: el gnomo. Sólo le queda un caballo, la yegua pinta que lanzó el terrible aullido antes.

—¡Oye! —me grita, como si pensara que iba a pasar de largo.

—Creo que tenemos una conversación pendiente —le contesto. Me noto desaliñada y con pocas ganas de ser amable. Cualquier asomo de cordialidad ha desaparecido.

—Eso mijmo pensaba yo. Me marchó. Prefiero no tener que volver mañana y tú necesitaj un *capall*. ¿Qué me daj por ella?

Lo primero que hago es pensar en cuánto dinero tengo. Entonces entro en razón y recuerdo lo antipático que ha sido conmigo antes.

—Por adelantado, nada —le contesto. Tengo que cuadrarme. Si Gabe se va de verdad y nos deja solos, no tendremos ni un céntimo—. Sólo estoy interesada en una quinta parte.

—Esta yegua ej sensacional —alardea el gnomo—. El ser maj rápido que existe sobre la faz de la tierra —se aparta para que vea mejor a la yegua, que está intranquila al otro extremo del ramal, una cadena que queda unida a la brida. Es una verdadera preciosidad de animal y su tamaño es descomunal. Quizá si colocara a *Dove* encima de otra *Dove* y me subiera podría mirar a aquel ejemplar salvaje a los ojos, que hiede a cadáver arrastrado por la tempestad. Acaba de fijarse en uno de los perros que corretean sueltos por la playa. Aquella yegua tiene un modo de mirar que me perturba.

—Entonces no le importará apostar por ella —le respondo. No me gusta lo petulante que parezco, pero me tengo que esforzar por parecer seria. No es nada fácil que te traten como a un adulto, y menos cuando la perspectiva de poder negociar con éxito te abruma y te mareja.

—No me apetece tener que volver para recaudar lo ganado —me dice el comerciante.

Me cruzo de brazos y finjo que soy Gabe. Tiene una habilidad especial para parecer desinteresado y poco convencido cuando realmente sí lo está. Me esfuerzo por parecer aburrida.

—Si dice que es el ser más rápido que existe sobre la faz de la tierra no le importará apostar para ganar mucho más de lo que sacaría vendiéndola.

El gnomo me mira.

—No ej la montura la que me hace desconfiar.

—Exactamente lo mismo pienso yo —le espeto con una mirada desafiante.

El hombrecillo sonríe.

—Anda, súbete —acaba cediendo—. Veamos de lo que eres capaz —señala con la cabeza la silla de montar, que descansa sobre la arena apoyada en el borrón delantero.

Respiro hondo e intento olvidar el aullido aterrador de antes. Me esfuerzo por quitarme de la cabeza cómo murieron mis padres y pienso en la cara que puso Gabe cuando nos dijo que se marchaba. Tengo la sensación de que me tiemblan las manos; sin embargo están quietas a los costados.

Puedo hacerlo.

## 8

### PUCK

El comerciante lleva a la yegua hacia una roca cubierta de algas para que yo pueda montar. Se mueve intranquila, sin acercarse del todo. No aparta la vista del perro que corretea a nuestro alrededor, olfateando los restos del desayuno que alguien ha olvidado cerca de las pezuñas del equino.

—Maj quieta no va a ejtar —me dice el del bombín—. ¿Te subej o qué?

Aprieto los puños con fuerza para que las manos no me traicionen. Pienso en esos dientes descomunales arrastrando a mis padres a lo más profundo del océano: no siento miedo, pero me paraliza la idea de que ellos me puedan estar viendo en este momento, dondequiera que estén. ¿Podrán verme desde el cielo? Tal vez los acantilados les tapen la vista. ¿Qué me dirían? Nunca les gustaron las carreras y murieron en su barca atacados por los caballos salvajes. Y aquí estoy yo, a punto de subirme a uno de ellos para participar en las carreras. Casi puedo ver la cara que pondría papá: cuando se enfadaba o se desilusionaba por algo, le salía una arruguita con forma de semicírculo en el labio superior.

La yegua levanta la cabeza y casi levanta al gnomo por los aires.

Tiene que haber otra solución. Seguro que puedo hacer algo para no tener que subirme a esta yegua salvaje, pero ¿cómo voy a competir en las carreras sin ella?

Finn ha aparecido de la nada y está de pie, junto a la roca a la que estoy subida. Me mira pero no abre la boca. Veo que se pellizca los brazos una y otra vez, sin darse cuenta.

—Deja de hacer eso —le grito, y me hace caso. Creo que ya he tomado una decisión.

—Oye, niña —añade el comerciante—, súbete ya —los músculos de la yegua se estremecen bajo el pelaje pinto.

Yo no hago las cosas así.

—Lo siento —anuncio—. He cambiado de parecer.

Lo único que alcanzo a ver antes de perder de vista el mundo es su cara de disgusto. Veo una mancha blanca y negra y, de repente, algo me tira de la roca en la que estoy. Caigo de espaldas en el suelo y el aire escapa de mis pulmones en dos oleadas. Noto algo viscoso y caliente en la cara. La yegua recula y, en el mismo momento en que oigo un grito, me doy cuenta de que lo que me humedece la cara es sangre. Y no es mía. La yegua tiene algo entre los dientes.

Me aparto a toda prisa mientras me froto los ojos para quitarme la arenilla e intento ponerme de pie. Lucho por recuperar el aliento y la vista. La yegua se agazapa sobre su oscura presa: la está despedazando mientras sostiene parte de ella con el casco. En la arena se ha formado un charco de sangre.

Grito el nombre de Finn.

La yegua echa las orejas hacia atrás y me lanza un resto de su víctima, del que me aparto como puedo, sin poder contener las lágrimas. De los restos de la presa salen unos hilos, como si fueran tentáculos de medusa. Lo único que quiero es hacerme un ovillo y dejar de pensar.

Aquel pedazo informe de carne está cubierto de un pelaje corto y oscuro, lleno de sangre y arena. Es prácticamente irreconocible. Voy a vomitar en cualquier momento.

Es el perro.

La gente grita «¡Sean Kendrick!», pero yo sólo aúllo «¡Finn!», hasta que lo veo ante mí. Parece uno de los extraños hombrecillos de enormes ojos que hay tallados en el pórtico de la iglesia de Skarmouth.

—Pensé que... —pero no puede acabar la frase.

Sé lo que iba a decir, porque es exactamente lo que yo pensaba.

—Por favor, no te subas a esa yegua —me pide con fervor. No recordaba la última vez que me había pedido algo como si de verdad lo quisiera—. No montes ningún caballo de esos.

—No lo haré —prometo—. Correré con *Dove*.

## 9

### SEAN

Esa tarde, bastante después de que todo el mundo se haya marchado, llevo a *Corr* hasta la playa. Nuestras sombras son como las de alargados gigantes: en esta época del año oscurece a las cinco y la arena está fría. Dejo la silla y las botas de montar en la parte superior de la rampa para embarcaciones, donde la verde hierba crece entre la arena. *Corr* no aparta los ojos del océano a medida que la marea empieza a bajar.

Dejamos nuestras huellas en la playa virgen fruto de la bajamar. Voy descalzo y tengo los pies helados, especialmente cuando, en cada pisada, el agua del mar brota de la arena y entra en contacto con mi piel. Mis pies, llenos de ampollas, lo agradecen.

El primer día toca a su fin. La playa se ha cobrado algunas víctimas: un muchacho ha acabado con la cabeza ensangrentada por una caída, un hombre recibió un terrible mordisco (nada que una buena cerveza y unas cuantas horas de sueño no puedan remediar) y luego está lo del perro. No me extrañaría que lo hubiera mutilado la hembra pinta.

Pero hemos tenido inicios de temporada peores.

Esta noche tendrán lugar las inscripciones en Gratton's. Escribiré mi nombre junto al de *Corr*, aunque a estas alturas ya me parezca una pura formalidad. Durante la semana que viene, isleños y turistas comprobarán si los caballos están preparados para correr y, de estarlo, si se atreven a montarlos.

La vida empieza ahora.

*Corr* levanta la cabeza, aguza el oído y tuerce el cuello, como si cortejara al mar de Escorpio. Le susurro y tiro de la cabezada. Quiero que me preste atención a mí, no a la canción que entonan las poderosas aguas. Contemplo los ojos, las orejas y la silueta de mi montura para ver qué voz tendrá más peso esta noche: la mía o la del océano.

Se vuelve hacia mí tan rápido que, casi sin tiempo para pestañear, ya he sacado una varilla de acero del bolsillo antes de que complete su giro. No tenía intención de atacarme, sino de estudiarme con su ojo bueno.

Confío en *Corr* mucho más que en cualquiera de los otros.

Aunque no debería confiar tampoco en él.

Tiene el cuello suave, aunque la piel que le contornea los ojos es muy tirante. Vamos hacia las olas. El contacto de mis tobillos con el agua helada me hace exhalar muy rápido el aire que tengo en los pulmones. Y allí nos quedamos los dos: lo miro una y otra vez para comprobar el efecto que tienen los remolinos mágicos que se le forman alrededor de las patas. Se estremece, pero no se tensa: lo hemos hecho antes y el mes acaba de empezar. Ahueco las manos para recoger un poco de aquel líquido

salado y se lo echo sobre el hombro, sin dejar de apretar mis labios contra su pelaje para susurrarle unas palabras. Y él no se mueve un ápice. De modo que me quedo en esa posición, a su lado, mientras la arena actúa como un bálsamo sobre mis maltrechos pies.

*Corr*, rojo como el ocaso, contempla el océano. La orilla da al este, con lo que observa el cielo azul que pronto se teñirá de negro, imagen que reflejará en su inmensidad el mar. Nuestras propias sombras se sumergen en el océano y cambian de color en contacto con la espuma y las olas. En la sombra de *Corr* veo la de un elegante coloso. Por primera vez, veo a mi padre reflejado en la mía. No es exactamente idéntica, porque, a diferencia de él, no tengo la espalda ligeramente encorvada como si tuviera siempre frío. Y él tenía el pelo más largo. Pero en la postura firme y en la barbilla alzada sí lo reconozco: es la posición de un jinete, incluso estando en tierra firme.

El movimiento repentino de *Corr* me coge desprevenido y no hago nada. Está ya dando medio giro cuando me doy cuenta, pero, entonces, pisa con las dos patas exactamente en el mismo lugar en el que estaban y recibo un buen salpicón. Permanezco impasible y veo que *Corr* me mira con el cuello arqueado y las orejas apuntando en mi dirección.

Por primera vez en días, me río a carcajada limpia. Como respuesta a ese sonido, el animal agita la cabeza y el cuello como si fuera un perro que quiere secarse. Doy unos pasos atrás para alejarme del agua y él me sigue. Entonces lo persigo y lo mojo yo. Él responde con una mueca de dolor y, acto seguido, me salpica con los cascotes. Y así estamos un buen rato. No le doy la espalda en ningún momento, ni cuando él me sigue ni cuando lo sigo yo. Finge beber agua y alza la cabeza, como si estuviera disgustado. Yo hago lo mismo, pero le arrojo el agua a él.

Cuando ya me he quedado sin aliento, me duelen los pies por los guijarros y no puedo soportar lo helada que está el agua, me acerco a *Corr*. Él baja la cabeza y la frota contra mi pecho: noto su calor a través de la empapada camisa. Con los dedos dibujo una letra detrás de su oreja para tranquilizarlo. Le paso los dedos por las crines para calmarme yo.

No demasiado lejos oigo un chapoteo. Podría ser un pez, aunque tendría que ser uno de tamaño considerable para escucharlo por encima de las olas. Miro hacia el mar, que ya se ha teñido de negro.

Dudo que sea un pez. Tampoco *Corr*, que ya está mirando de nuevo al horizonte, lo cree. Se estremece y, cuando doy unos pasos para alejarme del mar, se resiste a seguirme durante unos segundos. Da un paso y luego otro, hasta que el agua ya no le toca la piel. Entonces se queda quieto. Vuelve a mirar hacia el mar, alza la cabeza y tuerce el hocico.

Tiro con fuerza de la cabezada y presiono con decisión la varilla de acero contra

su lomo, antes de que pueda iniciar su canto. Mientras esté conmigo, no entonará su canción.

Al subir por la pendiente, hacia la rampa para embarcaciones, veo unas siluetas en la parte superior de la carretera que lleva a Skarmouth. Están de pie en la rosada cresta, donde ésta se encuentra con el oscuro cielo. A pesar de estar lejos, reconozco sin dudarlos a una de ellas, de porte desgarrado: es Mutt Malvern. Parecen estar interesados en lo que hago, así que me mantengo alerta.

No tardo demasiado en darme cuenta de que Mutt Malver se ha meado en mis botas.

Los oigo reír. No pienso darle a Mutt la satisfacción de verme disgustado, con lo que vació las botas (su orina es demasiado infecta para esta playa) y ato los cordones. Las dejo colgando a cada lado de la silla de *Corr* antes de subir por la pendiente. Aunque está oscuro, me queda mucho por hacer. Tengo que llegar a Gratton's antes de las diez. El día se extiende ante mí, invisible entre tanta oscuridad.

Caminamos hacia el interior.

Las botas huelen a pis.



## 10

### PUCK

Hacía mucho tiempo que no estaba en Skarmouth después de que anoheciera, y me recuerda a un día en que papá vino a cortarse el pelo. Durante los primeros siete años de mi vida, papá tenía el pelo oscuro y rizado, como yo. Por la mañana se lo peinaba a su gusto y, a medida que iban pasando las horas, el pelo cobraba vida propia y se rebelaba. Bueno, el caso es que un día, cuando yo tenía siete años, papá volvió de los muelles con el pelo casi al cero, y al verlo me puse a llorar porque pensé que era un desconocido.

Y precisamente eso mismo me ha ocurrido con Skarmouth; de noche se ha convertido en un pueblo totalmente diferente al que he conocido toda mi vida y de momento no me siento cómoda dejándole que me dé un beso en la mejilla. La noche ha teñido de azul oscuro sus calles y casas. Los edificios se estrujan unos contra otros y se aferran a las rocas, asomándose al lóbrego e interminable muelle. Las farolas irradian brillantes halos de luz y los farolillos de papel penden de los cables tendidos entre los postes telefónicos. Se diría que son lucecitas de Navidad o luciérnagas que ascienden en espiral hasta llegar al contorno de Santa Columba, que gobierna la población desde lo alto. Una legión de bicicletas descansa apoyada contra las paredes de los edificios, y hay más coches aparcados que los que jamás haya visto en toda la isla. La luz de las farolas se refleja en los limpiaparabrisas, y de esos coches descienden hombres a los que no conozco, aunque sí me suenan algunos de los chavales que han venido en bicicleta. Sólo en días de fiesta he visto a tanta gente por la calle.

El ambiente es mágico y aterrador. Estoy desorientada, y eso que estoy en Skarmouth. No puedo ni imaginarme cómo se las apañará Gabe en el continente.

—Puck Connolly —me grita una voz cuyo dueño sé que es Joseph Beringer—, ¿no tendrías que estar ya en la camita a estas horas?

Aparco la bicicleta de Finn lo más cerca que puedo de la carnicería, apoyándola en la barandilla metálica que evita que acabes despachurrado contra el muelle (a menos que eso sea lo que quieras). El agua huele a pescado y desprende, además, un hedor raro. Me asomo a la barandilla para ver si hay algún barco allá abajo del que emerjan aquellos efluvios. Lo único que veo es el reflejo de los edificios en las oscuras aguas, como si hubiera otra Skarmouth mítica anegada bajo la mar.

Joseph me grazna algo más, pero no le hago ni caso. En cierto modo, me alegro de que esté aquí, comportándose como un zoquete, porque está tan presente en mi vida que logra que todo me resulte más familiar.

El chaval me tira de la coleta y la cabeza se me va para atrás. Me doy la vuelta para enfrentarme a él y pongo los brazos en jarras. Me dedica una sonrisa de oreja a

oreja. Tiene la cara llena de espinillas y el pelo muy rubio. Me suelta un «¡Vaya!», como si le sorprendiera que me dignara mirarle.

Me esfuerso por pensar en algo ingenioso que decirle, pero no puedo. Me irrita demasiado que lo que le resulta gracioso a un chaval de once años le siga haciendo gracia a uno de diecisiete.

—¡Joseph Beringer, no tengo tiempo para tus tonterías! —le espeto.

Nunca tengo tiempo para sus chorradas; y esta noche menos. Se supone que me tengo que inscribir para participar en las carreras. Como he tenido que salir a toda pastilla de casa, Finn se ofreció a darle de comer a *Dove*. Cuando me marché, lo dejé contemplando su comedero como si se tratara de la obra de ingeniería más compleja que jamás hubiera visto.

Joseph no se da por vencido y sigue repitiendo que debería estar en la cama. Es inagotable; cuando le da por un tema, insiste una y otra vez hasta que lo acabas aborreciendo. La sutileza no es su fuerte. No le presto atención y camino a toda prisa hacia Gratton's, la carnicería. Al observar a la gente que allí se congrega, entre la que hay ya bastantes turistas, pienso en lo que decía mamá: que esta isla estaría muerta sin ellos.

Esta noche la isla rebosa vida.

Gratton's está lleno hasta la bandera y hay quien se ve obligado a ver lo que sucede desde el paseo. El sonido es ensordecedor. Me tengo que abrir paso a codazos. No es que la gente de Skarmouth sea especialmente maleducada, pero la cerveza se les sube a la cabeza y no atienden a razones. La carnicería es un hervidero y los mozos esperan en fila contra la pared. El techo, con sus vigas de madera, parece cernirse sobre la multitud que allí se agolpa. No es nada descabellado que la carnicería sea el centro neurálgico de las carreras, de modo no oficial, pues aquí obtienen todos los jinetes los pedazos de carne con los que alimentan a sus salvajes monturas.

Todos menos yo.

Veo enseguida a Thomas Gratton. Le grita algo a alguien al oído. Su mujer, Peg, está detrás del mostrador. Sonríe y charla mientras sujeta una tiza en la mano. Puede que Thomas sea el dueño del negocio, pero papá me dijo una vez que Peg era la que llevaba los pantalones. Todos los hombres de Skarmouth están enamorados de Peg, porque, según papá, saben que ésta puede hacerles picadillo el corazón, y eso les encanta. Seguro que no se quedan prendados de ella por su físico: una vez le oí decir a Gabe que Mutt Malvern tenía más delantera que ella. Supongo que será verdad, pero recuerdo que me chocó mucho oírle decir aquello a mi hermano, porque ¿desde cuándo una chica puede decidir el tamaño de sus pechos?

Me acerco a la cola que lleva hasta Peg, que escribe los nombres en la pizarra. Me sitúo detrás de un hombre que lleva una anodina chaqueta azul y un sombrero. Es tan

alto que no veo nada. Me siento como una niña pequeña que corretea en una habitación llena de cristales rotos. Thomas Gratton pide a voz en grito que no se fume en la carnicería, y los allí congregados se ríen a mandíbula batiente contestando, divertidos, que Thomas no quiere que nadie le queme la salchicha.

La inseguridad hace mella en mi ánimo. No sé si debería estar aquí, haciendo cola. Creo que la gente empieza a mirarme. Oigo a quienes realizan sus apuestas junto al mostrador. Quizá me he equivocado y esta reunión no tiene nada que ver con la inscripción en las carreras. Puede que no me dejen apuntarme si corro con *Dove*. Lo único positivo es que Joseph Beringer ha desaparecido de mi vista.

Me aparto para ver más allá del gigante que me tapa la pizarra. En la parte superior se lee «JINETES» y, a su derecha, «*capaill*». Alguien ha escrito «carnada» en letra minúscula al lado de «JINETES». Unos centímetros por debajo de estos encabezamientos se leen los nombres de los jinetes, más numerosos que los de los caballos marinos. Me pica la curiosidad y estoy tentada de preguntarle al gigantón que tengo delante a qué se debe esa inferioridad numérica de los caballos. Me pregunto si Joseph lo sabrá. Me pregunto también si Gabe habrá regresado ya a casa. Y si Finn habrá conseguido averiguar cómo funciona el comedero. La cabeza me va a mil por hora y me cuesta concentrarme en una sola cosa.

Y entonces lo veo a él. Es un muchacho de cabello oscuro y rostro anguloso. Está de pie junto al mostrador, silencioso y callado, con los brazos cruzados. Lleva una chaqueta de color negro azulado. Está fuera de lugar: parece un león enjaulado. Su expresión es áspera, lleva el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba, como para protegerse la nuca, y va despeinado. No mira a nadie ni tampoco se esconde: simplemente está allí, mirando al suelo, ensimismado en sus pensamientos, que a buen seguro poco tienen que ver con lo que sucede en la carnicería. Todos se empujan y se achuchan; todos menos él, aunque tampoco parece que lo eviten. Es como si estuviera en otro lugar, diferente al que ocupamos los demás.

—¡Pero bueno, si es Puck Connolly! —dice alguien detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a un señor mayor que no está en la cola, pero que observa a quienes aguardan, pacientes, su turno. Creo que se llama Reilly o Thurber o algo así. Era un viejo amigo de mi padre, uno de esos a los que conoces desde hace tanto tiempo que no tienes la necesidad de recordar su nombre. Tiene la piel ajada y seca; en los surcos de su frente podrían anidar las gaviotas—. ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?

—Metiéndome donde no me llaman —contesto, porque es una respuesta difícil de rebatir. Miro al muchacho del mostrador, que justo en ese momento se vuelve y se queda de perfil. Reconozco esa silueta de inmediato: es el jinete que cabalgaba a lomos del semental rojo. Hay algo en su rostro y en ese pelo enmarañado por el viento de la playa que me acelera el pulso.

—Oye, Puck Connolly —me dice el viejo—, deja de mirar al muchacho así.

—¿Quién es? —me resulta imposible no tomarme la frase como una excusa para averiguar más sobre él.

—Pero, niña, ¿no lo sabes? Es Sean Kendrick —explica. Arqueo las cejas, en un intento de recordar de qué me suena ese nombre. Me siento como cuando te han explicado varias veces lo mismo en la escuela y luego te cuesta recordarlo—. Nadie sabe más de caballos que él. Corre año tras año y, en mi opinión, es el mejor. Siempre. Pero tiene un pie en la tierra y otro en la mar. Es mejor que no te cruces en su camino.

—Pues claro —digo, aunque en ese momento no sé exactamente qué camino tengo que seguir. Vuelvo a mirarlo mientras repito mentalmente su nombre. Sean Kendrick.

El chico se acerca al mostrador y Peg le sonríe con demasiada familiaridad, a mi entender. Como si quisiera demostrar algo. No oigo lo que le dice ella, pero no puedo apartar la vista de la escena cuando él se inclina un poco hacia delante y gesticula con los dedos al hablar. Tiene dos dedos en alto y los presiona contra el mostrador dos veces, como si contara. No me cuesta darme cuenta de que no está enamorado de Peg Gratton: me pregunto si es porque no sabe que puede hacerle picadillo el corazón. Aunque quizá sí lo sabe, pero no le importa.

Peg se da la vuelta, todavía con la tiza en la mano, y alarga el brazo todo lo que puede. Me doy cuenta en ese momento de que los centímetros que separaban los encabezamientos de «JINETES» y «CABALLOS» de los primeros nombres tenían su razón de ser: allí escribe «Sean Kendrick», por encima de los demás. El gentío grita alegre cuando acaba de escribir su nombre. Sean Kendrick no sonríe, pero sí le dedica una señal con la cabeza a la carnicera.

Uno de los allí presentes lo aparta para hablar y la cola avanza. Ya me queda menos para inscribirme y me pongo nerviosa. No sé si son estos mismos nervios o el calor que hace en esa tienda los que me causan un ligero mareo. Otro paso más.

Peg me sonríe, igual que le sonríe a todo el mundo. No la temo: parece bastante simpática y agradable.

—Hola, cielo, ¿quieres alguna cosa? Anda que vaya novecita has ido a elegir para venir por aquí...

Cree que he venido a por carne. Las mejillas me abrasan y me esfuerzo para que no me tiemble la voz.

—La verdad es que he venido a inscribirme.

La sonrisa de Peg permanece inalterable, pero ahora parece una mueca que alguien le hubiera pintado en el rostro. No se mueve ni un milímetro y la expresión de sus ojos no concuerda con dicha sonrisa.

—Tu hermano ha venido a advertirme que no te dejara inscribirte. Quería que

encontrara una regla que no te lo permitiera.

Gabe. Siento una punzada en el estómago. Intento no parecer desesperada mientras me apoyo en el mostrador, que está manchado de sangre. En ese momento me doy cuenta de que la mujer sabía perfectamente por qué estaba allí desde el primer momento, y aun así me había formulado aquella primera pregunta. Eso demuestra que tengo que desconfiar de ella y andarme con cuidado, pero no puedo, porque sigue pareciéndome simpática y agradable.

—Pero no hay ninguna regla que me impida participar, ¿a que no?

—No, ya se lo dije, pero... —de repente, su sonrisa se esfuma. Y me la imagino haciéndome picadillo el corazón, sin miramientos, sin errar el corte—. ¿Qué pensarían tus padres? ¿Lo has meditado bien? Estas carreras se cobran muchas vidas, cielo. Ya sabes que yo estoy por la igualdad de la mujer, pero esto no es cosa de mujeres.

Ese argumento me irrita mucho más que cualquier otro. No tiene ni pies ni cabeza. Le dedico la mirada de rabia que he practicado ante el espejo esta mañana.

—Lo he meditado y me gustaría apuntarme, por favor.

Me mira de hito en hito y yo permanezco impasible. Suspira, coge la tiza y se vuelve hacia la pizarra. Empieza a escribir una pe, pero la borra de inmediato con la palma de la mano. Me mira.

—No me acuerdo de tu nombre de verdad, cielo.

—Kate —le digo. De repente, siento clavados en la espalda todos los ojos de Skarmouth—. Kate Connolly.

Hay momentos que se recuerdan toda la vida, y hay instantes que crees que recordarás siempre, si bien no suele suceder que ambos momentos coincidan. Cuando Peg Gratton me da la espalda para apuntar mi nombre en la pizarra, blanco sobre negro, sé sin lugar a dudas que jamás olvidaré esa imagen por mucho que viva.

Se vuelve y arquea una ceja.

—¿Y el nombre de tu caballo?

—Dove —le respondo, pero lo digo en voz muy baja y se lo tengo que repetir.

Lo anota sin preguntarme nada. Seguro que pensaba que *Dove* era un *capall uisce*.

Me muerdo el labio. Peg espera.

—Puck, son cincuenta monedas por la inscripción —añade.

Siento un ligero malestar al desenterrar las monedas de mi bolsillo. Durante un momento aterrador creo que no tengo suficiente, pero, al final, encuentro el dinero con el que pensaba comprar algo de harina. Extiendo la palma, aunque no me decido a dárselo.

—Un momento —le digo antes de inclinarme sobre el mostrador. Y añado en voz baja—: ¿Hay alguna regla sobre los caballos? —si me descalifican y pierdo las

cincuenta monedas, no me lo podría perdonar—. Quiero decir...

—¿Quieres leerte las normas de la carrera?

Peg sale en busca del documento. Siento que todo el mundo mira mi nombre escrito en la pizarra. Cuando al fin la carnicera encuentra la hoja, me la ofrece. Es un papel arrugado que analizo con avidez, por ambas caras. Sólo se habla de los caballos en dos líneas: «Los jinetes deben declarar cuál es su montura a finales de la primera semana, en el desfile de jinetes del Festival de Escorpio. A partir de esa fecha, no se permitirá cambiar de montura».

Vuelvo a examinar el documento, pero no hallo ninguna referencia más a los caballos. No hay nada que diga que no puedo competir con *Dove*.

Finalmente le entrego las monedas a Peg.

—Muchas gracias —le digo.

—¿Quieres quedártela? —inquiere Peg, mostrándome la hoja arrugada que contiene la normativa. La verdad es que me da igual, pero asiento.

—De acuerdo —concluye—. Ya estás inscrita.

Ya es oficial.

Salgo de la tienda y me adentro en la oscuridad tomando grandes bocanadas de aire fresco. En el aire se nota un ligero olor a gas de los tubos de escape, que sustituye al de salobre anterior. En comparación con el hedor a sudor y a carne cruda de la tienda, me parece una delicia. La cabeza me da vueltas y estoy aterrorizada y contenta a la vez. Siento que distingo cada bache de la calzada, cada mancha de óxido de la barandilla y cada onda reflejada en el agua. Es noche cerrada y en el negro cielo y las oscuras aguas sólo destacan los amarillentos haces de luz de las farolas y de los escaparates de las tiendas.

A unos metros de mí, alguien discute. Reconozco la chaqueta de Sean Kendrick. Mutt Malvern está delante de él, su enorme silueta se cierne, amenazadora y sudorosa, sobre él. El corrillo que se empieza a formar alrededor de las dos figuras indica que la discusión no tiene nada de amistosa.

Es como los pájaros cuando quieren ahuyentar a un cuervo que se ha acercado demasiado a su nido o los ha ofendido. Los demás pájaros se lanzan en picado a atacarlo, graznando con agresividad. El cuervo permanece impassible y tranquilo en su negrura.

La escena sería la siguiente: Sean y Mutt, heredero de la mayor fortuna de la isla, enfrentados. En las botas de Sean brilla el escupitajo que le ha lanzado Mutt.

—Bonitas botas —dice con sorna Mutt. Pero Sean Kendrick no las mira. Se dedica a contemplar a su contrincante con la misma expresión impávida que tenía en la carnicería. Me horroriza y me fascina a la vez la expresión que leo en la cara de Mutt: es similar a la ira, pero no la sé identificar con exactitud.

Pasados unos segundos interminables, Sean se da la vuelta para marcharse.

—¡Oye! —le espeta Mutt—. ¿Tanta prisa tienes por volver a las cuadras? Apenas hace unas horas que recibiste tu ración de caballo —grita mientras hace un gesto grosero con la cadera.

Aquella provocación me habría hecho pasar un mal rato de no haber visto la sonrisa, apenas perceptible, que se dibuja en el rostro de Sean. Aquel gesto dura un brevísimo segundo; la boca apenas se mueve, cambiando la expresión de sus ojos un instante. Es una mueca condescendiente y astuta que desaparece de inmediato. Entonces caigo en la cuenta de que lo que veo en aquellos rostros tan dispares no es sino puro odio.

—Di algo, amigo de los caballos, ¿o es que se te ha comido la lengua el gato? —inquire Mutt—. ¿Te ha gustado mi regalito?

Tiene los puños bien apretados. No parece que lo que espere de Sean Kendrick sean simplemente palabras.

Pero Sean sigue sin intervenir. Siempre impasible, si bien quizá un poco cansado. Cuando Mutt da unos pasos hacia él para intimidarle, decide marcharse.

—¡Ni se te ocurra marcharte sin mi permiso! —le espeta Mutt. Da tres zancadas para llegar hasta Sean y lo agarra por el brazo con su manaza. De un tirón, Sean gira como una peonza—. Trabajas para mí. No puedes marcharte sin que yo te lo diga.

Sean se lleva las manos a los bolsillos.

—Por supuesto, señor Malvern —su tono de voz es tan sereno y reposado que el doctor Halsal, que contemplaba la escena, vuelve a entrar en la carnicería—. ¿En qué puedo servirle?

La respuesta sorprende a Mutt Malvern, que parece quedarse sin habla. Tengo la impresión de que, de momento, lo que quiere es arrearle un puñetazo a Sean Kendrick e improvisar algo que decirle más tarde. Pero entonces, se le acerca y declara:

—Voy a decirle a mi padre que te despida por robar. No puedes negarlo. Ese caballo era para mí, Kendrick, y lo dejaste marchar. Eso te costará tu empleo.

El dinero es un bien escaso en la isla. Decirle a alguien que se va a quedar sin trabajo no es un argumento que pueda tomarse a la ligera. Ni siquiera se trata de mi empleo, pero siento la misma punzada que cuando abro la puerta de la despensa para ver lo poco que tenemos para comer.

—¿De verdad? —responde Sean sin alterarse. Se hace el silencio y sólo se oye el rumor de voces que proviene de la carnicería—. He visto que te has inscrito en las carreras, pero no has apuntado el nombre de ningún caballo. ¿Por qué será, Mutt? —Mutt enrojece de la ira—.

Creo que sé cuál es el motivo —continúa Sean en un tono de voz tan bajo que quienes observamos la escena tenemos que contener la respiración para oír aquellas palabras—; tu padre espera, como cada año, que yo elija un caballo para ti.

—Eso es mentira —gruñe Mutt—. No eres mejor jinete que yo. Mi padre te consiente que me des los peores caballos, los que sobran y nadie quiere. Y tú te quedas los mejores. Si pudiera decidirlo yo, correría siempre a lomos del semental rojo. Y este año no pienso permitir que me des un caballo perdedor.

La puerta de la carnicería se abre y aparece el doctor Halsal, acompañado de Thomas Gratton. Se detienen en el umbral de la puerta y el último se limpia las manos en el delantal mientras observa la escena. Como Sean Kendrick habla tan bajo, la discusión se ha revestido de un tono solemne y sobrecogedor. El océano se muestra comedido en aquella serena noche. La tensión entre Mutt Malvern y Sean Kendrick se hace cada vez más palpable.

—Muchachos —interviene Thomas Gratton con tono jovial pero sin dejar de ser prudente—, creo que ha llegado la hora de que os marchéis.

Y, como si las palabras de Thomas Gratton jamás se hubieran pronunciado, Sean se acerca a Mutt antes de decirle:

—Si has salido con vida de esa playa los últimos cinco años, ha sido gracias a mí. Cumplo con las órdenes de tu padre, y eso es lo que pretendo seguir haciendo. Te subirás al caballo que yo te diga. No a otro.

Se vuelve hacia Gratton y asiente con brusquedad, con una madurez que no había apreciado antes. Y se adentra en la isla. Mutt le dedica un gesto grosero por la espalda. Cuando éste ve que Gratton lo observa, tarda unos segundos en bajar la mano y llevársela al bolsillo.

—Matthew —interviene Gratton—. Es tarde.

El doctor Halsal me mira. Entorna los ojos, como si quisiera convencerse de lo que ve, pero, antes de que le dé tiempo a abrir la boca, cojo la bici de Finn y me marcho. Thomas Gratton tiene razón: es tarde. Y mañana tengo que estar en pie muy pronto.

Sean Kendrick no es de mi incumbencia, sus problemas no tienen por qué afectarme. Tan sólo es otro jinete más.



## 11

### PUCK

Esa noche sueño que mamá me enseña a montar a caballo. Yo voy acurrucada delante de ella, como si fuéramos una sola persona, y me rodea con los brazos. Sus dedos son cortos y gruesos, como los míos. Es sencillo compararlos porque sujeta las riendas mientras que yo me agarro a las crines del poni. No llueve ni hace sol, es uno de esos días tan típicos en Thisby. Me sudan las manos.

—No te pongas nerviosa —me dice. Sus cabellos, agitados por el viento, me rozan el rostro, y los míos, a su vez, rozan el suyo. Son del mismo color que la rojiza hierba que se mece sobre los acantilados—. A los ponis de Thisby les encanta correr. Pero es más fácil separar a una lapa de una roca que a una mujer de Keown de un caballo, porque es como un centauro, forma parte del animal. Es imposible que nos caigamos.

Y entonces me despierto. Creo que alguien ha cerrado la puerta de casa, por eso me he desvelado. Me quedo allí, en la cama, sin mirar a ningún lugar en particular, todo está sumido en la más profunda oscuridad. Espero a que mis ojos se acostumbren a aquella negrura o bien a dormirme. Me seco las lágrimas que me humedecen las mejillas. Minutos más tarde, ya no sé si de verdad he oído el portazo.

Sin embargo, de repente, la habitación huele a sal y siento pánico. Veo a Gabe; está de pie junto a la puerta y asoma la cabeza. Distingo perfectamente el contorno de su cuello. Me repito para mis adentros «por favor, entra» una y otra vez. Me gustaría tanto que se sentara a los pies de la cama, como solía hacer antes de que murieran nuestros padres, y me preguntara qué tal me había ido el día. Que me dijera que había cambiado de opinión y que no tengo que participar en la carrera. ¿Dónde habrá estado hasta tan tarde?

Pero lo que quiero por encima de todo es que se acerque y se siente junto a mí.

No lo hace. Le da un golpecito a la puerta, como si lo hubiera decepcionado. Se da la vuelta y, en algún momento impreciso, vuelvo a quedarme dormida. Pero ya no sueño con nuestra madre.

### SEAN

De noche, las cuerdas de los Malvern están embrujadas.

A pesar de que llevo despierto diecisiete horas y que tengo que estar en pie otras cinco si quiero tener la playa para mí solo por la mañana, no voy directo a mi

apartamento. Prefiero quedarme en las frías caballerizas, cuyos pasillos poco iluminados recorro arriba y abajo para comprobar que los mozos les han dado de beber y de comer a los caballos. Han limpiado casi todas las cuadras, pero, como estamos casi en noviembre, les da miedo entrar en los boxes de los *capaill uisce*, incluso cuando están vacíos. Creo que en parte se debe a la reputación que tienen estos animales, y en parte a las leyendas que se cuentan sobre las caballerizas. En cualquier caso, hay tres boxes en los que no quiero que pasen los *capaill uisce* la noche. Como preparador principal de los caballos, no tendría que andar preocupándome por la limpieza de los establos, pero la verdad es que prefiero ponerme manos a la obra yo mismo antes de que los dos mozos novatos que ha contratado Malvern lo hagan de cualquier manera.

De modo que, mientras los caballos entonan su parloteo nocturno, tranquilo y grave, y las sabias paredes de las caballerizas me dan su cobijo, me dedico a dejar como una patena las tres cuadras. Limpio los comederos y les doy a los caballos sus raciones de carne correspondientes (aunque creo que están demasiado agitados para comer nada). Mientras sigo con mis tareas, imagino que las caballerizas son en realidad mías y que estos caballos a los que cuido llevan mi apellido. Que todos los compradores que los prueban asienten contentos ante mí, y no ante Benjamin Malvern.

Las caballerizas de los Malvern no siempre han sido suyas. Son un complejo de graneros de piedra que ya se utilizaban en Thisby para cobijar a los caballos desde mucho antes de que el apellido Malvern se oyera por primera vez en la isla. Lo único que puede hacerlo sombra a estas cuadras en tamaño, especialmente a la principal, es Santa Columba, en Skarmouth. Los establos se construyeron con el mismo fervor religioso. El techo se sostiene sobre unas columnas delicadamente talladas con figuras de ojos muy abiertos, que sostienen los pies de otros mozos que, a su vez, aguantan los de otros, y así hasta llegar a las figuras humanas con cabeza de caballo. Igual que sucede en la iglesia de Skarmouth, el inclinado techo del establo principal se sostiene con vigas de madera, entre las cuales destacan unas figuras de extraños animales cuyas extremidades se unen unas con otras. Pintadas en los recovecos más inesperados (en la esquina de la cuadra, en mitad del suelo, a la izquierda de las ventanas) se distinguen pequeñas y alambicadas formas: hombres que tienen cascos por manos, mujeres que tosen caballos, sementales que tienen tentáculos en vez de crines y colas...

La pintura más espectacular de todas cubre la pared que queda al fondo del establo principal. En ella aparece el mar y un hombre, quizá un olvidado dios marino, arrastrando a un caballo hacia el océano. El agua es del color de la sangre y el caballo es tan rojo como el mar.

Este establo es el animal más viejo de toda la isla.

Por todas partes se ven pistas de su naturaleza anterior. Las cuadras son tan grandes que, en todas menos en tres, Malvern ha colocado separadores para poder acomodar allí a más caballos deportivos, que luego exporta al continente. Las portezuelas de las cuadras son de acero, y las manillas sólo giran en el sentido contrario a las agujas del reloj. Hay algo escrito en runas rojas encima de uno de los umbrales. La décima cuadra, la más cercana a los acantilados, tiene manchas de sangre. En las paredes se distinguen unas salpicaduras similares a las de la espuma marina. Malvern ha ordenado que quiten las manchas una y otra vez, pero, cuando el sol de la mañana refulge en todo su esplendor, de nuevo aparecen las siniestras salpicaduras. Una de ellas es una mano; los dedos se distinguen perfectamente en la manilla de la puerta.

Tiempo atrás, no sólo eran los caballos deportivos los que habitaban estas cuadras.

He acabado ya de limpiar los boxes y los comederos. Ya no me quedan más tareas que realizar, de modo que apago las luces y me encuentro rodeado de una densa oscuridad, estómago de ese animal mítico que es el establo. Uno de los *capaill uisce* chasquea la lengua y otro le contesta. Aunque conozco a los caballos marinos, no puedo evitar que aquel sonido me provoque escalofríos. Los demás equinos enmudecen y permanecen alerta.

En realidad, no codicio las cuadras de Malvern. Tampoco quiero quedarme con los ricos compradores que acuden cada octubre a ver las carreras y a comprar sus purasangres. No quiero su dinero ni su reputación ni ir por Thisby como si fuera el dueño de la isla. No necesito tener cuarenta caballos en mi ganadería para sentirme satisfecho conmigo mismo.

Lo único que quiero es tener un hogar, cuenta abierta a mi nombre en Gratton's y Hammond's y, por encima de todo, quiero a *Corr*.

Por primera vez en nueve años, cierro la puerta de mi apartamento pensando en la cara colorada de Mutt Malvern y en sus puños amenazadores. Me quedo despierto largo rato, escuchando el violento chocar del océano contra las rocas del lado noroeste de la isla y pensando en la yegua pinta.

Finalmente logro quedarme dormido y sueño con el día en que pueda darle la espalda a Mutt Malvern y seguir mi camino.

## 12

### PUCK

La rosada luz de la mañana, pálida y primitiva, me acompaña cuando voy a buscar a *Dove*. Hace un frío del carajo, como solía decir mi padre, con el consiguiente enfado de mi madre, que añadía: «¿Es éste el tipo de lenguaje que enseñas a los críos?». Y supongo que así era, porque Gabe lo dijo el otro día, sin ir más lejos. El frío no es tan gélido como para congelar el barro, eso sólo pasa algunos años, de modo que avanzo por aquel prado embarrado dando pisotones y tiritando de frío. Intento no pensar en que estoy nerviosa. Casi me da resultado.

Llamo a *Dove* y golpeo la lata de café, que contiene su ración de grano, contra el poste de la valla. No es demasiado abundante (le daré más cuando hayamos entrenado un poco), pero le sirve de aliciente. Veo asomar su grupa, llena de barro, en el cobertizo. Le doy otro golpe a la lata, pero no se digna ni a mover la cola.

Pego un salto al oír la voz de Finn, a unos centímetros de mi codo.

—Sabe que estás hecha un manojo de nervios, por eso no se acerca.

Lo fulmino con la mirada. En algún lugar de Skarmouth, alguien prepara un pastel de carne, porque el viento transporta aquel delicioso olor hasta nosotros. El estómago me ruge, como queriendo señalar la dirección de la que proviene el aroma.

—Pues te equivocas, porque no estoy nada nerviosa. ¿No tendrías que estar limpiando la cocina o haciendo algo?

Finn se encoge de hombros y se pone de pie en el peldaño inferior de la valla. Parece que el frío no lo afecta en absoluto.

—¡*Dove*! —le grita, alegre. Me tranquiliza que *Dove* tampoco dé un paso hacia él.

—Pues vaya mula está hecha —añade mi hermano—, no vale para nada. ¿Qué planes tienes para hoy?

—La voy a llevar a la playa —explico. Me toco la nariz con la palma de la mano. Cuando hace este frío tan intenso, siempre tengo la impresión de que se me va a caer el moquillo, aunque al final, nada.

—¿A la playa? —repite Finn—. Pero ¿por qué?

Me irrita tanto tener que contestarle como la respuesta misma, de modo que me saco la hoja que contiene la normativa de las carreras de mi jersey de lana y se la paso. Finn alisa la arrugada hoja y yo le doy un par de golpes más a la lata, en un intento por no compadecerme de mi suerte mientras la lee. Sé perfectamente qué fragmento escruta en este momento, porque la boca se le contrae en una mueca. Cuando inscribí a *Dove* en las carreras, pensaba que podríamos entrenar lejos de la playa y acudir allí exclusivamente el día de la carrera. Pero la hoja con la normativa que me dio Peg Gratton dice que no puedo: todos los participantes deben entrenarse a

menos de ciento cuarenta metros de la playa, bajo pena de descalificación sin posibilidad de reembolso de la tasa de inscripción. Aquellas normas parecen ideadas expresamente para fastidiarme, aunque sé que obedecen a una buena razón: nadie quiere que los caballos marinos campen a sus anchas por toda la isla tan cerca de noviembre.

—Quizá podrías pedirles que hagan una excepción —manifiesta Finn.

—Quiero pasar desapercibida —respondo. Si voy a los comisarios de la carrera y armo un follón por lo de *Dove*, seguro que me descalifican de todos modos. Mi plan empieza a desmoronarse. Y todo por un hermano al que le importamos tanto que se ha largado antes de que nos despertemos.

A Finn y a mí nos sobresalta el sonido de un coche que se aproxima a la casa por la carretera. Ver un automóvil por aquí no es buena señal. Pocos habitantes de la isla los tienen, y todavía menos algún motivo para acercarse hasta aquí. Los únicos que se aventuran suelen ser hombres que no se quitan el sombrero mientras nos entregan algún recibo pendiente de pago.

Mi valeroso hermano Finn pone pies en polvorosa, dejándome más sola que la una. Cada vez tengo que entregar la misma suma de dinero, pero es menos doloroso si no te toca a ti contarle antes de dárselo a quien lo reclama.

Pero en esta ocasión, quien acude a vernos no es un acreedor. Llega en un coche elegante, del tamaño de nuestra cocina, que tiene una calandra tan grande como un contenedor de basura. Sus faros son dos amables ojos muy redondos, coronados por unas cejas de acero. Por el tubo de escape emanan unas nubecillas blancas que juegan con los neumáticos antes de extinguirse. Es rojo, pero no del mismo rojo que el caballo marino que vi ayer en la playa, sino de un tono que sólo los humanos pueden imaginar: el rojo de los caramelos o el de un pintalabios.

Rojo como el pecado, como suele decir el padre Mooneyham con gravedad.

Reconozco ese vehículo. Pertenece a Santa Columba; fue un bienintencionado parroquiano del continente quien se lo donó al padre Mooneyham para que realizara sus visitas. Al parecer, el feligrés tuvo una especie de visión en el mar, cerca de Skarmouth. Y el padre le da buen uso, pues visita a los isleños que le necesiten para dispensar la extremaunción y demás ritos, pero nunca conduce él. Se sienta en el asiento del copiloto y busca a alguien que haga las veces de conductor. Y si no hay nadie disponible, entonces se sube a su bicicleta, como solía hacer antes, aunque sea más viejecito que Matusalén.

Me da pena que Finn se haya escondido en casa, porque le habría gustado ver aquel majestuoso coche rojo del párroco. Me digo para mis adentros que le está bien empleado por ser un cobardica.

Antes de que me dé tiempo a preguntarme cuál será el motivo de tal visita, se abre la puerta del conductor y de ella baja Peg Gratton. Lleva protegidos los pies con unas

botas verdes de goma a las que no les gusta nada el barro de nuestro jardín. El padre Mooneyham está intranquilo por algo, pero se queda en el asiento del copiloto. Peg es quien decide intervenir, cosa que me preocupa.

—Puck —me dice. Tiene el pelo rizado, corto y pelirrojo, muy diferente a su vez al púrpura del coche o al del caballo de la playa. Lo lleva alborotado pero le queda bien, lo que me da esperanzas, porque no sé qué hacer con el mío—, buenos días, tienes un momento, ¿verdad?

Es una mujer muy lista porque en realidad no me pregunta si lo tengo o no: lo asevera. Tengo que apuntarme esta técnica para utilizarla en un futuro.

—Sí —le respondo, aunque no me gusta la idea de que vea cómo está la cocina: parece que un grupo de hadas rebeldes la haya utilizado para realizar magia negra toda la noche—. ¿Te apetece tomar un té?

—No puedo hacer esperar al padre —me responde ella, bastante tajante—. Ya ha sido demasiado amable trayéndome hasta aquí.

Por supuesto, eso no es cierto, porque es ella la que ha conducido. La observo con los ojos entornados. Al ver aquel coche rojo he recordado que hace mucho tiempo que no me confieso y que he hecho muchas cosas que debería confesar. Siento desasosiego.

Ahora es Peg quien titubea. Le echa un vistazo a nuestro jardín, que tiene un aspecto bastante deplorable. A menudo quito las malas hierbas que crecen en las esquinas de la valla y de la casa, pero los hierbajos silvestres siguen haciendo su aparición en cualquier juntura. La hierba no es especialmente abundante en nuestra parcela: el barro lo inunda casi todo. Pero Peg no le presta especial atención a este despropósito de jardín nuestro, sino que observa la silla de montar que descansa sobre la valla, al lado de mis cepillos. Y la lata de café que llevo en la mano.

—Mi marido y yo estuvimos hablando de ti ayer por la noche, justo antes de irnos a dormir —me confiesa. Me siento bastante incómoda al imaginarla a ella y al rubicundo Thomas Gratton en el mismo lecho, hablando de mí, como si fuera un tema corriente de conversación. Me pregunto de qué hablarán cuando el tema de conversación no soy yo... Quizá hablen del tiempo, del precio del tuétano o de por qué los turistas siempre llevan zapatos blancos cuando llueve. Creo que si yo tuviera un marido carnicero, de eso sería de lo que hablaría—. Él cree que no vas a participar con un *capall uisce*. Yo le dije, por supuesto, que eso era ridículo, porque si el hecho de participar en las carreras es una idea nefasta, ir a lomos de un caballo corriente todavía complica más las cosas.

—¿Y qué respondió él?

—Me dijo que recordaba que los Connolly tenían una pequeña yegua parda que respondía al nombre de *Dove* —explica Peg—. Yo reconocí que precisamente aquél era el nombre que me habías hecho anotar ayer por la noche en la pizarra.

Aprieto la lata de café con fuerza.

—Es verdad —le respondo—. Las dos cosas son ciertas.

—Eso es precisamente lo que pensaba. Así que le dije que iba a venir hasta aquí para quitarte esa idea de la mollera —parece bastante molesta. Supongo que una cosa es decírselo a tu marido rubicundo en la cama y otra muy diferente hablar conmigo aquella gélida mañana.

—Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí —me disculpo, aunque en realidad no lo siento, y no suelo mentir antes de desayunar—, pero nadie va a conseguir que cambie de idea.

Se lleva una mano a la cadera y la otra, a la nuca, con la que se aplasta los rizos. Aquella posición transmite tanta frustración que me siento un poco mal por ser yo la causante.

—¿Lo haces por el dinero? —me pregunta al fin.

No sé si debo sentirme ofendida o no. Me explico: claro que necesitamos el dinero, pero ni siquiera el tonto más tonto de toda la isla pensaría que tengo una mínima oportunidad de ganarles a esos mastodontes.

Aunque me cueste reconocerlo, siento que una pequeñísima parte de mi ser, lo suficientemente minúscula como para disolverse en una taza de té, se ha hecho ilusiones y cree que la victoria es posible. Y me apena pensar que no puedo lograrlo. Pero cómo voy a ganarles a los caballos que mataron a mis padres subida en el poni en el que aprendí a montar... Sin duda la más tonta de la isla soy yo.

—Lo hago por motivos personales —declaro con frialdad. Es lo que mi madre me enseñó a decir cuando la conversación tuviera que ver con peleas con mis hermanos, enfermedades intestinales, el inicio del periodo o con dinero. Y esta decisión abarca dos de los cuatro temas mencionados, así que creo que está más que justificada.

Peg me mira, quizá en un intento por sacar sus propias conclusiones.

—Bueno, creo que no tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Aquello es un campo de batalla —concluye.

Me encojo de hombros y, por un instante, siento que soy Finn y deseo no haber hecho ese gesto.

—Puede que mueras.

Intenta asustarme. Pero esa frase no me intimida.

—Tengo que participar en la carrera —insisto.

Dove elige ese preciso instante para hacer acto de presencia. Está llena de barro, es poca cosa y no parece demasiado contenta de vernos. Se acerca a la valla e intenta mordisquear la silla de montar. La miro enfadada. Está en buena forma y tiene buenos músculos, pero en comparación con los *capaill uisce* de ayer, parece de juguete.

Peg suspira y hace un gesto con la cabeza, como diciendo «bueno, por lo menos lo he intentado». Se marcha pisando enérgicamente el lodo. Antes de subirse al lujoso

coche rojo, les da unos golpes a las botas para sacudirse la suciedad. Le froto el hocico a *Dove* y me siento mal por haber decepcionado a la temible Peg Gratton.

Pasados unos instantes, oigo mi nombre. El padre Mooneyham me llama. No doy crédito: ¿acaso Peg ha convencido al párroco de que correr en las carreras es un tema espiritual? Me acerco con paso taciturno a la ventanilla del copiloto.

—Kate Connolly —dice el padre Mooneyham. Es un hombretón alto, de barbilla y mejillas huesudas, muy pegadas a la nariz y enrojecidas. Tiene la nuez muy marcada: lo descubrí una vez que se cayó de la bici y se le movió el alzacuello.

—Padre —lo saludo.

Me mira y, acto seguido, me dibuja en la frente la señal de la cruz con el pulgar, igual que hacía cuando yo era pequeña y escupía en la iglesia.

—Ven a confesarte, hija, hace mucho que no vienes.

Peg y yo esperamos a que diga algo más. Pero se limita a subir el cristal de la ventanilla y a pedirle a Peg que dé marcha atrás para salir de nuestro jardín. Cuando se marchan, veo la nariz chafada de Finn contra la ventana del dormitorio, maravillándose ante la presencia de aquel coche.



## 13

### SEAN

Estoy en un redil circular, en Malvern Yard, con un americano pegado al cogote. Los dos observamos cómo trota *Corr* a nuestro alrededor. La mañana es de un azul pálido que necesita unas cuantas horas más para ser agradable. Tenía intención de pasarla en la playa, antes de que llegaran los demás, pero Malvern me ha interrumpido antes y, sin darme tiempo para hablar, me ha hecho cargar con aquel americano. Pensé que llevarlo a la playa sería una pésima idea, con lo que me lo he llevado al redil para entrenar hasta que se acabe aburriendo como una ostra. La regla que dicta que los *capaill* sólo pueden entrenar cerca de la costa únicamente se aplica si van ensillados, algo de lo que yo siempre me aprovecho. En un redil como aquél poco se puede preparar uno para lo que pasa en la playa.

*Corr* lleva veinte minutos trotando en círculo. Lo sostengo con un cabestro. El americano está entusiasmado, pero sin resultar irrespetuoso. Creo que me teme más a mí que a *Corr*. Nuestros acentos, tan diferentes, nos hacen observarnos con cautela.

—Qué construcción tan interesante. ¿Se hizo específicamente para los *capaill uisce*? —inquire. Pronuncia con suma delicadeza y precisión las dos últimas palabras: «*capaill uisce*».

Digo que sí con la cabeza. Al otro lado de las cuadras está el redil circular en el que entreno a los caballos deportivos. Mide casi quince metros de ancho de extremo a extremo y tiene unas paredes parecidas a las vallas, pero construidas con tubos metálicos ligeros. *Corr* no toleraría el metal largo rato y, además, aunque lo tolerara, nadie querría colocar a un *capall uisce* en una estructura que se podría llevar el viento en cualquier momento. Así que, en su lugar, estamos en este increíble corral circular de aspecto aterrador, diseñado por Malvern tiempo antes de que apareciera yo. Para crear esa construcción, fue necesario levantar unas paredes naturales de tierra escarbando siete metros de profundidad en la ladera de una colina. Sólo se puede entrar por un camino de altos muros terrosos que lleva hasta una puerta de roble que forma parte de la pared de aquel recinto circular de entrenamiento. Me gusta bastante el sitio, excepto cuando se inunda.

—¿Cómo se dice, *capaill uisce* o *capall uisce*? —me pregunta el americano frunciendo el ceño.

—*Capaill* es plural. *Capall*, singular.

—Entendido. Aquí nunca se sabe cuándo va a ponerse a llover, ¿verdad? —inquire. Es bien parecido, tendrá unos treinta y tantos y lleva una gorra marinera, un jersey de pico y unos pantalones perfectamente planchados que no permanecerán demasiado tiempo en ese estado por culpa de la humedad. El cielo, ingrato, nos escupe, pero la lluvia es débil y habrá desaparecido cuando me vaya a la playa con

los demás—. ¿Cuánto tiempo lo tiene corriendo al trote?

*Corr* no oculta su descontento. Está cansado de trotar. Mi padre me decía que ningún caballo marino está hecho para trotar. Los caballos pueden ir al paso, al trote, a medio galope y al galope. En principio no hay motivo alguno para preferir uno de los cuatro pasos, pero lo cierto es que *Corr* preferiría ir al galope hasta acabar cubierto de un sudor blanquecino, como la espuma, antes que trotar durante menos tiempo. Mi madre me dijo una vez que yo tampoco estaba hecho para trotar, y creo que es verdad. Es un paso demasiado lento para dejarse llevar y tampoco resulta cómodo por el traqueteo. No me importa en absoluto que *Corr* practique a solas el trote.

El animal sabe que está siendo observado por un extraño, de modo que se esfuerza más con sus cabriolas y agita más las crines. Yo le permito que siga con su pequeño espectáculo: hay pecados mucho peores que ése en un caballo.

El americano me sigue observando, de modo que me veo obligado a contestar:

—Estoy dejando que se desfogue un poco. La playa estará llena y no quiero bajar hasta allí con tres caballos recién salidos de la cuadra.

—La verdad es que es una preciosidad de animal —dice el hombre con intención de agradarme, cosa que consigue—. Su sonrisa me indica que ya lo sabe —añade.

No me había dado cuenta de que estaba sonriendo, pero sí, tenía razón: ya lo sabía.

—Por cierto, me llamo George Holly —se presenta—. Le estrecharía la mano si no la tuviera usted ocupada.

—Sean Kendrick.

—Ya lo sé. En realidad, he venido a verlo a usted. Tengo entendido que sin su presencia, una carrera no es una carrera de verdad.

La boca se me contrae en una mueca.

—Malvern me ha dicho que quiere comprar algunos potros.

—Bueno, también he venido por ellos, sí —Holly se seca la humedad que le impregna las cejas—. Pero podría haber enviado a mi agente para eso. ¿Cuántas veces ha ganado?

—Cuatro.

—¿Cuatro? Es usted el mejor de todos, un tesoro nacional. O regional, depende. ¿Sabe si Thisby es autónoma en estos temas? ¿Por qué no compite en el continente? Bueno, quizá ya lo hace y me he colado, sus noticias nos llegan con cuentagotas.

George Holly no lo sabía, pero sí había estado en el continente, con mi padre, con motivo de una de las carreras. Los espectadores llevaban jerseys de pico, bombines y bastones. Los caballos llevaban bridones y los jinetes, ropa de seda. La pista estaba delimitada por un raíl blanco y las esposas parecían muñecas de porcelana. Las colinas se extendían, plácidas, a cada lado de las gradas. El sol brillaba, las apuestas

ya se habían realizado y el favorito le acabó sacando dos vueltas al segundo. Volvimos a casa y jamás regresé.

—No soy jinete —le digo. *Corr* empieza a acercarse hacia nosotros y lo aparto con un movimiento rápido de bastón, forzándolo a ir hacia la pared. El bastón no es lo suficientemente largo como para tocarlo, pero tiene un trozo de cuero unido al extremo, que chasca para recordarle cuál es su lugar.

—Yo tampoco —anuncia Holly mientras se lleva las manos a los bolsillos, como si fuera un chaval. Gira sobre sus talones para ver cómo corre *Corr* a nuestro alrededor—. No soy más que un amante de los caballos.

Ahora caigo en la cuenta de quién es. No lo conocía a él personalmente, pero sí a su agente, que acude año tras año para comprar un par o tres de potrillos. Holly es el equivalente americano de Malvern: es el dueño de una gigantesca ganadería muy conocida por sus caballos de salto y sus caballos hunter; lo suficientemente rico como para venir hasta Thisby a mejorar su ganadería. Diciendo que es un «amante de los caballos» se queda corto, aunque hace que me caiga mejor.

Y aquí me tiene Malvern, haciendo de canguro. Tendría que sentirme halagado, pero sigo pensando en cómo apañármelas para librarme de él y poder bajar a la playa.

—¿Cree que Benjamin Malvern sería capaz de separarse de este ejemplar? —me pregunta Holly, que observa las zancadas que da *Corr*, y probablemente se las imagina sobre terreno americano.

Titubeo. Por primera vez, me alegra la respuesta que tengo que darle, aunque me haya quitado el sueño en innumerables ocasiones.

—Malvern no le vendería a nadie sus caballos marinos.

Además, es ilegal sacar a los *capaill uisce* de la isla, aunque quizá eso no detendría a alguien como Holly. Si él fuera un caballo, tendría que sacarlo a trotar un buen rato para que se relajara un poco.

—Quizá es que no le han ofrecido la cantidad adecuada.

Aprieto con fuerza los dedos contra el cabestro. *Corr* nota la tensión y arquea la oreja hacia mí. Siempre nota mis cambios de humor.

—Las ofertas que recibe no son nada despreciables.

Por lo menos una de ellas: todos mis ahorros, incluido lo que he ganado en las carreras. Podría comprarle a Malvern diez de sus potros o diez de sus otros caballos. Pero no el único que quiero.

—Supongo que usted lo sabe bien —afirma el hombre—. A veces no es cuestión de dinero —no parece molesto. Supongo que está acostumbrado a comprar caballos y a ser rechazado, con lo que estas situaciones no lo sorprenden—. Desde luego, es un caballo formidable. Como todos los de Malvern, que son la leche.

No se le puede culpar de sentirse tan contento por estar aquí.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en la isla? —le pregunto.

—Me voy con el ferry el día después de la carrera, con aquellos ejemplares que Malvern me haya convencido para comprar. ¿Quiere acompañarme? Me vendría bien contar con alguien como usted. No como jinete, sino como lo que usted me diga que es.

Esbozo una frágil sonrisa, que revela la imposibilidad del trato.

—Ya veo —responde él, y señala con la barbilla a *Corr*—. ¿Puedo sostenerlo yo un momento? ¿Me dejará?

Es tan educado que le doy el cabestro y el bastón. Holly los coge con delicadeza y separa las piernas instintivamente para contar con una mejor base de apoyo. Sostiene el bastón con la mano derecha, como si fuera una extensión del brazo. El hombre debe de haberles dado cuerda a muchísimos caballos.

Aun así, *Corr* lo pone a prueba de inmediato. Arquea el cuello y se aproxima, de modo que Holly tiene que hacer restallar el bastón. *Corr* sigue insistiendo.

—Dele —le digo—, tiene que hacerlo restallar.

Holly blande el bastón y le da una sacudida fuerte para que el cuero restalle. *Corr* arquea la cabeza, más conciliador, antes de alejarse trotando hacia la pared. El americano sonríe feliz.

—¿Cuánto ha tardado en domesticarlo así?

—Seis años.

—¿Podría hacer lo mismo con las dos yeguas que hemos visto antes?

Había intentado darle cuerda a la yegua baya para adiestrarla y, si bien la experiencia no había sido un desastre, tampoco había sido una maravilla. Lo que menos me apetecía aquel día era estar con Holly o con cualquier otra persona en el redil. No estoy seguro de que seis años de trabajo con cualquiera de las dos yeguas pudieran dar el mismo fruto que los seis años que he pasado con *Corr*. No sé si es porque me entiende mejor que ellas o porque yo lo entiendo mejor que las dos hembras.

—¿De quién ha aprendido todo esto? Seguro que de Malvern, no —el americano se vuelve para mirarme y, en ese segundo de distracción, *Corr* se aparta de la pared y se acerca a nosotros, veloz y silencioso.

No espero a que Holly reaccione. Le quito el bastón de la mano y salto para enfrentarme a *Corr*. Presiono con fuerza la punta del bastón contra su hombro. El animal se encabrita y se aparta, pero yo lo sigo. Cuando da marcha atrás, le aprieto el pedazo de cuero contra el carrillo, desafiándolo a que me ponga a prueba, como había hecho con Holly.

Ya hemos jugado a esto antes, y los dos sabemos cómo acabará.

*Corr* se deja caer al suelo.

Holly arquea las cejas. Me da el cabestro y se seca las manos en los pantalones.

—Es la primera vez que le doy cuerda a un caballo así. Por lo menos no ha

acabado enredada en algún árbol.

No parece desconcertado.

—Bienvenido a Thisby —le digo.

## 14

### PUCK

Cuando se marcha Peg Gratton, Finn y yo preparamos las cajas para ir a Skarmouth. Me molesta bastante no poder disfrutar de mi solitaria entrada en el pueblo, a lomos de *Dove*, pero tenemos que cargar con las teteras y el Morris no arranca. Así que, con todo el pesar de mi corazón, tengo que engancharle nuestro carrito. Me enrabieta por la inminente vergüenza que sentiré al llegar de esta guisa, y coloco las cajas que contienen la cerámica con gran estruendo.

De repente, me asalta un pensamiento.

—¿Cómo vamos a traer de vuelta a casa el carrito? —le pregunto a Finn, que está colocando con suma delicadeza las cajas para que queden perfectamente alineadas. Parece que esté colocando ladrillos y tarda bastante. Me da igual si las cajas más grandes van abajo o arriba mientras no acaben chocando unas contra otras—. Me tengo que llevar a *Dove* a la playa, y no puedo cargar con el carro.

—Ya me lo llevaré yo —responde alegremente él mientras ajusta al milímetro las esquinas de una caja con dos dedos.

—¿Tú?

—Pues claro —añade—. Estará vacío.

Me imagino a mi hermano pequeño saliendo de Skarmouth con el carrito a cuestas y aquel jersey que le va enorme, como si fuera un troll escuchimizado, y también a mí me entran ganas de irme al continente, donde nadie me conozca. Pero no hay otra solución a menos que quiera llegar a la playa cuando la marea ya haya subido. El día está nublado, pero ya empieza a aclararse un poco. El tiempo pasa deprisa.

—Puede que Dory nos permita dejarlo detrás de la tienda —propongo—. Lo podría ir a buscar con *Dove* cuando haya acabado.

Finn le rasca la grupa a la yegua con un dedo y ésta da una patada en el suelo con el casco para espantarlo como si fuera una mosca.

—*Dove* dice que no quiere cargar con el carro después de que la hayas hecho correr para escapar de los monstruos marinos —aventura mi hermano.

—*Dove* dice que parecerás un idiota si vas por ahí tirando de un carro para ponis.

Finn le dedica una tímida sonrisa a su lote de cajas perfectamente alineadas.

—Me da igual.

—¡Ya lo veo! —exclamo.

Todavía no hemos llegado a ningún acuerdo cuando acabamos de cargar las cajas en el carro, pero ya no nos queda más tiempo para discutir, de modo que nos marchamos. Yo voy guiando a *Dove* y Finn nos sigue detrás. *Puffin* nos acompaña un trecho del camino. Mi hermano intenta disuadirla, cosa que hace que la gata nos siga

todavía con más ganas.

A mitad de camino, noto el hedor a carne podrida en el viento. Finn y yo intercambiamos una mirada. La isla no es ajena a terribles olores (cuando las tormentas arrastran a peces de gran tamaño hasta nuestras costas, donde se descomponen, cuando las ganancias de los pescadores se estropean con el calor o cuando el viento nocturno a veces trae consigo un intenso hedor a salmuera y a humedad), pero ese olor no proviene del mar. Huele a descomposición, a algo que ha sido abandonado en un lugar extraño. No quiero pararme, pero podría tratarse de una persona, de modo que le digo a Finn que me espere junto a *Dove* mientras escalo la pared de piedra cercana que me separa de aquel olor pestilente.

Tengo el viento de cara; consigue atravesar la niebla, en vez de desviarse, y arqueo la espalda para no congelarme de frío mientras esquivo cacas de cabra. Ojalá hubiera enviado a Finn a investigar el origen de aquel olor, pero es demasiado aprensivo y no soporta ver sangre. Así que soy la afortunada en hacer el descubrimiento: una montaña de restos que una vez pertenecieron a una oveja. Lo único que se distingue bien son las pezuñas, un pedazo de la cola, un montón de tripas (la fuente de aquel hedor) y el peludo cráneo, con el ojo aplastado. Lo poco que le queda de lana, detrás del cuello, tiene una marca azul, lo que indica que pertenece al rebaño de Hammond. Me estremezco de miedo, aunque dudo que el *capall uisce* responsable de esa carnicería esté cerca. Estamos demasiado lejos del mar como para que se aventuren hasta aquí.

Regreso junto a Finn y a *Dove*. Están jugueteando: Finn le da un toquecito a *Dove* en el hocico y ésta responde con una mueca malhumorada. Mi hermano levanta la vista.

—Era una oveja —informo.

—Ya lo sabía —responde.

—Pues la próxima vez podrías usar tus superpoderes y así no tendré que pringarme de barro hasta las rodillas.

—No me lo preguntaste.

Y volvemos a ponernos en marcha hacia Skarmouth.

Vamos a la tienda de Dory Maud, que se llama Fathom & Sons; cosa que no entiendo, porque Dory no tiene hijos ni tampoco marido. En fin. Vive con sus dos hermanas, que tampoco se apellidan Fathom ni tienen hijos, y recolecta objetos todo el año para poderse los vender a los turistas en octubre y noviembre. De niña, lo que más me llamaba la atención de Dory era que siempre llevaba un par de zapatos diferente; cosa de lo más extravagante en la isla. Ahora, lo que me llama la atención de ella y de sus hermanas es que no tienen apellido: cosa extravagante tanto en la isla como en cualquier otra parte.

Fathom & Sons está situada en una callejuela de Skarmouth. Es tan estrecha que

*Dove* y su carrito pasan con cierta dificultad. En el callejón no se adentran ni la niebla ni el sol, así que tiritamos de frío cuando el repiqueteo de los cascos de *Dove* resuena contra las paredes de los edificios cercanos.

Algunas puertas más abajo está Jonathan Carroll dándole trocitos de galleta a un perro de raza collie. Su figura se distingue entre las sombras de la mañana. Los dos hermanos Carroll tienen el pelo oscuro y rizado, pero uno de ellos tiene una masa de pan reblandecida por cerebro y el otro, una masa de pan también reblandecida en los pulmones. Cuando vine una vez a Skarmouth con mamá, nos cruzamos con Brian (el que tiene la masa de pan en los pulmones) hecho un ovillo y temblando, sin poder respirar. Mamá le dijo que expulsara el aire malo que guardaba dentro antes de inspirar, y lo dejó a mi cuidado mientras iba a comprarle un café bien cargado. En su momento me enfadé bastante, porque mamá me había prometido que me compraría un rollito de canela de esos tan ricos que hacen en Palsón's, de esos que se acaban enseguida. Me avergüenzo al recordar que le dije a Brian que si se moría y yo me quedaba sin rollito de canela, escupiría sobre su tumba. No sé si él se acuerda de esto, parecía bastante concentrado intentando respirar a través del cuenco que había formado con las manos. Espero que no, porque mi carácter ha mejorado bastante desde entonces. Ahora también se me habría ocurrido lo de escupir sobre su tumba, pero nunca se lo hubiera dicho a la cara.

El caso es que no es Brian, sino Jonathan, quien le da trocitos de galleta al perro. Mira a *Dove*, después a Finn y finalmente a mí.

—Hola, poni —dice sin más, lo que prueba que éste es el hermano que tiene una masa de pan en la cabeza en vez de cerebro.

—Espérame aquí —le ordeno a Finn—. Y empieza a descargar la cerámica. Voy a ver qué puedo hacer con el carro.

Fathom & Sons es una tienda abigarrada, oscura y estrecha. Las etiquetas que indican el precio de los objetos y de las figuritas que venden las hermanas destacan como dientes blancos en la pálida luz. Siempre huele como si estuvieran friendo mantequilla en una sartén: una delicia. No sé cuántos compradores entrarán en la tienda; me da la impresión de que gran parte de la venta tiene lugar los fines de semana, en el tenderete que montan, o los días previos a las carreras. Así que las etiquetas con los precios y el delicioso olor a mantequilla probablemente sean innecesarios el resto del año.

Hoy no es una excepción: cojo una bocanada de aire cuando abro la puerta. Dentro, las hermanas se pelean por algo, como de costumbre. No he hecho más que entrar por la puerta y Dory Maud ya me ha puesto un catálogo en las manos.

—Toma —me insta—. ¿A que comprarías cosas de aquí, Puck? —las hermanas me llaman Puck y no Kate porque las tres están de acuerdo en que a una persona se la tiene que llamar por el nombre que quiere usar, sin limitarse al que se le dio al nacer.



No recuerdo haberles dicho que prefería Puck y no Kate (los dos nombres son míos), pero no me importa.

—La muchacha está a dos velas —dice Elizabeth con desdén desde las escaleras situadas al final de la tienda. Éstas llevan al segundo piso, donde viven las tres hermanas. Nunca he subido, aunque secretamente lo anhele. Supongo que debe de haber zapatos por doquier. Y mantequilla.

—Pues claro que le va a parecer bien —prosigue Elizabeth.

Observo lo que Dory Maud me acaba de dar: es un catálogo, de pulcra impresión, de Fathom & Sons. Al mover las manos, se queda abierto por una página en la que aparece dibujada una mujer que lleva guantes de ganchillo. Hay una viñeta de un cuello que luce uno de esos collares con una cruz de piedra que tanto gustan a los turistas. Las elegantes letras describen cada producto con minucioso detalle y un flash publicitario reza: «¡NUESTRA HERENCIA CULTURAL A TU ALCANCE! ¡INVIERTE EN UNA MODA ETERNA!». La verdad es que parece un catálogo de verdad, de esos que traen a veces en barco, con la única diferencia de que salen las cosas de la tienda. Mi mal humor se disipa.

—¡Qué pasada! —exclamo. Me muevo unos centímetros para que la antigua estatua de la fertilidad, llena de polvo, deje de darme golpecitos contra el hombro con sus dedos de piedra. Lleva bastante tiempo a la venta—. ¿Cómo lo has hecho? ¡Pero mira qué letras! ¡Son perfectas!

—El señor Davidge, de la imprenta, es quien se ha encargado —me explica Dory Maud satisfecha, mirando por encima de mi otro hombro.

—Porque Dory Maud se lo hizo con él —añade Elizabeth desde las escaleras. Todavía lleva puesto el camisón y va peinada con unos rizos que ya tienen varios días.

—Vuélvete a la cama, anda —ordena Dory, sin acalorarse. No quiero darle demasiadas vueltas al asunto. Dory es, en palabras de mamá, una «mujerona», lo que quiere decir que, vista de espaldas, parece un hombre, y vista de frente, hubieras preferido verla de espaldas. Elizabeth es la hermana guapa; tiene el pelo largo, pajizo, y una nariz altiva, en parte aristocrática y en parte desdeñosa. Nadie parece prestarle demasiada atención al aspecto de la tercera hermana, Annie, porque es ciega.

Sigo hojeando el catálogo. Sé que me están entreteniéndome, pero no me importa.

—¿Y nuestras teteras salen aquí? ¿Quién va a ver este catálogo?

—Bah, los cuatro gatos que lean los anuncios que aparecen al final del Post —responde Elizabeth. Ha subido dos escalones, pero todavía le quedan bastantes más hasta llegar a la cama— y todos a los que nos les importe esperar años para recibir su pedido.

—¿El Post? ¡En el continente! —exclamo mientras intento localizar nuestras teteras. De pronto veo la ilustración de uno de los recios cacharros, con los cardos

que siempre pinto en uno de los lados. La misma mano que dibuja los anuncios en nuestro pequeño periódico local, que sale sólo los miércoles, es la autora de aquella ilustración. El texto dice que la tetera cuenta con un «diseño representativo» y que las «unidades son limitadas». Además, señala que cada pieza está numerada y firmada, aunque yo no he hecho nada de eso. Es raro pensar en algo mío más allá del océano, lejos de aquí. Señalo con el dedo lo de la firma y pregunto:

—¿Y esto?

Dory Maud lee la descripción.

—Ah, bueno. Eso hace que la pieza sea más valiosa. Seguro que no te cuesta nada numerarlas y firmarlas. Pasa y tómate un té, te prometo que Elizabeth dejará de meterse donde nadie la llama. Por cierto, ¿y tu hermano?

—No puedo quedarme —rechazo con pena—. Tengo que llevar a *Dove* a..., a la playa. ¿Te importa si Finn deja el carrito detrás de la tienda cuando haya descargado todas las cajas? —hablo a toda velocidad para que no les dé tiempo a preguntarme nada, aunque, de todos modos, las hermanas no me hacen ni caso. Dory Maud acaba de abrir la puerta y allí aparece Finn con *Puffin* en los brazos: al parecer nuestra amiga felina ha decidido seguirnos hasta Skarmouth.

—Espero que ser pobre te resulte plato de buen gusto —lanza Elizabeth—. Si el precio del anuncio nos ha parecido desorbitado, ¡imagínate lo que nos va a costar enviarles ese catálogo a las señoras del continente!

—El catálogo no es gratis, tienen que pagar por él. Lo dice bien clarito el anuncio. ¡No hace ni una hora que te lo he enseñado! Si prestaras un poco de atención en vez de andar refunfuñando todo el santo día, a lo mejor te habrías enterado de algo. Pasa, pasa, Finn Connolly. ¿Qué haces con ese gato? ¿Está a la venta? ¿Tan mal estáis?

—No, señora —dice Finn, quien, nada más entrar en la tienda, recibe un golpecito en el pecho, gentileza de la diosa de la fertilidad. Me aparto para que pueda escapar de ella: lo último que necesito en este momento es que Finn decida volverse fértil de repente.

—De verdad que me tengo que ir —insisto. No quiero parecer maleducada.

—¿Dónde me has dicho que ibas? —me pregunta Dory Maud.

—Quizá llame al señor Davidge yo también —vocea Elizabeth desde las escaleras—. Así seguro que no me tengo que preocupar de pagar las facturas. ¿Cómo lo haces tú, hermanita? ¿Le dices que lo recompensarás al pie de la letra?

Dory Maud se da la vuelta y brama amigablemente:

—Cállate, arpía.

Finn lo mira todo con los ojos muy abiertos, como *Puffin*. Dory le agarra del brazo con gran entusiasmo y se lo lleva a la rebotica, donde les espera la tetera.

—Adiós —le susurro a mi hermano. Me siento mal al abandonarlo de aquella

manera en las garras de esas mujeres, pero por lo menos podrá tomarse una taza de té.

Dejo que la puerta se cierre tras de mí.

*Dove* espera paciente cerca de la entrada y alza la vista cuando salgo de la tienda. Finn ha desenganchado el carro, pero ella todavía lleva el arnés puesto. No parece un caballo de carreras.

Vuelvo a recogerme el pelo en una coleta: ya se me empezaban a escapar algunos mechones.

Seguro que yo tampoco parezco una amazona.

## 15

### SEAN

Hay una chica en la playa.

El viento ha deshecho la niebla en retazos cerca del mar: los caballos y sus respectivos jinetes se dibujan con gran precisión contra la arena, a diferencia de lo que sucede en el resto de la isla. Distingo sin esfuerzo las hebillas de cada brida y el temblor en cada mano. Es el segundo día de entrenamientos y las cosas se están empezando a poner serias. Esta primera semana es una especie de baile sangriento y complicado en el que los bailarines tantean la fortaleza de sus rivales. Es el momento en el que los corredores comprueban si sus amuletos funcionan, a qué distancia deben mantenerse del mar, cómo pueden convencer a sus caballos para que corran en línea recta y cuánto tiempo tienen para escaparse cuando se caen del caballo. Este tenso cortejo no se parece en absoluto a una carrera convencional.

Cuando llego, no veo nada fuera de lo normal. Allí está Privett, el único de los hermanos que queda, azuzando a su *capall* gris con una rudimentaria fusta; Hale, vendiendo unos amuletos que no salvarán la vida de nadie, y Tommy Falk, intentando controlar el ronزال de su yegua azabache para que no se vaya directa al mar.

Y allí está la chica. Cuando la veo por primera vez, a lomos de su yegua parda, desde la atalaya en la que estoy, en la carretera del acantilado, lo que más me llama la atención no es el hecho de que sea chica, sino que está en el océano. Hoy es el temido segundo día, el día en el que puede haber algún accidente mortal, y nadie se atreve a acercarse al agua. Y sin embargo, allí está ella, a lomos de su caballo, que tiene las patas metidas hasta las rodillas en el agua. Sin miedo.

Bajo despacio hasta la arena por el camino del acantilado. Si *Corr* tenía algún que otro pensamiento retorcido esta mañana, el trote se ha encargado de aplacarlo. Pero las dos yeguas no están tan cansadas como *Corr*. Ni son tan mansas. Cada vez que se sienten atraídas por el mar, sus cascos emiten un sonido especial. He intentado colocarles cascabeles en los espejuelos para recordarme a cada momento que no puedo bajar la guardia. La más fiera de las dos lleva una manta de malla negra sobre la grupa. Esa prenda era de mi padre. Está hecha de hilo y de miles de ojalillos calados de acero: es, en parte, tela funeraria y, en parte, cota de malla. Espero que me ayude a que el animal mantenga las patas en tierra firme. Nunca usaría nada parecido con *Corr*, lo pondría muy nervioso y, además, nos conocemos demasiado bien para necesitar artimañas de ese tipo.

Estoy ya más cerca del mar y me doy cuenta del motivo de la valentía de la chica. Su caballo no es sino un poni isleño, que tiene el pelaje del color de la arena y las patas tan oscuras como las algas marinas. Su aspecto me dice que la pobre hierba de Thisby le ha servido de sustento, pero no le ha llenado la barriga.

Quiero saber qué hace en mi playa. Y quiero saber por qué nadie se enfrenta a ella. Los que sí se han dado cuenta de su presencia son los caballos. Tienen las orejas muy tiesas, el cuello arqueado y le enseñan, amenazadores, los dientes. Y, cómo no, la yegua pinta también está allí, quejumbrosa de hambre y de deseo. Tendría que haber sabido que Gorrry no iba a soltarla.

Al oír los lamentos de aquel *capall*, la yegua parda isleña se pone tensa y pega las orejas al cuello, temerosa. Sabe perfectamente que es el botín, y que con ese grito desgarrado, lo que pide aquel *capall* es su muerte. La chica se inclina sobre su yegua parda y la calma.

Me doy la vuelta de mala gana para ocuparme de mis asuntos. La boca me sabe a sal y el viento, cortante, me golpea en todas direcciones. Es uno de esos días en los que resulta imposible no pasar frío. Hallo un recoveco en el acantilado, que parecería una marca de un hacha colosal, y resguardo a las yeguas y a *Corr* en él. El viento deja escapar un grito sordo en el vértice de la grieta, como el de un moribundo invisible. Trazo un círculo en la arena y escupo dentro.

*Corr* me mira. Las yeguas miran el océano. Y yo miro a la chica.

Pienso una y otra vez en lo extraña que me resulta su presencia. Abro mi bolsa de cuero y saco la bola de papel impregnado con cera que coloqué allí antes. Coloco los trozos de carne dentro del círculo, pero las yeguas ni los tocan. No hacen más que mirar a la chica y a su poni, que sigue con las patas en el agua. Sin duda, un bocado mucho más apetitoso.

Me llevo la bolsa a la espalda y regreso a la grieta de la roca. Cruzo los brazos y espero que la multitud de caballos y jinetes se disperse un poco para poder volver a ver a la chica y a su yegua. El animal es de lo más normal, aunque tiene una magnífica cabeza y un buen ancho de caña. Como poni, es una preciosidad. Pero no tiene nada que hacer contra los *capaill uisce*.

La muchacha tampoco es nada del otro mundo: menuda y con coleta pelirroja. Parece menos temerosa que su montura, a pesar de que corre más peligro que su poni.

Oigo el grito de una de mis yeguas y me vuelvo justo a tiempo para abrir mi bolsa y lanzar un puñado de sal en su dirección. Alza la cabeza violentamente cuando la sustancia le salpica en la cara: no le hace daño, pero se siente ofendida. La miro fijamente a los ojos para que sepa que si no se comporta, el castigo seguirá. Su pelaje es zaino: de color castaño y sin ninguna mancha blanca. Se supone que un *capall* así es tremendamente veloz, aunque no he tenido la oportunidad de conseguir que cabalgue en línea recta para poderlo comprobar.

Me vuelvo hacia el océano y el viento me arroja arena en la cara; no lo suficientemente fuerte como para hacerme daño, pero sí para molestarme. Sonrío por lo irónico de la situación y me subo el cuello de la camisa. La chica sigue cabalgando por el agua. Hay que reconocer que ha sabido escoger el único lugar al que nadie se

acercará hoy. No parece preocupada por los *capaill uisce* que hay en la playa..., aunque sé que ya ha pensado en eso. Su mirada vuelve una y otra vez a las amenazantes olas que se acercan a la orilla. No creo que sea capaz de distinguir a un *capaill uisce* en busca de una presa (cuando nadan en paralelo a la cresta de la ola, bajo la superficie del mar, rápidos y oscuros, es prácticamente imposible verlos), pero es comprensible que se mantenga alerta.

Oigo, cercano, el lamento de un hombre. Puede que un caballo lo haya pisoteado, lanzado al aire o mordido. Su grito tiene algo de resentimiento o de sorpresa. ¿Acaso nadie lo avisó de que el dolor es un personaje más en esta playa y que se alimenta de nuestra sangre?

Miro a la muchacha: tiene las riendas bien sujetas y su posición es firme. Sabe montar, eso está claro. Como todo el mundo en Thisby.

—Seguro que no has vijto cosa igual antes, eh, Sean Kendrick —murmura Gorrry con su desagradable voz—. La ropa no va a desaparecer por arte de magia, por mucho que la mires.

Lo observo un instante, tiempo suficiente para ver que todavía tiene en su poder a aquella yegua pinta. Él se da cuenta de inmediato de mi reacción, y vuelvo a clavar la vista en el mar. Delante de nosotros, algunos caballos buscan pelea y resoplan, como gatos callejeros. El sonido de los cascabeles es ensordecedor. Los caballos marinos tienen hambre de mar y de caza.

Vuelvo a mirar a la yegua pinta. Gorrry ha rodeado la cabezada con la que la sujeta de cable de cobre. Sólo le servirá para fardar, porque no surtirá ningún efecto sobre el animal.

—Al final se ha injcrito en las carreras —añade Gorrry. Fuma y señala con el cigarrillo a la muchacha que cabalga sobre la mar—. Con ese poni del demonio. Ej lo que dicen.

El olor de aquel cigarrillo es más molesto que el propio viento. ¿Va a correr con ese poni? En menos de una semana será un cadáver.

La yegua pinta da patadas con el casco en la arena. Con el rabillo del ojo la veo apretar los dientes y cavar. Esa brida es su maldición y la isla, su prisión. Noto su olor putrefacto en la nariz.

—Nadie quiere comprarme ejta yegua. Muchas gracias por tu ayuda —se queja Gorrry—. Maldita opinión de experto —no sé qué decirle. Cuando mercadeas con seres monstruosos, corres el riesgo de que uno de ellos sea demasiado abominable para soportarlo.

Suenan de nuevo los cascabeles y aparto la vista de la playa para descubrir de dónde procede ese sonido. No son mis yeguas ni tampoco la de Gorrry. Sólo es un caballo más, pero hay un deje de urgencia en esa llamada que me impacienta. El peligro nos acecha y resuena en las blancas paredes de los acantilados. Hay

demasiada gente congregada en la playa que intenta demostrarse a sí misma de lo que es capaz, lo rápido que puede cabalgar... No saben que no será el más rápido de todos el que gane la carrera.

El ganador será el más rápido de los que queden.

De repente se oye un grito y un relincho terrible. Me giro y veo a Jimmy Blackwell: acaba de saltar de su caballo, de pelaje tordo, justo antes de que se lance contra las olas. Blackwell esquiva de milagro los cascos de dos yeguas *uisce*. Está curtido. Ha sobrevivido media docena de veces a las Carreras de Escorpio.

—Y tú que pensabas que la mía noj iba a dar quebraderos de cabeza —brama Gorry con una risotada.

Escucho lo que me dice, pero no dejo de mirar hacia el mar. Blackwell sigue empeñado en apartarse de las dos yeguas, que no se dan tregua y parecen molestas la una con la otra. La pelea no va más allá. Uno de los mozos se atreve a apartarlas, aunque se anda con demasiados remilgos. Se oye un chasquido y, sin más, el hombre se queda sin dedos por la mordedura de una de las yeguas. Alguien grita algo, movido por los nervios, pero no hay mucho más que decir.

Mis ojos recorren, frenéticos, aquella multitud hasta llegar al agua. Allí, el caballo de Blackwell parece prepararse para saltar o para nadar. Tiene los ojos clavados en el poni y en la chica.

Oigo un aullido. Me cuesta un rato darme cuenta de que alguien me llama.

—¿Dónde está Kendrick?

Alguien está a punto de morir.

Lanzo la bolsa cerca del acantilado para quitarla de en medio y me pongo a correr como un loco, clavando los talones en la arena. No puedo estar en todas partes a la vez, así que la pelea de la playa queda fuera de mi alcance. El poni está metido en el agua hasta el pecho, y el semental de pelaje tordo ya está delante de la muchacha, acechándolas, amenazador, antes de lanzarse sobre ella. La chica aparta a su yegua con un movimiento brusco, salvándolas a las dos de las terribles fauces del *capall*. Pero la yegua pierde el equilibrio y la chica cae al agua. Y eso era precisamente lo que quería el *capall*. Arremete con los dientes, del color del coral podrido, y con la testuz contra la muchacha justo cuando ella logra salir a la superficie. Con los dientes la agarra del jersey y se prepara para levantar las patas y asestarle el toque de gracia. Ya estoy en el agua y no siento los dedos por el frío. Nado hacia el caballo a través de las peligrosas aguas, demasiado espacio. La chica vuelve a sumergirse y a sacar la cabeza.

Cojo al semental por la cola. La utilizo para acercarme más deprisa. Me abalanzo sobre su lomo y lo agarro por las crines hasta llegar a su cuello. No tengo tiempo para reseguirle las venas con acero ni para trazar con los dedos movimientos contrarios al sentido de las agujas del reloj. Está desbocado y las palabras que le susurre al oído no

lo apaciguarán. Lo único que puedo hacer es coger el manojito de bayas de acebo que llevo en el bolsillo del abrigo y restregárselo contra los dilatados ollares.

El *capall* se agita y se convulsiona en el agua. La rodilla del caballo roza unos milímetros la cabeza de la muchacha. No logro ver si consigue mantenerse fuera del agua, porque el semental bufa y sus ollares escupen trozos de alga, de coral y de un líquido viscoso. El caballo está agonizando y empleo toda la energía que tengo para no ahogarme con él.

De repente, el semental se vuelve hacia mí y abre la boca, enseñándome las mandíbulas. En ese instante, que se me hace eterno, distingo perfectamente lo tosco que es su pelaje, salpicado de minúsculas gotas de agua marina.

Siento un fuerte golpe y pierdo la noción del tiempo.

De repente, recobro la vista y, con ella, las sensaciones: noto la mano de la chica, que tira de mi cabeza para sacarla a la superficie y el agujijoneo del agua salada en la nariz. El caballo tordo ya no es más que una crin que flota en el agua, la corriente arrastra su cuerpo inerte hasta la playa. El poni está de pie sobre la arena y relincha, ansioso, hacia la chica. El agua está teñida de sangre, igual que la arena allí donde el mozo perdió los dedos. Sigo oyendo mi nombre en la playa; no sé si me llaman para que ayude o si son ellos los que quieren acudir en mi ayuda. La chica tose, pero de su boca no sale agua. Tiembla, pero tiene en los ojos una expresión feroz.

He matado a uno de los hermosos y aterradores *capaill uisce* a los que tanto quiero. Casi me dejo la vida en el intento y noto que la fiebre se apodera de mi cuerpo.

—No vuelvas a traer a tu poni a esta playa —es lo único que acierto a decirle a la chica.



## 16

### PUCK

Cuando llego al jardín de casa, todavía me dura la tos y los temblores. *Dove* se asusta ante cada sombra que ve y sus movimientos son tan exagerados como los de una marioneta. Hasta el sonido de la puerta al cerrarse tras de ella la impulsa a salir corriendo por el prado, con las patas traseras encogidas. Tengo suerte de que siga entera.

Tengo suerte de que no sea un cadáver.

El semental tardó apenas unos segundos en doblegarnos. Algunos segundos más, y me habría ahogado.

Me apoyo en la puerta y espero a que *Dove* se tranquilice y coma algo de heno (cosa que no hace), hasta que tengo demasiado frío por culpa de la ropa mojada que todavía llevo. Entro en casa y me pongo ropa seca. Pero sigo estando helada.

*Dove* podía haber muerto.

Voy a la cocina y me como una naranja entera y una rebanada de pan, en la que unto demasiada mantequilla, un bien muypreciado. Una sola naranja cuesta tanto dinero que normalmente habría seguido una de las técnicas de mamá para hacer que cada pieza de fruta dure el máximo tiempo posible. Con unas pocas naranjas, mamá preparaba un pastel, le daba sabor a la mantequilla y al glaseado, y preparaba mermelada con el resto. En caso de que nos comiéramos una naranja, siempre la partíamos en gajos y los compartíamos.

Sin embargo, la devoro en un abrir y cerrar de ojos y, cuando me la acabo, he dejado de temblar. La cabeza todavía me duele por el golpe que me dio el caballo con la rodilla.

Me chupo el dedo índice para aprovechar todo el sabor de la naranja, pero me sabe a sal, cosa que me irrita todavía más. Es el primer día que paso en la playa con *Dove* y vuelvo a casa con arena en todo el cuerpo y un fuerte mamporrazo en la cabeza.

No puedo apañármelas yo sola ni un solo día sin que tengan que acabar rescatándome.

Quiero quitarme a Sean Kendrick de la cabeza, pero mi mente sigue mostrándome fogonazos de su cara angulosa y del sonido de su voz, enronquecida por el agua de mar. Y cada vez que revivo ese momento, me pongo roja de vergüenza.

Me paso una mano por la frente, cubierta de sal, y suspiro profundamente.

«No vuelvas a traer a tu poni a esta playa.»

Tengo ganas de dejarlo todo. Total, ¿tanto esfuerzo, para qué? Para pasar unas semanas más con Gabe en la isla. Con una persona que no ha dado señales de vida desde que le dije que iba a participar en las carreras. Qué plan tan idiota el mío. Y

como buena idiota que soy, voy a hacer el ridículo delante de toda la isla. Voy a sacrificar mi vida y la de *Dove* por un hermano que pasa de todo.

La idea de tirar la toalla me alivia y me irrita a la vez. No puedo soportar la idea de regresar a la playa. Pero tampoco puedo imaginarme diciéndole a Gabe que he cambiado de opinión. Tendría que quedarme ya poco orgullo para que me lo pisotearan, pero no es así.

Alguien llama a la puerta. No me da tiempo a arreglarme un poco el pelo. Aunque, a decir verdad, no sé si lo de mi pelo tiene remedio: con ese tacto grasiento y apelmazado que le da el agua de mar. Tengo el ánimo en los pies: seguro que quien llama no lo hace para traer buenas nuevas.

Se abre la puerta y aparece Benjamin Malvern. Sé quién es porque hay una foto suya dedicada en la pared de detrás de la barra del Black-Eyed Girl. Recuerdo haberle preguntado a papá el porqué de esa foto, a lo que él me respondió que la habían colocado allí porque Benjamin Malvern les había dado mucho dinero para abrir el pub. Pero yo sigo sin entender que ése sea un buen motivo para tener la foto firmada de alguien en la pared.

—¿Está Gabriel Connolly por aquí? —pregunta Malvern, mientras entra sin permiso en la cocina y me deja a mí clavada en la puerta. El hombre más rico de Thisby está en casa. Mira el fregadero, lleno de cacharros, y después el montón desmoronado de leña y turba que hay al lado del hogar, en la sala de estar, antes de fijarse en la silla de montar que cuelga de la butaca de papá. Lleva un suéter de pico y corbata. Tiene el pelo canoso y no es guapo. Huele bien, cosa que me molesta.

No cierro la puerta. Si la cerrara, podría interpretar que lo he invitado a pasar. Y no es el caso.

—Ahora mismo, no está en casa —le respondo.

—Vaya —dice Malvern, sin dejar de husmear—. Y tú debes de ser su hermana.

—Kate Connolly —le clarifico, con toda la desgana que soy capaz de expresar.

—Sí, claro. Creo que deberíamos tomarnos un té.

Se sienta en nuestra mesa.

—Señor Malvern —empiezo a decirle con tono severo.

—Bien, así que ya sabes quién soy. Pues vamos al grano. No quiero pasarme de listo y decirte lo que tienes que hacer, pero hace bastante frío y esa puerta está muy mal aprovechada.

La cierro. Igual que cierro la boca. Me pongo a preparar el té. Estoy ofendida, pero me pica la curiosidad.

—¿Qué le trae por aquí? —pregunto. No me gusta lo educada que parezco.

Malvern aparta la vista de mi silla de montar y me mira al oírme hablar. Sus ojos me intimidan un poco. El resto de su persona, no: parece un señor mayor muy adinerado, pero tiene una mirada inteligente.

—Un asunto poco agradable —dice con tono amable.

—Vaya, yo que pensaba que otros se encargaban de esas cosas por usted —añado con picardía—. ¿Leche o azúcar?

—Mantequilla, leche y sal, por favor.

Me vuelvo hacia Malvern para comprobar que me toma el pelo. Pero no; lo sé porque tiene una cara en la que no hay lugar para el humor. Es una de esas caras que podría uno encontrarse en un billete. Le sirvo su taza de té y le doy el salero y nuestro cuenco para la mantequilla. Me siento delante de él con la jarrita de leche y lo observo mientras corta un trozo de mantequilla, lo echa en el té, añade una buena pizca de sal y vierte un poco de leche antes de mezclarlo todo con la cucharilla. Encima del líquido se forma una capa de espuma. Me recuerda a la leche que vi salir de una vaca hace tiempo. No creo que se vaya a beber eso. Hasta que se lleva la taza a los labios.

Malvern sujeta con firmeza la taza.

—¿Ése de ahí afuera es tu poni?

—Es una yegua —puntualizo—. Y mide más de metro y medio.

—Sacarías más partido de ella si la alimentaras mejor —me alecciona—. Deja de darle ese heno tan pobre y tendrá más energía y mejor planta.

Pues claro que tendría más energía si comiera heno y grano de mejor calidad. Yo también tendría más energía si comiera otra cosa que no fueran judías o pasteles de manzana. Pero las dos tenemos que sacrificarnos por la misma razón.

Nos bebemos el té. Pienso en qué diría Finn si llegara ahora a casa y se encontrara a Malvern sentado a la mesa, en la cocina. Barro algunas migas con la mano, hago una pirámide y la escondo detrás del cuenco de la mantequilla.

—Así que tus padres han muerto —continúa Benjamin Malvern.

Dejo la taza en la mesa.

—Señor Malvern...

—Ya me sé la historia —me interrumpe—. Y no es de eso de lo que quiero hablar, sino de lo que viene después. ¿Cómo os las apañáis los tres? Porque sois tres, ¿no?

Intento imaginar qué harían mis padres en una situación así. Tenían el don de saber combinar educación y discreción en todo momento. Y a mí sólo se me da bien una de las dos cosas.

—No nos va mal. Gabe trabaja en el hotel. Finn y yo pintamos cacharros para los turistas.

—Y os llega para comprar té —dice «té» mientras observa la puerta de nuestra despensa. Sé que vio lo vacía que estaba cuando saqué de allí el cuenco de la mantequilla.

—Nos las apañamos —insisto.

Malvern le da el último sorbo al té. Cómo ha conseguido beberse ese mejunje tan rápido y sin taparse la nariz es un verdadero misterio... Cruza los brazos sobre la mesa y se inclina hacia donde estoy yo. Huele a colonia.

—He venido a desahuciaros.

Cuando lo dice, no reacciono. Tardo unos instantes en darme cuenta de lo que significan aquellas palabras y entonces me estremezco. Siento un martilleo en las sienes, igual que cuando el caballo marino me golpeó. La frase me retumba una y otra vez en la cabeza.

El hombre sigue hablando.

—Los gastos de esta casa llevan un año sin pagarse y quería saber quién vivía aquí. Quería ver la cara que poníais cuando os dijera que os iba a echar.

Justo en ese momento, en una isla poblada por monstruos, me doy cuenta de que ése es el ser más abominable de todos. Me cuesta despegar la lengua del paladar.

—Pensaba que todos los gastos estaban ya pagados. No lo sabía.

—Gabriel Connolly sí lo sabía. Y desde hace tiempo, además —responde Malvern con tono calmado. Escudriña mi reacción. No puedo creer que le haya servido una taza de té.

Lo miro y aprieto los labios con fuerza. No quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme. Lo que más me altera es la traición de Gabe: él sabía perfectamente que estábamos viviendo sobre una bomba de relojería y, aun así, no nos había dicho nada.

—¿Y qué ve en mi cara? ¿Es ésta la expresión que esperaba encontrar? —acierto a decir.

Mi pregunta es claramente un desafío, pero Malvern no se altera lo más mínimo. Asiente con la cabeza.

—Sí, creo que sí. Y dime, ¿qué estáis dispuestos a hacer, tus hermanos y tú, para salvar esta casa?

Hace años, en la isla hubo un problema con las peleas de perros. Los marineros, aburridos y borrachos, criaban a los animales de la isla para que se despedazaran los unos a los otros. Así me siento yo: como uno de esos perros. Malvern acaba de lanzarme a la arena y asoma la cabeza para ver si me voy a retirar o voy a pelear.

No pienso darme por vencida ni darle la satisfacción de verme derrotada. De repente, veo el futuro con gran claridad.

—Deme tres semanas —le pido.

Malvern no se anda con rodeos.

—Después de las carreras.

Me pregunto si pensará que es una locura que una chica como yo participe en las carreras. Quizá piense que no tiene sentido alguno esperar, porque entonces seguro que se queda sin su dinero, ya que estaré muerta.

«No vuelvas a traer a tu poni a esta playa.»

Asiento con la cabeza.

—No tienes ninguna oportunidad con ese poni —me dice Malvern, sin maldad—, ¿por qué lo has elegido a él?

«Es una yegua» me digo para mis adentros.

—Los *capaill uisce* mataron a mis padres. No pienso deshonrar su memoria y subirme a uno de esos caballos marinos.

Malvern no sonríe, pero arquea las cejas, como si realmente pensara en lo que acabo de decirle.

—Es un gesto noble por tu parte. ¿No tiene nada que ver con el hecho de que nadie te ha dejado subirte a uno?

—Pude apostar por un quinto —le espeto con rabia—. Pero preferí no hacerlo. Malvern se queda pensativo.

—Sólo conseguirás el dinero si llegas la primera.

—Ya lo sé —le respondo.

—¿Me estás pidiendo que te dé tres semanas porque de verdad crees que tú y tu poni vais a llegar a la línea de meta los primeros?

Observo su taza de té y el absurdo brebaje que se ha preparado. ¿Es que no puede conformarse con tomar un té normal? ¿Quién narices se echa mantequilla y sal en el té? Absolutamente nadie; sólo los viejos aburridos que gobiernan sus islas como si jugaran al ajedrez.

—Lo que creo es que le pica la curiosidad por saber lo que sucederá. Además, ya ha esperado doce meses.

Malvern echa la silla para atrás y se levanta. Saca de su bolsillo un trozo de papel, lo desdobra y lo coloca sobre la mesa. Es un documento oficial. Reconozco su firma y la de mi padre.

—La generosidad no es mi fuerte, Kate Connolly —me dice.

No le respondo. Nos miramos.

Coloca dos dedos sobre el papel y lo arrastra por la mesa hacia mí.

—Enséñale esto a tu hermano mayor. Vendré a buscarlo cuando te hayas muerto.

## 17

### SEAN

Todos tienen miedo.

Estoy en una barca, mirando hacia atrás, hacia el potro que tengo a mi cargo. La embarcación lleva las palabras Negra como la mar pintadas sobre su blanco casco. Detrás de ella nada *Fundamental*, un potro de pelaje castaño de futuro muy prometedor por el que pagarán muchísimo dinero en el continente. Es uno de los potros que Malvern querrá venderle a George Holly, estoy convencido. El agua oscurece el pelaje de *Fundamental*. Después de dar unas cuantas brazadas, el potro resopla para expulsar el agua y el aire que se le han metido por los ollares, pero no muestra síntomas de agotamiento. Barca y caballo avanzan lentamente por la resguardada cala. Los acantilados están bastante inclinados en este lugar, como si un niño hubiera decidido apilarlos de ese modo, protegiéndonos así del viento y de las olas. El sonido del motor retumba contra las paredes.

Normalmente no suele gustarme nada este tipo de entrenamiento durante el mes de las carreras pero, después de la mañana tan rara que he pasado, me siento bastante aliviado al poder quedarme sentado unos instantes y reflexionar sobre lo sucedido. Sigo sin comprender qué pudo pasarse por la cabeza a aquella chica para atreverse a bajar a la playa.

Miro hacia la boca de la cala. Uno de los mozos nuevos, Daly, está de guardia. Con el rugido del motor y el chapoteo de *Fundamental*, me resulta imposible vigilar si se aproxima algún *capall uisce* en busca de su presa. Resulta sencillo proteger esta cala, porque tiene una boca tan estrecha que permite que una persona vigile lo que sucede mientras la otra entrena al caballo. Vale la pena correr el riesgo, ya que, nadando, el animal se pone fuerte y es un entrenamiento de bajo impacto. Daly tiene una escopeta, que no serviría de mucho en caso de que nos atacara un *capall*, pero, además, tiene un buen par de pulmones para gritar y darme el tiempo necesario para sacar a *Fundamental* del agua.

Daly es del continente, es joven y está nervioso. Prefiero tener a mi lado a alguien nervioso que a alguien arrogante. Tiene que ser mis ojos, y yo, de él, los tendría clavados en el estrechísimo pasaje que lleva a la cala.

*Fundamental* nada tranquilo. Presenció su nacimiento: era todo patas y ojos. No me mira mientras nada. Su único objetivo es ir detrás de la barca. Se nota que tiene algo de *capall uisce* en sus venas, porque ha heredado su resolución y empeño. Lo observo muy de cerca, con la máxima atención, igual que Daly observa la entrada que lleva a la cala. *Fundamental* nadaría hasta ahogarse.

Mañana, Malvern querrá que le asigne un caballo a Mutt. Cada año, cuando llega el tercer día, me pide que decida. Y cada año temo que me pida que le asigne a *Corr*.

No puedo ni imaginármelo.

*Fundamental* agita la cabeza, como si quisiera apartarse las húmedas crines del cuello. Me inclino para ver si empieza a cansarse. Nadar es un ejercicio de menor impacto que cabalgar sobre tierra firme, pero no quiero que acabe exhausto, tengo entendido que mañana vendrán algunos compradores a examinarlo.

Estoy inquieto. No sé si es porque la chica vuelve una y otra vez a mis pensamientos, interrumpiendo la rutina que he seguido durante años, o porque Mutt se ha meado en mis botas. O tal vez porque el nivel del agua, ya de regreso a la boca de la cala, no está como siempre. Parece demasiado elevado. El cielo está claro y poblado de esponjosas nubes: si tiene que llover, todavía tardará unos días.

No soy capaz de tranquilizarme.

—¡Kendrick! ¡Kendrick!

El rugido del motor hace que el grito sea casi inaudible.

Apenas tengo unos segundos para verlo.

Daly está de pie sobre la arena en la pequeña playa en forma de medialuna, lejos de la boca de la cala. No me da tiempo a pensar por qué se ha ido de allí. Él es quien grita.

Allí donde Daly estaba antes se distingue una silueta. Es Mutt Malvern. Me observa. No, tiene la vista fija en un punto que queda por delante de donde estoy yo.

Contempla el levísimo surco que se ha formado a diez metros de nosotros. Conozco bien esa hendidura, esa grieta antinatural que se forma en la superficie del agua. A primera vista no parece nada, pero ésa es la reacción que tiene el agua cuando un cuerpo de inmenso tamaño se desplaza a toda velocidad por debajo de la superficie.

No tenemos tiempo de llegar a la orilla.

*Fundamental* sacude violentamente las patas traseras mientras echa la cabeza hacia atrás.

Desaparece bajo el agua.

Mutt Malvern no se ha movido ni un milímetro de la boca de la cala.

Me zambullo en el agua.

## 18

### SEAN

El líquido que me rodea no es agua, sino sangre. Nado a través de oleadas submarinas de ese líquido rojo. Al fin logro tocar el lomo de *Fundamental* con la mano. En la otra tengo un puñado de bayas de acebo. Hacía muchos años que no las usaba para matar a un caballo marino, sin embargo hoy las he tenido en la palma de la mano dos veces.

*Fundamental* se estremece. Siento una extraña sensación de succión después de que el potro mueva una pata, por debajo de mí. La corriente me arrastra. Le paso la mano por las crines. Siento una fuerte presión en los pulmones.

Al fin logro ver.

*Fundamental* tiene el ojo muy abierto y muy blanco, pero no puede verme. Un escurridizo y oscuro *capall uisce* lo tiene agarrado de la ahogadera con los dientes. Tiene un desgarrón en la piel, por el que sale la sangre a borbotones. Las patas del *uisc* cortan el agua con destreza y sin vacilación. No me presta atención, tiene al potro bien sujeto y yo, un diminuto y vulnerable extraño, no represento ninguna amenaza.

Necesito respirar, aunque sólo sea un segundo. Necesito más que eso, un minuto entero para respirar y recuperarme. Pero delante de mí veo los alargados ollares del *capall*. Aprieto tanto las bayas en la mano que me duele. Puedo enviarlo al fondo del mar.

Junto a las dos cabezas, alcanzo a ver la magnitud de la herida de *Fundamental*. El valiente y magnífico corazón del potro bombea, agónico, al compás de mi pulso atronador.

No puedo salvarlo.

Lo vi nacer. *Fundamental*, un potro único. Tan cercano a los caballos marinos, amante del océano, como yo.

Con el rabillo del ojo empiezo a ver estrellitas de colores.

Tengo que abandonarlo.



## 19

### PUCK

Finn y yo esperamos esa noche a que llegue Gabe. Hiervo judías (malditas judías, parece que sea lo único que comamos) y me ahogo en mi propia angustia, pensando en qué voy a decirle cuando entre por la puerta. Finn está entretenido en la ventana mientras cocino. Cuando quiero preguntarle lo que hace, me dice algo de una tormenta. Más allá de la ventana, el cielo nocturno está bastante despejado a pesar de la presencia de unas nubes altas y tan finas que permiten ver a través de ellas. Finn y sus cosas. Quién sabe por qué las hará. Ya ni intento disuadirlo.

Esperamos a Gabe largo tiempo. El sentimiento de traición que sentí tras la revelación de Malvern va en aumento y luego mengua para volver a crecer. Y así todo el rato. Es imposible estar enfadado tanto tiempo. Ojalá pudiera confesarle a Finn el motivo de mi nerviosismo, pero mejor no decirle nada. Lo único que conseguiré será que empiece a pellizcarse los brazos y que se obsesione todavía más con sus rituales matutinos.

—¿Qué te parecería si vendiéramos el Morris —le pregunto sin venir a cuento mientras le doy la vuelta una y otra vez al cuenco de la mantequilla, de modo que parece que el búho pintado me mira a mí y luego a Finn y otra vez a mí—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

Finn repiquetea contra uno de los cristales de la ventana.

—Pero si ni siquiera arranca.

—Bueno, ¿y si arrancara?

—Mañana quizá lo arregle —lanza Finn, distraído. Ahora caigo en que está utilizando la excusa del tiempo para echarle un vistazo al jardín y ver si llega Gabe—. No quiero que esté ahí afuera cuando la tormenta arrecie.

—La tormenta, ya, claro —le sigo la corriente—. ¿Qué te parece lo de venderlo?

—Bueno, supongo que depende del motivo por el que lo tengamos que vender.

—Para que *Dove* pueda comer en condiciones durante las semanas de entrenamiento.

Finn tarda una eternidad en contestar. Durante esos segundos, le da toquecitos al cristal con un dedo, de un extremo a otro, antes de inclinarse, casi pegando la nariz contra el vidrio para escudriñar la juntura que lo une a la madera. Parece bastante satisfecho tras sus comprobaciones. Retoma entonces la conversación.

—Pues sí que es caro el pienso de buena calidad —murmura al fin.

—¿Es que acaso has visto crecer la alfalfa en esta isla?

—Puede. ¿Qué aspecto tiene?

—Seguro que se parece a lo que hay dentro de tu cabeza hueca. Pues sí, es muy cara, tienen que traerla del continente —no me siento bien al contestarle tan mal. No

es culpa suya que esté de mal humor, sino de Gabe. No puedo creer que no tenga la ocasión de hablar esta noche con él de lo de Malvern. No puedo esperarlo más tiempo despierta, tengo que levantarme pronto si quiero volver a la playa mañana.

Finn parece triste. Me siento fatal. Quizá podríamos vender otras cosas, como las gallinas inútiles que no hacen más que morirse antes de que las podamos sacrificar para la cena. Todas ellas juntas no darían más que para una bala de heno. Y no podríamos comprar grano de calidad.

—¿La alfalfa hará que corra más rápido? —pregunta Finn.

—Los caballos de carreras tienen que alimentarse bien, y no con cualquier cosa.

Finn mira la loncha de beicon, donada por Dory Maud, y las judías que componen nuestra cena.

—Si es lo que necesita...

Parece que le acabe de pedir que se corte una pierna. Pero entiendo lo que siente. Tiene tanto aprecio por el Morris como yo por *Dove*. ¿Con qué se entretendrá si se queda sin el Morris? Con las ventanas, y sólo hay cinco en la casa.

—Si gano —intento animarlo—, tendremos dinero para volverlo a comprarlo —sigue compungido, por lo que continúo—: Tendremos dinero para comprar dos, si queremos. Un coche sólo para remolcar al otro cuando se le cale el motor.

Ahora parece que esboza una sonrisa. Nos sentamos y nos comemos las judías con la triste loncha de beicon que las acompaña. Sin mediar palabra, nos comemos lo que queda de la tarta de manzana. No le guardamos ni un trozo a Gabe. Somos dos en una mesa para cinco. No creo que pueda dormir con la rabia que siento. ¿Dónde demonios estará?

Pienso en la oveja decapitada que Finn y yo nos encontramos de camino a Skarmouth. ¿Cómo podemos saber si se ha quedado trabajando hasta tarde o si está muerto en alguna cuneta? ¿Y cómo puede él saber si estamos en casa, a salvo, o somos nosotros los que estamos tirados en una cuneta?

—Es como si ya se hubiera ido —dice Finn, rompiendo el silencio.

## 20

### SEAN

Esa noche, en vez de dormir, me quedo estirado en la cama, mirando el pequeño cuadrado de negro cielo que se ve a través de la ventana de mi apartamento. Aunque ya estoy seco, tengo el frío metido en los huesos, como si me hubiera tragado el mar entero y éste viviera dentro de mí ahora. Me duelen los brazos. Sostengo con ellos el peso de los acantilados.

Pienso en las brazadas decididas de *Fundamental* cuando seguía a la barca. No; no es en eso en lo que pienso, sino en la cabeza de *Fundamental*, echada hacia atrás, en el blanco de sus ojos, en el cambiante color de las aguas cuando lo arrastraron hacia abajo.

Una y otra vez me lanzo al agua. Una y otra vez está todo oscuro, hace frío y no llego a tiempo.

Una y otra vez veo a Mutt Malvern en la boca de la cala, mirándome.

Benjamin Malvern no me ha dicho nada todavía, pero no tardará en hacerlo.

«¡Kendrick!». La voz de Daly, avisándome. Demasiado tarde.

No puedo quedarme en la cama. Me levanto. Aunque la he puesto sobre el radiador, la chaqueta sigue mojada y llena de arena. Sin encender la luz, busco los pantalones y el jersey de lana. Bajo por las escaleruchas que llevan a las cuadras.

Las tres bombillas que cuelgan en el pasillo principal dibujan círculos de luz e iluminan el espacio que queda inmediatamente por debajo de ellas, dejando en completa oscuridad las otras zonas. Respiro, y el sonido se proyecta de un modo que me hace sentir la inmensidad de aquellas caballerizas. Los caballos de tiro y los purasangres emiten suaves relinchos, esperanzados, al oír mis pasos en el corredor. No puedo mirarlos después de lo sucedido por la tarde. Los he visto nacer a todos, igual que a *Fundamental*.

No puedo bloquear en mi mente el sonido que emiten al masticar y al pisar con el casco cuando les pica de repente la pata. Son suaves susurros de paja. Agradables sonidos equinos.

Paso por delante de ellos hasta llegar a la cuadra del fondo del pasillo, donde está *Corr*. Queda más allá de los círculos de luz emitidos por las bombillas, y su pelaje oscurecido parece del color de la sangre seca. Me acerco a la esquina del establo para mirar adentro. A diferencia de los caballos normales, *Corr* no se mueve para mordisquear heno ni deja escapar ningún relincho. Se queda quieto en el centro de la cuadra, sin moverse ni un milímetro, con las orejas bien tiesas. Sus ojos tienen un destello intenso y depredador que los caballos purasangre jamás podrán tener.

Me mira con el ojo izquierdo antes de mirar a otro punto y mover la oreja para escuchar atento. Es imposible que se relaje con el intenso rumor de las olas, el olor a

sangre de caballo que me impregna las manos y mi intranquilidad.

No sé por qué Mutt Malvern estaba en la cala, ocupando el lugar de Daly, y tampoco sé cómo no se da cuenta de que su padre sabrá que era él quien vigilaba el acceso cuando entró el *capall uisce*. Pienso otra vez en *Fundamental*, en sus ojos en blanco, tan grandes... A Mutt no le importa sacrificar cualquier cosa si existe la más remota posibilidad de hacerme daño a mí. De salirse con la suya.

¿Qué soy capaz de arriesgar yo por salirme con la mía?

—*Corr* —susurro.

De inmediato, el rojo semental apunta las orejas hacia mí. Sus ojos son negros y misteriosos, como retazos del océano. Cada día que pasa se vuelve más peligroso. Como todos.

No puedo soportar la idea de que Mutt Malvern lo monte si yo me voy.

Mutt cree que Benjamin Malvern me despedirá después de lo sucedido hoy. Podría dejarlo yo antes. Pienso en la satisfacción que me daría coger el dinero que he ahorrado y dejar a los Malvern allí plantados, con todas sus posesiones.

*Corr* emite un suave lamento, apenas audible. Es el sonido de un grito submarino. Viniendo de él, es una llamada que me guía. Una confirmación que espera respuesta.

Chasqueo la lengua, sólo una vez, e inmediatamente se calma. Ninguno de los dos se acerca al otro, pero los dos descargamos el peso sobre un pie a la vez. Suspiro y él también suspira.

No puedo irme sin *Corr*.

## 21

### PUCK

Después de lo sucedido ayer en la playa, tengo que buscar otra táctica: enfrentarme a la marea alta, con la posibilidad de que los caballos marinos se acerquen, provenientes del océano, en vez de entrenar con la marea baja y la certeza de los caballos acechándome en la playa. Así que me pongo el despertador para que suene a las cinco en punto y ensillo a *Dove* antes de que esté despierta del todo.

Gabe ya se ha ido. La verdad es que ni siquiera sé si ha pasado la noche en casa. Me alegro de estar caminando por la oscura pendiente, porque así no le doy más vueltas a lo que significa para nosotros la ausencia de Gabe.

Cuando llegamos a la base del acantilado, me veo obligada a avanzar despacio para que *Dove* no tropiece con ninguna de las rocas que salpican la crecida orilla. La poca claridad que hay me permite ver el aliento de *Dove*, blanco y denso. Está todo tan oscuro que oigo el mar pero no lo veo. El rumor de las olas parece susurrarme, como una madre a una niña miedosa. Aunque si la mar fuera mi madre, preferiría mil veces ser huérfana.

*Dove* está alerta, tiene las orejas muy tiesas en dirección al agua, que sigue demasiado alta para que podamos empezar a entrenar. Cuando despunte el alba, el mar retrocederá bastantes metros y dejará tras de sí una extensa superficie arenosa sobre la que los jinetes se entrenarán, lejos del océano. Pero ahora las olas siguen embravecidas y llegan demasiado cerca de nosotras, estrellándose contra las paredes del acantilado.

Mi valentía brilla por su ausencia.

La marea está alta, la noche es oscura y casi estamos en noviembre. El mar que rodea Thisby está infectado de *capaill uisce* en estos momentos. Sé que *Dove* y yo somos muy vulnerables en esta sombría playa. Ahora mismo, podría haber un caballo marino acechando.

Oigo latir mi corazón. Las olas siguen hablándome, pero yo no creo lo que me dicen. Ajusto los estribos. Las orejas de *Dove* siguen apuntando al agua. Decido no montar.

Aguzo el oído en busca de alguna señal de vida. Sólo me responde el océano. De repente, en el mar se dibuja un destello, como si fuera una pícara sonrisa. Podría ser el reflejo del sinuoso lomo de un *capall uisce*.

*Dove* se habría dado cuenta. Tengo que confiar en ella. Sigue con las orejas tensas. Está alerta, pero no preocupada. Le beso el hombro, lleno de polvo, para que me dé suerte antes de montar. La guío tan lejos de la marea como me resulta posible; si nos apartamos demasiado, la arena se llena de guijarros y rocas, y resulta imposible cabalgar. Si nos acercamos demasiado, en cambio, el peligro acecha.

Para empezar el calentamiento, hago trotar a *Dove* en sencillos círculos. Sigo esperando que mis músculos se relajen un poco e intento olvidar dónde estoy, pero me resulta imposible. Cada reflejo que veo en el mar hace que me estremezca. Todo mi cuerpo me alerta del peligro que entrañan las oscuras aguas. Recuerdo la historia que nos contaban cuando éramos chavales; la de los dos enamorados adolescentes que se reunían a escondidas en la playa y a los que un caballo marino acabó arrastrando al mar. Todos los chavales de Skarmouth conocen la fábula. Moraleja: mejor que no te besuquees con nadie...

Pero la historia nunca parecía real, tanto si te la explicaban en clase como en alguna tienda. Sin embargo, en la playa parece un presagio. Pero no tengo tiempo para darle muchas vueltas al tema. Hay que aprovechar las horas que tengo; pensar que estoy en un prado. *Dove* y yo entrenamos durante largo rato: trotamos en una dirección y después en la otra; después, repetimos la misma rutina al galope. Me paro al cambiar de paso para aguzar el oído y observar la negra noche en busca de algún ser más oscuro que la propia oscuridad. *Dove* empieza a calmarse, pero yo no puedo dejar de temblar, porque hace frío y porque los eventos acaecidos en aquella playa son todavía muy recientes.

Lejos, muy lejos, despunta la luz del amanecer. Muy pronto será de día.

Hago que *Dove* se detenga y escucho. Sólo oigo el rumor insistente de las olas.

Espero unos larguísimos instantes. Sólo el océano.

Y, después, arrancamos a galopar.

*Dove* se lanza alegre al nuevo paso, restallando la cola de la emoción. Junto a nosotras, el mar se ha transformado en una oscura mancha borrosa, y los acantilados, en una informe pared gris. Ya no oigo el rumor del océano, sólo el martilleo de los cascos de *Dove* y el resoplar de su respiración.

De la coleta se me escapan algunos mechones que me golpean el rostro como pequeños látigos. *Dove* corcovea feliz una vez y otra de la alegría que siente al galopar, cosa que me hace reír. Nos detenemos y regresamos al galope al punto de partida.

Me parece ver a alguien en la cima de los acantilados, observándonos. Cuando vuelvo a mirar, ya no hay nadie.

Hago una valoración del entrenamiento matutino: *Dove* está exhausta, yo también, y el mar empieza a retirarse. Los demás jinetes todavía tienen que llegar a la playa, y nosotras ya hemos acabado por hoy.

Quizá mi plan funcione.

No sé a qué velocidad hemos ido, pero ahora mismo no me importa. Ha sido una pequeña victoria. Y ya vendrán más.

## 22

### SEAN

No hay nadie en el segundo piso del salón de té a estas horas. Estamos sólo yo y un rebaño de mesas cubiertas con manteles, cada una coronada por un jarrón con un cardo violeta. La sala es alargada, estrecha y de techo bajo. Parece que estés en una cómoda tumba o en una asfixiante iglesia. Las cortinas rosas de encaje de las ventanas que tengo detrás tiñen aquel salón de un rosa pálido. Yo soy la nota oscura y discordante.

Evelyn Carrick, la joven hija del dueño, está de pie junto a mi mesa y me pregunta qué me apetece tomar. No me mira, y lo prefiero, porque yo tampoco la miro a ella. Observo el rectángulo impreso que tengo delante de mí, sobre el mantel. Hay algunas palabras francesas en la carta. El nombre de los platos es largo y descriptivo. Aunque quisiera pedir sólo té, no sé si lo encontraría.

—Voy a esperar —informo.

Duda. Me mira y aparta la vista, una y otra vez, como un caballo desorientado en un lugar extraño.

—¿Me da su chaqueta?

—Me la voy a dejar puesta —como se ha secado en el radiador, la noche anterior, la chaqueta tiene ese tacto rígido que le da la sal del agua. Además, está manchada de barro y sangre. Tiene las heridas de guerra de todos los días que he pasado en la playa. No me imagino a la camarera tocándola con esas manos tan pequeñas y delicadas.

Evelyn dispone la servilleta y el plato de modo curioso al otro lado de la mesa y después desaparece escaleras abajo. Oigo el crujir de sus pasos: cada escalón parece tener vida propia. El salón de té es uno de los edificios más antiguos de Skarmouth. Es alto, estrecho y queda encajado entre el colmado y la oficina de correos. Me pregunto qué tipo de lugar debía de ser antes de dedicarse a vender petit pain.

Malvern llega tarde. Me esperaba que quisiera verme, pero no en este lugar. Me vuelvo para mirar a través de la ventana que tiene las cortinas rosas de encaje. En la calle se distinguen ya algunos turistas curiosos que se han adelantado al festival. Se oye el repicar de los tambores, que se preparan para las celebraciones. En unos pocos días, las mesas de este salón de té estarán todas ocupadas, y las calles, llenas. Cuando acabe el festival, los demás jinetes y yo desfilaremos entre la multitud. Y seguiré conservando mi trabajo.

Me subo el puño de la manga un poco para mirarme la muñeca: como la chaqueta está tan tiesa, me ha producido una rozadura durante el entrenamiento. Dos caballos se pelearon esta mañana y tuve que intervenir. Ojalá Gorry se diera por vencido con la yegua pinta y la soltara; está poniendo muy nerviosos a los demás caballos.

Los escalones crujen de nuevo, esta vez bajo el peso de alguien más corpulento que Evelyn. Benjamin Malvern entra de una zancada en la sala y se queda de pie junto a la mesa hasta que me levanto para saludarle. Malvern, que ha tenido dinero toda su vida, tiene un aire de fealdad aseada, como si fuera un carísimo caballo de carreras de tosca cabeza. El exterior es refinado, la mirada, perspicaz, y la nariz, bulbosa sobre unos labios demasiado carnosos.

—¿Cómo va, Sean Kendrick? —me saluda.

—Tirando —le respondo.

—¿Cómo se porta el mar contigo? —es el momento en que decide bromear y mostrar empatía. Yo decido fingir que lo que dice tiene gracia para demostrarle que quiero seguir cobrando mi salario.

—Como siempre —esbozo una sonrisa.

—¿Nos sentamos?

Dejo que se siente él primero, luego me siento yo. Coge la carta, pero no la lee.

—¿Estás preparado para el festival? Es ya este fin de semana.

Los escalones crujen de nuevo. Es Evelyn. Le sirve a Malvern una taza que contiene un líquido espumoso.

—¿Qué desea tomar? —me pregunta de nuevo.

—Nada, gracias.

—No quiere abusar de tu hospitalidad, querida —bromea Malvern—. Tráele una taza de té.

Asiento con la cabeza. Malvern parece no ver que Evelyn se va.

—Mejor que te tomes una buena taza de té, porque tenemos algunos asuntos desagradables de los que hablar —adelanta Malvern. Acto seguido, le da un sorbo a ese extraño té espumoso.

No digo nada ni tampoco me muevo.

—Eres un hombre de pocas palabras, Sean Kendrick —afirma. Los tamborileros de Escorpio siguen practicando en la calle un ritmo ascendente y animado que no casa con el mundo rosa pastel en el que estamos nosotros. Malvern coloca los codos sobre la mesa y se inclina hacia mí—. Creo que no te he contado la historia de cómo empecé con esto de los caballos, ¿verdad?

Lo miro a los ojos.

Sigue hablando.

—Era joven y pobre. Un isleño más, sólo que no en esta isla. No tenía ninguna posesión excepto mis zapatos y unos cuantos moretones en la piel. En nuestra calle había un hombre que vendía caballos. Royal horses y pencos, caballos de salto y caballos para el consumo. Cada mes organizaba una subasta, y la gente acudía de los lugares más remotos que puedas imaginar.

Hace una pausa, supongo que para comprobar si siento lástima de mí mismo por



haber nacido en esta isla. Cuando ve que mi reacción no es la que pretende, sigue hablando.

—Este hombre tenía un semental del color del oro, como si lo hubiera tocado el Rey Midas. Hacía de alto casi metro ochenta, y tenía las crines y la cola de un león. Al ver a un ejemplar así, uno se da cuenta de cómo tiene que ser un caballo de verdad. Pero había un problema: nadie podía montarlo. Había tirado a cuatro hombres y había matado a otro. Además, cada día se comía de cuatro a ocho balas de heno. En aquella subasta, nadie se atrevía a tocar a un caballo que mataba hombres y al que nadie podía montar. De modo que le dije al hombre que si yo lo lograba domar, tendría que darme trabajo para no ser pobre nunca más. El comerciante me dijo que no me podía prometer que nunca más iba a ser pobre, pero que me daría trabajo hasta el día en que él faltara. Así que cogí al semental y lo embridé. Le vendé los ojos con la tela del vestido de una virgen y me subí a su lomo. Galopamos por los campos y praderas, él ciego y yo rey, y cuando lo traje de vuelta, era ya manso y yo tenía trabajo. ¿Qué me dices de esto?

Miro a Malvern. Se lleva la taza con aquel extraño brebaje a los labios. El aroma a mantequilla llega hasta aquí.

—Que no me lo creo —respondo—. Usted nunca fue joven.

—Y yo que pensaba que no tenías sentido del humor, Sean Kendrick —se queda callado mientras Evelyn me sirve la taza de té. Me ofrece leche y azúcar y digo que no con la cabeza. Malvern espera a que la muchacha desaparezca escaleras abajo para volver a hablar.

Coloca una servilleta encima de su taza de té, como si fuera un cadáver y no un tazón vacío.

—Mi hijo me ha dicho que has matado a uno de mis caballos.

Una oleada de ira estalla contra mi pecho.

—Parece que no te sorprende lo que te digo.

—No.

Los tamborileros de Escorpio se acercan cada vez más y tocan con más entusiasmo. Se oyen risas. Una de ellas es una carcajada grave y burlona; de esas que se emiten cuando la broma no va contigo. Malvern frunce el ceño e inclina la cabeza, como si pudiera ver la escena que tiene lugar en la calle con más claridad que los pensamientos que me pasan a mí por la cabeza. El sonido de los tambores imita ahora intencionadamente el repicar de los cascos de los caballos. Me pregunto si estará imaginándose al caballo dorado, del tamaño de un establo, galopando por las praderas de alguna lejana isla.

—Quinn Daly me ha contado lo que pasó —declara Malvern—. Me dijo que estabas entrenando a *Fundamental* en la cala, y que parecías distraído. Que no estabas concentrado en tu trabajo y que no podrías haberte dado cuenta de la presencia de un

*capall* en el agua.

Pues claro que estaba distraído. Pensaba en esa chica pelirroja y en su poni. En las manchas de sangre de las yeguas salvajes que había en la arena. Malvern no me despediría por algo así. No creo que me despida suceda lo que suceda. Pero no tengo que olvidar que puede hacerlo. Y que pendo de un hilo.

Mis ojos se encuentran con los suyos.

—¿Qué más le dijo Quinn Daly?

—Que Matthew lo relevaría y vigilaría por él. Que lo siguiente que vio fue que *Fundamental* se ahogaba y que tú fuiste tras él —Malvern entrelaza los dedos—. Pero eso no es lo que me contó mi hijo. Es su palabra contra la de él. ¿Qué tienes que decir tú?

Aprieto los dientes. No tengo ninguna posibilidad de salir victorioso.

—No puedo contradecir a su hijo —murmuro a regañadientes.

—No vas a tener que hacerlo —responde Malvern—. Tu chaqueta me dice qué historia es cierta.

Los dos nos quedamos callados.

—Me intriga —interviene Malvern al fin—. ¿Qué es lo que le pides a la vida?

La pregunta me sorprende. Quizá hubo alguna vez una persona a la que le hubiese hablado con libertad de mis sentimientos, pero esa persona no era Benjamin Malvern. Confesarle a él mis deseos sería algo tan improbable y raro como imaginarlo a él confesándome los suyos.

Me mira.

—Un techo que me cobije, unas riendas que sostener y la arena de la playa bajo mis pies.

—Así que ya tienes lo que quieres.

No puedo estar ahí, delante de él, tomándome un té y decirle que lo que de verdad deseo es ser libre y no trabajar para él.

—Hace ya mucho que amansé a aquel semental —continúa Malvern—. No sabía cómo sería el camino que me llevaría a esta isla destartada, en medio de la nada. No puedo compararlo con el camino que sigue Matthew para saber adónde quiere llegar.

Puede que Mutt Malvern decida seguir algún camino, pero lo que los dos sabemos es que no le llevará a convertirse en el magnate de una ganadería famosa internacional.

—En fin. Bueno, ya llevas bastante tiempo observando a los caballos, ¿sabes cómo les irá en las carreras? —lo que Malvern quiere saber en realidad es cuál de sus caballos marinos es el más rápido.

—Desde el primer día.

Malvern sonrío. No es una sonrisa agradable, pero tampoco malintencionada.

—Bueno, ¿cuál es el más lento?

—La yegua de pelaje castaño —le digo de corrido. Todavía no le he puesto nombre porque no se lo ha ganado. Es caprichosa y bastante salvaje: no es rápida porque no le gusta obedecer al jinete.

—¿Y cuál es el más rápido? —insiste Malvern.

Hago una pausa antes de contestar. Sé que de mi respuesta depende el caballo que le asigne a Mutt este noviembre. No quiero ser sincero, pero mentir no tiene sentido, porque descubrirá la verdad de todos modos.

—*Corr*. El semental rojo.

—¿Y cuál es el más seguro? —continúa él.

—*Edana*. La de pelaje castaño con la raya blanca.

Malvern me mira con atención por primera vez. Frunce el ceño, como si fuera la primera vez que viera a aquel muchacho que lleva años criando a sus caballos y viviendo encima de sus cuadras. Observo la taza de té.

—¿Por qué te lanzaste al mar detrás de *Fundamental*?

—Porque estaba bajo mi cuidado.

—Estaba bajo tu cuidado, pero era un caballo Malvern. Mi hijo era su dueño — Benjamin Malvern aparta la silla y se pone en pie—. Matthew se quedará con *Edana*. Deja marchar a la yegua, a menos que creas que puede estar lista para el año que viene.

Me mira para saber mi opinión. Niego con la cabeza.

—Suéltala entonces. Y tú —dice mientras coloca algunas monedas bajo el canto de la taza— montarás a *Corr*.

Cada año espero que llegue este momento. Cada año, cuando toma su decisión, me siento aliviado.

Pero este año, siento que sigo esperando algo.

## 23

### PUCK

A mediodía del día siguiente, el desánimo hace mella en mí. Al ver que Gabe ya se ha marchado cuando me levanto, decido tomar las riendas de la situación e ir al Hotel Skarmouth a hacerle una visita. Una vez allí, me dicen que está en los muelles. Y en los muelles me dicen que se ha ido en barca. Cuando les pregunto en cuál, se ríen de mí y canturrean que en la que las niñas bonitas no pagan dinero.

A veces odio a los hombres.

Ya de vuelta en casa, me pongo a despotricar de lo poco que vemos a Gabe, ante la mirada incrédula de Finn.

—Pues yo he hablado con él esta mañana —confiesa—. Antes de que se marchara; hemos hablado del pez.

Intento contener la ira, pero sólo lo consigo parcialmente.

—La próxima vez que lo veas, dile que tengo que hablar con él —anuncio—. ¿De qué pez habéis hablado?

—¿Qué? —responde mi hermano, que sonrío distraído a una cabeza de perro de porcelana.

—Da igual —concluyo.

Voy a buscar a *Dove* y me la llevo a la playa para aprovechar que la marea está alta a primera hora de la tarde. Está muy irritable y perezosa, no tiene ganas de trabajar. Ha tenido días así antes, pero entonces no importaban. No es que hoy importe demasiado, pero si el día de la carrera está en este plan, casi prefiero no salir de la cama.

Cuando regresamos a casa, la suelto para que corree por el prado y le tiro un fardo de heno por encima de la valla. El heno de la isla no vale nada, ya lo sé, aunque nunca me había importado hasta ahora. Miro la barriga de *Dove* y abro la puerta de casa.

—¿Finn?

No está. Espero que no esté fuera, arreglando el Morris de las narices. En esta isla del demonio no funciona nunca nada.

—¿Finn? —vuelvo a preguntar. Nadie me responde. Sintiéndome culpable, me dirijo a la lata de galletas que tenemos en la encimera y agito las monedas que hemos guardado dentro. Las cuento y las vuelvo a meter. Supongo que *Dove* se comportará de otro modo si come mejor. Las vuelvo a sacar. Creo que con este dinero sólo podré comprarle alimento para una semana, y habré utilizado todos nuestros ahorros. Vuelvo a meter las monedas en la lata.

Vamos a quedarnos sin casa a menos que haga algo.

Aprieto los puños y miro fijamente la lata.

«Le pediré a Dory Maud que me dé un anticipo por las teteras.»

Dejo unas pocas monedas en la lata y me meto las demás en el bolsillo. Sin Finn y sin el Morris (que igualmente no arrancaría) no puedo llegar a Colborne & Hammond, nuestro proveedor, así que salgo al cobertizo, aparto a *Dove* y cojo la bicicleta de mamá. Compruebo la presión de los neumáticos y me dirijo, dando tumbos para esquivar los baches, carretera adelante. Me alegro de que las predicciones meteorológicas de Finn no se hayan cumplido y no haya ni rastro de la tormenta, porque Colborne & Hammond está en Hastoway, pasado Skarmouth. Cuando llegue tendré las espinillas hechas polvo y lo último que me faltaría sería acabar completamente empapada.

Salgo del camino hasta llegar a la superficie asfaltada, mirando atrás para comprobar que no viene ningún vehículo. Rara vez hay alguno en estas carreteras, pero desde que al padre Mooneyham le dio un buen golpe el camión de Martin Bird, prefiero andarme con ojo.

Tengo el viento en contra; viene de las colinas y me golpea con fuerza. Pedaleo inclinada para no caermme de la bici. La carretera zigzaguea, evitando el paso por enclaves rocosos. Papá solía decir que cuando pavimentaron la carretera por primera vez parecía una cicatriz, o una cremallera, de tan negra que era en contraste con los tonos marrones y verdes de las colinas que la rodean. Pero el color se ha acabado desgastando, con lo que parece un accidente geográfico más en tan anguloso paisaje. La carretera tiene algunos baches que han tenido que sellarse con un alquitrán más oscuro, haciendo que se camufle con el entorno. Por la noche es casi imposible no salirse de ella.

Logro distinguir el rugido de un motor por encima del ulular del viento. Me aparto para dejarlo pasar, pero, en vez de adelantarme, el vehículo se para. Es Thomas Gratton, en el camión con el que transporta las ovejas, un Bedford que tiene unos faros y una calandra que me recuerdan a Finn cuando pone la cara de rana.

—Puck Connolly —me saluda Thomas Gratton, con el rostro colorado como siempre, a través de la ventanilla. Se dispone a abrir la puerta—. ¿Se puede saber adónde vas con eso?

—A Hastoway.

No sé cómo, pero de repente Thomas Gratton está ya colocando mi bicicleta en la zona de carga del camión mientras me dice:

—Ahí voy yo también.

Sé reconocer perfectamente un golpe de suerte, así que me acomodo en el asiento del copiloto después de apartar una lata, un periódico y una perra border collie.

—Además —añade Thomas Gratton, mientras entra resoplando en la cabina del camión, como si le costara la vida sentarse—, cómete algunas galletas, que si no me las acabaré yo todas.

El coche arranca, me como una galleta y le doy otra a la perra. Miro con el rabillo del ojo a Thomas Gratton, para ver si se ha dado cuenta (y de haberse dado cuenta, si le importa), pero canturrea algo y tiene el volante agarrado con fuerza, como si fuera a escapársele. Me lo imagino hablando de mí con Peg y me pregunto si me habré equivocado aceptando su invitación.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Bueno, en realidad el motor ruge como si se fuera a salir del capó, de modo que en silencio tampoco estamos. Me alegra ver que la cabina está llena de cajas de jarabe para la tos, de botellas de leche vacías y de páginas de periódico manchadas de barro que han adquirido un tono amarillento por el paso del tiempo. El desorden es mi hábitat natural. Si todo está ordenado, siento que tengo que comportarme como una niña buena.

—¿Cómo está tu hermano? —me pregunta Gratton.

—¿Cuál de los dos?

—El héroe que llevaba el carro el otro día.

Dejo escapar un susurro tan profundo que el perro me chupetea la cara para curarme.

—¡Ah, Finn!

—Me gusta su entusiasmo. ¿Crees que le interesaría ser mi aprendiz?

Que Finn entrara de aprendiz en la carnicería sería una bendición.

—No puede ver la sangre ni en pintura —le contesto, con todo el pesar de mi corazón.

—¡Pues ha ido a escoger la mejor isla para vivir! —ríe Thomas Gratton.

Pienso en la oveja muerta que hallé en el camino. Y en Finn, merodeando cerca de la pastelería Palsson's. Si pudiera ser aprendiz en algún lugar, sin duda elegiría ése. Allí podría añadirle sal al cacao. Aunque tendrían que buscarse a otro aprendiz para que limpiara la cocina después, eso sí.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —pregunta Thomas Gratton. Tardo unos segundos en darme cuenta de la presencia de una oscura figura que camina paralela a la carretera. Gratton para el camión y baja la ventanilla.

—¡Sean Kendrick! —grita Gratton. Me sobresalto al ver que es él quien camina con los hombros encorvados contra la fuerza del viento. Tiene el cuello vuelto hacia arriba—. ¿Se puede saber qué haces aquí sin un caballo entre las piernas?

Sean no le contesta de inmediato. Su expresión no cambia, pero hay algo en su rostro que sí lo hace: parece que cambia de marcha.

—Nada, aclarándome las ideas.

—¿Y adónde te diriges para aclarártelas?

—Pues no sé. A Hastoway.

—Bueno, pues puedes aclararte las ideas en el camión. Nosotros también vamos hacia allí.

Al principio me siento traicionada por lo injusto de la situación, por tener que compartir el viaje, y encima con Sean, alias «no vuelvas a traer a tu poni a esta playa». Pero luego veo que Kendrick también me ha visto y que no sabe si entrar o no, y eso me gusta. Quiero darle miedo. Lo miro de hito en hito.

Supongo que la cara que ha puesto Gratton ha debido contrarrestar la mía, porque Sean Kendrick mira atrás y, acto seguido, se dirige al otro lado de la cabina. Al mío. Gratton abre su puerta y le pide a la perra que se ponga detrás, cosa que hace, no sin antes dedicarnos un airado ladrido. Me traslado al asiento que ocupaba la perra. Estoy sentada al lado de Gratton, que huele a los caramelos de limón cuyos envoltorios están esparcidos por el suelo. Pienso, nerviosa, en algo que decir cuando Sean abra la puerta del copiloto, algo que le haga saber que recuerdo lo que me dijo en la playa y que no estoy acobardada ni conforme. Y que le dé a entender que soy más lista de lo que se cree.

Sean Kendrick abre la puerta.

Me mira.

Lo miro.

A esta distancia tan corta, es casi demasiado serio para ser guapo: sus pómulos son angulosos, la nariz afilada como una cuchilla y las cejas oscuras. Tiene las manos amoratadas y magulladas de tanto lidiar con los *capaill uisce*. Como los pescadores de la isla, tiene los ojos siempre entornados contra la fuerza del sol y del mar. Parece un animal salvaje. Uno que muerde.

No digo nada.

Entra en el camión.

Cierra la puerta. Estoy sentada entre los dos hombres. A un lado tengo la pierna de Thomas Gratton, que imagino igual de rosada que el resto del cuerpo, y la pierna rígida de Sean Kendrick al otro. El tamaño de la cabina hace que estemos hombro contra hombro. Si Thomas Gratton estuviera hecho de algún material, sería de patatas y de harina. Sean, en cambio, estaría hecho de piedra, madera flotando a la deriva y quizá una de esas anémonas espinosas que te encuentras a veces en la playa.

Me aparto un poco de él. Sean mira por la ventana.

Gratton canturrea.

La perra ladra desde la caja del camión, cuya vibración hace que los ladridos se conviertan en un silbido intermitente.

—Tengo entendido que Mutt, bueno, Matthew, está un poco molesto por el caballo que has elegido para él —dice Gratton, con tono alegre.

Sean Kendrick lo mira con gesto grave.

—¿Y eso quién lo dice?

Me sorprende su voz, me gusta más su tono cuando habla que cuando grita por encima del viento. Le quita seriedad. Huele a heno y a caballo, y eso hace que me

caiga un poco mejor.

—Le ha dado un berrinche en la tienda. Dice que quieres que pierda y que no soportas que nadie compita contigo.

—Ah, ya —contesta Sean, con desdén. Mira hacia atrás por la ventana. Pasamos por delante de uno de los campos de Malvern, donde pace una espléndida manada de yeguas de cría.

Gratton tamborilea con los dedos en el volante.

—Y luego Peg se lo sonsacó.

Sean vuelve a mirar hacia atrás. No dice nada, simplemente espera. Me gusta esa técnica de esperar largo rato a contestar, hace que Gratton hable más de la cuenta y, además, le da más tiempo para pensar en la respuesta.

—Bueno, pues dijo que si él fuera el jinete de ese semental rojo, también habría ganado cuatro veces la carrera. Peg le dijo que no sabía nada de caballos si pensaba que todo lo que te hace ganar es el caballo que tienes por montura. Mi mujer estaba de mal talante esta mañana, ¿sabes? Como el día acaba en una ese...

Me río, lo que le recuerda a Gratton que sigo allí, porque añade:

—Y claro, no tienes que preocuparte porque Mutt Malvern te gane, porque para eso tienes aquí a Puck, que te dará una paliza.

Pienso mentalmente en envenenar a Thomas Gratton más tarde. Quiero que me trague la tierra y desaparecer de allí, pero, en vez de eso, miro a Sean, desafiante, para que me diga algo.

Pero no dice nada. Me mira y frunce ligeramente el ceño, como si mis motivos para interrumpir su entrenamiento fueran a explicarse solos. Después, vuelve a mirar por la ventana.

No sé si me siento ofendida o no. No decir nada me parece mucho peor que decir algo horrible. Me vuelvo hacia Thomas Gratton y no le presto ninguna atención a Sean Kendrick.

—¿Dice que necesita un aprendiz?

—Sí.

—¿Y qué opina Beech de eso?

—Beech se marcha al continente después de las carreras.

Abro la boca, pero de ella no sale ningún sonido.

—Él, Tommy Falk y tu hermano Gabriel; los tres se marchan juntos. Tengo que darte las gracias Puck, por dejárnoslo unas semanas más. He oído que tu hermano tiene pensado quedarse hasta después de la carrera porque tú participas en ella, y que por eso los demás también han decidido esperar.

A veces creo que todo Thisby sabe más de mis asuntos que yo misma.

—Sí, es verdad —le respondo. No sé demasiado bien por qué, pero me entristece saber que Gabe no se marcha solo—. Pero Tommy participa en la carrera, ¿no?



—Sí, como va a estar aquí para esa fecha, ha decidido participar.

—¿Está triste por Beech? —después de formular la pregunta, me doy cuenta de que quizá no he tenido demasiado tacto al preguntarle eso, pero lo hecho, hecho está.

—Bueno, así están las cosas en la isla. No todos nos podemos quedar, de lo contrario nos acabaríamos cayendo al mar, ¿no? —el tono de su voz no concuerda con el tono bromista de sus palabras—. Además, no todo el mundo está hecho para vivir en la isla. Me parece a mí que tú sí, ¿me equivoco?

—Yo no me iría jamás —respondo con fervor—. La isla es... como mi corazón, o algo parecido.

Me siento tonta por ser tan sentimental. A través de la ventana, sobre el mar, veo una pequeña isla rocosa, demasiado pequeña para ser habitada. Nunca te acostumbras a tanta hermosura.

Estamos todos en silencio hasta que interviene Sean Kendrick.

—Tengo otro caballo, Kate Connolly, si quieres tener por montura a un *capall uisce*.

## 24

### PUCK

Finn me mira mientras desmigaja con los dedos una galleta hasta convertirla en una montaña de bolitas.

—¿O sea que Sean Kendrick te va a vender un caballo marino?

Estamos sentados en la trastienda de Fathom & Sons. Es una habitación claustrofóbica con las paredes cubiertas de estantes sobre los que descansan unas cajas marrones. Apenas cabe la mesa, llena de ralladuras, en aquel angosto espacio. No huele tanto a mantequilla como en el resto del edificio, y sí a cartulina mohosa y a queso rancio. De pequeños, mamá solía dejarnos aquí con algunas galletas mientras charlaba animadamente con Dory Maud cerca del mostrador. Finn y yo nos turnábamos para adivinar qué había en aquellas cajas marrones. Cacharros. Galletas. Patas de conejo. Las partes íntimas de los amantes secretos de Dory Maud...

—No necesariamente —le contesto, sin levantar la vista de mi tetera. Las estoy numerando y firmando mientras me tomo una taza de té que se ha quedado demasiado fría—. Sólo voy a mirar. No me ha dicho nada de venderlo.

Finn me observa.

—Yo tampoco he dicho que quiera comprarlo —le espeto.

—Pensaba que ibas a participar con *Dove*.

Firmo la parte inferior de la tetera: «Kate Connolly». Me siento como si estuviera firmando un papel para la escuela. Necesito añadir alguna floritura. Dibujo un tirabuzón en la parte inferior de la *i* griega.

—Y seguramente participe con ella. ¡Sólo voy a mirar!

Me he puesto roja y no sé por qué, cosa que me molesta. Espero que la escasa luz que proyecta la bombilla y la que entra por las estrechas ventanas que quedan por encima de las estanterías oculten un poco mi sonrojo.

—Sólo me quedan dos días para poder cambiar de caballo; vale la pena que me asegure de que tengo la montura adecuada.

—¿Vas a desfilar con los jinetes? —me pregunta mi hermano, que ya no me mira. Ha desmigajado por completo la galleta y ahora empieza a unir todas las migas en una especie de bola irregular y más pequeña.

Cada año se celebra el Festival de Escorpio una semana después de que los caballos emerjan del agua. Sólo he estado una vez y, como era demasiado tarde, no nos quedamos a ver el desfile de los jinetes, el evento cumbre de la noche. Los jinetes dan a conocer el nombre de sus monturas y las apuestas se disparan.

Pensar en eso me pone un poco nerviosa.

—Sí, ¿vas a ir? —la voz de Dory Maud resuena en la pequeña habitación. Arquea una ceja desde el umbral de la puerta. Lleva puesto un vestido de mangas de encaje

que, en aquel cuerpo tan robusto, parece robado.

Frunzo el ceño, malhumorada.

—No intentarás convencerme de que no participe, ¿verdad?

—¿Dónde? ¿En la carrera o en el desfile? —Dory Maud saca la tercera silla de aquella mesa y se sienta.

—Lo que no entiendo —continúa ella— es por qué una chica tan inteligente y apañada como tú, Puck, está decidida a quedar como una idiota y a poner en riesgo su vida.

Finn le sonríe a la galleta.

—Tengo mis motivos —espeto—. Y no me digas que a mis padres les daría pena, me lo ha dicho todo el mundo y ya me lo sé de memoria.

—¿Lleva así de insoportable toda la semana? —le pregunta Dory Maud a Finn, quien asiente con la cabeza. Después, añade algo más—: Tu padre estaría disgustado, pero tu madre..., no te creas que se habría opuesto. Era un terremoto y lo único que le quedó por hacer en esta isla fue participar en las carreras.

—¿En serio? —le pregunto, deseosa de saber más.

—Sí, probablemente —responde Dory Maud—. Finn, ¿qué estás comiendo? Parece pienso para gatos.

—Lo he traído de casa —suspira largamente—. En Palsson's acababan de sacar los rollitos de canela.

—Ay, sí —Dory Maud se pone a garabatear algo en un pedazo de papel. Tiene una letra imposible de entender. Parece mentira que se dedique a esto—. Los mismos ángeles podrían olerlos.

Finn parece triste.

Me siento mal por haber comprado el heno y el grano. No sé si los rollitos de canela habrían resultado una mejor inversión.

—¿Me puedes adelantar algo por las teteras, Dory Maud? —le pregunto al fin. Le acerco una de las que acabo de numerar y firmar para que vea que me lo estoy tomando en serio—. La comida para caballos es muy cara.

—¿Qué te crees, que soy un banco? Si me ayudas a preparar el tenderete para el festival este viernes por la tarde, te daré el dinero.

—Gracias —le digo, aunque no siento ninguna gratitud.

—No sé por qué no vas a llevar a *Dove* —interviene Finn, tras unos instantes de silencio.

—Finn.

—Oye, eso es lo que me habías dicho.

—Me gustaría tener la posibilidad de ganar algo de dinero —explico—. Y creo que tener de montura un caballo marino, en una carrera pensada para caballos marinos, pues puede ayudarme a conseguirlo, ¿sabes?

—Ya —titubea Dory Maud.

—A eso me refiero —asevera Finn—. ¿Por qué estás segura de que son más rápidos?

—¡Venga ya, hombre! —exclamo.

—Bueno, tú misma me has dicho que no siempre corren en línea recta. No entiendo por qué cambias de idea ahora que un sabelotodo te ha dicho lo que tienes que hacer y lo que no.

Noto que las mejillas se me ponen coloradas.

—No es un sabelotodo. Y no me ha dicho que haga nada. Sólo quiero echar un vistazo a los caballos.

Finn aprieta con fuerza el pulgar contra el montoncito de migas hasta que la punta del dedo se le queda blanca.

—Me dijiste que no ibas a subirte a uno de éstos por principios. Por mamá y por papá.

No le tiembla la voz porque Dory Maud está delante y porque Finn es así, pero sé que está nervioso.

—Los principios no van a pagarnos las facturas —le respondo.

—Pues vaya principios los tuyos, que puedes cambiarlos así, de un día para el otro, como si fueran... —supongo que no se le debe de ocurrir nada que compararlos, porque se levanta, pasa por el lado de Dory Maud y sale hecho una furia de la habitación.

Reacciono sorprendida.

—¿Como si fueran qué? Venga, dilo —repito.

Los hermanos son los seres más extraños de todo el planeta.

Dory Maud aparta unas migas invisibles del papel y examina lo que acaba de escribir.

—Los chicos no llevan muy bien eso de tener miedo —concluye.

## 25

### SEAN

Atardece y ensillo una potranca, llamada *Pequeño Milagro de Malvern* porque cuando nació estaba muy quieta y no emitió sonido alguno: todos creímos que había nacido muerta.

Estoy agotado. Me duele el brazo derecho, uno de los caballos me dio un buen golpetazo, y nada me apetece tanto como volver a la cama y pensar si es buena idea quedar mañana con Kate Connolly. Pero han llegado dos compradores, que acaban de desembarcar, y tengo entendido que debo enseñarles a los potrillos mientras sea todavía de día. No sé por qué no pueden esperar a mañana.

Cuando salgo al patio, bañado por el dorado sol de la tarde, para reunirme con los compradores, me sorprende ver a *Sweeter*, una potranca gris, fuera de la cuadra y con alguien en su lomo. Apenas tardo unos segundos en reconocer a Mutt Malvern, y siento que las tripas se me revuelven. Cerca de él hay tres hombres, observándolo. Se vuelve hacia mí: quiere que vea que él es el jinete. Que Mutt crea que enseñar a *Sweeter* es cosa suya me ofende, pero, cuando le oigo decir que adora a ese potro, sólo puedo verlo en la boca de la cala, esperando a que el *capall uisce* arrastre a *Fundamental* al fondo del mar.

*Pequeño Milagro* está acalorada. Se mueve nerviosa hacia un lado antes de salir escopeteada hacia el pasto donde está Mutt. La potranca es tan osada que *Sweeter* se ve obligada a apartarse cuando pasa por su lado. Nuestras grises sombras nos separan.

—¡Sean Kendrick! —exclama, alegre, George Holly. Al oír mi nombre, los otros dos compradores se vuelven para observarme. No los reconozco. Quizá sean nuevos.

—Sean montará a la otra potranca —explica Mutt, con expresión condescendiente, y luego sonríe—, porque yo no puedo subirme a dos caballos a la vez.

No sé si puede hacerlo o no, pero la verdad es que ni recuerdo la última vez que lo vi galopar a lomos de un caballo.

Uno de los compradores repite mi nombre en voz baja y Mutt se inclina hacia él.

—¿Qué ha dicho?

—Kendrick... Me suena mucho ese nombre.

—Me encargo de los caballos —aclaro.

George Holly sonríe bajo las sombras de la tarde.

—¿Y también participa en la carrera? —pregunta el otro comprador. Yo asiento.

—Con el semental rojo —añade Holly—. El que ha visto antes.

Musitan algo, agradablemente sorprendidos, y le preguntan a Mutt cuál es su montura para la carrera.

Mutt aprieta los dientes. Creo que no recuerda cómo se llama *Edana*. Ni siquiera

la ha montado.

Sé que en este momento, yo, empleado de los Malvern, tendría que ser humilde y acudir en su ayuda para salvarle del apuro. Es lo que he hecho toda mi vida, y sé que esas simples palabras harían que Mutt quedara bien ante los compradores. Y también les recordaría el lugar que ocupó en la jerarquía de Malvern Yard. Pero decido desafiarme.

—He elegido para él a la yegua de pelaje castaño con la raya blanca, *Edana*. Creo que hacen buena pareja —respondo.

Se hace el silencio. Hay algo repugnante en la posición que adopta Mutt cuando clava sus ojos en mí. Los compradores se miran, nerviosos, mientras Holly se balancea ligeramente sobre los talones.

Veo cómo mis palabras penetran lentamente en la mente de Mutt. Me siento peligroso y desatado.

Milagro da un respingo repentino y piafa. El repicar de sus cascos resuena en las piedras. Me vuelvo para observar a Mutt. Imagino que es él quien se ahoga, y no *Fundamental*. Imagino que *Corr* lo agarra. Que ocupa el lugar de mi padre, bajo los cascos.

—Empieza a anochecer. ¿Les echamos un vistazo a esas yeguas?

Sin mediar palabra, Mutt obliga a *Sweeter* a volverse.

Galoparemos casi un kilómetro y medio, en perfecta línea recta. Los animales rebosan energía al saber lo que les espera. Siento la mirada iracunda de Mutt sobre mí y, cuando nuestros ojos se encuentran, veo que aprieta con fuerza la mandíbula. Esta demostración no tenía que convertirse en una carrera entre *Pequeño Milagro* y *Sweeter*, pero veo que no nos queda otra alternativa.

*Sweeter* arranca de un salto. *Pequeño Milagro* queda por detrás unos instantes, lo que tardo en soltar rienda para que corra. Avanzamos al galope por la pista, cuya superficie se tiñe de sombras azuladas. El aire me silba en los oídos, frío y lastimero. Las sombras son ya tan pronunciadas que las potrancas las confunden con objetos reales y levantan las rodillas para saltar aquellos obstáculos invisibles.

Mutt me mira de reojo para ver si nos saca mucha distancia, pero no tendría que haberse molestado: le pisamos los talones. Uno junto a otro, los animales avanzan por la pista. Pero yo sé que la rapidez de tu caballo sólo determina la mitad de la carrera. Lo sé porque he galopado por esta pista cientos de veces, en cientos de caballos distintos, y sé dónde empieza la pendiente, en qué lugar la tierra se ablanda y en qué momento los caballos frenan el paso para mirar sorprendidos el tractor que está aparcado cerca de la carretera. Además, sé todo lo que tengo que saber de *Pequeño Milagro*: que si no la controlas se desboca, que tengo que presionarla para que no pierda energía al subir por la pendiente y que debo agitar la fusta ligeramente para que no se despiste y se entretenga con el tractor.

Y lo único que sabe Mutt es machacar a su caballo para forzarlo a que gane.

Sé que tendría que frenar un poco a *Pequeño Milagro* y que tendría que dejar ganar a Mutt y a *Sweeter*.

Sé que los compradores me observan.

Me inclino y le susurro algo a *Pequeño Milagro*, que me apunta con la oreja. Suelto las riendas.

Ni siquiera es una competición.

*Pequeño Milagro* le saca una cabeza, dos cabezas, tres cabezas, cuatro cabezas a *Sweeter* sin esforzarse demasiado. Mutt se ha quedado rezagado cerca de la pista. *Sweeter* va despacio y está desconcentrada.

Me vuelvo, me pongo de pie sobre los estribos y le dedico un saludo a Mutt Malvern con la fusta.

Sé que estoy jugando con fuego.

—Conque no es usted jinete, ¿no? —me dice Holly mientras regreso al pasto junto a *Pequeño Milagro*.

—No soy más que un amante de los caballos.

## 26

### PUCK

Sean Kendrick me dijo que me reuniera con él en los acantilados que quedan por encima de Fell Cove, pero cuando llego, él no está allí.

Los acantilados no son en este punto tan pronunciados como los que rodean la playa de la carrera, y tampoco son tan blancos como aquéllos. La costa que rodea esta cala es de difícil acceso, y una vez *Dove* y yo logramos llegar hasta la arena, bajando por un angosto y desigual camino. Me doy cuenta de que no es un buen lugar para montar a caballo. La playa está llena de guijarros y tiene una superficie muy desigual. Además, el mar está demasiado cerca. La marea está baja, pero aun así, sólo hay poco más de cuatro metros de rocas hasta llegar a la orilla. Siempre nos han advertido que no debemos ir a lugares así porque los caballos marinos podrían llegar hasta nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Me pregunto si Sean Kendrick me ha gastado una inocentada.

Antes de darle más vueltas a esa idea y de desconfiar de él, oigo el repiqueteo de unos cascos. Al principio no sé de dónde viene, hasta que me doy cuenta de que su origen está en un punto situado por encima de nosotras. Estiro el cuello para mirar.

Veo un caballo solitario, a galope tendido por el borde del acantilado. A su paso deja un rastro de hierba aplastada. Reconozco el caballo un instante antes de reconocer al jinete: Sean Kendrick, quien va perfectamente colocado a lomos del semental y se mueve como si animal y él fueran uno. Cuando aquel *capall uisce*, rojo como la sangre, pasa cerca de mí, me doy cuenta de que Sean Kendrick no monta con silla. El peligro que entraña montar de esta manera es muy grande: jinete y caballo cabalgan piel contra piel, pulso contra pulso, y no hay modo posible de protegerse contra el hechizo del caballo.

No quiero admirarlos ni admitir que son algo completamente distinto a lo que jamás haya visto, pero no puedo evitarlo. Cuando el semental rojo pasa por delante de mí, me quedo sin respiración y el corazón se me acelera de puro entusiasmo. Si pensaba que los caballos que vi en el entrenamiento el primer día eran rápidos, éste sin duda se lleva la palma. Nunca había visto un ejemplar parecido en mi vida. No va ensillado y tiene a Sean Kendrick por jinete. Es un aguafiestas, pero hay que darle la razón al viejo de la carnicería: el muchacho tiene algo especial. Conoce bien a sus caballos, pero hay algo más.

Pienso en qué se siente montando un caballo como ése. Me aguijonea la culpa cuando pienso en lo que me dijo antes Finn sobre mis principios, los mismos que empezaron a desvanecerse ante la amenaza de perder nuestra casa. Ojalá pudiera pensar en eso sin sentirme tan mal.

*Dove* y yo emprendemos el camino de regreso a la cima del acantilado. Mi yegua



está contenta y hace cabriolas. A pesar de llevar varios días galopando, sigue entusiasmada con la idea de cabalgar. Oigo la vocecilla de Finn mientras *Dove* agita la cola.

Cuando llego al punto más alto de la carretera, ya sé lo que le voy a preguntar a Sean.

## SEAN

Cuando llego al acantilado, no hay ni rastro de Kate Connolly. Llevo un rato esperándola, aunque no puedo permitirme perder el tiempo. Ato a la yegua de pelaje castaño, dibujo un círculo a su alrededor y escupo dentro de él antes de llevarme a *Corr* para que corra un poco. Si Kate no aparece, por lo menos habrá hecho un poco de ejercicio. Hoy está animado y concentrado. Le alegra tanto como a mí salir a correr.

Para galopar por la cima de estos acantilados hay que tener el corazón de gaviota y la sangre fría de un tiburón. No son tan altos como los de la playa de la carrera, eso está claro, pero una caída desde aquí te mataría igual. Además, para un *capall uisce*, la llamada del mar es casi tan poderosa a treinta metros por encima de él como treinta metros playa adentro. Más de un hombre ha acabado estampado contra las rocas por temerle al mar.

En estos acantilados monté por primera vez un *capall uisce* siguiendo las indicaciones de mi padre. No me llevó a la playa en la que había aprendido él, porque mi padre le temía muchísimo más al mar que a las alturas.

Yo creo que los dos son mortíferos, pero eso no es lo mismo que tenerles miedo.

Cuando me doy la vuelta en el acantilado, veo a Kate Connolly y a su menudo poni castaño. Kate tiene el pelo del color de la hierba del acantilado bajo el sol del otoño, y la cara salpicada de unas pecas que la hacen parecer más pequeña. Es curioso el efecto casi mágico que tienen en ella: a ratos parece una niña enfadada, pero también salvaje y madura, fruto de esta tierra hosca. Está mirando los arreos que he dejado allí abajo: la silla, inclinada sobre la perilla, mi mochila, los termos y los cascabeles. No puedo evitar sentirme raro, como cuando la arena arrastrada por el viento te pellizca la piel.

Cuando Kate advierte mi presencia, frunce el ceño o entorna los ojos, no la conozco lo suficiente para poder ver la diferencia. Me invade el mismo sentimiento de desasosiego que sentí en la cala. *Fundamental* se sumerge en el agua, y yo junto a él. Pero ahora no me ahogo. Respiro aliviado.

A *Corr* le inspira la presencia de la yegua, en vez de apaciguar el paso, trota

pulcramente sobre el terreno, estremeciéndose de la emoción. No me atrevo a acercarme a ella montando a *Corr*, con lo que le grito desde una distancia de más de cuatro metros, por encima del viento:

—¿Cómo te tengo que llamar?

—¿Qué?

—En la pizarra de Gratton's pone «Kate», pero Thomas Gratton no te llamó por ese nombre.

—Puck —me responde con una voz áspera—. Es mi apodo, hay quien me llama así —no me invita a ser una de esas personas. El viento sopla y se nos enreda en los pies, alisa la hierba y juguetea con las crines de los caballos. Aquí arriba, no sé muy bien porqué, huele a pescado más intensamente. Transcurren unos segundos antes de que añada—: Pensaba que las normas decían que sólo se podía entrenar en la playa.

Por un momento me descoloca lo que dice.

—No se puede entrenar a más de ciento cuarenta metros de la orilla.

La chica parece concentrada en algo y, en ese momento, da igual que esté yo o no allí. Está ensimismada en sus pensamientos. Miro el reloj.

—¿Dónde está el otro caballo? —me pregunta. Su yegua intenta mordisquearle el pelo y Kate la ahuyenta, distraída. Su poni aparta la cabeza, fingiendo disgusto. Es un juego que conozco bien y que hace que me sienta unido a ellas.

—Cerca de aquí.

Kate nos mira.

—¿Siempre hace eso?

*Corr* no ha dejado de moverse. Además, arquea el cuello. Seguro que tiene un aspecto bastante ridículo al intentar exhibirse delante de las féminas de esa manera... Los sementales *uisce* suelen preferir a los caballos de tierra como presas, y no como compañeros, pero a veces un *capall* puede encapricharse de una yegua y entonces hacer un numerito y quedar como un tonto.

—La yegua castaña es todavía peor —amenazo.

Kate me mira con una expresión que parece divertida.

—Cuéntame algo de ella.

—Es variable, escurridiza, y está enamorada del océano —le contesto—. La capturé durante una tormenta. El agua salada había hecho que mis tiras de cuero se volvieran demasiado resbaladizas. El agua caía a cubos y el frío no me dejaba atinar. Apareció en una red, detrás de la barca, cuando llegué a la orilla. La tradición popular dice que si se captura un *capall uisce* cuando llueve, siempre querrá estar mojado. Pero no me lo creí hasta que lo experimenté por mí mismo.

—¡Qué faena!

—Sí.

—¿Entonces para qué me has hecho venir hasta aquí?

Observo a Kate. Es una pregunta recurrente que me asalta una y otra vez desde que la vi en la playa.

—Porque es un *capall uisce* en una carrera pensada para *capaill uisce*.

Mira más allá de la cima del acantilado, frunciendo el ceño y apretando los labios. Hay algo en ella, una fiereza, una contundencia, que asocio con la juventud.

—No quiero contemplar esa posibilidad a menos que sea mejor que *Dove* —me dice. No me doy cuenta hasta que se queda quieta unos instantes de que me mira a mí, esperando que le dé mi opinión.

No sé qué quiere exactamente que le diga. Seguro que ya sabe lo que tengo que decirle, pero aun así se lo digo:

—No hay ser más rápido que un *capall uisce*. Y punto. Da igual el tipo de entrenamiento que lleves a cabo, si vas en círculos, sobre la mar o lo que sea. Son más fuertes que tu yegua y más altos. Ella cabalga sobre hierba; los *capall*, sobre sangre, Kate Connolly. No tienes nada que hacer.

Lo que le digo parece convencerla, porque asiente una vez con determinación.

—De acuerdo. Entonces vamos a comprobarlo, ¿de acuerdo?

Es curioso que plantee así la cuestión. El «¿de acuerdo?» hace que tenga que mostrar mi desacuerdo con ella.

—¿Quieres que compitamos? ¿Yo con la yegua *uisce* y tú con *Dove*?

Kate asiente.

El viento nos zarandea y calma finalmente a *Corr*, que se detiene para olisquearlo. Huele a lluvia; lejana todavía.

—No entiendo para qué.

En Malvern Yarn me queda mucho que hacer todavía: tengo que sacar a dos grupos de caballos a que galopen un rato, atender a George Holly y a dos compradores más en las cuadras en su búsqueda del caballo que dé fama a sus ganaderías, por lo menos este año. Estoy muy ocupado antes de que caiga la noche. No tengo tiempo para carreras estúpidas de *capaill uisce* contra ponis que no le llegan a *Corr* a la altura de la pezuña.

—La carrera no durará más de lo que me llevaría probar a tu yegua —dice Kate—. Así que si dices que no, entenderé que la idea de competir contra *Dove* te parece un insulto.

Y por eso al final acabamos compitiendo.

Voy a buscar a la yegua de pelaje castaño y dejo a *Corr* atado, con un pedazo de corazón de ternera que me saco de la bolsa. Kate ajusta los estribos de su poni, con una pierna cruzada sobre la silla. Es imposible realizar esa acción en un caballo en el que no confías. Es algo que no sé si llegaré a hacer alguna vez con un *capall uisce*.

La yegua de pelaje castaño está inquieta y ansiosa. Me cuesta tanto gobernarla como a la yegua pinta; aunque es menos malintencionada. Ésta te ahogaría; no te

comería, como aquélla.

—¿Listo? —me pregunta Kate, aunque creo que esa pregunta tendría que haberla formulado yo. No creo que exista la más mínima posibilidad de que elija a este caballo—. ¿Vamos hasta las rocas grandes de allá?

Asiento.

Pienso para mis adentros que este ejercicio no tiene por qué ser tiempo mal empleado. Si consigo que la yegua marina galope en línea recta estos cinco minutos, entonces reconsideraré lo que le dije a Malvern. Odio tener que soltar a un caballo después de haberle dedicado tiempo. Y a esta yegua le he dedicado muchas horas. Quizá me equivoque y todavía pueda ponerla en forma para el año que viene. Tardé años en domar a *Corr*.

—¿Esperamos a algo? —dice Kate, arrancando de un salto. Mi yegua sale tras ella como una bala, depredadora. Le doy ventaja hasta que decido alcanzarla. Veo que Kate se agarra de las crines de *Dove*; pienso que lo hace para sostenerse hasta que me doy cuenta de que lo hace para que las riendas, muy largas, no le golpeen las manos ni la cara. No tengo que preocuparme de que la yegua *uisce* haga lo mismo: ha destrozado las suyas restregándose contra las paredes de la cuadra.

Los dos animales galopan ágiles sobre la hierba que cubre la desigual cima del acantilado.

La yegua de pelaje castaño no se está esforzando demasiado. Le doy un golpecito para que corra un poco más, se ponga en cabeza y acabe esta tontería. Pero, en vez de apartarse, se me pega todavía más a la pierna y tira con fuerza hacia el borde del acantilado, sin concentrarse en cabalgar hacia delante.

Y, claro está, el poni va recto como una flecha y nos aventaja.

Tardo unos segundos en lograr que mi yegua me vuelva a obedecer. Cuando arranca a correr, sin embargo, las alcanza sin mayor problema. La yegua de Kate galopa alegre. Tiene las orejas muy tiesas de puro contento. De vez en cuando, corcovea, juguetona, y restalla la cola, entusiasmada. Mi montura no está concentrada, pero tampoco la de Kate.

La chica me mira, y le susurro a mi yegua que vaya más deprisa. Ella me escucha y sale disparada. *Dove* no tiene ninguna oportunidad de ganar.

Por encima del viento oigo un chasquido, y me vuelvo justo a tiempo para ver que Kate le ha dado una fuerte palmada en la grupa a *Dove*, quien ha recuperado la concentración y contraataca, dándolo todo.

Pero no es suficiente. Mi *capall uisce* va a una velocidad que ningún poni isleño jamás podrá alcanzar, ni en sueños, y nos separamos rápido de ellas. Cuando lleguemos a las rocas, les sacaremos más de setecientos metros.

El poni da un traspié pero no pierde el equilibrio. Tengo las manos manchadas de barro. Miro por debajo del brazo para ver dónde está Kate. Ella y su poni están

lejísimos. Esta carrera no tiene emoción. Una victoria tan fácil no resulta gratificante. Y, por encima de todo, no hay alegría en una carrera si al caballo le da todo igual.

En ese momento, el viento transporta hasta nosotros el olor a mar. La yegua marina flaquea, se retuerce, alza la cabeza y ensancha los ollares. Le susurro al oído y le dibujo letras en el hombro, pero no hay manera de calmarla.

El borde del acantilado la llama. El aire va cargado de aromas marinos y no puede resistirse. Saco el acero que llevo en el bolsillo y le paso el metal por encima de las venas, sin éxito. Retrocede y se encabrita para tirarme al suelo. Como no lo consigue, decide llevarme con ella. Tiene la piel muy caliente; noto la elevada temperatura en la pierna. Nada de lo que yo haga conseguirá que vuelva la cabeza.

Ante nosotros hay retazos de hierba y, más allá, sólo el cielo azul. Tiro de una de las riendas, un modo muy peligroso de detener a un caballo normal, porque podrías acabar con el caballo en el suelo encima de ti, pero ese violento gesto no surte ningún efecto en la yegua *uisce*. Muerde el bocado con fuerza; tiene el mar en los pulmones.

Seis metros nos separan del abismo.

Tengo menos de un segundo para tomar una decisión.

Me tiro al suelo, dándome un fuerte golpe en el hombro antes de rodar para amortiguar el impacto. Ante mis ojos, el prado rojizo, después el cielo, y de nuevo el prado. Me pongo de pie apoyándome con los hombros y llego justo a tiempo de ver cómo la yegua contrae los músculos y salta al vacío.

Me aproximo al borde del acantilado todo lo que puedo. No sé si podré soportar ver cómo se estrella contra las rocas, allí abajo, pero no puedo apartar la vista del abismo.

La yegua nada en el aire temerosa, navega, como si aquel salto no fuese más que otro brinco sobre un obstáculo corriente. Su ágil silueta es cada vez menos elegante.

No puedo mirar.

Oigo un terrible estrépito. El animal ha desaparecido entre las olas. Su cola es lo último que acierto a ver.

Suspiro. Me llevo las manos a los bolsillos. No sé si ha sobrevivido al impacto. He perdido la silla. Me alegro de que no fuera la de mi padre; por suerte la dejé en el establo. Aunque ésta también me gustaba bastante; la encargué hace un par de años, fue un raro capricho que me permití. Me retengo para no soltar ningún exabrupto.

Noto un aliento caliente en el hombro. Es *Dove*. Kate está a su lado y tiene la coleta pelirroja alborotada y deshecha. La yegua resuella, cansada, pero no tanto como me esperaba.

Kate mira por encima del acantilado y frunce el ceño un instante antes de señalar hacia un punto.

Sigo su mirada y veo un lomo brillante y oscuro que refulge en el mar. Esbozo una mueca.

—Bueno, pues parece que has ganado tú, Kate Connolly.

—Puedes llamarme Puck —dice mientras le da una palmadita en el hombro a Dove.

## 27

### SEAN

En el establo reina una gran confusión. La mitad de los caballos no han podido realizar sus ejercicios a tiempo. Meetle está en el prado que rodea el establo. Mordisquea y chupa sin parar la tabla superior de la valla. No hay ni rastro de Mutt. Si cree que puede ponernos a prueba a *Corr* y a mí a estas alturas, va listo.

Tengo la sensación de que se me olvida hacer algo, hasta que me doy cuenta de que estoy desconcertado por haberme marchado de allí con dos caballos y haber regresado sólo con uno. No tengo caballo al que quitarle los arreos ni silla que guardar.

Me cruzo con George Holly al salir hacia el prado. Llevo un cubo manchado de sangre en la mano porque acabo de darles de comer a los *capaill uisce*. Él ha conseguido una gorra de un rojo muy vivo que usa para apartarse el pelo de la cara y sonríe alegremente.

—¿Cómo va, señor Kendrick? —me saluda contento mientras me acompaña por el empedrado camino que lleva a los pastos—. Parece usted bastante animado.

—¿De verdad?

—Bueno, me ha parecido que su rostro acababa de recordar lo que es una sonrisa —bromea Holly, y luego observa mi vestimenta: me da la sensación de que llevo toda la tierra de la isla encima.

Le doy un golpe a la manguera con la rodilla y me pongo a aclarar el cubo en el sumidero.

—Hoy he perdido a un caballo.

—¡Caramba, qué descuido! ¿Qué pasó?

—Saltó por un acantilado.

—¿Cómo? ¿Eso es normal?

*Edana* deja escapar un gemido de impaciencia en el establo; tiene hambre de mar. El año pasado, a estas alturas, Mutt ya había sacado a cabalgar a su montura a la playa y la había puesto a prueba hasta el límite de su energía. Sin él, el prado ha recuperado la tranquilidad, como el cielo azul antes de la tormenta. Pienso en el Festival de Escorpio, que se celebrará mañana, y en el hecho de que este año desfilaré junto a Mutt y la loca de Kate Connolly.

Cierro la bomba de agua y miro al americano.

—Señor Holly, nada de lo que pase este mes es normal.

## 28

### PUCK

Esta noche se celebra el fabuloso Festival de Escorpio.

Sólo lo he presenciado en una ocasión; mamá nos llevó una vez que papá estaba pescando. A él no le gustaban ni el Festival ni las carreras. Solía decir que de allí sólo salían gamberros y que las carreras proporcionaban a esos mismos gamberros dos piernas más que no sabían controlar. Siempre creímos que a mamá tampoco le hacía ninguna gracia el festival, sin embargo, ese año, cuando supo que papá no estaría en casa por la noche, nos dijo que cogiéramos nuestros sombreros y nuestros abrigos y le pidió a Gabe que intentara arrancar el Morris (ya en esa época era una tartana que funcionaba cuando le daba la gana). Entusiasmados, nos subimos al coche: Gabe se apoderó del codiciado asiento del copiloto y Finn y yo nos quedamos peleando y dándonos bofetones en los asientos de atrás. Mamá nos gritaba mientras se adentraba en la carreterita que lleva a Skarmouth, inclinada sobre el volante como si éste fuera un caballo problemático.

Y de repente, ¡estábamos en Skarmouth! Todo el mundo iba disfrazado, se oía el rumor de los tamborileros de Escorpio y unos cantos plañideros. Mamá nos compró cascabeles, cintas y pastelillos de noviembre, que te dejaban las manos pegajosas durante días. Había un gran barullo y tanto ruido que Finn, que era un chiquillo por aquel entonces, se puso a llorar. Dory Maud apareció de la nada y le encasquetó una de aquellas aterradoras máscaras. Escondido detrás de aquella careta sin dientes, el pobre parecía tan fiero como mi madre.

De los años que viví con mamá, recuerdo que la mayor parte del tiempo lo pasaba limpiando el cobertizo de *Dove*, fregando los cacharros, pintando cerámica o apoyada contra el tejado colocando alguna teja en su sitio con un martillo. Pero, por alguna razón, cuando quiero recordarla, siempre me viene a la mente aquella noche en el Festival, bailando frenéticamente en círculo con nosotros, sonriendo de oreja a oreja, con una expresión extraña en el rostro a causa de la luz de la hoguera y cantando las canciones de noviembre.

Han pasado algunos años y hoy vuelve a ser el día del Festival. Y podemos ir porque no queda nadie vivo que pueda impedírnoslo. Es una sensación de vacío muy rara.

—He conseguido arrancar el Morris —me informa Finn al entrar en casa. Me observa lavar los cacharros con más interés del que requiere una tarea tan rutinaria como ésta—. Me ha costado bastante —lo creo. Se ha llenado de mugre.

—¡Pero se puede saber qué haces con esta pinta de vagabundo! —exclamo—. ¿Y ahora adónde vas?

En vez de irse al cuarto de baño, ha cogido el abrigo, que se le había caído al



suelo detrás de la butaca de papá, situada junto al hogar.

Finn se frota la frente y acaba con un manchurrón negro.

—Me da miedo que el Morris no vuelva a arrancar si apago el motor.

—No vas a dejarlo toda la noche encendido, ¿no?

Mi hermano se pone el rupestre gorro de lana.

—Parece mentira que mamá dijera que tú eras la inteligente de la familia.

—No decía eso de mí; lo decía de Gabe —cuando Finn pone la mano en el pomo de la puerta, me doy cuenta de adónde quiere ir a parar—. Un momento, ¿estás insinuando que vayamos ahora al Festival?

Finn se da la vuelta y se me queda mirando.

—Gabe ni siquiera está en casa. ¿Para qué vamos a ir ahora? Tengo que madrugar mucho mañana.

—Tenemos que ir porque tienes que inscribirte —responde Finn—. Es lo que pone en tu hoja de normas para la carrera.

Y tiene toda la razón. Me siento estúpida por no acordarme. En ese momento, se me cae el alma a los pies. Antes, unos cuantos metros de agua me separaban de los demás jinetes que quisieran meterse conmigo por participar en las carreras. Ahora, lo único que me separa de los demás son unas cuantas pintas de cerveza.

Pero no puedo hacer nada más. Y quizá (quizá, ¿quién sabe?) Gabe también esté allá. Toda la isla acudirá al Festival.

Dejo los platos a medio terminar y me pongo mi raída chaqueta verde a regañadientes. Cuando cojo el gorro de lana, Finn ya ha abierto la puerta. Ahora que interpreto mejor su temperamento, sé que está rebosante de entusiasmo. Mi hermano no demuestra el entusiasmo estando más animado, simplemente lo hace todo más rápido. Los Finn suelen ser criaturas lentas por naturaleza.

El Morris tiene un aspecto bastante siniestro bajo aquel cielo rosado cada vez más oscuro. La puesta de sol está poblada de unas nubes negras que se estrechan y se alargan en el horizonte. La escena contrasta con la sonriente cara de Finn, que ya está sentado en el asiento del conductor, esperándome. Es un faro que me guía. Lo recuerdo detrás de la terrorífica máscara de Dory Maud y lo imagino de nuevo tan feliz como entonces, con los dedos pegajosos durante días.

—¡Espera! —exclamo antes de volver a entrar en casa para coger algunas de las pocas monedas que nos quedan en la lata de galletas que descansa sobre el mostrador. Encontraré el modo de recuperar ese dinero. Aunque esta semana no tengamos más que pastelillos de noviembre para comer. Regreso al coche y me siento. El remiendo que Finn le ha hecho al asiento del copiloto se me clava en el muslo—. ¿Crees que el coche nos dejará tirados en la cuneta? No me gustaría tener que quedarme en mitad de la nada, de noche, esperando a que un caballo nos encuentre.

—Mientras no pongas la calefacción no pasará nada.

No quiero saber cómo ha logrado poner en marcha el coche. La última vez tuvimos que pedirles ayuda a dos hombres, que empujaron mientras mi hermano conducía.

—Seguro que Gabe está en el Festival —afirma Finn mientras avanzamos por la carretera.

Al oír aquello me pongo todavía más nerviosa ante la idea de tener que enfrentarme a Gabe por la amenaza de desahucio de Malvern. No puedo sacármelo de la cabeza. Si está en el Festival, no tendrá modo alguno de evitarme.

—¡Cáspita!

Al principio creo que es Finn quien ha dicho eso, aunque ni es su voz ni creo que mi hermano haya dicho «cáspita» en su vida. Entonces me doy cuenta de que son los hermanos Carroll, que revolotean como aves acuáticas en el crepúsculo. Jonathan es quien ha gritado para llamar nuestra atención.

Finn detiene el Morris. Bajo la ventanilla.

—¿Nos lleváis al pueblo? —pregunta Jonathan.

Por toda respuesta, Finn levanta el freno de mano. Me sorprende el atrevimiento de mi hermano. Quiero decir que yo habría dejado subir también a los Carroll, por supuesto, pero tenía a Finn por alguien mucho más retraído. No deja de crecer cuando no le presto atención.

Tengo que salir para que los dos muchachos puedan entrar. Jonathan pasa primero y da un golpe al asiento de Finn, que lo mira, afable, por el retrovisor. Brian me da las gracias, no sé si por llevarlos en coche o por dejarlo pasar. De repente, el coche va lleno, como si en vez de dos personas más, se hubieran subido cinco.

Al arrancar, Jonathan se inclina hacia delante y se agarra del asiento del conductor antes de preguntar:

—¿Sabéis cuándo encienden la hoguera?

—Ni idea —responde Finn.

Me estremezco al notar una mano en la espalda de mi asiento, acompañada de un penetrante olor a pescado.

—Buenas noches, Kate.

Me vuelvo hacia la mano. Es bastante bonita, a pesar de que huele a pescado.

—Buenas noches.

Jonathan menea el asiento de Finn.

—Creo que este año ya puedo participar en las apuestas. ¿Sabes si hay que tener dieciséis o diecisiete años? Para apostar, digo.

—Ni idea —repite Finn.

—Jopé —añade Jonathan, alegre—, estás más perdido que un pulpo en un garaje, macho. Te vi ayer por la mañana con Dory Maud, Puck, preparando el tenderete. ¿Qué cosas vende? Un poco de todo, ¿no?

No sé por qué me pregunta si luego se responde él mismo la pregunta.

Brian se inclina hacia la ventana y hacia mí, y su voz suena más cercana. Es bonita, como su mano. Tiene uno de esos acentos isleños tan auténticos que suenan muy bien cuando se habla del tiempo o de cuántos alcatraces había el otro día en las rocas. De pequeña, solía quedarme de pie en el baño, donde la acústica era buena, e imitarlo. Tiene un deje especial, un modo de pronunciar las erres que mis padres no tenían.

—¿Es verdad que vas a participar en las carreras? Es lo que se comenta...

Finn pone las luces mientras Jonathan sigue con su cháchara. La noche llega rápida bajo el fino manto de nubes. Huele a quemado. Espero que no sea el Morris.

—Es verdad —respondo.

A lo que no dice nada. Se limita a emitir una especie de silbido grave que indica sorpresa o temor y a dejarse caer sobre el asiento. Mientras tanto, Jonathan Carroll sigue en animada conversación consigo mismo. Lo único que necesita para seguir con la charla es que Finn incline ligerísimamente la cabeza. No sé si mi hermano en realidad inclina la cabeza voluntariamente, creo que ese gesto es una consecuencia de los baches que hay en la carretera. Cuando nos aproximamos a la parte alta de la carretera, no obstante, incluso Jonathan se queda callado. Desde aquí se ve unos instantes el océano. Es gris e inmenso, como el cielo. Incluso desde aquí se aprecia su magnitud. Veo perfectamente cómo chocan las olas unas contra otras. En Thisby llueve bastante y solemos tener bastantes tormentas, pero nuestro clima no es de cambios bruscos. Aun así, hay algo que no me gusta en la espuma blanca que rompe contra las rocas.

—¡Cáspita! —dice Jonathan por segunda vez—. ¡Mira, mira! ¡Una cabeza!

Sin poder contenernos, todos miramos. El agua cambia de color: primero es negra, luego de un gris azulado y finalmente vuelve a ser negra. La blanca espuma parece un collar con volantes. De repente, todos vemos emerger de la espuma la oscura cabeza de un caballo, con la boca muy abierta. Antes de que la mar engulla al primer caballo, alcanzamos a ver unas crines de color castaño, y el reflejo de un lomo que se curva en la superficie. En apenas unos segundos, han desaparecido los tres y tengo la piel de gallina.

—Hoy es mejor estar lejos de la costa —afirma Brian Carroll. No lo dice a la ligera, como habría hecho su hermano. Pienso en el olor a pescado que emana de su cuerpo y en el tono llano en que me preguntó si iba a participar en las carreras. Seguramente la idea no le parece tan valiente a alguien que pesca en el mar de noviembre para ganarse el jornal.

—Si tuviera que atrapar a uno, me quedaría con el de pelaje castaño rojizo —dice Jonathan—. Los rojos siempre ganan.

—Quieres decir que Sean Kendrick siempre gana.

Jonathan se mueve inquieto en el asiento.

—Yo creo que los que tienen el pelaje rojizo son más rápidos.

—Pues lo que yo creo —dice Brian— es que el mérito es de Sean Kendrick. ¿Lo conoces, Kate?

A Finn parece divertirse lo de «Kate», seguramente porque cuando lo dice Brian parece que sea mucho mayor de lo que soy.

—Sí —musito. Lo he visto dos veces desde que competimos con las yeguas, pero no me dio ningún indicio de que quisiera hablar conmigo. De hecho, más bien todo lo contrario. Tampoco es de ese tipo de persona a la que le puedas soltar un «¡Cáspita!».

—Es bastante peculiar —continúa Jonathan.

—Sólo un *capall uisce* conoce mejor a los caballos marinos que Sean Kendrick —el tono de voz de Brian denota admiración—. Hay gente peor que él, Kate, aunque supongo que tú ya lo sabes.

Lo único que sé es que Sean Kendrick se subió a lomos de la yegua *uisce* y esperó a que el animal estuviera prácticamente en el borde del acantilado para saltar y salvarse. Y que los muertos hablan más que él.

—Yo apostaría por ti —dice Jonathan, generoso— si no fuera a apostar por él.

—Jonathan —interviene Brian a modo de advertencia. Como si a mí me importara por quién apueste el papanatas de su hermano.

—O por Ian Privett —sigue diciendo Jonathan—. Monta ese caballo gris tan rápido del año pasado —se pone a repiquetear una melodía de tambor de Escorpio en el asiento de Finn antes de hablarme—. Hay muchas apuestas sobre ti en el pub. Una de ellas es si aparecerás o no esta noche. Gerry Old dice que no has pisado la playa desde hace días y que te has rendido. Ese otro, no me acuerdo de su nombre, dice que estás muerta, cosa que obviamente no es verdad. ¿Qué crees tú, Kate? ¿Eres una buena apuesta o no?

Brian suspira.

—Si compitiera mi yegua contra tu boca, perdería seguro —le respondo.

Brian y Finn se ponen a reír a mandíbula batiente. Jonathan me dice que estoy chalada. Creo que es un elogio.

Miro por la ventanilla. El cielo está oscureciendo rápidamente bajo las nubes. Hay un resplandor rojizo a lo lejos, donde se dibuja la silueta de Skarmouth, pero el resto de la isla está negro y misterioso. En aquella negrura no se distingue la tierra del mar. Pienso en esta mañana, cuando he galopado con *Dove* en la cima del acantilado. El aire me pellizcaba las mejillas y el olor a mar me aceleraba el corazón. Sé que tendría que estar aterrorizada por lo de esta noche, y lo de mañana, y lo del día siguiente, y lo estoy. Pero siento algo más: emoción.

## 29

### PUCK

—El desfile de los jinetes empieza a las once —anuncia Brian Carroll—. Supongo que ya lo sabes.

No lo sabía, pero ahora ya lo sé. Las once quedan todavía muy lejos; quedan unas cuantas horas cargadas del bullicio del Festival.

—Tengo que encontrar a mi hermano —le digo a Brian—. Al otro, quiero decir.

Lo que en realidad necesito es situarme. Estoy aquí, en el Festival de mamá, pero sin mamá. Finn y Jonathan Carroll se han esfumado entre la multitud, abandonándome a mi suerte con Brian, cuyos pulmones me resultan mucho más familiares que su personalidad, y con mi manojo de nervios.

Pensaba que Brian habría comprendido que mi frase era una despedida, pero me responde:

—Vale. ¿Dónde crees que estará?

Si supiera la respuesta a esa pregunta, habría hablado con él hace tres días. La verdad es que ya no sé nada de mi hermano mayor. Brian estira el cuello para mirar por encima del gentío, en busca de Gabe. Estamos en la parte superior de la calle principal de Skarmouth, y desde aquí se alcanza a ver el muelle. Hay gente por todas partes. Sólo se abre un claro entre aquella multitud por donde desfilan los tamborileros de Escorpio, lejos de donde estamos nosotros y muy cerca del agua. Algo huele deliciosamente bien, y las tripas me rugen.

—En algún lugar en el que no se me ocurra buscarlo, seguramente. ¿Tú tienes hermanos?

—Hermanas —responde Brian—. Tres.

—¿Y dónde están esta noche?

—En el continente.

Lo dice con tono apático, y me pregunto si la herida ya habrá cicatrizado, o si jamás existió.

—Bueno. Y si estuvieran aquí esta noche, ¿dónde crees que se habrían metido?

—A ver... —Brian se queda pensativo largo rato y musita algo. Es imposible oír lo que dice con el follón que hay a nuestro alrededor—. En el muelle o en el pub. ¿Vamos a echar un vistazo?

De repente me siento rara por estar hablando de esto con Brian Carroll. Está lo suficientemente cerca de mí como para que pueda oír lo que me dice, y me parece tan grande, robusto y adulto, con esos rizos, esos músculos de pescador y esa mirada tan decidida con la que me habla, tan diferente a la que estoy acostumbrada... Una parte de mí cree que lo hace por educación, como la niña que debo de ser para él, ya casi un hombre hecho y derecho. Pero otra parte de mí ve mis manos, las de mamá, y la

cara, también la de mamá. Me pregunto cuánto tiempo tardaré en sentirme tan adulta por dentro como ya lo soy por fuera.

—Vale —asiento.

Caminamos calle abajo. La ancha espalda de Brian nos abre paso entre la gente. Hay muchos turistas, de rostros extraños. Tienen un matiz que los hace diferentes a nosotros, como si fueran de otra especie distinta. La nariz un poco más recta, los ojos más juntos y las bocas, más pequeñas. Tienen tanto que ver con nosotros como *Dove* con los caballos marinos.

No hay ni rastro de Gabe. Además, ¿cómo íbamos a encontrarlo entre tanta gente? Brian sigue calle abajo de todos modos, en dirección al muelle.

El ruido es ensordecedor. Los tambores retumban y las risas y los cantos se entremezclan con el rugir de las motocicletas y la música de los violines.

Nos abrimos paso hasta llegar al muelle; al estar flanqueado por el mar en uno de sus costados, el ambiente que se respira es un poco más tranquilo. El agua se agita, intranquila, contra el muro, más cerca de lo normal, y se acerca hacia nosotros. Está todo tan tranquilo que se escucha perfectamente el revuelo que se ha formado en los acantilados que dan al pueblo.

—¿Qué pasa ahí arriba? —pregunto—. ¿Es por la hoguera?

Brian entorna los ojos, como si pudiera ver algo más que los edificios situados en la ladera de la pendiente.

—Por la hoguera y por los deseos marinos.

Lo único que sé de los deseos marinos es lo que el padre Mooneyham nos dijo una vez: que ni se nos ocurriera pedirlos. Le había preguntado a mamá, pero no había soltado prenda.

—¿Alguna vez has pedido un deseo marino?

—No, jamás —Brian parece sorprendido por la pregunta.

—¿Cómo se piden?

—Se escriben con el carbón de la hoguera en un papel que luego se tira desde los acantilados.

—Pues no veo nada de malo en ello.

—Sí lo hay: son maldiciones, Kate. Las escribes del revés y las tiras al mar.

Estoy emocionada y horrorizada a la vez. Intento imaginarme escribiendo alguna maldición y lanzándola desde los acantilados. Veo mi silueta, recortada por las llamas de la hoguera, arrojando un papel que contiene una abyecta maldición...

—¡Eres una criatura salvaje, Kate Connolly! —exclama Brian—. Lo veo en tus ojos.

Yo no estoy tan segura de eso, pero cuando levanto la vista para mirarle veo que me estudia atentamente. De repente me pasa por la cabeza un pensamiento aterrador: que quiere besarme. Me aparto un poco antes de darme cuenta de que él no se ha

movido ni un milímetro. De sus labios escapa una risa amable y alegre. Quizá es verdad que soy una criatura salvaje.

—Vamos —dice Brian—. Vamos a ver si está aquí.

Seguimos avanzando por el muelle. Hay algunos tenderetes de comida; seguro que Brian creía que encontraríamos a mi hermano aquí. Los vendedores están haciendo su agosto, y nos vemos obligados a pasar entre las filas para avanzar. Brian vuelve a estirar el cuello para divisar a mi hermano y, de nuevo, me siento extraña al llevar a cabo una tarea tan personal con alguien ajeno a mi familia. ¿Por qué estará empeñado en encontrar a Gabe, en vez de estar pasándoselo bien en el Festival?

—No tendrías que pasar la noche aquí, conmigo, buscando a Gabe —le digo—. Anda, ve a divertirte, yo seguiré buscando.

Brian me mira desde las alturas. Creo que se está volviendo más alto por minutos. Cuando encontremos a Gabe, será tan alto como Santa Columba y necesitaré una escalera para hablar con él.

—Me lo estoy pasando bien. ¿Quieres que me vaya?

No me lo creo. He visto a la gente pasárselo bien, y no tiene nada que ver con lo que estamos haciendo nosotros en este momento, sino con reírse a carcajadas, bailar en corro y seguramente acabar con un rasguño en la rodilla.

—Me siento mal por tenerte aquí conmigo, ayudándome, y no en el Festival.

Brian traga saliva y escudriña la multitud, como si todavía estuviera buscando a Gabe.

—La última de mis hermanas se marchó al continente el año pasado. Hoy estaría aquí, conmigo.

—Gabe dice que se va a ir.

Esa frase sale de mi boca sin pensar y, de inmediato, me doy cuenta de que no tendría que haberla pronunciado. ¿Por qué le iba a explicar algo así a Brian Carroll, si ni siquiera había hablado en serio del tema con Finn? La conversación más extensa que había mantenido con él en toda mi vida había tenido que ver con escupirle en su futura tumba, y ahora resulta que le estoy explicando los secretos de la familia.

—Eso dice él —responde Brian.

Quiero gritarle que no nos lo dijo hasta que ya no le quedó más remedio, pero eso sí que era ya revelar un secreto de verdad, así que me quedo callada. Ojalá no hubiera venido y me hubiera quedado en casa. Ojalá Brian Carroll no me mirara desde esas alturas crecientes. Me cruzo de brazos con rabia. Cuando vea a Gabe, le voy a dar un buen puñetazo.

Brian Carroll parece ajeno a mi desasosiego.

—Creo que dijo que se iba a marchar con Tommy Falk y Beech Gratton —añade. No puedo evitar soltar un gruñido de rabia.

—¡Cómo no! ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Todos se marchan! ¿Tú también te vas a

ir, Brian?

—No —responde él, serio—. Mi tatarabuelo ayudó a construir este muelle y no voy a abandonarlo.

Parece que esté casado con él. Ese pensamiento hace que me sienta cansada y de mal humor.

—Oye —dice Brian, como si de repente se diera cuenta de mi malestar—, vamos al pub. Puede que esté allí. Yo iba a ir esta noche. La gente de la zona se esconde a veces allí del bullicio. Y si no está, por lo menos nos libraremos unos minutos del frío.

Caminamos entre el gentío en dirección al Black-Eyed Girl, un edificio de fachada verde con las puertas abiertas, apuntaladas. Siempre me ha parecido que tiene un aspecto demasiado distinguido para ser un pub: en su interior todo son maderas pulidas, cuero remachado y adornos de bronce. Está limpio como una patena y prácticamente vacío casi todo el día. Sin embargo, por la noche, cuando los marineros se cansan de estar sobrios, el pub se llena y se convierte en el típico antro ruidoso y abarrotado de gente que acaba vomitando en el muelle.

Nunca he conocido esa segunda versión del pub hasta esta noche. Está lleno hasta los topes, pero el ambiente que se respira es totalmente distinto al de la calle: es denso, claustrofóbico y bullicioso. Hay mucho humo, se oyen risas y mi nombre aparece en muchas conversaciones. Estoy desconcertada.

—¡Hombre! ¿Cómo está nuestra Kate Connolly? —me saluda un hombre que se encuentra de pie junto a la puerta. Al pronunciar mi nombre, unas cuantas cabezas se vuelven para mirarnos. Parece que todos los ojos estén clavados en mí.

—¡Kate Connolly! —grita otro hombre, alegre, desde la barra. Aparta un taburete para acercarse más a mí. Es corpulento, pelirrojo y huele a ajo y a cerveza—. ¡La única gallina entre tantos gallos!

Brian me coge del brazo, sin miramientos, y me hace una señal con la otra mano hacia la parte trasera del pub. Después se vuelve hacia el hombre y le dice:

—Sí, claro, claro. Oye, John, la marea está subiendo mucho, ¿no? ¿Crees que habrá tormenta?

Me doy cuenta de que quiere echarme un cable, con lo que me adentro más en el pub y me alejo de ellos. Escudriño la parte trasera del local y allí, en la mesa de la esquina, veo a Gabe. Está inclinado hacia delante y tiene una pinta de cerveza frente a él. Parece estar explicando algo, porque coloca la mano sobre la mesa con los dedos muy separados, como si fueran las patas de una araña. Cuando se ríe, a pesar de no oírle desde donde estoy, tiene una expresión más relajada y hosca de lo que recordaba. Una corriente de ira me recorre el cuerpo.

Brian me sigue encubriendo, de modo que avanzo a través del humo y me sitúo junto a Gabe. Espero a que se percate de mi presencia. Tommy Falk, su compañero



de conspiraciones, ya me ha visto y me ha dedicado una bonita sonrisa. Pero Gabe sigue con lo suyo.

—Gabe —le digo, molesta, como una niña que se acerca a la butaca de su padre dispuesta a interrumpir su lectura del periódico.

Se da la vuelta. No sé distinguir si su expresión refleja culpabilidad o no. Ahora que lo veo mejor, creo que no.

—Anda, Puck —dice, lacónico.

—Pues sí, anda, Puck, eso digo yo.

—Es increíble que vayas a participar en la carrera —interviene Tommy. Delante de él hay dos vasos vacíos, por lo que todas sus palabras son confusas y se convierten en un largo trabalenguas—. Te vi el primer día. La primera chica. Brindemos por ti.

—Oye, encima no le des alas —amonesta Gabe, sin perder el tono alegre. Le huele el aliento a alcohol.

—Estás borracho —recrimino.

Gabe mira a Tommy antes de mirarme a mí.

—No seas tonta, Kate, si sólo me he tomado una pinta.

—Papá no quería que bebieras. ¡Le prometiste que no lo harías!

—Te estás comportando como una histérica.

Pero yo sé que no es verdad. No estoy histérica.

—Tengo que hablar contigo.

—Vale —pero Gabe no se mueve de su sitio. Por su negativa a levantarse, me doy cuenta de que sabe que Tommy contempla la escena, y que está llevando la conversación a su terreno para quedar como el más listo.

—En privado —insisto, acercándome a él.

Lo que más me duele es la expresión que se dibuja en su rostro. Arquea una ceja, como si todavía pensara que mi reacción es exagerada.

—La verdad es que aquí no hay ningún lugar privado en el que se pueda hablar. ¿No puedes esperar? —pregunta, alzando un dedo.

Le pongo la mano en el brazo y lo agarro de la camisa.

—No. Ya no puedo esperar más. Tengo que hablar contigo ahora mismo.

—Bueno, Tommy, supongo que me tengo que marchar. Vuelvo en un rato.

—¡Dale su merecido, Puck! —exclama su amigo en respuesta, blandiendo el puño en el aire. En ese momento odio a Tommy y su cara bonita. No me molesto en mirarlo. Llevo a Gabe hacia una puerta situada en la parte trasera del pub. Es un aseo pequeño que huele a vómito reciente. Cierro la puerta tras él. Ojalá tuviera un momento para ordenar mis ideas y recordar exactamente cómo pensaba enfrentarme a él, pero tengo la sensación de que se me ha olvidado todo de un plumazo.

—Qué sitio tan acogedor —bromea mi hermano. Encima de la pila cuelga un espejo del tamaño de un libro. Me alegra no poder verme reflejada.

—¿Dónde has estado?

Gabe me mira como si mi pregunta fuera una ridiculez.

—Trabajando.

—¿Trabajando? ¿A todas horas? ¿Toda la noche?

Gabriel reposa el peso del cuerpo en una pierna y luego en la otra. Mira al techo.

—No he pasado toda la noche fuera. ¿A eso viene esta bronca?

Evidentemente, no, pero me cuesta recordar qué era lo que quería decirle. Tengo la cabeza llena de pensamientos dispersos que no logro ordenar. Lo único que recuerdo es que quería darle un buen puñetazo. De repente, me viene a la mente el asunto más importante de todos.

—Benjamin Malvern vino a casa la semana pasada.

—Ya.

—¿Cómo que «ya»? ¡Me dijo que nos iba a quitar la casa!

—Vaya.

—¡Vaya! ¡Eso digo yo! ¿Por qué no nos lo dijiste? —le pregunto. No me gusta tener que agarrarlo por el brazo, pero es el único modo de asegurarme de que no se escapa corriendo.

—¿Cómo iba a hacerlo? —responde Gabe, con desdén—. Finn se habría puesto muy nervioso y tú, histérica.

—¡No es verdad! —exclamo, sin saber si estoy histérica en este preciso momento. Todo lo que digo me parece muy lógico, aunque tengo la sensación de que la voz se me altera a ratos.

—Ya, claro.

—¡Tendrías que habérmelo dicho, Gabriel!

—¿Y qué habría conseguido con eso? ¿De dónde ibais vosotros dos a sacar el dinero? ¿Qué te crees que he estado haciendo todas estas noches? Hago lo que puedo.

—Y luego te irás.

Mi hermano me mira y veo que su sonrisa ha desaparecido, pero tampoco hay rastro de tristeza en su rostro, sólo una expresión vacía. Entrecierra los ojos, como enfrentándose a una ventisca inexistente que yo no soy capaz de notar. No puedo apelar a sus sentimientos, porque este Gabe que tengo delante no me deja entrever si los tiene.

—He hecho lo que he podido. Una persona sola no puede hacer más.

—¡Eso no basta! —grito.

De un gesto brusco se quita mi mano de encima y abre la puerta. El olor y el barullo del pub se cuelan en aquel cubículo mal ventilado.

—Pues lo siento, porque no puedo hacer más —Gabe cierra la puerta tras de sí. Intento tragarme la tristeza que me invade, pero se me queda a medio camino, en la garganta, hecha un nudo.

Todo depende de mí. La conclusión es ésa.

Paso unos minutos en el aseo, sola, con la frente apoyada en el marco de la puerta. No puedo salir ahora porque Tommy Falk me dedicará una sonrisita de las suyas y me gastará alguna bromita que hará que me ponga a llorar delante de todos y no pienso permitirlo. Imagino que Brian Carroll debe de estar esperándome en la parte delantera del pub, y lo siento, pero soy incapaz de salir en ese momento.

Pasado un rato, respiro hondo. Supongo que antes pensaba que podría convencer a Gabe para que cambiara de opinión. Pero ahora parece imposible. Tengo la sensación de que ya se ha subido al barco.

Salgo del aseo y veo que hay una puerta a sólo unos metros. Por un instante, me debato entre ir hacia la entrada, lo que implica pasar por delante de Gabe, Tommy Falk y todos los hombres del bar, con los que seguramente esté Brian Carroll, o escabullirme por aquella portezuela, salir al callejón, lamerme las heridas en solitario y pasar como pueda el tiempo que falta para la carrera. Lo único que me apetece es irme a casa, meterme en la cama y taparme con la almohada hasta que llegue diciembre o marzo.

No me enorgullezco de mi decisión, pero decido salir por la puerta de atrás y abandonar a Brian Carroll en el pub.

El viento arrecia en el pequeño callejón de paredes de piedra que queda detrás del local y, de camino a la calle principal, pienso en una taza de chocolate caliente y en un hogar que ya no tiene nada de hogar. Cada vez hay más gente en la calle, y no me apetece nada mezclarme con ella.

Entonces oigo que alguien me llama. Es la voz de Finn.

—¡Puck!

Me coge del hombro, titubeante y, por un brevísimo instante de incertidumbre, se me pasa por la cabeza que Finn está borracho. Ya no me sorprende nada de mis hermanos, pero veo que lo que sucede es que la muchedumbre le ha dado un empujón. Finn busca mi mano izquierda y me deposita en la palma un pastelillo de noviembre. Rezuma miel y mantequilla. Noto un hilillo del cremoso glaseado que se mezcla con la miel y la mantequilla. De buena gana le daría un lametazo. Alguien, cerca de mí, grita como un caballo marino. Mi corazón se acelera como el de un conejo.

Dejo que el pastelillo chorree y miro a Finn. Es un extraño, un demonio negro de espantosa sonrisa blanca. Tardo unos segundos en reconocer a mi hermano debajo del carbón y la tiza que le cubren las mejillas. Sólo sus labios tienen un tono rosado, porque el glaseado del pastelillo de noviembre les ha quitado la capa negruzca que los cubría. Lleva una de esas lanzas de mentira hechas de madera encontrada en la playa, ceñida con una correa de cuero.

—¿De dónde has sacado eso? —tengo que gritar para que me oiga por encima de

la multitud.

Finn me coge de la otra mano y me pone algo dentro. Cuando quiero comprobar qué es, me toma del brazo y me lo acerca al cuerpo, escondiendo su contenido de miradas ajenas. Parpadeo, sorprendida, al ver el montón de dinero que tengo en la palma de la mano.

Finn se acerca a mí. Su aliento es dulce como el néctar: se ha tomado más de un pastelillo.

—He vendido el Morris.

Aparto el dinero a toda prisa para que nadie lo vea.

—¿Quién te ha dado tanto dinero por él?

—Una turista tonta a la que le pareció muy mono.

Me sonrío, con sus dientes torcidos y tan blancos en contraste con su cara ennegrecida, y con el pelo alborotado. No puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—Seguramente pensó que tú eras muy mono.

Mi hermano deja de sonreír. Una de las reglas del «código Finn» es que está prohibido decir que Finn puede resultarle atractivo al sexo opuesto. No sé exactamente por qué, pero tiene mucho que ver con esa otra norma que no te permite darle las gracias por nada. Mi hermano no está hecho para los halagos.

—Da igual —rectifico—. Bien hecho.

—Lo único —continúa él, mientras se chuperreteja los dedos—, es que no sé cómo vamos a volver a casa ahora.

—Si consigo sobrevivir al desfile de los jinetes —le contesto—, seré capaz de llevarte a casa volando por los aires.

## 30

### SEAN

Los tamborileros de Escorpio entonan una melodía desigual mientras me abro paso entre la gente que llena las calles de Skarmouth. El aire helado me escuece en la nariz. El viento transporta toda clase de olores extraños: el aroma de platos que sólo se preparan durante la temporada de carreras, perfumes que sólo llevan las mujeres del continente, el olor a tierra, a basura quemada y a cerveza derramada en los adoquines. Este Skarmouth primitivo, esforzado e inexpugnable está hambriento. Los sentimientos que despierta la carrera en mi interior se derraman esta noche por las calles.

Delante de mí, la gente se abre paso a codazos entre los turistas, de trago lento y grito fácil. Si caminas con decisión, no obstante, incluso los borrachos respetan tu espacio y no te empujan. Avanzo entre la multitud en dirección a la carnicería, con los ojos bien abiertos. Estoy buscando a Mutt Malvern. Prefiero verlo yo a que me vea él, aunque ya sé dónde estará esta noche.

«Sean Kendrick.» Alguien susurra mi nombre. Y después, alguien me llama. Pero yo sigo adelante. Muchos me reconocerán esta noche.

Mientras camino, mi mirada vaga más allá de la gente y se posa en Skarmouth. Las piedras adquieren reflejos dorados y rojos bajo la luz de las farolas. Las sombras son negras, marrones y de un azul profundo, todos los colores del mar de noviembre. Las bicicletas se apilan contra las paredes, como si una ola las hubiera arrastrado hasta allí antes de retirarse de nuevo. A mi alrededor, me empujan muchachas con cascabeles atados a los tobillos. En una de las callejuelas laterales refulgen las llamas que consumen un barril, alrededor del que se reúnen unos cuantos chavales. Observo Skarmouth a los ojos y él me devuelve la mirada con expresión salvaje.

En una de las paredes hay un anuncio de Malvern Yard. «CUATRO VECES GANADORES DE LAS CARRERAS DE ESCORPIO», reza. «LLÉVESE A CASA UNA PARTE DE LAS CARRERAS: SUBASTA DE EJEMPLARES JÓVENES EL JUEVES A LAS 7.00.»

Todo lo que describe el cartel tiene que ver conmigo, pero mi nombre no aparece por ninguna parte.

Tengo que pararme para esperar a que pasen los tamborileros, que emergen de una callejuela que lleva hasta el mar. Son catorce, y su entusiasmo es mayor que su talento. Todos van vestidos de negro. Los tambores de Escorpio son tan grandes como la envergadura de mis brazos y tienen las pieles manchadas de sangre y atadas con cuerdas. Repiquetean, y ese sonido constante se confunde con mi pulso. Detrás de los tamborileros va una mujer que lleva puesta una cabeza de caballo y una túnica roja como la sangre. Detrás de ella se dibuja una cola, y cuesta distinguir si se trata de

un pedazo de cuerda o de una cola de verdad. Va descalza, como dicta la tradición. Es imposible saber quién es.

La percusión de los tambores continúa y nos arremolinamos contra las paredes para dejarlos pasar. Algunos turistas aplauden. Los lugareños dan zapatazos contra el suelo. La diosa yegua escudriña la multitud. La gigantesca cabeza le empequeñece el cuerpo. En las primeras filas, alguien se santigua; primero, en la dirección habitual, y después, al revés. En el centro de la calle, la mujer que lleva la cabeza de caballo extiende la mano y miles de piedrecillas se desperdigan por el suelo. La tradición dice que esa noche dejará caer una concha, y quien se haga con ella podrá pedirle un deseo a la diosa yegua.

En la mano no tiene más que arena esta vez.

Una noche, hace muchos años, estaba junto a mi padre en aquella misma situación. La diosa me miró y esparció aquel puñado de arena y piedrecillas. La concha fue a parar justo delante de mí. Me aparté de mi padre para poderla coger cuando se detuviera. Antes de cogerla, ya sabía lo que iba a pedir.

Vuelvo la cara mientras espero que pase aquella mujer y que mis recuerdos se esfumen.

Oigo una respiración, humana y equina a la vez, y me vuelvo para mirar. Tengo justo delante de mí a la yegua diosa, a apenas unos centímetros. Vuelve la colosal y vetusta cabeza a un lado, de modo que sólo es el ojo izquierdo el que me mira; igual que habría hecho *Corr* con su ojo malo. La única diferencia es que el ojo de este animal ha sido reemplazado por un brillante trozo de pizarra, pulido de tal manera que parece cerrarse y llorar como el de la yegua pinta. Desde esta corta distancia, distingo las vetas de un rojo más oscuro que tiene la túnica de la mujer allí donde la prenda se arrugó y la sangre se incrustó con más fuerza. El disfraz es terrorífico: aun tan cerca, es difícil adivinar dónde acaba la mujer y dónde empieza la falsa cabeza. Es imposible saber cómo puede ver nada. Creo imaginar una respiración caliente en el rostro, proveniente de los ollares de la máscara. Se me acelera el pulso.

Soy un niño otra vez y observo aquella palma abierta que esparce piedrecillas y arena. La isla, la playa, la vida se extiende ante mis ojos. La yegua diosa me coge del mentón. El ojo de pizarra me mira. El pelo de alrededor está apelmazado por el paso del tiempo y ha crecido después de la muerte.

—Sean Kendrick —pronuncia con una voz gutural, apenas humana, cargada de mar—. ¿Te ha sido concedido tu deseo?

No puedo apartar la mirada.

—Sí. Muchas veces.

La pizarra brilla y parpadea.

Aquella voz me vuelve a coger desprevenido.

—¿Y te ha traído la felicidad?

Ésa es una pregunta que no suelo plantearme. No soy infeliz. La felicidad no es algo que esta isla te conceda fácilmente: la tierra es demasiado rocosa, y el sol, escaso para dejarla florecer.

—No me ha ido mal.

La mujer me aprieta la mandíbula con una fuerza descomunal. Huelo a sangre y ahora veo que ese líquido fresco le empapa la falda y le ha manchado también las manos.

—El océano conoce tu nombre, Sean Kendrick —me dice—. Pide otro deseo.

Se acerca a mí y me embadurna las mejillas con el dorso de la mano.

Acto seguido, la diosa yegua se da la vuelta para seguir a los tamborileros y se convierte de nuevo en una mujer que lleva una cabeza de caballo. Pero dentro de mí algo se queda vacío y, por primera vez, siento que ganar no me basta.

No puedo quitarme a la diosa yegua de la cabeza. El timbre de su voz resuena en mi cabeza y pienso una y otra vez en aquel aliento imaginario que sentí sobre la piel. La garganta me quema como si me hubiera tragado un litro de agua marina. Nado entre la multitud para recuperarme de aquel encuentro y regresar al mundo real. Intento pensar en el encargo que tengo que llevar a cabo en Gratton's para no perder la perspectiva. Debo saldar la cuenta y realizar otro pedido para los caballos marinos. Sin embargo, las manos de aquella mujer me vienen a la mente como fogonazos. ¿De quién serán? Si descubro quién se oculta bajo esa cabeza, podré llenar el vacío que siento en mi interior. Aquello se convierte en un juego: intento reconocer aquella voz hosca. Quizá fuese Peg Gratton, acostumbrada a tener las manos manchadas de sangre. No es más alta que yo, incluso con una cabeza de caballo puesta.

Entro en la carnicería. Como siempre, es el lugar más limpio de todo Skarmouth. La iluminación es tan clara que parece de día. Dos pájaros han conseguido entrar en el edificio y, cuando me abro paso hacia el interior, la luz parece oscilar y atenuarse por efecto del movimiento de sus alas delante de las bombillas.

Peg Gratton no está detrás del mostrador, por lo que podría haber sido ella la mujer que iba disfrazada de caballo. Me siento aliviado y menos «elegido», por así decirlo.

Me quedo de pie junto al mostrador y aparece Beech Gratton para tomar nota de mala gana del pedido. No está molesto conmigo, sino con su trabajo. Lo que él querría es estar en el Festival y no atendiendo a posibles clientes.

—Tu cara es un poema —gruñe Beech, con un destello de admiración. Recuerdo entonces que la mujer me ha manchado de sangre—. Pareces el mismo diablo.

No le contesto.

—Salgo en veinte minutos —me informa, aunque yo no le haya preguntado nada.

—¡Treinta! —grita Peg Gratton desde la trastienda.

Noto el sabor a sangre en la boca. El parpadeo de un ojo de pizarra.

Beech garabatea mi pedido. Mientras, observo la pizarra que hay detrás del mostrador. Ahí está mi nombre escrito, y el de *Corr*. Debajo, las apuestas: 1 a 5. Por debajo de nosotros leo los nombres de un grupo nuevo de participantes que vienen del continente y encontraron montura los primeros días de los entrenamientos. Estos jinetes ocuparán la playa y se mostrarán ineptos y bravucones. Busco en la lista el nombre de Kate Connolly: veo primero el nombre de su poni, y después el suyo. Sus apuestas van 45 a 1. Me pregunto cuánto se debe a su poni y cuánto a su género. Busco entre todos aquellos nombres el de Mutt. Ahí está. Y al lado, el de su caballo, cuyo nombre debería haber sido *Edana*. El de la yegua a la que no ha tocado en dos días; la de pelaje castaño con la singular marca blanca. Le dije a su padre que le asignara ese caballo.

Pero en la pizarra no aparece el nombre de *Edana*.

La palabra que se lee debajo del nombre de Mutt es *Skata*. Es un buen nombre para un caballo; corto y enérgico. *Skata* es como llamamos a las urracas en Thisby. Un ave conocida por su inteligencia, su debilidad por los objetos brillantes y sus colores blanco y negro. En la playa sólo hay una cosa que sea blanca y negra.

*Skata* es la yegua pinta.



## 31

### SEAN

Lo hallo junto a una de las hogueras.

Las llamas se proyectan hacia el oscuro cielo, entremezclándose con la noche. La boca me sabe a humo.

—Matthew Malvern —le digo. Las palabras salen de mi boca como un gruñido; una invitación a la batalla que no es más amistosa que los gritos que *Corr* deja escapar en la playa. Mutt es un gigante, una criatura mítica cuya negra silueta se dibuja delante de la hoguera. En una mano tiene un pedazo de carbón y en la otra, un retazo de papel: un deseo marino. Si ese ser tiene rostro, yo no logro vérselo. Le grito —: No le habrás deseado a alguien la muerte, ¿no?

Mutt retuerce el papel; aun así distingo mi nombre, escrito del revés. Lo lanza por el acantilado y desaparece en la negrura.

—Esa yegua te matará.

Mutt se acerca a mí, pavoneándose. Su aliento es oscuro, como la cara oculta del mar.

—¿Desde cuándo te ha preocupado a ti mi seguridad, Sean Kendrick?

Se me acerca cada vez más; hasta que nuestras dos sombras se funden en una. No vacilo. Si busca pelea esta noche, tendré que defenderme. Ya llevo la tormenta dentro de mí, y veo a *Fundamental* sumergirse en el agua como si estuviera sucediendo en ese preciso instante.

—Quizá no sea a ti a quien mate —añado—. Y nadie merece morir por tu culpa.

El calor del fuego me quema la piel.

—Ya sé por qué no quieres que monte esa yegua —responde Mutt con una risotada—, porque es más rápida que tu caballo.

Durante muchos años, por su padre, he tomado todas las precauciones posibles para que Mutt siguiera con vida: siempre le he asignado el caballo más seguro, al que previamente yo había entrenado para que no se alterara por la presencia del mar, lo he vigilado mientras entrenaba para que nadie se interpusiera en su camino..., aunque me costara romperme dos costillas.

Y ahora él ha hecho imposible que pueda protegerle, renunciando a mi ayuda. Casi me siento aliviado. Si decide montar a lomos de la yegua pinta, no podré hacer nada por él.

Alzo las manos.

—Haz lo que quieras, yo más no puedo hacer.

Con el rabillo del ojo veo unas siluetas: han venido a buscarnos para que acudamos al desfile de jinetes. La noche casi se ha acabado y el entrenamiento de verdad está a punto de empezar. Resulta difícil imaginar que pueda llegar el día,

después de una noche como aquélla, que parece no acabarse jamás.

—No —dice Mutt—. No puedes hacer nada más.

## 32

### PUCK

El desfile de los jinetes parece de todo menos un desfile.

Hay un hombre que grita por encima de la multitud: «¡Atención, jinetes, a la roca!». Está claro que quiere que lo sigamos. No pierdo la esperanza de que, en algún momento, todo se vuelva más organizado, pero no es así. El único momento en el que aquello se ha parecido mínimamente a un desfile ha sido cuando he visto que algunos jinetes avanzaban en la misma dirección, hacia la cima del acantilado. El gentío se aparta para que puedan pasar, y entonces corro a toda prisa para ir tras ellos. Finn se esfuerza todo lo que puede para seguirme. Nadie me abre paso, por lo que recibo un montón de codazos.

La noche es negra como la boca de un lobo. La única claridad proviene de dos hogueras. Una refulge con fuerza, furiosa, y la otra mengua, agónica. Estoy desorientada.

—¡Kate Connolly! —grita alguien, con un tono nada agradable. Al volverme, no veo más que ojos que apartan la vista y fruncen el ceño. Es extraño que hablen de ti pero que no hablen contigo.

Una mano me coge del brazo y me vuelvo, bufando, hasta que veo que es Elizabeth, la hermana de Dory Maud. A pesar de la oscuridad imperante, su pelo pajizo se distingue perfectamente. Lleva puesto un vestido del color del coche del padre Mooneyham. Me mira mal. También sus labios son del color del coche del padre Mooneyham. Me sorprende verla aquí: nunca la he visto más allá de la caseta de Fathom & Sons. Pensaba que seguramente se desintegraría si cruzaba el umbral que llevaba al mundo real. Cada hermana tenía su propio reino: El de Dory Maud es el más amplio y abarca toda la isla. El de Elizabeth se reduce al edificio y a la caseta. Por último, el de Annie es el más pequeño y se limita al segundo piso de Fathom & Sons.

—¿Te has perdido, no? Dory Maud dijo que conocías el camino, pero ya sabía yo que te acabarías desorientando —la expresión de Elizabeth es de puro desdén.

—Si estuviera perdida significaría que al menos sé adónde voy —le espeto—. Pero no he ido nunca antes al desfile.

—Uy, cuidado, que muerde —se burla Elizabeth—. Es por aquí. Finn, muchacho, ¿estás papando moscas o qué? Cierra la boca y vente con nosotras.

Sus dedos se me clavan como garras en el brazo mientras nos guía acantilado arriba, por encima de la playa en la que se celebrará la carrera. Finn nos sigue tan rápido como puede, nervioso como un cachorrillo.

—¿Dónde está Dory? —le grito.

—Apostando —gruñe Elizabeth—, cómo no. Y mientras, me toca trabajar a mí.

No acabo de comprender por qué guiarnos acantilado arriba cuenta como trabajo para Elizabeth, pero le estoy agradecida por ello. Me cuesta bastante imaginar a Dory Maud participando en las apuestas. Y mucho menos de un modo que pueda provocar ese desairado «cómo no» de su hermana. Intento imaginármela en la carnicería, apostando por algún caballo, y no puedo. Como mucho, en el Black-Eyed Girl. Seguro que lo haría mejor que yo y se acercaría al bar con la misma seguridad de un hombre.

Elizabeth me suelta un grito para despertarme y me guía con rapidez entre la multitud, en dirección a la cima del acantilado. Al fin se detiene para recuperar el aliento después de largo rato. Entonces veo que ya estamos en el lugar indicado. Lo sé porque, entre el hervidero de gente, veo a una persona que permanece impassible: Sean Kendrick. Su ropa es oscura; su expresión, todavía más. Mira a algún punto inescrutable de la negra noche, en dirección al mar: está esperando.

—Aquí.

—No —me dice Elizabeth, siguiéndome la mirada—. No es aquí donde tienes que estar. La carrera ya es lo suficientemente peligrosa para que encima pienses en otras cosas, ¿no?

Sean vuelve la cabeza justo en el momento en que Elizabeth tira de mí en dirección opuesta. Nuestros ojos se encuentran. Hay un brillo de dureza y desprotección en su mirada. Tengo que bajar la vista para que Elizabeth no me acabe tirando al suelo.

Finn no sonríe con el rostro, pero sí con la mirada. Elizabeth se detiene.

—Aquí —dice.

Hemos llegado a una tercera hoguera, delante de la cual hay una enorme piedra plana llena de manchas y vetas marrones. Tardo unos segundos en descifrar lo que ven mis ojos: las manchas son sangre seca. Finn está lívido. Gran número de personas rodea la roca, aguardando lo mismo que Sean. A esa distancia, reconozco a otros jinetes: al doctor Halsal, a Tommy Falk, a Mutt Malvern y a Ian Privett. Algunos charlan y ríen animadamente. Ya han pasado antes por la misma situación y hay un sentimiento de familiaridad. De repente, me encuentro mal.

—¿De dónde ha salido esa sangre? —le susurro a Elizabeth.

—De unos cachorritos desvalidos —bromea ella, que acaba de sorprender a Ian Privett mirándola. Le enseña los dientes con una mueca que a mí no me parece una sonrisa. Me coge por los dos brazos y me coloca delante de ella como si yo fuera un escudo.

—Es de los jinetes. Tienes que subirte ahí y derramar una gota de tu sangre para probar que vas a participar en la carrera.

Me quedo mirando la roca. Tengo la sensación de que allí hay más sangre que la gota depositada por cada jinete a lo largo de los años.

Un hombre se sube a ella. Lo reconozco: es Frank Eaton, un granjero que conocía mi padre. Lleva una de esas bufandas tradicionales y raras que tanto les gustan a los turistas: se lía alrededor del hombro y se ata a la altura de la cadera. Queda de lo más ridícula con los pantalones de pana que lleva puestos. No puedo evitar asociar el traje tradicional con un penetrante olor a sudor, y tengo la impresión de que Frank no me hará cambiar de opinión. Lleva un pequeño cuenco en la mano y se prepara para gritarles algo a los allí congregados, que poco a poco se van quedando callados.

—La responsabilidad de hablar por el hombre que no participará recae sobre mí.

Eaton inclina el cuenco y la sangre se derrama sobre la roca que tiene a sus pies. No se aparta, por lo que algunas gotas le tiñen el pantalón de rojo. Creo que le da igual.

—Jinete sin nombre —entona—. Caballo sin nombre. ¡Por su sangre!

—Es sangre de oveja —aclara Elizabeth— o de caballo. No me acuerdo.

—¡Eso es de bárbaros! —estoy horrorizada. Finn parece estar a punto de vomitar. Elizabeth encoge un hombro. Ian Privett la sigue mirando.

—Hace cincuenta años, aquí mataron a un hombre, como sucedía año tras año. Es «el hombre que no participará».

—Pero ¿por qué? —protesto.

Elizabeth me contesta con tono aburrido. Seguro que aquella pregunta tiene una respuesta de verdad, pero parece que a ella no le interesa.

—Pues porque a los hombres les gusta matar. Y menos mal que ya no lo hacen, porque nos quedaríamos sin hombres.

—Porque —interviene una voz que reconozco al instante— si le das sangre a la isla antes de la carrera, quizá no reclame tanta durante su transcurso.

Elizabeth se vuelve para mirar a Peg Gratton de mala gana. Pestañeo al verla, casi no la reconozco debajo de su elaborado tocado. Se parece a uno de esos frailecillos de cresta bufada que sobrevuelan la isla y que dan tanto miedo. Lleva una puntiaguda visera a modo de pico y de las orejas le salen un par de borlas amarillas filamentosas a modo de cuernos. No hay ni rastro de sus rizos, escondidos a buen recaudo bajo el forro de tela de aquel extraño gorro.

—No esperes que sean agradables contigo, Puck —me dice Peg Gratton como si Elizabeth no estuviera allí—. Muchos creen que la presencia de una chica en la playa les va a traer mala suerte. No les alegrará verte.

Aprieto los dientes con fuerza.

—Me da igual que sean agradables o no. Lo único que quiero es que me dejen correr en paz.

—Entonces estarían siendo amables contigo —insiste Peg. Se vuelve con un movimiento extraño y brusco provocado por la cabeza de pájaro. Si nada de lo que había visto esa noche hubiera conseguido alterarme, aquel gesto sí lo habría hecho—.

Me tengo que ir —anuncia de pronto.

Sobre la roca hay una mujer que lleva una cabeza de caballo de verdad, de pie sobre el lugar en el que se vertió la sangre hace unos instantes. Tiene la túnica empapada de sangre: regueros del rojo líquido le corren por las manos. Observa la multitud, pero, al llevar esa colosal cabeza, se diría que no nos mira a nosotros sino al cielo. Me siento mareada y febril por el calor de la hoguera y la presencia de la sangre. Creo estar soñando, aunque sé que esto es muy real.

Se oye un murmullo entre el gentío. No soy capaz de distinguir las palabras.

—Dicen que nadie ha conseguido la concha este año —me explica Elizabeth—. Que este año no hay concha.

—¿Qué concha?

—La que necesitas para pedir un deseo —responde la muchacha con su característico tono impaciente—. Ella deja caer una concha al suelo y quien la recoge pide un deseo. Puede que la soltara en Skarmouth y que nadie fuera lo suficientemente avisado para cogerla.

—¿Quién es la que lleva la cabeza de caballo? —le pregunta Finn a Elizabeth. Es lo primero que dice desde hace un buen rato.

—Es Epona, la madre de todos los caballos. El alma de Thisby y de estos acantilados.

Finn, paciente, se explica.

—Quiero decir que quién es la mujer que hay debajo.

—Alguien que tiene más delantera que tú —replica Elizabeth. Los ojos de Finn van de inmediato a posarse sobre los senos de aquella mujer caballo, cosa que hace reír a Elizabeth a carcajadas, como una loca. La miro con el ceño fruncido, intentando defender la dulce inocencia de Finn, y ella me responde con un buen empujón—. Están llamando a los jinetes.

Es verdad. La mujer que portaba la cabeza de caballo ha desaparecido, aunque no la he visto marcharse, y Peg Gratton se ha puesto de pie en aquella roca, ocupando su lugar. Aproximadamente una docena de hombres se congregan en un extremo de la roca, esperando a que los llamen para subir. Muchos más avanzan, inquietos, hacia el grupo. Yo soy un animal pequeño y estático.

Elizabeth chasca la lengua.

—Espera aquí si quieres. Suben de uno en uno.

Aprieto los puños intentando mitigar el temblor que me invade. Observo con detenimiento para ver qué tendré que hacer yo cuando me toque. El primer jinete sube por las piedras que hacen las veces de escalones, situadas en un extremo de la roca. Es Ian Privett. Parece mayor de lo que es por su pelo; se le volvió gris de niño. Avanza con ímpetu en dirección a Peg Gratton.

—Montaré —le dice con un tono formal y lo suficientemente alto como para que

lo oigamos todos los allí presentes. A continuación, extiende la mano ante la mujer y ella le realiza un corte en el dedo con un pequeño cuchillo el movimiento es tan rápido que me resulta imposible verlo bien. Privett extiende el brazo y supongo que la sangre se vierte sobre la roca, aunque no alcanzo a verlo porque estoy lejos.

No parece que le duela.

—Ian Privett. *Penda*. ¡Por mi sangre! —exclama.

—Gracias —responde Pegg, con una voz grave que no es la suya.

Entonces Ian desaparece y el siguiente jinete ocupa su lugar. Es Mutt Malvern, quien repite el mismo juramento extendiendo la mano para que la sangre gotee después de haber recibido el corte. Cuando dice «Matthew Malvern. *Skata*. ¡Por mi sangre!», aparta la vista de la roca para mirar a alguien en la multitud. La boca se le quiebra en una mueca extraña. Me alegro de no ser yo su objetivo.

Una y otra vez, los jinetes suben a la roca, extienden las manos, pronuncian sus nombres y los de sus caballos y, una y otra vez, Peg Gratton les da las gracias antes de que se marchen. Hay muchísimos, por lo menos unos cuarenta. He visto en la prensa artículos sobre las carreras, y en la final jamás son tan numerosos. ¿Qué ocurre con todos ellos?

Imagino que puedo oler la sangre desde aquí.

Los jinetes se siguen sucediendo para que les practiquen ese corte en el dedo y así poder anunciar su intención de participar en la carrera.

Se acerca el momento de subir, y me noto nerviosa. Me doy cuenta de que estoy esperando a que suba Sean Kendrick. No sé si es porque corríamos juntos, porque lo vi perder a aquella yegua o porque me dijo que no volviera a la playa cuando nadie más se dignaba dirigirme la palabra. O quizá porque su semental rojo es el caballo más hermoso que he visto en toda mi vida. Sea por lo que fuere, me despierta tal curiosidad que me sorprende.

Casi todo el grupo ha pasado cuando Sean se sube a la roca. Me cuesta reconocerlo: tiene la cara y los angulosos pómulos manchados de sangre. Su mirada es impactante y desconcertante a la vez, severa y sin piedad, cautelosa y mortífera. Como la de alguien que sería capaz de subir a la roca aunque la sangre que se derramara fuera humana y no de oveja.

De repente, me pregunto qué estará haciendo el padre Mooneyham esta noche; si se habrá recluso en Santa Columba para rezar por sus parroquianos, para que no pierdan la cabeza y se abandonen a diosas paganas. Y si la diosa de la isla alguna vez existió..., ¿cómo puede ser que se conforme con sangre de oveja en lugar de sangre humana? Yo misma he visto sangre de oveja y sangre de hombre y sé apreciar la diferencia perfectamente.

Sean Kendrick extiende la mano.

—Montaré —dice. Y al oírlo, siento que me pesan los pies, como si alguien tirara

de ellos hacia abajo.

—Sean Kendrick. *Corr.* ¡Por mi sangre! —canturrea en una voz apenas audible.

Se oye un gran clamor proveniente de la multitud, incluso Elizabeth grita, y yo que la creía demasiado digna para hacer este tipo de cosas... Sean, sin embargo, permanece inalterable ante aquellos vítores. Me parece que mueve los labios de nuevo, pero el movimiento es tan leve que no puedo estar segura. Y entonces desaparece.

—Te toca —dice Elizabeth—. Arriba. No vayas a olvidar cómo te llamas.

Hace unos instantes tenía frío, pero ahora siento que estoy ardiendo. Con la cabeza bien alta me acerco a la roca, a la que subo como todos los demás. Me parece tan vasta como el océano mientras la cruzo para acercarme a Peg Gratton. Aunque la superficie debe de ser bastante sólida, parece inclinarse y balancearse a cada paso que doy. Me repito una y otra vez: «Montaré. ¡Por mi sangre!». No quiero olvidarme con los nervios de lo que tengo que decir.

A esta distancia veo bien los ojos de Peg Gratton, relucientes y penetrantes bajo aquel falso pico. Tiene un aspecto fiero e imponente.

Siento que me mira todo Skarmouth, todo Thisby y todos los turistas llegados del continente. Pongo la espalda bien recta. Seré tan fiera como Peg Gratton, aunque no tenga un pico enorme bajo el que esconderme. Mi apellido me bastará.

Extiendo la mano. Me pregunto si dolerá. Hablo en un tono mucho más alto de lo esperado.

—Montaré.

Peg blande su cuchillo. Me preparo para recibir el pinchazo. Nadie se ha inmutado y me niego a ser la primera en hacerlo.

—¡Espera! —grita una voz que no es la de Peg Gratton.

Las dos nos volvemos y descubrimos a Eaton, con aquella indumentaria tradicional empapada en sudor, al pie de la roca. Estira mucho el cuello para poder vernos bien. Va acompañado de un grupo de hombres con chalecos que tienen las manos en los bolsillos. Algunos son jinetes, y todavía se aprietan con fuerza la mano para no sangrar más. Otros llevan bufandas como la de Eaton. Todos fruncen el ceño.

Me he equivocado. He subido cuando no me tocaba. No he dicho las palabras adecuadas... Estos pensamientos se me agolpan en la cabeza. Siento una intranquilidad que crece por momentos.

—No puede montar —declara Eaton.

Se me cae el alma a los pies. ¡Dove! Ella debe de ser el motivo por el no puedo competir.

—Ninguna mujer ha participado nunca en las carreras —aclara—. Y éste no va a ser el primer año en que eso suceda.

Observo a Eaton y a los hombres que lo acompañan. Entre ellos existe una



camaradería evidente, como la de los ponis que se agrupan para protegerse del viento. O como un rebaño de ovejas que miran cautelosas al perro que les indicará cuándo deben moverse. Yo soy la extraña. La mujer.

Podría haberme quedado fuera de la carrera por muchos motivos, pero me parece increíble que el impedimento sea que soy mujer.

Me pongo roja de rabia. Estoy encima de la roca y sé que todos me observan, pero no me tiembla la voz.

—Las normas no dicen nada de eso. Me las he leído de cabo a rabo.

Eaton mira al hombre que tiene a su lado, que se humedece los labios antes de intervenir.

—Algunas normas son demasiado importantes para plasmarlas en el papel.

Tardo unos instantes en darme cuenta de lo que realmente sucede: no hay ninguna norma que diga que una mujer no puede participar, sin embargo, no están dispuestos a dejarme competir. La situación es idéntica a cuando jugaba con Gabe de pequeña, mi hermano cambiaba las reglas del juego cuando veía que iba a ganar yo.

La injusticia de aquella situación, como la de ahora, hace que me hierva la sangre.

—Entonces ¿para qué existe la hoja de normas? —pregunto.

—Hay cosas que son demasiado obvias para escribirlas —repite el hombre que está al lado de Eaton. Lleva un pulcro traje de tres piezas, con una bufanda en vez de la chaqueta. Distingo con más claridad el triángulo que forma el chaleco, gris contra blanco, que su propio rostro.

—Tienes que bajar de ahí —ordena Eaton.

Un tercer hombre aparece a los pies de la roca. Alarga la mano en mi dirección, como si fuera a aceptársela y a bajar sin más.

—Pues yo no lo veo todo tan obvio —no me muevo ni un milímetro de donde estoy.

Eaton frunce el ceño un instante antes de intervenir, enlazando las palabras según le vienen a la cabeza:

—Las mujeres son la isla y la isla nos cuida. Eso es importante. Pero los hombres son quienes mantienen la isla anclada al fondo marino y quienes evitan que se pierda en la inmensidad del océano. Las mujeres no pueden estar en la playa. De lo contrario, se altera el orden natural de las cosas.

—Así que la razón de mi descalificación es la superstición —respondo—. ¿Creéis que los barcos se van a quedar varados en la arena porque yo participe en la carrera?

—Bueno, eso es hilar muy fino.

—O sea que soy yo. Creéis que está mal que participe en la carrera y punto.

La cara de Eaton me recuerda a la de Gabe en el pub, cuando miraba a la gente con expresión incrédula, para que todos vieran lo poco razonable que yo estaba siendo. Cuanto más miro a ese hombre, más me desagrada. ¿Acaso a su esposa no le

parece horroroso ese labio superior que tiene? ¿No podría cambiarse la raya de sitio para que no se le vieran tanto las entradas? ¿Tiene que mover así el mentón cuando habla?

—No te lo tomes como algo personal, porque no es así —me dice.

—Para mí sí es algo personal.

Empiezan a enfadarse. Pensaban que iba a bajarme de allí tan pronto como oyera la primera negativa y, como no lo he hecho, he pasado de ser la curiosidad de la temporada a un objetivo claro contra el que pelear.

—Puedes hacer otras cosas durante el mes de noviembre para complacer a otras personas además de a ti misma, Kate Connolly. No tienes por qué participar en las carreras.

Pienso en Benjamin Malvern, sentado a nuestra mesa, preguntándome qué sería capaz de hacer por salvar nuestra casa. Si bajo de esta roca, Gabe no tendrá ninguna razón para quedarse con nosotros y, por muy enfadada que esté, no puedo permitir que la última conversación que tenga con él sea la de esta noche. Pienso en lo que sentí al competir contra la impredecible yegua *uisce* de Sean Kendrick, que acabó lanzándose al mar.

—Tengo mis propios motivos —le espeto—. Como cada hombre que se ha subido a esta roca. El hecho de ser una chica no hace que mis motivos sean menos importantes que los vuestros.

Ian Privett, situado unos metros atrás, interviene.

—Kate Connolly, ¿a quién ves detrás de ti? Es una mujer quien toma nuestra sangre. Y también una mujer quien nos concede nuestros deseos. Pero la sangre depositada sobre la roca durante generaciones es de hombres. No se trata de si quieres estar ahí o no. Ése no es tu lugar. Ahora bájate y deja de comportarte como una niña.

¿Quién se creará Ian Privett que es para hablarme así? Sus palabras también me recuerdan a las de Gabe, pidiéndome que no me comportara como una histérica cuando no lo estaba siendo en absoluto. Pienso en mamá, a lomos de un caballo, enseñándome a montar. Ella misma formaba parte del animal. No pueden decirme que éste no es mi lugar. Pueden obligarme a bajar, sin importar mi opinión, pero no pueden decirme eso.

—Cumpliré las normas que recibí —insisto—, pero no las que no están escritas en ninguna parte.

—Kate Connolly —grita el hombre del chaleco—, en la playa jamás ha habido una mujer durante la carrera. ¿Quieres que rompamos esta regla por ti? ¿Quién eres tú para pedirnos eso?

El hombre que alargó la mano al pie de la roca parece recibir alguna señal secreta y empieza a subir los escalones de piedra. Me obligarán a bajar aunque yo no quiera.

Es el fin.

No puedo creer que todo haya acabado.

—Yo hablaré por ella.

De repente, todos se vuelven hacia Sean Kendrick, quien está un poco apartado de los demás y tiene los brazos cruzados.

—Esta isla siempre se ha sustentado en el coraje y no en la sangre —interviene. Tiene el rostro vuelto hacia donde estoy yo, pero mira a Eaton y a sus camaradas. Cuando acaba de hablar, se hace el silencio y oigo los latidos de mi corazón, que parece querer salirse del pecho.

Veo en los rostros de aquellos hombres que las palabras de Sean Kendrick les han calado hondo. No quieren dar su brazo a torcer, pero la opinión de alguien que ha engañado a la muerte en tantas ocasiones durante la carrera no pueden ignorarla.

Como antes, cuando estaba en el camión de Thomas Gratton, Sean Kendrick enmudece. Su silencio los obliga a reaccionar.

—Y tú estás a favor de que ella participe —admite Eaton, al fin—, a pesar de todo.

—A pesar de nada —contesta Sean—. Que sea el mar quien decida lo que está bien y lo que está mal.

Se hace una pausa increíblemente larga.

—Que participe entonces —declara Eaton. A su alrededor, muchos niegan con la cabeza, pero nadie interviene. Las palabras de Sean resuenan en la noche—. Ofrece tu sangre, muchacha.

Peg Gratton no espera a que extienda más la mano, se adelanta y realiza la incisión en el dedo. En vez de dolor, lo que siento es un calor abrasador que me recorre todo el brazo hasta el hombro. La sangre brota de la herida y se vierte sobre la roca.

Vuelvo a sentirme como antes, cuando era Sean Kendrick quien estaba en mi lugar: tengo los pies bien firmes sobre la roca, como si formara parte de la isla y hubiera surgido de ella. El viento me alborota el pelo, que escapa de la cinta y me golpea la cara. El aire huele al océano cuando va a romper contra la orilla.

—Kate Connolly. *Dove*. ¡Por mi sangre! —entono al fin, con la cabeza bien alta.

Veo a Sean Kendrick entre la multitud. Se vuelve, dispuesto a marcharse, pero antes me mira un instante. Y yo le sostengo la mirada. Siento que todo el mundo observa este momento, como si mirar a Sean Kendrick a los ojos implicara una promesa o un compromiso con algo cuya naturaleza desconozco, pero de todos modos no aparto la vista.

—¡Por su sangre, que empiecen las carreras! —exclama Peg Gratton a la noche y a la multitud, que ya no está pendiente de ella—. Ya tenemos a nuestros jinetes, que empiecen las carreras.

Sean Kendrick me sostiene la mirada un segundo más, y después desaparece de

allí dando grandes zancadas.

Faltan dos semanas para el gran día. Esta noche empieza todo. Lo siento en lo más profundo de mi ser.

## 33

### SEAN

La isla se despierta al día siguiente envuelta en una calma espectral. Aunque la locura de la noche anterior parecía sugerir que los entrenamientos empezarían hoy en serio, las cuadras están tranquilas y las carreteras, silenciosas. Me alegra: tengo mucho que hacer en las próximas veinticuatro horas. Observo el cielo, un retazo de nube tapa el sol y, bajo ella, pequeñas brumas viajan apresuradas para llegar a su destino. Sabré de cuánto tiempo dispongo antes de que la tormenta nos alcance cuando vea el océano.

En la quietud sobrecogedora de la mañana, saco al purasangre más joven para que haga algo de ejercicio y coma un poco de hierba antes de que el tiempo empeore. Recojo las provisiones que necesito para llevarme a la playa: dos cubos y toda la magia débil que puedo contener en los bolsillos.

Cuando estoy a punto de marcharme, oigo una voz.

—No es de los que van a la iglesia, ¿no?

—Buenos días, señor Holly —saludo.

Lleva un jersey de cuello de pico, una chaqueta fina y unos pantalones caquis demasiado planchados. Entiendo que así se viste en América los domingos. Parece que vaya a posar para una de esas fotos de las páginas de sociedad de algún periódico del continente.

—Buenos días —dice Holly. Echa un vistazo al interior de mis cubos y se aparta con una mueca. Están llenos de excrementos de *Corr* y huelen tan mal que incluso a mí me cuesta acostumbrarme.

»Por el amor de Dios y de sus apóstoles —al ver que tengo dificultades para abrir la puerta sin dejar los cubos en el suelo, la abre para que pueda pasar y la cierra tras de mí, siguiéndome afable—. Así que no es usted creyente, ¿no?

—Creo en lo mismo en que creen los demás —le digo, apuntando con el mentón a Santa Columba—, pero no creo que sea algo que pueda encontrarse en un edificio.

Me dirijo hacia la línea de la costa que bordea casi todos los pastos de Malvern. La tierra está blanca y tiene un ligero olor a estiércol. Estamos en el lado opuesto a la playa de la carrera y, si bien hay acantilados, son más bajos y desiguales que los otros. Tanto el océano como las criaturas que lo habitan lo tienen mucho más fácil para llegar a la orilla en este lado de la isla.

Holly se apresura para no perderme de vista y agarra uno de los cubos. Gruñe al comprobar el peso, pero no dice nada más.

—¿Qué hace? —le pregunto.

—Buscando a Dios —explica Holly, siguiéndome el paso—. Si dice usted que está aquí afuera, entonces echaré una ojeada por la zona.

No sé si encontrará a este Dios compartiendo las tareas conmigo, pero no protesto. Falta bastante trecho hasta llegar a los acantilados y tener compañía no es algo tan terrible. Cuanto más nos alejamos de la protección de los establos, más insistente se vuelve el viento, atacándonos a ráfagas, descontrolado. Los únicos signos visibles de civilización en esta zona son las paredes de piedra que delimitan los pastos de Malvern, mucho más antiguas que los rebaños que contienen: éste es un Thisby que muchos han olvidado.

A favor de Holly hay que decir que camina en silencio durante largos minutos antes de preguntarme nada.

—¿Qué estamos haciendo, exactamente?

—La tormenta se acerca cada vez más —le explico—. Ya ha llegado al mar, y eso atraerá a los caballos.

—Se refiere a los... —de nuevo, se detiene antes de intentar pronunciar bien las famosas palabras—. A los *capaill uisce*.

Asiento.

—¿Adónde los atraerá, exactamente? ¡Caramba!

Esta última exclamación se debe a que hemos llegado a una atalaya desde la que se divisa el océano y toda la zona que nos rodea. La tierra es peligrosa, esta plagada de acantilados bajos que fraccionan y rasgan inesperadamente los pastos y se hunden en el mar, de modo que se distingue el campo, después el vacío y, a continuación, más campo. Ante nuestros ojos, la inmensidad del mar, cuya superficie está cubierta de olas de blanca cresta, espuma y rocas oscuras como dientes. Está muy movido. Mañana la tormenta será de órdago. Le doy a Holly unos minutos más para que disfrute de las vistas antes de contestar a su pregunta.

—Los atraerá a la costa. Si en estos momentos merodean por las aguas poco profundas que rodean la isla, pronto estarán en tierra firme para no tener que enfrentarse a las rocas ni a las corrientes. Y le aseguro que no le gustaría nada encontrarse con un *capall uisce* recién salido del agua.

—¿Por qué no? ¿Porque está hambriento?

Inclino ligeramente el cubo para que se derrame un poco de su contenido en el camino antes de seguir andando.

—Porque está hambriento, sí, y porque su comportamiento es vacilante. Y eso es mucho más peligroso.

—Y los excrementos sirven para...

—Para marcar el territorio. Si llegan a la orilla, quiero que piensen que se las tendrán que ver con *Corr*.

—Y no con los caballos purasangre de Malvern —concluye Holly, poniéndole punto final a mi explicación. Seguimos trabajando en silencio, yendo primero a los lugares altos de fácil acceso antes de bajar hacia la costa, hasta que ya sólo nos queda

la playa rocosa.

—Quizá prefiera quedarse arriba —sugiero. No puedo garantizar su seguridad cerca de la orilla. El mar está ya demasiado agitado y es peligroso. Imposible saber si ya ronda por allí algún *capall uisce*. Malvern se enfadaría bastante si se quedara sin uno de sus compradores dos días después de haber perdido un caballo de la misma manera.

Holly asiente; comprende lo que quiero decir, pero, aun así, decide seguirme. Su valentía despierta mi respeto. Le cambio el cubo vacío por el que lleva él y, acto seguido, se masajea la palma de la mano, allí donde se le clavaba el asa.

Aquí, donde nace el camino, la costa más transitable está compuesta de rocas del tamaño de mi puño. El resto es todo piedras y peñascos que se desprendieron de los acantilados. El océano se extiende ante mis ojos, buscándome los pies. Huele a podredumbre.

—Si quisiera atrapar a otro caballo —advierto—, éste sería un buen momento para hacerlo.

El agua se ha abierto paso a través de los peñascos de la costa y ha creado un gran charco de agua. George Holly se moja los dedos en ella, inexplicablemente. Esa pequeña piscina de agua está llena de oportunistas anémonas, que extienden sus tentáculos amenazadoras, de negros erizos de mar y de cangrejos demasiado pequeños para poderlos echar en la cazuela.

—Está más tibia de lo que me esperaba —asevera Holly—. ¿Y por qué no intenta atrapar otro caballo? Lo digo porque perdió uno el otro día...

Lo cierto es que no existe razón alguna para atrapar otro *capall uisce*, porque Mutt Malvern ha decidido que su montura será *Skata*. Tampoco tiene demasiado sentido tener a *Edana*, llegados a este punto.

—No necesito ningún otro caballo: tengo a *Corr*.

Holly le da unos golpecitos con una piedra a un erizo.

—¿Y cómo sabe que ahí abajo no hay un caballo más rápido que *Corr*, esperando a que lo atrape?

Pienso en lo increíblemente veloz que es la yegua pinta.

—Quizá sea verdad, pero no me tienta la idea —le respondo. No todo se basa en ganar la carrera. No sé cómo explicarle que conozco su corazón mejor que el de nadie, igual que él conoce el mío—. No necesito otro caballo. Es sólo que...

Me quedo callado y avanzo hacia el otro punto por el que se puede acceder a esta inexpugnable playa. Me saco un puñadito de sal del bolsillo y escupo sobre él antes de lanzarlo sobre el inicio del otro camino. Inclino el cubo para que caiga excremento de *Corr* también allí. Después, regreso camino arriba sin abrir la boca.

Holly me sigue y, aunque no me doy la vuelta, oigo perfectamente lo que me dice.

—Es sólo que *Corr* no le pertenece, ¿no?

No sé si quiero seguir manteniendo esta conversación.

—No es sólo que no me pertenezca: es propiedad de Benjamin Malvern.

—Eso no tiene sentido.

—En esta isla, tiene todo el sentido del mundo —Thisby se define por las cosas que son de Malvern y las que no—. La lógica es ésta: yo le pertenezco a Malvern. Usted, no.

—De modo que lo que quiere es ser libre.

Dejo de hacer lo que estoy haciendo para mirar al americano. Allí está, en mitad del camino, siguiéndome sin perder esa pulcritud asombrosa: no se ha manchado el jersey y lleva los pantalones todavía perfectamente planchados. Tiene un aspecto sumiso con esa imagen tan cuidada, sin embargo, su expresión no tiene nada de insulsa. George Holly, inversor americano, sin duda siempre ha sido así de libre y espontáneo. Por primera vez no me importa, porque creo que me entiende a pesar de todo.

—¿Y por qué no le compra a *Corr*?

Esbozo una débil sonrisa.

Holly me lee la mente.

—¿Es por el dinero? Ah, ya. No quiere vendérselo. ¿Tiene algo con que presionarlo?

Seguro que lo necesita para mucho más que para ganar la carrera. Lo siento, me estoy metiendo donde no me llaman. Vayámonos, haga ver que no le he dicho nada.

Pero sí ha dicho algo. Algo que ya no puede borrarse. Lo cierto es que durante once meses, me esfuerzo por resultarle valioso a Malvern y, después, durante un mes, trabajo duro para resultarle imprescindible. ¿Sería él capaz de renunciar a ese mes para mantener los otros once? ¿Sería yo capaz de arriesgarme?

Nos detenemos para reflexionar en la zona más elevada del terreno. La ropa de Holly contrasta con el verde paisaje; como la mía, negra como el carbón. Vacío el cubo, satisfecho por librarme de su pestilente contenido. Holly me contempla sin abrir la boca mientras cojo un puñado de tierra limpia y le susurro algo antes de esparcirla de nuevo sobre el terreno.

—¿Utiliza la magia? —se interesa Holly.

—¿Utilizar un bridón es hacer magia? —le pregunto.

—Lo que quiero decir es que, si yo me pusiera a susurrarle algo a la tierra, mis conversaciones no serían demasiado profundas.

Me observa mientras hago lo mismo con los otros dos caminos que llevan a los acantilados. No me pregunta cómo lo hago, y yo no se lo digo. Cuando ya hemos emprendido el camino de regreso, y al ver que no dice nada en largo rato, decido intervenir.

—Puede decir lo que piensa.



—No, no puedo —declara inmediatamente, contento por aquella invitación a la conversación—, porque no es de mi incumbencia. Sé que antes he metido la pata, y no quiero volverlo a hacer.

Arqueo la ceja.

Holly se frota las manos, como si hubiera tocado algo mucho más sucio que el agua de aquella piscina natural formada por la marea.

—Bueno, ¿y qué pasa con esa chica, esa tal Kate Connolly?

Suspiro hondo, apilo los cubos y avanzo por el camino que conduce, colina abajo, hasta Malvern Yard.

—Si cree que evitando responderme me convenceré de que no pasa nada, se equivoca.

—No es ésa la razón por la que no respondo —reconozco cuando llega a mi lado—. No es que no haya nada; es que no sé lo que hay.

La veo con toda claridad, plantada sobre la roca, al lado de Peg Gratton, sin inmutarse ante Eaton y el resto del comité de carreras. No recuerdo si alguna vez he sido tan valiente como ella, y me siento avergonzado. Lo cierto es que esa chica me fascina y me repele a la vez: me veo reflejado en ella y, además, es la puerta que lleva a una parte de la isla que desconozco. Es una sensación idéntica a la que sentí ante la diosa yegua cuando ésta me miró a los ojos. Ese sentimiento me dice que hay una parte de mí que no conozco.

—En mi país tiene un nombre —continúa George Holly—, pero puede que no quiera saberlo.

Lo fulmino con la mirada y se ríe de buena gana.

—¡Esa cara vale un millón de dólares! —exclama—. ¿Debo apostar por la chica, pues?

—Lo mejor es que ahorre el dinero para comprar heno —refunfuño entre dientes—. Va a ser un invierno muy largo.

—No en California —afirma él antes de echarse a reír. Por lo lejos que suena su risa, me doy cuenta de que se ha parado. Me vuelvo.

—Creo que tiene razón, señor Kendrick —declara George Holly, con los ojos cerrados. Le da el viento en la cara y está ligeramente inclinado para no desequilibrarse. Ya no tiene los pantalones impecables: se le han llenado de churretes de barro y estiércol. El viento se ha llevado su ridícula gorra roja, pero parece que no se ha dado cuenta, el aire juega con su pelo y el océano le canta. Esta isla te lleva consigo, si tú te dejas.

—¿Por qué tengo razón? —quiero saber.

—Aquí sí siento a Dios.

Me limpio las manos y los pantalones.

—Vuélvamelo a decir en dos semanas, cuando haya visto cadáveres en la playa.

Él sigue con los ojos cerrados.

—¡Que nadie se atreva a decir que Sean Kendrick no es un optimista! —y tras una pausa, añade—: Sé que ahora mismo está sonriendo, así que no lo niegue.

Tiene razón, así que no lo hago.

—¿Va a poner a prueba a Benjamin Malvern por ese caballo o no?

Pienso en Kate Connolly de pie ante Eaton, con su rostro desafiante, como si fuera a ser sacrificada en esa antigua roca. Siento el aliento de la diosa yegua, preñado de trueno, en mi rostro.

—Sí —le digo.

## 34

### PUCK

No me molesto en ponerle los arreos a *Dove* el domingo, después de misa. Todo el mundo estará poniéndoselos a sus *capaill uisce* al salir de la iglesia, y creo que será una buena oportunidad para aprender algo de mis rivales. Quizá esta noche lleve a *Dove* a los acantilados, después de pasar el día comiendo heno del caro y acostumbrándose a la idea de que tiene que ser rápida.

Dejo a Finn y a Gabe solos en casa. Gabe vino a misa con nosotros, aunque miraba impaciente el reloj y se acabó marchando a la mitad, cosa que hizo que el padre Mooneyham lo mirara severamente primero a él y después, a nosotros. Las homilías de nuestro párroco no suelen ser demasiado pesadas, pero aun así hay que soportarlas de principio a fin: si se te duerme la pierna, no te puedes ni mover. Si el té que has tomado antes de ir a misa te hace soñar con todos los retretes de aquí a Damasco y no con epifanías varias, no te queda otra que aguantarte. Si eres Brian Carroll y has estado pescando toda la noche, echas la cabeza hacia atrás para que mantener los ojos abiertos no sea una tarea tan ardua. Pero lo que no puedes hacer es levantarte. Y eso fue precisamente lo que hizo Gabe. Y también Beech Gratton, instantes después. Y si Tommy Falk no hubiera sido demasiado guapo como para ir a misa, seguro que también se habría marchado con ellos.

Y ahora seguro que tengo que confesarme, porque no sólo he pensado cosas malas de mi hermano, sino que, además, las he pensado en misa. No me hace gracia la idea de que, si muero en las próximas horas, iré al infierno, pero tengo que marcharme antes de que suba la marea y desaparezcan los jinetes.

En cualquier caso, todo me parece bastante lejano cuando llego a los acantilados que quedan por encima de la playa de la carrera. Esta noche no quiero galopar sobre esos ventosos acantilados, pero no me importa quedarme sentada allí. Camino con dificultad ataviada con el hato que me he preparado con la manta de lana. Cuando llego, lo dejo en el suelo y busco un lugar seguro en el que sentarme, cerca del borde, para no perder detalle de los entrenamientos de los demás jinetes. Me envuelvo con la manta, le doy un sorbo al té que llevo en el termo y un bocado a uno de los pastelillos de noviembre. Calenté tres esta mañana en el horno, junto a algunas piedras, y éstas han hecho que sigan calentitos. Me siento bastante orgullosa de mí misma cuando saco el papel, el lápiz y el cronómetro que Finn me ha dado. Si me quedo aquí sentada el tiempo suficiente, seguro que los caballos me revelarán sus secretos. Quiero saber cuánto tardan en recorrer el terreno y, después, llevarme a *Dove* al mismo lugar y cronometrarla a ella también. Si conozco mis flaquezas, seguro que podré prepararme mejor.

Llevo diez minutos aquí sentada cuando veo por el rabillo del ojo que algo se

mueve. Alguien se sienta a unos pasos de mí, con una rodilla doblada y el brazo colocado sobre ella, en posición de reposo.

—¿Ya has descubierto el secreto que te llevará al triunfo, Kate Connolly?

Reconozco la voz sin volver la cabeza. El corazón me hace «bum, bum, bu...» y luego pretende volver a empezar, sin demasiado éxito.

—Te dije que podías llamarme Puck.

Sean Kendrick no añade nada más, pero tampoco se levanta. Me pregunto qué se le pasará por la cabeza en estos momentos, mientras observamos a los caballos. Parecen tan distintos ahí abajo... El entrenamiento parece bastante tranquilo, todo se desarrolla con más orden que el caótico primer día. Veo que dos caballos se encabritan y sus mozos se esfuerzan por apartarlos, pero el sonido llega muy mermado a las alturas, y el viento lo acalla. Parecen soldados de juguete.

Observo a Ian Privett en su montura gris, *Penda*. Galopan en paralelo al agua. Presiono el botón de mi cronómetro y tomo nota.

—Iría todavía mucho más rápido dentro de un rato —me advierte Sean Kendrick—. Ahora no lo está presionando demasiado.

No sé si me dice eso porque me ve tomar nota de esos tiempos absurdos y está siendo un poco paternalista o porque me premia con una información que no podía haber conocido de ninguna otra manera. Así que me limito a pasar el lápiz por encima de los números que acabo de escribir, otra vez, imprimiéndolos bien sobre el papel. Quiero preguntarle por qué intercedió por mí ayer por la noche, pero mamá decía que estaba mal buscar un cumplido y, como en esta situación parecería que estoy buscando un cumplido, me quedo con las ganas y no le pregunto nada.

Con lo que nos quedamos en silencio un rato más. El tormentoso viento me araña la manta y el gorro, y alborota mis notas. Busco en el fardo uno de los preciados pastelillos de noviembre (todavía caliente) para ofrecérselo a Sean.

Lo acepta sin darme las gracias. Pero ese gesto queda de algún modo implícito. No sé cómo lo hace, porque no lo miré a la cara cuando le di el pastelillo.

Pasados unos instantes, interviene.

—¿Ves a esa yegua negra? ¿La de Falk? Le encanta perseguir a los demás. Si fuera la mía, la obligaría a quedarse la última, para que no perdiera la motivación. Y entonces, al final, metería baza.

Frunzo el ceño en dirección a la playa, para intentar ver lo que él ve. La playa es un barullo de falsas carreras y galopes interrumpidos. Localizo a Tommy y a su yegua negra y los observo un instante. Tiene unas patas increíblemente esbeltas para ser un *capall uisce* y, al avanzar, veo que cabecea un poco cuando toca el suelo con la pezuña trasera izquierda.

—Además —añado, porque no puedo callarme—, cojea un poco de la pata trasera izquierda.

—De la derecha, me parece a mí —declara él antes de rectificar—. No, de la izquierda, tienes razón.

Me siento satisfecha, aunque lo único que ha hecho ha sido estar de acuerdo con algo que yo ya sabía.

Ahora siento que he reunido la valentía necesaria para formularle la siguiente pregunta.

—¿Por qué no estás ahí abajo con *Corr*? —lo miro al hacerle aquella pregunta y estudio su anguloso perfil. Sigue con los ojos los movimientos de la playa, pero el resto del cuerpo permanece inmóvil.

—Para preparar las carreras hay que hacer algo más que montar.

—¿Y qué observas, exactamente?

Y, de nuevo, se crea un interminable silencio entre mi pregunta y su respuesta. Me parece que no va a contestarme, pero después se me pasa por la cabeza que quizá sólo he pensado la pregunta, sin llegar a formularla en voz alta. O puede que lo haya ofendido, aunque ya no recuerdo exactamente mi pregunta y me resulta imposible repasar mentalmente si he podido molestarle.

Entonces me contesta.

—Quiero saber quién le teme al agua y quién puede avanzar en línea recta. Quién atacará a *Corr* y quién es capaz de adelantarlo. Y quién es incapaz de gobernar a su caballo. Quiero saber cómo les gusta correr. Hasta qué punto ha cambiado la playa este año. Y qué aspecto tendrá la carrera antes de que empiece.

Abajo, en la playa, la yegua pinta grita con tal fuerza que ambos oímos el quejido a pesar de estar lejos, en los acantilados. Parece mentira que ayer por la noche me estuviera arrepintiendo de no haberla elegido como montura cuando tuve la oportunidad. Observo a Sean para saber qué mira.

—Y tú crees que hay que tener mucho cuidado con la yegua pinta —prosigo.

—Ni tú ni yo tenemos que perderla de vista.

Justo en ese momento, la yegua avanza a toda velocidad en paralelo a la agitada orilla. Hace un rápido ademán hacia el mar antes de apartarse con la misma velocidad hacia el acantilado. Es tan rápida que ha llegado hasta el final de la zona practicable de la playa antes de que se me haya ocurrido mirar el cronómetro.

—Tengo entendido que tu hermano se marcha al continente —dice Sean.

Respiro hondo antes de contestar.

—Justo después de la carrera —ya no tiene sentido guardarlo en secreto: todo el mundo lo sabe. Además, me oyó hablar del tema con Gratton en el camión.

—¿Y tú no te marchas con él?

Estoy a punto de confesar que la verdad es que no se ha molestado ni en preguntármelo, pero entonces me doy cuenta de que ése no es el motivo real. No quiero irme porque ésta es mi casa.

—No.

—¿Y por qué no?

Esa pregunta me enoja.

—¿Y por qué marcharse tendría que ser lo normal? ¿Acaso alguien te ha preguntado alguna vez por qué te quedas?

—Pues la verdad es que sí.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Por el cielo, por la arena y el mar, y por *Corr*.

Es una respuesta tan bonita como inesperada. No me había dado cuenta de que estábamos hablando en serio, o habría pensado algo mejor que decir. Me sorprende, además, que haya incluido a su semental en la lista. Me pregunto si, cuando yo hablo de *Dove*, los demás se dan cuenta de lo mucho que la quiero; igual que yo noto en la voz de Sean ese cariño que siente por *Corr*. Me resulta difícil imaginar cómo puede quererse a un monstruo. Recuerdo lo que dijo aquel hombre en la carnicería: que Sean Kendrick tenía un pie en la tierra y otro en el mar. Quizá es necesario tener un pie en el mar para poder ver más allá de las ansias de matar de tu caballo.

—Para mí, tiene que ver con el deseo de acumular cosas —aventuro, después de quedarme pensativa un rato—. Los turistas siempre quieren algo. En Thisby, en cambio, la vida no consiste en poseer cosas, sino en vivir y ser uno mismo —me pregunto si pensará que no tengo iniciativa ni ambición. Supongo que, en comparación con él, eso es lo que debe de creer. Cuando estoy con Sean parezco condenada a decirle exactamente lo que pienso pero a no saber nunca lo que piensa él. Es como una especie de maldición.

Se queda callado. Observamos a los caballos arremolinarse y separarse a nuestros pies.

—No creas que se han rendido. No quieren que estés en la playa —me advierte pasado un rato—. Lo de ayer no significa que vayan a conformarse.

—No entiendo el porqué.

—Si utilizas las carreras para demostrarles a los demás tu valía, es tan importante la gente a la que vences como el caballo que montas —habla sin despegar los ojos de la yegua pinta.

—Pero tú no crees que las carreras consistan en eso, ¿no?

Sean se levanta y se queda allí, de pie. Tiene las botas muy sucias. «Ahora sí que le he ofendido», me parece.

—Nunca me han importado los demás, Kate Connolly. Puck Connolly.

Levanto el rostro para mirarlo. La manta me resbala por los hombros y también se me cae el gorro, aflojado por la presión del viento. No sé lo que debe de estar pensando: tiene los ojos entornados y resulta casi imposible adivinarlo.

—¿Y ahora, qué? —le pregunto.

Kendrick se sube el cuello de la chaqueta. No sonríe, pero su gesto es menos severo de lo habitual.

—Gracias por el pastelillo.

Entonces se aleja a paso rápido, por el campo, dejándome allí con el lápiz apoyado en el papel. Siento que he aprendido una valiosa lección sobre la carrera, pero no sé cómo plasmarla en el papel.

## 35

### SEAN

Lo primero que hago de regreso en Malvern Yard es buscar a Benjamin Malvern. Siento la misma sensación de vértigo y desarraigo que se apoderó de mí mientras entrenaba a *Fundamental*, después de ver a Puck por primera vez. Lo mismo que sentí cuando la diosa yegua me ordenó que pidiera otro deseo. No me he dado cuenta de lo inalterable que es esta isla tan cambiante hasta que se ha convertido en algo diferente y desconocido.

Hallo a Malvern en la pista de entrenamiento. Le siguen de cerca dos hombres. Mi patrón inclina la cabeza hacia delante, como siempre hace cuando hay algún comprador cerca, parecería que apremiándolos a comprar. Los dos hombres sufren, apiñados, las inclemencias del tiempo, como dos gatos remojados a los que alguien ha olvidado fuera de casa en plena tormenta.

Lo primero que veo cuando me aproximo es que todos observan a *Malvern Meetle*, una potrilla de futuro prometedor por su asombrosa velocidad y buen temperamento. Tiene muy buena disposición: tiende a dar más de lo que puede, y eso siempre es preferible a lo contrario.

A continuación advierto que uno de los compradores es George Holly. Al verme se da cuenta de lo idóneo de la situación. Dice algo a Malvern y al otro comprador. Aquél asiente con la cabeza y sonríe, pero no oculta su disgusto. Señala hacia la casa y George Holly guía al otro comprador en aquella dirección.

Al pasar junto a mí, Holly me tiende la mano y dice:

—Es usted Sean Kendrick, ¿verdad? Que tenga un buen día.

Le sigo la Corriente y le devuelvo el saludo, como si no nos conociéramos de nada. Arqueo una ceja al comprender su astucia y, en unos segundos, el otro comprador y él se han marchado, dejándome a solas con Malvern.

Me acerco a él, que está apoyado en la barandilla que bordea la pista de doma. Mira a *Mettle* y frunce el ceño. Un mozo la ha montado y ella se ha empeñado en jugar y hacerse la perezosa. *Mettle* es bastante feúcha de cara (por algún curioso motivo, la fealdad y la tosquedad son características que parecen acompañar siempre a los caballos purasangre más rápidos), y levanta la cabeza durante el galope. El mozo tampoco la está poniendo a prueba: no sé si es que desconoce de lo que es capaz la yegua o si él no está demasiado por la labor. En cualquier caso, aquel ejercicio es pan comido para *Mettle*.

—Señor Kendrick —interviene Malvern al fin—, ¿esta yegua siempre se comporta así?

Medito la respuesta.

—Es hija de Penny and Pound y de Rostraver —Penny and Pound es una de las



yeguas para la cría favoritas de Malvern, y se dice que Rostraver ha ganado tantas carreras de vallas en el continente que nadie quiere competir contra él.

—Puede que no lo lleve en la sangre —asevera Malvern antes de escupir y volver a mirarla.

—Sí que lo lleva.

—¿Y por qué se dedica a hacer tonterías delante de posibles compradores?

Sólo puedo pensar en lo que quiero saber, pero ahora no es un buen momento para decirle nada. En vez de responderle, me agarro a la barandilla y me deslizo por debajo de ella. Cruzo la pista hacia donde está el mozo, uno de los nuevos. Malvern siempre anda contratando a gente nueva porque nadie aguanta demasiado tiempo viviendo en los cuartuchos que les asigna ni tampoco recibiendo la paga que les da. Meetle, siguiendo las indicaciones del mozo para que se relaje, trota en círculo. Me acerco a ella y la cojo por la brida.

—¡Uy! —exclama el mozo, sorprendido, mirándome. Tiene mi edad, creo que se llama Barnes, pero no estoy seguro. Quizá Barnes era el que estaba antes—. ¡Sean Kendrick!

Estiro la mano que tengo libre y le arrebato la fusta. La yegua, sin necesidad de azuzarla, ya se ha puesto a bailar en círculo a mi alrededor.

—Malvern te está observando. Tienes que sacarla otra vez y emplearte a fondo para que trabaje.

—Pero si eso es lo que estaba haciendo —se queja Barnes.

Toco suavemente con la fusta los corvejones de *Mettle* y ésta se impulsa hacia delante como si la hubiera azotado. Conoce bien mi voz y sabe que le sujeto con pulso firme la brida.

—Puede que sí, pero ella no te ha tomado en serio. Y yo tampoco. Toma, vuelve a empezar.

Barnes coge la fusta y vuelve a tomar las riendas. *Mettle* tiembla, ansiosa. Lo único que la frena en este momento es la mano con la que le agarro la brida. Barnes me mira, asustado por el potencial de aquella yegua y su velocidad. Lo mejor es que aprenda muy pronto a amar tanto lo uno como lo otro.

Suelto la brida y alzo la otra mano, como si todavía tuviera la fusta en ella. *Mettle* sale disparada a toda velocidad, al galope. Observo la escena un instante para ver cómo se desenvuelve Barnes (no lo hace del todo mal, a pesar de lo aterrorizado que está) y si *Mettle* se comporta. Podría haberme esforzado más, pero por lo menos ahora la yegua lo hará mejor.

Camino hacia la barandilla y paso por debajo. Los ojos de Malvern siguen a *Mettle*. Se rasca el mentón sonoramente con las uñas, pensativo.

Me llevo las manos a los bolsillos. No necesito un cronómetro para saber que *Mettle* ha mejorado su marca. Me quedo callado unos instantes, pensando en un

argumento de peso que respalde lo que voy a decirle. Sin embargo, al final, me doy cuenta de que lo que debo hacer es decírselo sin más.

—Quiero comprarle a *Corr*.

Benjamin Malvern me mira con desagrado un instante antes de volver la vista a la pista de entrenamiento. Saca un cronómetro, que ha debido de tener en la mano todo este tiempo, y aprieta el botón cuando *Mettle* llega al final del circuito.

—Señor Malvern —insisto.

—No quiero tener la misma conversación dos veces. Ya te dije hace años que no está a la venta para nadie. No lo tomes como algo personal.

Sé perfectamente el porqué de su negativa. No quiere vender a *Corr* porque perdería a un poderoso contendiente en las Carreras de Escorpio. Si lo vendiera, perdería uno de sus reclamos principales para darse a conocer.

—Sé por qué no quiere venderlo —continúo—, pero quizá haya olvidado lo que se siente cuando uno monta para otro y no tiene un caballo en propiedad.

Malvern observa el cronómetro y frunce el ceño, no porque *Mettle* haya galopado despacio, sino por todo lo contrario.

—Y yo te dije que, si querías, te vendía a cualquiera de mis purasangres.

—No es mérito mío que sean como son.

—Precisamente el mérito es todo tuyo —reconoce Malvern.

—Pero no son ellos los que han hecho de mí lo que soy —le respondo, sin mirarle a los ojos.

Es una confesión insólita: acabo de abrirle mi corazón a Malvern para que examine su contenido. He crecido junto a *Corr*. Mi padre lo montó y lo perdió. Pero yo lo recuperé. Es la única familia que tengo.

Benjamin Malvern se pasa el tosco pulgar por la barbilla y, por un segundo, tengo la impresión de que toma en consideración lo que le pido. Pero no es así.

—Elige a otro caballo —responde.

—Seguiré entrenando a los demás caballos, lo único que cambiará será lo de *Corr*.

—Elija a otro caballo, señor Kendrick.

—No quiero ningún otro caballo —insisto—. Quiero a *Corr*.

Sigue sin mirarme. Si lo hace, seguro que me salgo con la mía. La sangre se me agolpa en los oídos.

—Esta conversación se ha acabado —concluye—. No está a la venta y punto.

Mientras Malvern observa al siguiente caballo que entra en la pista, aprieto con fuerza los puños dentro de los bolsillos al recordar cómo Kate Connolly no retrocedió ni un paso durante el desfile de los jinetes. Pienso en lo que dijo Holly: que debía de haber algo que Malvern quisiera todavía más que a *Corr*. Las palabras de la diosa yegua me retumban en los oídos: «Pide otro deseo». Incluso pienso en Mutt Malvern,

dispuesto a arriesgarlo todo por conseguir la fama a lomos de aquella yegua pinta. Hasta ahora he pensado que, año tras año, arriesgo la vida en la playa, y que así será para siempre. Me tenía por un valiente, pero ahora me doy cuenta de que nunca he sido capaz de arriesgar la única cosa que temía perder.

No quiero tener que hacer esto.

—Entonces, señor Malvern, dejo mi trabajo —anuncio en un tono apenas audible. Se vuelve hacia mí arqueando una ceja.

—¿Cómo?

—Que me voy. Búsquese a otro domador y a otro jinete para las carreras.

En sus labios se dibuja una débil sonrisa. Reconozco ese gesto: se llama desdén.

—¿Estás intentando chantajearme?

—Llámelo como quiera —le digo—. Véndame a *Corr* y competiré para usted un año más, por última vez, y seguiré entrenando a sus caballos.

En la pista entra dando grandes zancadas un caballo castrado de pelaje castaño oscuro. Resuella; todavía no está listo para correr. Malvern se pasa la mano por la boca, una acción que me hace pensar en *Mettle*.

—Sobrestima usted el papel que desempeña en las caballerizas, señor Kendrick.

No titubeo. Estoy de pie y el mar me cubre hasta las rodillas, pero no permito que me desestabilice.

—¿Crees que no soy capaz de encontrarle un jinete a tu semental? —me desafía Malvern. Espera a que le responda y, como no lo hago, añade—: Hay más de veinte mozos que darían su vida por subirse a lomos de ese caballo.

Pensar en eso me duele. Seguro que eso era lo que pretendía Malvern.

Como sigo sin decir nada, prosigue:

—Bueno, pues ya está todo dicho. Puedes recoger tus cosas al final de la semana.

Nunca antes había sido tan firme. Nunca antes me había visto obligado a quedarme tan inmóvil y a ser tan valiente. Me cuesta respirar, pero me obligo a no ceder.

—Mejor que te dejes de jueguecitos conmigo —me dice—, porque yo fui quien los inventé.

La reunión se ha acabado.

Puede que nunca más vuelva a montar a *Corr*.

Sin él, no sé quién soy.

## 36

### PUCK

Casi siempre confío en *Dove* más que en la mayoría de personas, pero tiene sus momentos de vacilación. No le gusta que el agua le cubra por encima de las rodillas, cosa que en Thisby es probablemente una decisión sabia, y no cobarde. Cuando era una potrilla, tuvo un altercado con un camión que transportaba ovejas, y todavía le asustan estos vehículos. Y le intimidan, por así decirlo, los fenómenos meteorológicos un tanto extremos. Pero puedo perdonarle estas cosillas, porque no sucede demasiado a menudo que tenga que abrirme paso por un río, competir contra un camión de transporte de ovejas o trotar hacia Skarmouth en plena tormenta.

Sin embargo, cuando regreso aquella misma tarde a la cima de los acantilados, el tiempo ha cambiado. Sopla un viento bajo y decidido a ras de hierba, cuyo color verde se ha oscurecido por los nubarrones que surcan el cielo. Cuando *Dove* nota las ráfagas de viento en la cara, se asusta y tiembla. El aire hiede a *capall uisce*. Ninguna de las dos queremos estar aquí esta lúgubre tarde.

Pero tenemos que quedarnos. Si llueve o sopla el viento el día de la carrera, necesito que *Dove* no pierda la calma. No puede comportarse como el escurridizo y asustadizo animal que es ahora mismo.

—Tranquila —le susurro, pero agita las orejas para captar cualquier sonido, excepto el de mi voz.

Una ráfaga de viento la hace estremecerse y acercarse demasiado peligrosamente al borde del acantilado. Por un instante veo el saliente de hierba inmediatamente anterior al vacío. Por debajo, sólo la blanca espuma y el agitado océano. Siento vértigo ante aquel abismo ancestral e inmediatamente tiro de una de las riendas para que *Dove* retroceda.

Mi yegua sale disparada en dirección opuesta al acantilado. Brinca y se retuerce tanto que me resulta casi imposible estar sentada.

Pongo en práctica todos los consejos que me enseñó mi madre: me imagino que tengo una cuerda atada en la cabeza que baja por mi columna vertebral y me ata a la silla de montar. Finjo que estoy hecha de arena, que mis pies son piedras que penden a los dos costados de la barriga de *Dove*, demasiado pesadas para que nada ni nadie las pueda mover.

Logro mantener el equilibrio y hacer que baje un poco el ritmo, pero el corazón me late a toda prisa.

No me gusta tener miedo de *Dove*.

Y entonces llega Ian Privett. Bajo aquel cielo gris plomizo, tiene el porte de alguien que va camino de un funeral. Está montado en su lustroso *capall*, *Penda*, de pelaje veteado de blanco, como la espuma del inestable océano, agitado por la

tormenta. A unos pasos de él está Ake Palsson, el hijo del panadero, montado en una yegua *uisce* de pelaje castaño. Y junto a ésta se distingue el *capall uisce* zaino de Gerald Finney, el primo segundo o algo parecido de Ian Privett. Hay también un bullicioso grupo de hombres con el pelo alborotado por el viento que avanza a pie.

No puedo imaginar qué querrán hasta que Tommy Falk aparece detrás de ellos a lomos de su yegua negra. En sus ojos brilla una advertencia.

Ake Palsson los guía hacia mí. Se parece mucho a su padre, y eso no es una buena nueva, porque el gigantón de Nils Palsson tiene el pelo repleto de mechones blancos, unas profundas simas por ojos y una panza tan grande que parece que quiera pasar de contrabando un kilo de harina. Pero los ojos entornados de Ake no hacen sino más intenso y llamativo su color azul. Su pelo, tan rubio que casi parece blanco, no llega a estar alborotado, pero se mueve libremente. Es tan alto que intimida y si el futuro le depara unos cuantos sacos de harina en la tripa, como a su padre, es una promesa casi remota por su delgada complexión. Mi padre siempre sintió mucho aprecio por Ake. Decía: «Ake lleva las cosas a la práctica». Aquello era un verdadero cumplido, porque en la isla muchos hablan pero pocos hacen lo que dicen.

—¿Cómo está el tercer hermano del clan Connolly hoy? —pregunta Ake, resguardándose contra el lomo de su caballo.

Ese comentario le vale las risas de los demás. No me doy cuenta hasta que cesan de que se refiere a mí.

El caballo zaino de Finney le lanza una dentellada a Ake cuando se aproxima. No es más que una amenaza, pero el chocar de esos dientes hace que *Dove* se estremezca.

—A cualquier cosa la llaman chiste hoy en día —le contesto. Intento ocultar lo mucho que me está costando gobernar a *Dove*. Si el viento era un obstáculo importante, los *capaill uisce* ya son lo último que nos faltaba.

—Pues tiene bastante éxito —responde Ake. Apenas alcanzo a verle el rostro en aquella penumbra: no sé si sonríe despreocupado o severo—. En la playa te han empezado a llamar Kevin.

Sin poder impedirlo, de modo instintivo, me llevo la mano al gorro para ver si se me han escapado algunos rizos. Gabe bromeó hace años sobre el hecho de que Finn y yo tenemos el mismo rostro. Me avergüenza pensar que me preocupe tanto que puedan confundirme con un chico.

—¡Qué divertido! —le respondo—. Participaré en la carrera, luego soy un chico —Ake y Finney se acercan, de modo que obligo a *Dove* a hacer círculos para ocultar que no puedo controlarla cuando está quieta.

Ake se encoge de hombros, como lamentándose por no haber pensado en algo mejor. Detrás, el caballo zaino de Finney da un brinco y se topa contra el de pelaje castaño, que a su vez casi choca contra *Dove*. Mi yegua está tan alterada que traslada su temblor a las riendas con las que la sujeto.

Ake suelta una risotada mientras Finney recupera el control de su montura.

—Joder —dice Finney, recolocándose bien el bombín para restaurar su orgullo perdido. Levanta la barbilla en mi dirección—. Venga ya, Kevin, demuéstranos que tienes lo que hay que tener.

—No me llames así —le grito. Él y Ake me rodean. Sus caballos hacen que *Dove* parezca una miniatura equina. Supongo que se dan cuenta de que la están alterando—. Además, ya me iba.

—Vamos, no nos hagas este feo. Tenemos entendido que eres rápida como una bala —dice Finney.

—No voy a enfrentarme a vosotros ahora —anuncio. Aprieto la mandíbula con fuerza para dibujar una sonrisa en mi rostro—. Pero observaré lo que hacéis.

Ake se ríe. No es una risa maliciosa, pero tampoco denota amabilidad.

—Tommy dice que estás aquí para correr contra nosotros —añade.

Veo entre el grupo a Tommy, que niega con la cabeza.

—Pues resulta que Tommy no tiene ni idea de lo que dice —le contesto.

—¿Es que no tienes pelotas? —me provoca Finney.

Necesito salir de allí. Estamos en un buen lío: *Dove* tendrá que lidiar con esto y con mucho más el día de la carrera. Pero ésa es una preocupación todavía lejana. Ahora me angustia otra cosa: que *Dove* tiembla asustada y está a punto de desbocarse.

—Eso lo dirás tú, no yo —miro hacia atrás, para ver si tengo el espacio necesario para que *Dove* se pueda apartar de ellos. Unas gotas de lluvia me salpican el rostro. Lo peor de todo es que ni Finney ni Ake están siendo particularmente crueles: son unos Joseph Beringer más en mi vida. Aunque Joseph Beringer no suele meterse conmigo desde la grupa de un enorme *capall uisce*.

—Los corredores de apuestas están aquí —advierte Finney, apuntando hacia atrás con el codo—. ¿No quieres demostrarles de lo que eres capaz para compensar ese 45 a 1 que tienes?

Finney deja que su zaino choque otra vez contra la yegua de Finney, que a su vez vuelve a golpear a *Dove*, esta vez con mucha más fuerza. Se oye el chascar de unos dientes y *Dove* se estremece. El viento le despeina las crines y veo que, detrás de la oreja izquierda, tiene una herida superficial porque el *capall uisce* le ha dado una dentellada. Unas pequeñas gotas de sangre se arremolinan en la herida.

—¡Dejadme espacio! —les grito.

Me avergüenza y aterroriza a la vez mi tono de voz: es el de una niña pequeña asustada.

Ake y Finney se dan cuenta de mi estado, porque les cambia la cara. Ake tira con tanta fuerza de las riendas de su caballo zaino que casi lo tira para atrás. Finney se aparta apresuradamente de *Dove*.

Los dos me miran con una expresión de disculpa en el rostro, especialmente Ake.

*Dove* alza la cabeza contra el viento y emite un lamento aterrorizado. Ake sigue apartando más y más a su caballo. Me alivia tener un poco de distancia entre los *capaill uisce* y *Dove* pero, a la vez, me avergüenza hasta la médula el espacio libre que me rodea.

Los corredores de apuestas me observan desde su posición privilegiada. Murmuran algo entre sí antes de marcharse sin dedicarme ni una mirada. Ian Privett, que sigue contemplando la escena desde la grupa de *Penda*, le hace una señal a Ake antes de volverse.

—Hasta luego, Kate —me dice Ake sin mirarme a los ojos, repentinamente comedido. Afloja las riendas que rodean el cuello de su yegua y emprende el camino de regreso a Skarmouth. Finney se lleva la mano al gorro a modo de despedida y se marcha también.

La cima del acantilado parece ahora tranquila. Sólo se oye el viento y el rumor de las gotas que caen, intermitentes, sobre la hierba. Una y otra vez oigo aquel quejido casi infantil y me siento más y más pequeña.

Tommy se ha quedado pensativo. Parece que quiere acercarse a mí, pero, al ver que su yegua *uisce* se mueve, *Dove* suelta un gritito y pliega las orejas hacia atrás. Así que se limita a decirme adiós con una mano mientras sostiene las riendas con la otra antes de unirse al grupo.

Me he quedado sola, asediada ya sólo por las ráfagas de viento. Estoy furiosa con *Dove* por ser tan temerosa, pero estoy más enfadada todavía conmigo misma. No importa lo valiente que haya sido o lo valiente que llegue a ser. Sólo he tardado unos minutos en convencerlos a todos de que mi lugar no está en la playa.

## 37

### PUCK

Esa noche, Finn y yo preparamos un picnic en el cobertizo de *Dove*, que sigue alterada e inquieta. No creo que pruebe el heno a menos que esté yo con ella. Y como, según Finn, la tormenta no nos va a dejar salir en varios días, lo mejor es que aprovechemos el tiempo que nos queda para estar fuera. Además, mamá siempre nos hacía organizar un picnic en el jardín cuando nos portábamos mal en casa y estábamos demasiado alborotados. Así que ese acto tiene un punto de nostalgia que nos hace sentir mejor.

Se está haciendo de noche, y la llovizna cada vez va a más, pero bajo el cobertizo no nos mojamos. La linterna emite la luz necesaria para ver el plato de sopa que nos tomamos a sorbos. Rompo uno de los fardos de heno barato para cubrirnos las piernas con él, a modo de manta, y apoyamos la espalda contra la pared. Finn se da cuenta de que estoy de un humor de perros y choca su plato contra el mío a modo de brindis. *Dove* tiene medio cuerpo dentro del cobertizo y el otro medio, fuera, y mordisquea el heno. Desde aquí veo perfectamente el rasguño que tiene detrás de la oreja e, inmediatamente, vuelvo a oír mi grito en la cima del acantilado. No dejo de pensar en lo que habría pasado de haberme atrevido a correr contra ellos cuando me lo pidieron. Veo una y otra vez sus rostros al apartarse de *Dove*.

Durante unos minutos nos quedamos en silencio, sorbiendo patatas y caldo; oyendo a *Dove* triturar el caro heno con los dientes. La llovizna repiquetea contra el techo metálico del cobertizo, como un susurro constante. Finn se hace con más heno para taparse mejor las piernas y protegerse del frío. Fuera, el cielo se llena de matices marrones y azules, enmarcados en un fondo negro.

—Parece que llueve más fuerte —dice Finn mientras churrupea lo que le queda de sopa antes de relamerse sonoramente para sacarme de mis casillas (cosa que, por otra parte, consigue).

Dejo mi cuenco vacío sobre la bala de heno que tengo detrás y cojo un mendrugo de pan. Tengo la impresión de que sigo con el estómago vacío.

—¿Podrías hacer un poco más de ruido? Es que me parece que no te he oído bien.

—Estás de un humor verdaderamente insoportable —se queja Finn.

Se me ocurren tres maneras distintas de contestar a esa frase, pero decido limitarme a negar con la cabeza. Si hablo, más me costará luego olvidar lo que diga.

Como Finn es una criatura que disfruta de su privacidad tanto o más que nadie, no me fuerza a hablar. Reparte bien el heno sobre las piernas, de modo que el grosor sea idéntico en todos los puntos.

—¿Qué crees que va a pasar? —pregunta después de un buen rato.

—¿A qué te refieres?



—A la carrera, a Gabe... ¿Qué crees que va a pasarnos a nosotros?

Enfadada, tiro una pajita hacia donde está *Dove*.

—Pues que *Dove* se comerá su heno caro, los *capaill uisce* se zamparán su hígado de ternera y las apuestas volverán a estar en nuestra contra. Pero el día de la carrera brillará el sol y soplará el viento, y *Dove* galopará en línea muy recta mientras los demás corcovearán a la derecha y entonces seremos los más ricos de toda la isla. Podrás tener tres coches, Gabe querrá quedarse y nunca más tendremos que comer judías.

—No me refería a eso —responde Finn, como si me hubiera pedido que le explicara un cuento y hubiera elegido uno que no le gustara—, sino a lo que nos va a pasar de verdad.

—No sé predecir el futuro.

—¿Qué ocurrirá si no ganas? No quiero decir nada malo de *Dove*, pero ¿y si no tiene un buen día?

Lo miro para ver si ha empezado con esa manía suya de pellizcarse los brazos, pero se limita a retorcer una pajita del fardo de heno.

—Entonces perderemos la casa y Benjamin Malvern nos echará.

Finn asiente mirándose las manos, como si ya lo supiera. Gabe nos ha subestimado a los dos.

—Y entonces, supongo que... —intento imaginar lo que pasará si pierdo—. Tendré que vender a *Dove*, y encontrar algún otro sitio donde vivir. Si consigo un trabajo, quizá también me ofrezcan alojamiento. No sé, si limpiara en alguna casa o trabajara en un molino... Allí tendríamos sitio seguro.

Nadie quiere vivir en un molino.

Intento pensar en algo que, siendo realista, no parezca tan crudo.

—Gratton me dijo que se había fijado en ti para que fueras su aprendiz. Ya sé que no quieres ver ni en pintura la carnicería, pero quizá podría convencerlo para que me aceptara a mí.

—No, lo haré yo —me dice Finn.

—Pero tú no soportas la sangre.

Ha pulverizado la pajita que tenía en la mano, reduciéndola a nada.

—Tampoco tú soportabas la idea de participar en la carrera, y has acabado inscribiéndote. Creo que si me esfuerzo podré soportarlo, si es necesario.

No quiero que mi dulce e inocente hermano pequeño aprenda a soportar nada. Quiero que siga siendo como es, y que mi mejor amiga *Dove* esté siempre a mi lado. No quiero tener que cambiar mi casa por un minúsculo apartamento y el trabajo en un molino.

—Pero eso no pasará —le tranquilizo—. La primera versión era la buena.

Finn desmenuza otra pajita del fardo de heno; como *Dove*.

Y entonces se oye un crujido repentino.

La techumbre del cobertizo tiene muchos años y no es nada extraño que cruja de vez en cuando. Además, una de las paredes de aquella construcción hace las veces de valla, con lo que también puede suceder que la madera cruja en la juntura de los tablones con los postes del cobertizo.

Pero no se trata de ese tipo de crujido.

Parece un quejido seguido de un golpe. No; más que un golpe es una especie de palmadita. La verdad es que no sé cómo he podido oírla, ahora que lo pienso, hasta que veo a Finn, quien me mira completamente inmóvil, y me doy cuenta de que no la he oído. La he sentido.

Mi hermano y yo volvemos la cabeza hacia la pared del cobertizo contra la que nos apoyamos.

Quiero decir «quizá ha sido *Puffin*», pero *Dove* ha dejado de remugar y tiene las orejas muy tiesas. Con ellas apunta hacia el lugar del que proviene el ruido, si bien no hay nada que ver. No creo que un gato la alterara tanto.

Finn y yo nos quedamos inmóviles. La lluvia sigue con su incesante ploc, ploc, ploc contra el tejado. Intentamos no mirarnos para concentrar toda nuestra atención en aquel sonido. No se oye nada, nada excepto el repiqueteo de la lluvia en el tejado. *Dove* aguza el oído, pero todo está en silencio. Supongo que sólo era el tejado, recomponiéndose. Nuestra linterna eléctrica proyecta un círculo de luz en el techo. El mundo ha enmudecido.

Y de repente: «¡Crac!».

Es el sonido de una ramita al quebrarse bajo la pisada de alguien al otro lado del cobertizo. Se oyen unos pasos.

No son humanos.

Es el sonido de unos cascos.

Nos miramos.

De nuevo se oye aquel crujido, seguido de la leve palmadita, y esta vez ambos sabemos lo que es. Algo empuja la frágil pared desde el otro lado, como probando su resistencia. Me muerdo el labio con fuerza. Finn lleva el dedo al interruptor de la linterna, con expresión de duda. Niego furiosamente con la cabeza. Lo único que puede ser peor que encontrarse con un *capall uisce* en esta lluviosa noche es enfrentarse a él a oscuras.

En vez de eso, empiezo a esconderme debajo de la precaria manta de paja que he ideado hace apenas unos instantes. Tengo sumo cuidado para no hacer el más mínimo ruido. Finn se pone a hacer lo mismo inmediatamente. *Dove* sigue con las orejas un movimiento invisible que proviene del otro lado de la pared. Si me esfuerzo, oigo claramente el sonido de un casco al apoyarse contra el suelo, y luego otro. Oigo la respiración del animal, menos perceptible que el repiqueteo de la lluvia.

No sé qué hace ese *capall uisce* aquí. Quizá se canse de merodear al ver la valla que lo separa de nosotros. Imagino mentalmente los pasos que tenemos que dar para regresar a casa: tenemos que salir por la parte de atrás del cobertizo, sortear dos secciones de valla, pasar por encima de la puerta metálica y recorrer cuatro metros y medio.

Quizá uno de los dos logre pasar por encima de la puerta metálica a tiempo. Pero eso no es suficiente.

La noche es oscura y silenciosa. Agudizo el oído para ver si oigo más pasos. Dove tiene la vista y las orejas clavadas en el mismo lugar desde hace un rato. Finn, prácticamente enterrado en heno, me mira. Aprieta con fuerza la mandíbula.

Unas gotas, formadas por la condensación del aire, se deslizan por el tejadillo metálico hasta caer al suelo con un suave y apenas imperceptible sonido. A lo lejos me parece oír el motor de un coche. El viento juguetea con el heno, desordenándolo. Al otro lado de la pared no se oye nada.

*Dove* da una sacudida.

En uno de los extremos se dibuja un alargado morro negro.

Es el demonio.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gimotear. La criatura es tan negra como la boca de un lobo. En su hocico se dibuja una siniestra sonrisa. Las largas orejas apuntan la una a la otra, en una extraña disposición semejante a la de un diablo y no a la de un caballo. Me recuerdan a las bolsas en las que los tiburones depositan sus huevos. El animal tiene los ollares angostos y alargados para evitar que entre por ellos el agua del mar. Los ojos son negros y brillantes como los de un pez.

Aquella criatura es apenas equina: hiede a cosas que quedan atrapadas en las rocas cuando baja la marea.

Está hambrienta.

El *capall uisce* asoma la cabeza por encima de la valla que rodea el cobertizo. Lo único que nos separa de él y de su siniestra mueca, extrañamente iluminada, son los tres tablones que yo misma coloqué bajo la supervisión de mamá. Usé tres clavos y no dos para cada tablón, porque me dijo que a los ponis les gusta ponerlo todo a prueba.

Y ahora aquella bestia colosal aplastaba su cuerpo contra ella. No presionaba con excesiva fuerza, sino con la misma que había empleado contra la pared del cobertizo.

Los clavos rechinan.

El corazón me late, desbocado. Quizá es el de Finn, o quizá el de los dos galopando a la vez. Me va tan rápido que me resulta imposible respirar. Aprieto los puños con tanta fuerza que se me clavan las uñas en las palmas.

«Estamos escondidos, no puedes vernos: vete.»

*Dove* está quieta como una estatua.

El *capall uisce* la mira y abre la boca. Emite un sonido que me hiela la sangre: es una especie de silbido seguido de unos chasquidos que provienen de algún remoto lugar de la garganta de la bestia: «cloc, cloc, cloc».

*Dove* apunta las orejas hacia atrás pero no se mueve. ¿Cuántas veces nos habrán dicho que los *capaill uisce* te dan caza si te mueves, y que moverse es morir?

*Dove* es una estatua.

El *capall uisce* sigue empujando. Los tablones crujen.

Finn deja escapar un frágil suspiro. Sé que nadie ha podido oírlo; sólo yo, porque me he pasado la vida entera escuchando cualquier ruidito que hicieran mis hermanos. Es un quejido asustado que no había oído en mucho tiempo.

Entonces oigo un gimoteo.

Viene del jardín. Tanto *Dove* como el *capall uisce* apuntan hacia allí con una oreja.

Se vuelve a oír de nuevo aquel lamento y se me hace un nudo en el estómago. Es otro *capall*, me digo, ha empujado la valla desde el otro lado hasta tirarla y ahora está en nuestro jardín. Nada nos separa de él, ni siquiera los tres clavos de la valla que contienen al otro animal.

El monstruo azabache agita sus extrañas orejas otra vez.

De nuevo, el quejido. Parece el lamento de un bebé. Entonces, veo que Finn mueve la boca, la única parte de su cuerpo que alcanzo a distinguir.

Gesticula exageradamente para formar una palabra: «*Puffin*».

Una vez más se oye el gimoteo, y entonces lo reconozco: es *Puffin*, nuestra gata, que siempre reclama a Finn de regreso de sus paseos. Seguramente la luz del cobertizo le ha llamado la atención. Vuelve a emitir aquel lamento, aquel maullido de bebé con el que busca a Finn y que éste, a su vez, si está de buenas, le repite a ella para guiarla hacia él.

Vuelve a maullar, esta vez más cerca, y el *capall uisce* se separa de la valla.

De la tierra emerge una neblina gris a consecuencia de la lluvia y, bajo esa luz, distingo la silueta de *Puffin*, que se acerca trotando hacia nosotros, con la cola levantada formando un interrogante. «¿Y aquí qué pasa?», parece preguntar.

La mueca siniestra del *capall* se cierne sobre ella.

*Puffin* sólo advierte la presencia del animal cuando éste se mueve. La valla se dobla como el papel y los tablones saltan por los aires con una fuerte explosión que parecería señalar el fin del mundo.

La gata sale zumbando de allí y el *capall uisce* corre tras de ella, impulsado por la sed de sangre que le despierta la caza. Los dos se pierden en la neblina y lo último que alcanzo a oír es un rumor atropellado de cascos y el quejido de *Puffin*.

Finn se lleva las manos al rostro y una infinidad de pajitas de heno cae al suelo. Veo que le tiemblan los hombros.

No puedo pensar en lo que ha sucedido, sino sólo en que el *capall uisce* podría volver y matar a mi hermano.

Lo agarro del hombro.

—Vámonos.

No tengo ningún plan previsto, lo único que sé es que no podemos quedarnos allí.

Oigo un ruido tras de mí y me doy la vuelta con tanto ímpetu que creo que me voy a romper todos los músculos del cuello. Enseguida me doy cuenta de que se trata de una voz que grita mi nombre.

—¡Puck!

Es Gabe. Pasa por encima de la de valla que el caballo ha destrozado hace apenas un instante.

—¡Venga! No tardará en volver —su voz es un susurro que me agarra del brazo.

Estoy tan sorprendida de verlo, especialmente en aquellas circunstancias, que apenas puedo hablar.

—¿Y *Dove*? ¿Qué pasa con *Dove*?

—Tráela —me espeta Gabriel, en un tono apenas audible.

—Finn, despierta, vamos.

Cojo de un manotazo la cabezada de *Dove* y ésta levanta la cabeza de un tirón, dándome una fuerte sacudida a la altura del hombro. Tiembla con tanta violencia como antes, en la cima del acantilado.

—¿Y *Puffin*? —interrogo a Gabe.

—Es una gata, lo siento, pero tenemos que irnos —mi hermano tira de Finn—. Se acercan dos caballos más.

Seguimos a Gabe y pasamos por encima de la destrozada valla. *Dove* se resiste a avanzar, seguramente recuerda que es una barrera que no debe traspasar. Durante un terrible instante creo que voy a tener que abandonarla allí. Chasqueo la lengua con suavidad y finalmente pasa por encima de los destrozados tablones. Delante de la casa se dibujan los faros de un coche. Dentro de él, distingo la cara parcialmente iluminada de Tommy Falk. Abre la puerta del coche con un gesto brusco y urge a Finn a que entre.

Gabe aparece detrás de mí con una cuerda para guiar caballos.

—Sácala por la ventana y sostenla.

—Pero...

—¡Ahora!

Dicho esto, vuelvo a oír el mismo chasquido de antes, pero ahora proviene del lugar en el que estábamos hace unos segundos. Oigo el eco de aquel sonido en la niebla: es una respuesta. Le coloco la cuerda a *Dove* en la cabezada y entro a toda prisa en el coche. Tommy Falk está al volante y Gabe cierra la puerta de un portazo.

Los faros se reflejan en la mojada superficie mientras avanzamos por la estrecha

carretera. *Dove* va detrás, siguiéndonos primero al trote y después al galope. Bajo la ventanilla para asegurarme de que le doy suficiente espacio a la cuerda. Tommy Falk está muy concentrado conduciendo: no deja de consultar los retrovisores para comprobar que no hay rastro de los caballos marinos y que *Dove* sigue bien nuestro ritmo. De repente recuerdo que lo he visto en la playa esa misma mañana.

En el coche hace calor y reina el silencio. La calefacción está a tope y nadie ha caído en bajarla. Huele mal, como a zapato recién estrenado. En el asiento de atrás, Finn sigue sin reaccionar por lo que le haya podido suceder a *Puffin*.

Las únicas palabras que rompen aquel silencio son las de Gabe, dirigiéndose a Tommy.

—¿Vamos a tu casa?

—No podemos ir con el poni. Tenemos que ir a la de Beech.

En ese momento, Finn me pellizca el brazo y señala algo a través del parabrisas. Allí, iluminado por los faros del coche, yace el cadáver de una oveja. Está mutilado y sus restos han quedado esparcidos desde la cuneta hasta la mitad de la carretera.

Incluso cuando ya nos hemos alejado de allí, no puedo quitarme esa imagen de la cabeza. Podríamos haber sido nosotros. Ni Tommy ni Gabe dicen ni una palabra. La verdad es que no abren la boca en todo el viaje. Se limitan a quedarse sentados en un silencio triste y demasiado familiar. Gabe mira por la ventana y le comunica a Tommy que no hay moros en la costa sin mediar palabra.

Tommy no sigue la carretera que conduce a Skarmouth, como yo esperaba, sino que toma la que lleva a Hastoway. Frena cuando llega a algún cruce, pero no se llega a parar. Tanto él como Gabe miran ansiosos en todas direcciones hasta que volvemos a recuperar la velocidad anterior. Pego la cara al cristal para comprobar que *Dove* está bien.

—Puedo montar en ella y seguiros —afirmo.

—No vas a salir de este coche hasta que estemos completamente seguros de que no nos siguen —la voz de Gabe, firme, no deja atisbo posible para la negociación.

Y de nuevo se hace el silencio. La noche se puebla de pequeños muros de piedra y lluvia.

—Finn —llama Gabe, levantando la voz para que no la enmudezca el rugido del motor—, ¿cuánto va a durar esta tormenta que ahora empieza?

A Finn le brillan los ojos en el asiento de atrás. Le complace tantísimo que le hagan esa pregunta que no puedo evitar sentir rabia.

—Esta noche y mañana.

—Un día. No es mucho—le dice Gabe a Tommy.

—Poco no es —contradice su amigo.

## 38

### PUCK

Tommy Falk nos lleva a casa de los Gratton, que queda cerca de Hastoway; si bien no sé exactamente a qué distancia, porque bajo la persistente lluvia y el halo de luz amarilla de los faros, soy incapaz de distinguir un lugar de otro. Beech sale a nuestro encuentro, con la espalda encorvada para resguardarse del viento, y me indica dónde puedo dejar a *Dove*. Con la linterna señala un pequeño establo que tiene capacidad para cuatro boxes, de techo bajo y sin corriente eléctrica. En una de las cuadras descansan unas cuantas cabras mojadas; en otra, pollos, y en la última, un caballo castrado gris de patas cortas que asoma el cuello por encima de la portezuela de la cuadra al ver a *Dove*, quien apunta las orejas hacia atrás, a modo de saludo descortés. A pesar de su reticencia, la pongo en el box de al lado. Quiero quedarme un rato con ella, pero me parece de mala educación, porque Beech sigue ahí, iluminando el establo con la linterna para mí. Así que me despido de ella con unas palmaditas en el cuello y le doy las gracias a Beech. Por toda respuesta, éste gruñe y apunta hacia la casa con la linterna.

Cuando entro, veo que Gabe y Peg Gratton departen en animada conversación, mientras Tommy espía el contenido de una olla que se calienta en el fogón. No veo a Finn por ninguna parte.

La cocina me recuerda a la carnicería. A pesar de la oscuridad imperante en el exterior, la sala resplandece con sus paredes encaladas, de las que cuelgan ollas y cuchillos. Que el suelo esté lleno de sucias pisadas no disminuye la sensación de limpieza y blancura radiante. Hay media docena de estantes llenos de adornos, que no se parecen en nada a los que tenemos nosotros en casa: allí se congregan estatuillas de madera que bien podrían ser caballos o ciervos, un ramillete de hierba con una cinta roja anudada, un trozo de piedra caliza que lleva el nombre de «PEG» escrito en una cara... Nada que ver con las figuritas de cristal pintado o los pintorescos paisajes salpicados de ovejas y alegres mujeres que tanto le gustaban a mamá. Hay cosas, pero no sensación de desorden. En la cocina se respira un delicioso aroma a lo que sea que se esté cocinando en el fogón.

—Ellos se quedarán en tu habitación —le dice Peg a Beech, tan pronto como éste entra por la puerta. Gracias a aquella claridad me doy cuenta de que Beech se ha convertido en un ser igual de corpulento y sonrosado que su padre. Le cuesta tanto cambiar su expresión que parece hecho de madera. Cuando lo consigue, su rostro deja entrever que no está de acuerdo con aquella decisión.

—No me parece bien —discrepa Beech.

—¿Y dónde quieres que se queden, si se puede saber? —pregunta Peg Gratton. Me resulta extraño verla en este contexto y no en la carnicería, donde es capaz de

hacerte picadillo en cualquier momento, o con aquel tocado de pico, lista para rasgarme el dedo con un cuchillo. Aquí parece más pequeña y pulcra, aunque sus rizos cobrizos siguen igual de alborotados que siempre. Me sorprende ver lo cómodos que parecen Tommy y Gabe hablando de dónde dormirán, y me doy cuenta en ese momento de que Gabe debe de haberse quedado aquí las noches que no venía a casa. Quizá haya pasado mucho tiempo con ellos. Caigo en la cuenta de que hemos venido hasta aquí porque es donde Gabe se siente seguro. Me embarga la tristeza y el desconcierto al pensar que quizá nos ha reemplazado por otra familia.

—¿Dónde está Finn? —pregunto.

—Lavándose las manos, cómo no —responde Gabe—. Puede que tarde años en salir.

Que Gabe comente como si tal cosa, delante de extraños, las rarezas de nuestro hermano, me sorprende. Pensaba que era algo privado, de lo que sólo los Connolly podían hablar. Gabe no lo ha dicho para reírse de Finn, pero ésa es la impresión que me llevo.

—¿Dónde está el baño?

Tommy (no Peg ni Beech) señala hacia las escaleras que quedan al otro lado de la cocina. Parece que aquella casa sea de todos, no sólo de los Gratton. Salgo de la sala de mal humor. Hay un estrecho y oscuro pasillo que da a una escalera. Desde allí se llega a un rellano con tres puertas. Por la rendija de una de ellas se ve un resplandor luminoso. Llamo a la puerta: nadie responde. Digo el nombre de Finn y entonces, tras una pausa, la puerta se abre. Es un aseo muy pequeño, en el que apenas caben una bañera, un retrete y una pila. Finn está sentado en el retrete, con la tapa bajada. Las baldosas del suelo están manchadas de pisadas que parecen provenir de un hombre corpulento.

Cierro la puerta tras de mí y compruebo que la bañera está seca antes de meterme dentro y sentarme.

—Aquí es donde viene siempre —me informa Finn.

—Sí —le contesto—. Yo también me he dado cuenta.

—Es aquí donde se ha escondido.

El sentimiento de traición es tan denso que casi se puede palpar. Quiero decirle algo a mi hermano pequeño para tranquilizarlo, porque idolatra a Gabe y haría cualquier cosa por él, pero no se me ocurre nada.

—¿Crees que *Puffin* está muerta? —me pregunta.

—No, seguro que ha escapado —le respondo.

Se mira las manos. Tiene los nudillos un poco cortados a fuerza de tanto frotárselos.

—Sí, yo también lo creo.

Observo los relucientes grifos de la bañera. Brillan tanto que me recuerdan a la



calandra del coche del padre Mooneyham.

—¿Así que esto durará un día? —le pregunto.

Finn asiente con solemnidad.

—Un día, sí. Lo peor será mañana por la mañana, a primera hora, creo yo.

—Ya. ¿Y cómo lo sabes?

Parece impaciente.

—Pues fijándome en las cosas. Si la gente usara los ojos para algo, también lo sabría.

La puerta se abre en ese momento, sin previo aviso, y Gabe entra en el aseo. Parece estar de muy buen humor. Hacía mucho tiempo que no lo veía así.

—¿Qué hacéis aquí, celebrando una fiesta?

—Sí —le contesto—. Empezó en la bañera y ha llegado hasta el retrete. Sólo puedes elegir la pila, es lo único que te queda.

—Bueno, todos se preguntan dónde estáis. El estofado de cordero está casi listo, pero para poderlo probar tendréis que salir del baño.

Finn y yo nos miramos de hurtadillas. Me pregunto si le pasará por la cabeza en ese momento lo mismo que a mí: que Gabe finge que no pasa nada, que entre nosotros no hay rencor, que nunca se ha marchado y que todo volverá a ser como era. Antes pensaba que una palabra de Gabe bastaba, pero ahora me doy cuenta de que necesito algo más y de que, si no puede ofrecerme ninguna disculpa, entonces no quiero nada.

—Como eres el más bajito, Finn, tendrás que dormir en el sofá —prosigue Gabe mientras bajamos por la escalera.

—¿Y eso quién lo dice? —intervengo.

Gabe se encoge de hombros.

—Bueno, técnicamente tú eres la más baja, pero Peg dice que debes tener una habitación con su correspondiente puerta. Así que tú y yo nos quedamos la habitación de Beech.

—¿Y Beech, adónde irá?

—Tommy y él dormirán en un colchón, en la sala de estar. Peg dice que es la mejor distribución posible.

En la cocina, los chicos arman bastante escándalo: Beech y Tommy agarran algo que los dos quieren, y un perro pastor ha aparecido de la nada e intenta quedárselo también. Pegg sostiene un cucharón con una mano y con la otra sacude a un gato por su pellejo. Les dedica un improperio a los dos muchachos.

—Quédate con esto —Gabe toma al gato en brazos y lo deposita al otro lado de la puerta. La mujer me mira con disgusto—. No soporto tener a ningún gato cerca cuando estoy cocinando, que además se me da fatal.

—¿Dónde está Tom? —pregunta Gabe, antes de que me dé tiempo a responderle

nada a Peg.

Tardo unos instantes en darme cuenta de que se refiere a Thomas Gratton. Nunca se me había ocurrido que Thomas Gratton podía responder a un somero «Tom» bajo estas cuatro paredes.

—Ha salido a ver si los Mackies necesitan refuerzos. Beech, sal de aquí. Salid todos, id a la sala mientras acabo. ¡Fuera!

Beech y Tommy obedecen y salen de la cocina. Finn va tras ellos, interesado por la repentina presencia del can.

Me vuelvo para marcharme pero, cuando estoy ya en el umbral de la puerta, dudo y doy media vuelta. Peg Gratton está de espaldas a mí, ante la cocina económica, removiendo el estofado. Gabe está de pie junto a ella, diciéndole algo al oído. Logro distinguir las palabras «suficientemente fuerte y...».

—¡Puck! ¡Atrápalo! —me grita Tommy.

Me vuelvo hacia la sala de estar justo a tiempo para recibir el impacto en la cara de un calcetín lleno de judías. Peg suelta una risotada, pero Tommy parece bastante apenado y se disculpa profusamente. El perro pastor revolotea alrededor de mis pies con gran familiaridad, ansioso por hacerse con el calcetín. Éste era el objeto de la disputa entre Beech y Tommy.

—Tendría que darte vergüenza —reprendo muy seria a Tommy, que sigue con la misma cara de pena a un lado del sofá verde desgastado que hará las veces de cama de Finn. Y entonces le lanzo el calcetín a toda velocidad.

Contento al verse tan rápidamente perdonado, sonríe y se lo tira sin perder tiempo a Beech, a quien se lo arrebató el perro. Tommy no tiene remilgo alguno a la hora de ponerse a hacer el tonto: empieza a perseguir al perro, que corretea feliz por toda la casa. Incluso a Finn se le escapa la risa. Me pregunto en ese momento qué razón impulsará a Tommy a abandonar la isla: no es ni tan sesudo como Gabe ni tan malcarado como Beech. Siempre que lo veo, me parece que está contento, completamente integrado y feliz en la isla. Tommy, ya en el suelo, se hace con el calcetín y otra vez volvemos a pasárnoslo entre nosotros, hasta que Finn pregunta:

—¿Dónde está Gabe?

Y nos damos cuenta de que no ha salido de la cocina. Me dispongo a entrar, pero Tommy me coge del brazo.

—Ya voy yo.

Se asoma por una rendija de la puerta y no oigo lo que dice. Entonces se da la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noticias: el estofado está listo.

Gabe aparece en el umbral de la puerta, detrás de Tommy. Intercambian una mirada que me pone furiosa, porque odio ese lenguaje secreto que tienen los hombres.

Peg aparece al fin.

—Si queréis cenar, serviros vosotros mismos. Y si no os gusta, le echáis la culpa a Tom, que es quien lo ha preparado.

Durante la cena no hablamos demasiado. Quizá los demás, como yo, estén recordando lo sucedido por la tarde. Es un silencio cómodo. El sonido de la tormenta no es demasiado perceptible, y resulta sencillo fingir que estamos allí de visita. El único momento en que Peg se dirige a mí es para decirme que puedo darle más heno a *Dove* antes de que acabe la noche y la tormenta se ponga fea.

Y no se equivoca respecto a la tormenta. Cuando nos vamos a dormir, el viento se ha vuelto furioso y bravo. Los cristales de las ventanas repiquetean con fuerza. Las sábanas de la cama están limpias, pero la habitación sigue oliendo a Beech, que siempre huele a jamón curado. Antes de apagar las luces, me doy cuenta de que no hay ningún efecto personal que indique que el cuarto pertenece a Beech. Sólo veo una cama, un austero escritorio, en el que descansa un jarrón vacío y algunas monedas, y una cómoda estrecha con las esquinas desgastadas. Nada más. Me pregunto si antes la habitación tendría más cosas de Beech y éste las habría empaquetado para llevárselas al continente.

Pienso en ello mientras intento conciliar el sueño. Duermo en un lado de la cama y Gabe, en el otro. Es una cama individual, por lo que tengo el codo de mi hermano clavado en las costillas y el hombro aplastado contra el suyo. Aquí hace más calor que en casa; además, la presencia de Gabe contribuye a que todavía haga más calor. No sé cómo voy a conseguir dormirme. Por la respiración de mi hermano adivino que él tampoco duerme.

Durante unos momentos nos quedamos callados, envueltos en la oscuridad, escuchando el repiquetear de la lluvia en el tejado. Pienso en la valla destrozada de nuestro jardín y en el último gimoteo que le oí emitir a *Puffin*. Recuerdo esa cara tan negra y alargada que asomaba por el cobertizo.

Como estoy cansada, digo exactamente lo que pienso, sin tacto alguno que haga más llevadera la verdad.

—¿Por qué volviste a por nosotros? —aunque mi voz es un susurro, resuena con fuerza en aquella pequeña habitación.

—Dices unas cosas... De verdad, Puck, ¿por qué crees que lo hice? —la respuesta de Gabe, proveniente del otro lado de la cama, suena airada.

—¿Qué más te daba?

Ahora está enfadado.

—Pero ¿cómo puedes decir esas cosas?

—¿Por qué me contestas siempre con preguntas?

Gabe intenta moverse para dejar un poco de espacio entre nosotros, pero el colchón es demasiado pequeño. La cama cruje y chirría como un barco en la mar;

sólo que en vez de estar en la mar, estamos en el cuarto de Beech, donde reina el perfume a jamón.

—No sé que esperas que te diga.

No quiero que me acuse de histérica, por lo que calibro bien mis palabras y las pronuncio despacio, sin alterarme.

—Quiero que me digas por qué te preocupas ahora por nosotros, cuando el año que viene te habrás ido y no sabrás si nos ha devorado un caballo en el mes de octubre, porque estarás en el continente.

Gabe suspira hondo en la oscuridad imperante.

—No es que yo quiera dejaros aquí solos, ¿sabes?

Me odio a mí misma por el hilillo de esperanza que siento al oírle decir aquellas palabras. Pero no puedo imaginármelo con los brazos abiertos, en dirección a nosotros, anunciándonos que ha cambiado de parecer mientras nos abraza a los tres: a *Dove*, a Finn y a mí.

—Pues no te vayas, entonces.

—No puedo quedarme.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

Es lo máximo que hemos hablado en toda la semana, y me pregunto si debería dejar de presionarlo y callarme. Si sigo, sé que se levantará de un salto, apartará las sábanas y se irá hecho una furia para que no le pregunte nada más. Sin embargo, si quisiera escapar tendría que sortear los cuerpos de Tommy Falk y de Beech Gratton, que descansan en un colchón en el suelo. Además, tendría que evitar tropezar con el sofá en el que duerme Finn y quedarse sentado en la oscura cocina, cosa que no creo que le apeteciera hacer. Así que me atrevo a seguir:

—¿Qué tipo de motivo es ése?

Gabe se queda callado unos instantes, y lo único que oigo es su respiración, bastante alterada.

—Ya no puedo soportarlo más —gime, con un hilillo de voz.

Me siento tan agradecida por ese momento de sinceridad, que no me atrevo a hablar. Me cuesta pensar en una buena pregunta, en algo que logre que siga expresándose así. Parecería que la verdad es un pájaro al que me da miedo asustar.

—¿Qué es lo que no puedes soportar?

—Esta isla —me responde. Se toma una pausa larga entre palabra y palabra—. La casa en la que vivís tú y Finn. Los rumores de la gente. El pescado..., ese olor a pescado que me perseguirá para el resto de mi vida. Los caballos. Todo. No puedo más.

Parece bastante triste, aunque antes, hace unos instantes, cuando estábamos todos cenando en la cocina, parecía de buen humor. No sé qué decir; todas las cosas que

odia son las que yo amo de la isla, a excepción del olor a pescado, claro, que seguramente echa a perder todo lo demás. Pero no sé si ésa es una razón de peso para dejarlo todo y empezar de cero en otra parte.

Me siento como si me acabara de confesar que se va a morir de una enfermedad desconocida, cuyos síntomas no puedo ver. Hay en sus palabras algo que no comprendo, algo que no acaba de encajar, y que hace que no pueda pensar en otra cosa.

Lo único que de verdad comprendo es que esto que le sucede a mi hermano, esto tan incomprensible y extraño, debe de pesarle mucho para que tome la determinación de marcharse de Thisby. Por mucho que le importemos Finn y yo, esto tiene mucho más peso.

—¿Puck? —me llama Gabe. Me pilla desprevenida, porque su voz suena igual que la de Finn.

—¿Sí?

—Me gustaría dormir un poco.

Pero no lo consigue. Se vuelve de lado, pero sé por su respiración que no duerme. No sé cuánto tiempo se queda despierto, pero seguramente yo me duerma antes que él.

## 39

### SEAN

La tormenta me despierta y me arroja a la oscuridad de la mañana.

Es temprano y el viento ruge en el exterior, como un motor o el aullido de una criatura marina. Cuando los ojos se me acostumbran a la oscuridad, me percató de la presencia de luces que revolotean en las caballerizas. La lluvia choca a ráfagas contra los cristales; primero furiosa y después, colérica.

Ya oigo a los caballos. Relinchan y golpean las paredes. La tormenta los ha alterado tanto que están como locos y, además, ahí afuera se oye un grito. Es el grito lo que me ha despertado, no el viento.

Me incorporo en la cama sin darme cuenta y entonces dudo sobre qué debo hacer. Los que están allí abajo en las caballerizas, en apuros, son mis caballos, pero, a la vez, no lo son, porque he renunciado a mi trabajo. Tendría que quedarme allí, sin hacer nada, y dejar que la noche impusiera su voluntad; que Malvern valorara el caos a la mañana siguiente y decidiera si le soy valioso o no.

Cierro los ojos y apoyo la frente en el puño. Oigo aquel quejido de nuevo. Todavía más cerca. Un caballo aterrorizado golpea la pared del establo. Si sigue así la acabará echando abajo o destrozándose la pata.

«Sobrestima usted el papel que desempeña en las caballerizas, señor Kendrick.»

Sé que no es verdad.

No puedo dejar que muera ningún caballo por mi enfrentamiento con Malvern.

Me pongo las botas, agarro la chaqueta y, justo cuando voy a poner la mano en el pomo, alguien llama a la puerta.

Es Daly. Tiene el pelo mojado y pegado a la cara, y las mangas de la camisa salpicadas de sangre. Tiembla como una hoja.

—Malvern dice que lo hagamos sin ti, pero no podemos. No tiene por qué enterarse, por favor...

Sostengo la chaqueta para demostrarle que ya me disponía a salir, y los dos nos empezamos a bajar las angostas escaleras que llevan a las cuadras. La tormenta huele a lluvia y a océano, aunque el primero es más fuerte que el segundo.

Daly se esfuerza por seguirme el paso, presuroso.

—No hay modo de calmarlos. Hay un *capall uisce* merodeando ahí afuera, y no sabemos si está con los caballos o si... Tampoco sabemos si hay alguien herido, porque se oyen gritos y... Todos los caballos están dando coces contra la pared, están como idos. Cuando logramos calmar a alguno, al instante se altera otra vez arrastrado por los demás.

—Es imposible que se calmen con esos gritos —le contesto. Todos los mozos de cuadra, palafreneros y jinetes que tiene Malvern a su disposición están allí,

intentando calmar a los caballos más preciados de la ganadería. Las bombillas del techo se agitan de un lado a otro y proyectan sobre mí luces y sombras, como si estuviera a punto de desmayarme. Paso por delante de la cuadra de Meetle. La yegua se encabrita y clava los cascos contra la pared antes de llegar al suelo. Si no está herida ya, no tardará en estarlo. Oigo a *Corr*, chasquea la lengua y canta, haciendo que los caballos que lo rodean se estén volviendo locos. En algún punto, tras de mí, otro caballo golpea el casco contra la pared una y otra vez, fuera de sí. Los gritos persisten en el exterior.

Daly me sigue en mi recorrido hacia el box de *Corr*. Dentro del bolsillo, en la mano, tengo una piedra con un agujero en el centro. Si *Corr* fuera un caballo marino corriente, esta noche se la ataría en su cabezada, para que emitiera un sonido más ensordecedor que el del amenazador mar de noviembre. Pero *Corr* no es un caballo cualquiera, y mis trucos no harán sino ponerle más nervioso.

Dejo la piedra en el bolsillo y saco la mano.

—Haz que todo el mundo salga de aquí —le espeto—. No quiero ver a nadie cerca de mí.

Abro la puerta de la cuadra de *Corr* y éste quiere avanzar hacia el pasillo. Le pongo la mano en el pecho y le doy una palmada, obligándolo a retirarse. Uno de los purasangre emite un relincho ensordecedor.

—Apártalos a todos —le repito a Daly.

El mozo sale zumbando de allí para transmitirles a los demás mis órdenes, y entonces le permito a *Corr* que salga del establo y tire de mí por el pasillo hacia la puerta que da al patio. Está cerrada para evitar que entre la lluvia y otras amenazas peores.

—Por aquí no —protesta Daly, al que tengo de nuevo detrás—. Malvern está ahí afuera.

Pues mala suerte si está. Sabrá que sigo aquí, con sus caballos. Pero no puedo controlar la situación en las cuadras si no consigo acallar los gritos que resuenan una y otra vez en el exterior.

Atravieso la puerta. *Corr* está inquieto en el otro extremo del ramal. El agua me cala de inmediato. Me entra en los oídos y me ciega los ojos. Me estoy bebiendo el cielo. Tengo que pasarme la mano por la frente y pestañear para lograr ver algo. El patio está lleno de tejas rotas que provienen de las cuadras. Todas las luces están encendidas, y a su alrededor brillan temblorosos halos de luz. Hay tres yeguas en la puerta, desesperadas por entrar en las caballerizas: son purasangres que provienen de pastos cercanos a Hastoway, propiedad de Malvern. El hecho de que estén allí, en el patio, indica que algo muy malo ha debido de suceder en el campo donde pastaban y que han acudido aquí en busca de un lugar familiar en el que cobijarse. Una de ellas cojea tanto que me rompe el corazón. La yegua más grande parece reconocer mis

pasos, porque deja de forcejear y emite un relincho largo y suplicante en mi dirección, como pidiéndome que la proteja.

En el patio también están Malvern y David Prince, el mozo de caballos principal. Malvern sostiene una escopeta en la mano. Es bastante optimista por su parte.

Desde el exterior, el grito parece provenir de todas direcciones. Tiembla en cada gota de lluvia y palpita en las nubes que coronan la tormenta. Es un aullido envenenado, una premonición que te paraliza. Esta tormenta está volviéndonos locos a todos.

*Corr* tira de mi brazo. Veo que piafa: levanta los cascos y los vuelve a posar en el suelo, pero no oigo ningún ruido. Lo único que oigo es ese grito penetrante, cuyo tono es tan alto que parece que lo tenga metido en la cabeza. Es un aullido que sabe abrirse paso a través del agua, a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Tiro de la cabezada de *Corr* para que me preste atención, y acerco su cabeza a la mía. Tiene el hocico deformado en una espantosa mueca: éste no es el *Corr* que conozco. El pulso se me acelera a pesar de todos los años que hemos pasado el uno junto al otro. Es un monstruo. Con una mano, aparto esos dientes de mí, y con la otra, le cojo la oreja y me la acerco. Frunzo los labios y entono un quejido, más grave que el grito que no ha dejado de retumbar en el patio. Ese aullido que cada vez se acerca más a nosotros.

*Corr* está distraído. Tiene el morro muy subido y enseña los dientes: no parece un caballo. Le retuerzo la oreja con la fuerza necesaria para que le duela y, de nuevo, le musito aquel quejido grave al oído que muere en un gruñido.

Malvern levanta la escopeta y mira a un punto que no alcanzo a distinguir en la oscuridad imperante.

—¡*Corr*! —le grito. La boca se me llena de agua al hacerlo. Y vuelvo a entonarle al oído el quejido.

Malvern dispara, pero el grito del *capall uisce*, ahora más cercano, no se interrumpe. El volumen de aquel aullido es infernal.

Y entonces, al fin, *Corr* responde a mi quejido con otro quejido. Es un sonido tan grave que lo siento en la cuerda con que lo sostengo y en las suelas de los zapatos. Aquel lamento burbujea por debajo del aullido del *capall*. El quejido de *Corr* crece y se amplifica hasta convertirse en un gruñido, en un rugido tan poderoso como el viento que azota los edificios. Aquel bramido invade el patio entero y escapa entre las gotas de lluvia. Es un grito territorial, una amenaza y una declaración: «Esta tierra es mía. Ésta es mi manada».

Al oír el aullido de *Corr*, el otro pierde intensidad. El bramido del semental rojo invade el aire. Las yeguas que están junto a la puerta están aterrorizadas, y sé que los caballos de las cuadras todavía estarán peor. Aquel grito penetrante y agudo no es distinto al que acaba de reemplazar. La única diferencia es que éste sí sé cómo



detenerlo.

Escucho atentamente para comprobar que el único grito que oigo es el de *Corr*. En uno de los tímpanos, el que está más cerca del animal, sólo oigo un silbido. Pero mi oído izquierdo me dice que su rival ha desaparecido.

Sostengo firmemente la cabezada de *Corr* con la mano y presiono los dedos contra sus venas, en dirección contraria a la de las agujas del reloj. El grito de *Corr* flaquea. Presiono los labios contra su hombro mojado y le susurro unas palabras.

La noche se vuelve silenciosa. El oído derecho todavía me silba como si fuera una emisora que no emite en ninguna frecuencia. Malvern y Prince me observan. Las yeguas purasangre que se acurrucan junto a la puerta tiemblan. Dentro, en las cuadras, han cesado los golpes.

Llueve a cántaros: el mundo entero está empapado. Malvern me dedica un gesto.

Guío a *Corr* hasta el halo de luz bajo el que me espera Malvern. Sus ojos se posan en mí y luego en *Corr*, cuyo húmedo pelaje bajo la lluvia parece del color del azabache.

—¿Has cambiado ya de idea? —me pregunta Malvern.

—No.

—Pues yo tampoco —responde—. Esto no cambia nada.

No sé si creerlo.

## 40

### SEAN

Como predijo Finn, la tormenta que se desata sobre Thisby dura una noche y un día, y al final de ese día, podemos regresar a casa. Eso me alegra, porque prefiero galopar descalza en las Carreras de Escorpio antes que dormir otra noche más con Gabe en la cama de Beech con ese tufo a jamón. Tommy está impaciente por regresar a casa, porque dejó a su *capall uisce* al cuidado de su familia, en el otro extremo de la isla, y no sabe cómo habrán pasado la tormenta. Creo que me gustaría conocer a la familia de Tommy. El hecho de que se hayan quedado al cuidado del *capall uisce* de su hijo porque éste ha acudido a salvar a sus vecinos, dice mucho de ellos. No es lo mismo que pedirle a tu madre, por ejemplo, que le dé algo de comer al gato porque tienes que salir un momento... Sé que debo de haber visto en algún momento a los padres de Tommy (como al resto de Thisby, supongo) pero me cuesta recordarlos. En mi cabeza, sus padres tienen los mismos ojos que su hijo, de ese azul tan brillante, y sus bonitos labios. Y ya que me he puesto a imaginarme a su familia, me figuro que tiene tres hermanos: dos chicos y una chica. La chica es feúcha; los chicos, en cambio, no.

Ya avanzada la tarde, estamos listos para marcharnos. Los muchachos se hacen tanto los gallitos que todos quieren subirse al coche de Tommy. Yo, en cambio, aprovecho para improvisar una brida rudimentaria anudando la cuerda a la cabezada de *Dove*. De este modo obtengo unas riendas con las que puedo cabalgar a pelo detrás del coche.

La puerta de la casa se cierra de un portazo y, un instante después, me doy cuenta de que Peg Gratton ha salido y está de pie junto a mí. Tiene los brazos cruzados y me observa en silencio mientras le cepillo la grupa a *Dove*.

—Muchas gracias, otra vez —manifiesto, porque necesito decir algo.

No me contesta, se limita a arquear las cejas para decir que sí.

—Todavía hay mucha gente que no quiere verte en esa playa.

Intento no enfadarme con ella.

—Ya te dije que no vas a convencerme de que no participe.

Peg se ríe, y su sonrisa es como el graznido de un cuervo.

—No hablo de mí, tonta. Me refiero a los hombres que no quieren que una chica participe en la carrera.

—¡Ah! —exclamo, sin mucha entonación.

—Ten cuidado. No dejes que nadie apriete la cincha por ti, ni tampoco que le dé de comer a tu yegua.

Asiento, seguro que hay gente a la que no le guste que esté en la playa, pero me cuesta imaginar que alguien quiera hacerme algún daño.

—¿Y qué me dices de Sean Kendrick? —le pregunto.

Miro a Peg Gratton, quien me dedica una sonrisita llena de misterio, como si todavía llevara su tocado de pájaro puesto.

—Veo que te gusta complicarte la vida, ¿no?

—No sabía que me estaba complicando la vida cuando empecé con esto —le confieso, con total sinceridad.

Peg le quita una pajita a la crin de *Dove*.

—Es sencillo convencer a un hombre para que te quiera, Puck. Lo único que tienes que hacer es ser la montaña que él quiere escalar o el poema que no logra comprender. Algo que le haga sentir fuerte o inteligente. Por eso los hombres aman el mar.

No sé si ése es el motivo por el que Sean Kendrick ama el mar.

—Si eres demasiado parecida a él, el misterio se esfuma. No tiene sentido buscar el grial si se parece a la taza que usas para tomar el té —añade Peg.

—No tengo la intención de que nadie me busque.

Peg frunce los labios.

—Lo único que te digo es que estás pidiendo a los hombres que te traten como a uno más. Y no creo que sea eso lo que queráis ni tú ni ellos.

Hay algo en sus palabras que me desconcierta, aunque no sé exactamente el qué. No sé si estoy de acuerdo con lo que dice o disiento. Recuerdo el momento en el que Ake Palsson apartó su caballo y pienso en lo que acaba de decirme Peg. Me siento incómoda.

—Sólo quiero que me dejen en paz.

—Lo que yo te diga —responde Peg—: les estás pidiendo que te traten como a un hombre.

Coloca los dedos en forma de estribo para que pueda subirme a *Dove* y entonces le da una palmadita a la grupa para que siga al coche de Tommy, que ya arranca. Me vuelvo para mirarla. Peg sigue allí, de pie, observándonos, pero no agita la mano en señal de despedida.

Me siento más animada a medida que nos alejamos de la casa de los Gratton. Después de pasar tanto tiempo encerrados, el aire me parece más limpio que nunca. La isla está como nuestra cocina: abarrotada de cosas y desordenada. Hay pedazos de valla por todos lados, tejas y piedras sobre los setos, ramas de árboles en medio de los pastos... Las ovejas vagan libremente por la carretera, cosa que no es tan inusual, pero lo que no es normal es ver a algunas hermosas yeguas paciendo fuera de los cercados. La luz del atardecer esboza una comedida sonrisa a través de las lágrimas.

No hay ni rastro de los *capaill uisce* que vinieron con la tormenta, y me pregunto si habrán vuelto a zambullirse en el mar. La isla parece ahora tan tranquila y tan ajena a los caballos y a la lluvia... Creo que si fuera siempre así, los turistas también serían

muy diferentes.

Pero yo sé que ésta no es la isla de verdad. Ésa que empezará mañana cuando salga el sol. Falta poco más de una semana para que empiecen las carreras y no estoy preparada. Me cuesta creer que nuestra historia acabe del modo que le expliqué a mi hermano pequeño. Los Connolly no nos caracterizamos últimamente por nuestra buena estrella.

Cuando llego a casa, Finn está alegre y feliz. Detrás de él, en la cocina, ronronea *Puffin*, la gata. Tiene un terrible mordisco en la cola, por lo que está indignada y dolida, pero sigue vivita y coleando (nunca mejor dicho).

Esta isla está llena de astucias y sorpresas. Y no sé cuáles me están reservadas a mí.

## 41

### SEAN

Cuando cae la tarde y llega el ocaso, camino a través de los campos en dirección a la playa de poniente. A medida que los últimos y rojizos rayos de sol se reflejan en la superficie, me adentro en el océano. Las aguas siguen crecidas y turbias por el recuerdo de la tormenta, de modo que si hay algo debajo de ellas, seré incapaz de verlo. Ese desconocimiento forma parte del ritual: representa una rendición ante lo que se oculta bajo la superficie. Al fin y al cabo, el océano no fue lo que mató a mi padre.

El agua está tan fría que los pies se me entumecen de golpe. Estiro los brazos a ambos lados del cuerpo y cierro los ojos. Escucho el entrechocar de las olas, el estruendoso gorjeo de los charranes y de los araos que pueblan las rocas de los acantilados; los penetrantes y roncós graznidos de las gaviotas que revolotean sobre mí. Huele a algas, a pescado y al peculiar perfume de las aves que anidan en la orilla. Una capa de sal me cubre los labios y me endurece las pestañas. Siento el frío en el cuerpo. La marea succiona la arena que tengo bajo los pies. Estoy completamente inmóvil. Los párpados se me vuelven de un color rojizo por el sol. El océano no conseguirá doblegarme y el frío no se apoderará de mí. Todo lo que me rodea está igual que hace quinientos años, cuando los sacerdotes de Thisby se quedaban inmóviles en la oscura y helada mar en señal de ofrenda a la isla.

Intento estar igual de quieto por dentro que por fuera. Mi única preocupación es la gaviota que ahora revolotea a mi alrededor, cuya única preocupación es a su vez sobrevivir momento tras momento.

Le susurro tres veces al mar. La primera le pido que *Corr* sea dócil y bueno para que no tengan que usar esos cascabeles y esa magia que tanto odia.

Pero las otras dos veces le pido a la mar que sea cruel, para que así tengan que suplicarme que regrese.

## 42

### PUCK

La isla ha enloquecido.

Como tuve que ir a lomos de *Dove* desde Hastoway hasta casa la noche anterior, esta mañana la he dejado que descanse y le he dado heno del caro, además de un poco de grano (no demasiado, porque sino se atiborraría). La he dejado en casa y me he ido a ver los entrenamientos y así seguir con mis anotaciones. No me quedan más pastelillos de noviembre y, como no hemos estado en casa, tampoco he podido preparar nada, por lo que me llevo un puñado de galletas rancias.

No tardo en darme cuenta de que Thisby está completamente cambiado por el festival y la tormenta. Además de tejas y ramas rotas, parecería que el vendaval también trajo consigo a personas y tiendas. La carretera que parte del claro de Skarmouth en dirección a los acantilados está salpicada de una retahíla de tiendas y tenderetes de todo tipo. El puesto que ayudé a montar a Dory Maud está ahora rodeado de miles más, todos regentados por isleños que intentan endosarles sus productos a los turistas. Algunos vendedores son los mismos que los que vi la noche en que Brian Carroll me ayudó a buscar a Gabe, pero otros son nuevos: hay un puesto de telas con los colores de los jinetes, otro de unos cuadros muy horteras con los favoritos de la carrera, esterillas para sentarse a descansar y no mojarse las posaderas...

De repente, me asalta la idea de que falta muy poco para las carreras, apenas unos días para llevarme a *Dove* a la playa. Y siento que no estoy nada preparada. Continúo sin saber nada de las carreras. Nada de nada.

Joseph Beringer me saca de mis cavilaciones bailando a mi alrededor y cantándome una canción patética de contenido un tanto verde que trata de mi falda y de las posibilidades que tengo de ganar.

—Oye, que yo no llevo falda —le espeto.

—Pero en mis fantasías, sí —me contesta.

Pensaba que, como jinete de las Carreras de Escorpio, me respetarían un poco más, pero hay cosas que nunca cambiarán.

No le presto atención y lo dejo con sus tonterías; estoy acostumbrada. Sigo adelante en dirección al tenderete de Dory Maud, esquivando charcos y ninguneando a Joseph lo mejor que puedo. Hasta aquí llega el jaleo de la playa, a pesar de que hay mucha gente merodeando por las tiendas. Hay algo que me llama la atención en medio de aquel barullo: los gritos que se oyen de fondo no parecen los propios de un entrenamiento. Quizá es por la cantidad de personas congregadas en la playa ahora que la carrera se acerca.

—¡Puck! —Dory Maud me ve antes que yo a ella. Lleva puesta la tradicional

bufanda y unas botas de goma: una combinación ridícula y, a la vez, muy característica de Thisby (desgraciadamente).

»¡Puck! —repite, esta vez agitando una tira de cascabeles de noviembre en mi dirección. Ese gesto atrae la atención de, por lo menos, dos personas más. Coloca cuidadosamente los cascabeles en la mesa que tiene delante, de modo que se vea bien la etiqueta con el precio.

—¡Hola! —saludo. Se oye un grito cerca de la playa, cosa que me deja bastante intranquila.

—¿Dónde te has dejado el caballo? —me pregunta ella—. ¿O es que tienes pensado entrenar sin *Dove*?

—Ayer por la tarde regresamos a casa galopando desde Hastoway, y he preferido dejarla descansar. He venido a observar lo que pasa desde los acantilados.

Dory Maud me mira.

—La estrategia es parte de la carrera —aclaro, malhumorada—. No todo consiste en galopar, ¿sabes?

—No sé nada de las carreras —me responde Dory—, excepto que al caballo de Ian Privett le gusta acelerar desde el exterior al final de la carrera, si hace lo mismo que el año pasado.

Recuerdo lo que me dijo Elizabeth antes sobre Dory Maud y su afición a las apuestas. Mamá le dijo una vez a papá que un vicio sólo era un vicio si se juzgaba a través de los ojos de la sociedad. Aquel hábito mal visto de Dory Maud podía resultarme un poderoso aliado.

—¿Y qué más sabes, Dory?

Ella estira el brazo y asegura mejor la lona del tenderete antes de responder.

—Pues mira, sé que te contaré más cosas si vuelves más tarde y te ocupas de la tienda durante una hora mientras yo salgo a comer.

La miro con expresión sombría. Pensaba que mi estatus de jinete también me libraría de esa tarea.

—Lo pensaré. ¿Qué es lo que pasa allí abajo?

Dory Maud mira con envidia hacia la carretera que lleva a la playa.

—Ah, es Sean Kendrick.

La curiosidad me puede.

—¿Y qué le pasa a Sean Kendrick?

—Están bajando a su caballo ahora. Lo llevan Mutt Malvern y otros mozos.

—¿Y Sean también está?

Dory Maud tiene una expresión melancólica en el rostro, consecuencia de estar atrapada en aquella tienda de lona y no poder disfrutar de lo que sucede en la playa.

—No lo he visto. Se rumorea que no participará en las carreras; que él y Benjamin Malvern han discutido por el semental rojo y que se ha despedido. Me

refiero a Kendrick, se entiende.

—¿Que se ha despedido?

—¿Es que estás sorda? —Dory agita la tira de cascabeles justo al lado de mi oreja. Quiere llamar la atención de alguien que está detrás de mí—. ¡Cascabeles de noviembre! ¡Los más baratos de toda la isla! —a veces me recuerda a su hermana Elizabeth, y no precisamente por algo bueno. Son todo habladurías, claro está. Se dice que Sean Kendrick quería comprar el semental y que Malvern le dijo que no, y entonces se despidió.

Pienso en Sean, a lomos de su caballo marino, montando a pelo, al borde del acantilado. En la familiaridad que demostraban el uno con el otro cuando me reuní con él en la playa para echarle un vistazo a la yegua *uisce*. Lo recuerdo de pie, sobre la roca ensangrentada, pronunciando su nombre y después el de *Corr*, como si fueran una sola cosa; como si un nombre fuera seguido indefectiblemente del otro. Recuerdo también las palabras que me dijo: «el cielo, la arena, el mar y *Corr*» y siento rabia, porque sé que *Corr* pertenece a Sean mucho más que a Malvern.

—¿Y qué van a hacer con él?

—¿Y yo qué sé? Sólo los he visto pasar; parece como si a Mutt Malvern le hubiera tocado la lotería.

La rabia que sentí antes se ha convertido en una ira atroz. Cambio inmediatamente de planes: en vez de ir al acantilado a observar lo que sucede desde lejos, me dirijo al camino que lleva a la playa para averiguar qué sucede.

—Voy a bajar a la playa.

—No hables con el hijo de Malvern —me previene Dory Maud.

Ya he empezado a alejarme, pero me vuelvo para preguntarle:

—¿Por qué no?

—¡Porque puede que te conteste!

Avanzo a toda prisa por el camino que conduce a la playa desde el acantilado, dejando atrás la zona de tenderetes. Llega un momento en que la pendiente es tan pronunciada que los vendedores no pueden colocar ya sus mesas, de modo que el jaleo es menor. Y allí abajo, veo al fin al semental rojo, rodeado de cuatro hombres. Reconozco la silueta achaparrada de Mutt Malvern, y también al hombre que sostiene el ramal: David Prince. Lo sé porque solía trabajar en la granja de los Hammond, no lejos de nuestro hogar. No sé quienes son los otros dos. Hay un círculo de personas alrededor de ellos. Observan la escena, ríen y gritan. Mutt vocifera algo en su dirección. *Corr* levanta la cabeza y tira con fuerza del brazo del mozo que lo sostiene. El semental entona un canto puro y agudo para llamar al mar.

—¿Te cuesta sostenerlo, Prince? —Mutt se ríe.

—¡Quita, ya lo hago yo! —grita alguien desde el corrillo, causando más risotadas. Sólo imaginar que me quitan a *Dove* de este modo tan ruin me revuelve el



estómago.

Sé que Sean está aquí, en alguna parte. Tardo unos instantes en localizarlo, aunque ahora ya sé cómo hacerlo: tengo que buscar una zona carente de movimiento y hallar a la persona que está ligeramente apartada de las demás. Y allí lo veo, con la espalda apoyada en las rocas, un brazo cruzado y, sobre aquél, el otro codo. Aprieta con fuerza los nudillos contra los labios pero, por lo demás, su rostro parece impasible. En su aspecto hay algo terrible. No está quieto, sino paralizado.

Más abajo, en la playa, *Corr* entona su lamento de nuevo. Acto seguido, Mutt le ata una cinta escarlata llena de cascabeles alrededor de sus cuartillas, justo encima de los cascos. El semental se estremece a causa del tintineo, que parece resultarle doloroso, y no puedo evitar que se me asomen unas lágrimas a los ojos.

Sean Kendrick aparta la mirada de la playa.

Algo en él se ha roto, y siento que no puedo dejarlo allí, solo. Me abro paso a codazos entre los turistas y los lugareños que contemplan el infame espectáculo. El corazón se me sale del pecho. Recuerdo las palabras de Sean: «No vuelvas a traer a tu poni a esta playa». Seguramente yo sea la última persona a la que le apetezca ver.

Me sitúo a su lado, de brazos cruzados, sin decir nada. Me alegro de que no levante la vista, porque Mutt acaba de ensillar a *Corr* y ahora le están colocando una coraza que lleva incrustados clavos y cascabeles a la altura de la cruz del animal. Su piel se estremece cada vez que el acero entra en contacto con ella.

—¿Dónde está tu yegua? —me pregunta Sean con tono grave tras un largo rato, sin dejar de mirar al suelo.

—Ayer le di un buen trote cuando se despejó la tormenta. ¿Y tu caballo dónde está?

Traga saliva.

—¿Cómo pueden hacerte esto?

*Corr* emite un sonido enloquecido; es un lamento que no llega a finalizar, un sonido interrumpido antes de que llegue a emitirse. Sigue allí, quieto, pero mueve bruscamente la cabeza, como si quisiera espantar una mosca.

—Creo que haces bien participando con tu propio caballo, Puck, —añade Sean, en el mismo tono grave de antes— aunque sea un poni isleño. Es mejor que tu corazón te pertenezca sólo a ti.

—¡Pensaba que sería más grande! —vocifera Mutt Malvern.

Está montado en *Corr*, aunque Prince sigue sujetando el ramal. Otro mozo se ha apostado entre el semental y el mar. Tiene los brazos extendidos, a modo de valla. Mutt balancea las piernas y mira al suelo como si fuera un niño pequeño a lomos de un poni.

—Ésta es la venganza de Mutt Malvern —murmura Sean, con una amargura tan grande que me contagia—. Todo esto es culpa mía.

Intento pensar en algo que pueda consolarlo. No sé si es lo que quiere oír; quizá tampoco quiere que nadie lo consuele. Si yo estuviera en una situación tan desagradable como la suya, me gustaría saber que el culpable de mi desgracia va a pagar por ello y lo va a pasar igual de mal o peor. Lo que no querría es que me dijeran que me conformara.

—Seguramente sea verdad —le respondo—, pero en veinte minutos, en treinta o en una hora, Mutt Malvern se habrá cansado de su nuevo juguetito. Y entonces volverá a montar esa criatura blanca y negra cuyo nombre apuntó en la pizarra de la carnicería. Y yo creo que esa yegua pinta es suficiente castigo para cualquiera.

Sean me mira con ese brillo en los ojos que me hace sentir mareada. Le devuelvo la mirada.

—¿Dónde me has dicho que está *Dove*? No me he enterado.

—En casa. Ayer por la tarde entrenamos. ¿Por qué te has despedido? No me he enterado del todo.

Suelta una risotada triste.

—Por una apuesta. Como la tuya con tu poni —y aparta la vista.

—Yegua.

—Vale —Sean mira a *Corr*—. ¿Por qué quieres participar en esta carrera? Tampoco me he enterado de eso.

Y es que no se lo había explicado. Va en contra de mis principios confesar los motivos que me empujan a tomar una decisión. No quiero que todo Skarmouth se ponga a chismorrear sobre mí como lo hizo Dory Maud con Sean Kendrick y *Corr*. No se lo he explicado a Peg Gratton, aunque parece que está de mi parte, ni a Dory Maud, que prácticamente es de la familia.

—Porque perderemos la casa de mis padres si no consigo el dinero —me oigo a mí misma decir aquellas palabras, como si fueran las de otra persona.

Me doy cuenta de la tontería que hago contándoselo. No porque crea que Sean Kendrick es de los que va chismorreando, sino porque pensará que sólo participo por el dinero. Y para Sean Kendrick, cuatro veces ganador de las Carreras de Escorpio, seguro que ese motivo resulta descabellado. Se queda en silencio un instante, contemplando a *Corr* y a Mutt, que sigue a lomos del semental.

—Ésa es una excelente razón para jugársela —declara. Siento una increíble corriente de simpatía hacia él por decirme eso en vez de amonestarme por ser una loca.

—Como la tuya —le respondo.

—¿Eso crees?

—Es tu caballo. Da igual lo que diga la ley. Yo creo que Benjamin Malvern está celoso y —añado— creo que le gusta jugar con la gente.

Sean me dedica otra de sus miradas penetrantes. Me parece que desconoce el

efecto que éstas tienen en la gente.

—Lo conoces bastante bien.

Sé que a Benjamin Malvern le gusta añadirle sal y mantequilla al té, y que tiene una nariz tan grande que parece un cuerno. Sé que le gusta que le entretengan, pero que pocas cosas lo consiguen. Pero no sé si eso significa que lo conozco.

—Lo justo y necesario —concluyo.

—A mí no me gustan los juegos —añade él.

Los dos miramos a *Corr*, quien, a pesar de todo, se ha calmado. Está perfectamente quieto, mirando por encima de la multitud, con las orejas muy tiesas. De vez en cuando tiembla, pero, a excepción de ese gesto, está inmóvil.

—¿Comprobamos lo rápido que es capaz de galopar? —pregunta Mutt, y se vuelve para mirar a Sean, que sigue quieto como una estatua. Dave Prince nos observa con una expresión de extrañeza en el rostro que combina culpabilidad, disculpa y entusiasmo.

—Sean Kendrick —dice Prince, mirándonos como si acabáramos de aparecer de la nada—, ¿algún consejo?

—Nunca te olvides del mar —responde Sean.

Mutt y Prince se ríen de la respuesta.

—Mira lo manso que está —le dice Mutt a Sean. *Corr* tiene las orejas muy tensas, en señal de interés. Husmea la silla y las piernas de Mutt, sorprendido por la presencia de aquel extraño y por el raro desarrollo de los acontecimientos. Los cascabeles de la brida tintinean, casi imperceptibles, con el movimiento—. No hay que usar ninguno de los respetadísimos hechizos de Sean Kendrick. ¿Te molesta que sea tan desleal?

Sean no responde. Mutt me mira apenas un segundo, con desdén. Creo que nunca he conocido a nadie que disfrute tanto amargándole la vida al prójimo. Recuerdo aquella primera noche en que los vi a ambos a la salida del pub. El odio entonces estaba en un estado latente: ahora había estallado. Mutt se dirige al corrillo de personas que se arremolinan a su alrededor, la mayoría turistas:

—¿Qué les parece? Voy a galopar con el caballo más rápido de toda la isla. Es una leyenda, ¿no es cierto? ¡Un héroe, un tesoro nacional! ¿Quién no conoce su nombre?

El gentío aplaude y grita. Sean ni se inmuta. Forma parte de la pared del acantilado.

—¡Yo lo conozco! —mi grito es tan atronador que me sorprende. Mutt me busca hasta encontrarme al lado de Sean—. Pero el tuyo, no. ¿Cómo dices que te llamas? —le lanzo el desafío con la sonrisa más horrible que tengo, la que he aprendido a utilizar cuando me enfrento a mis dos hermanos.

Mientras veo cómo se transforma su cara en una mueca de disgusto y oigo el

murmullo de sorpresa de los espectadores, recuerdo también las palabras de Dory Maud.

—¿Y tu poni dónde está? —me espeta él—. ¿Arando los campos?

Más que el insulto, lo que me avergüenza es ser el centro de todas las miradas. Probablemente porque cuando haya terminado en la playa, tendré que ir al tenderete de Dory Maud a venderles baratijas a los turistas. Pienso en ese momento que Mutt Malvern no me conoce lo suficiente como para decir algo que pueda herirme.

De todos modos, no es a mí a quien quiere herir.

—Tengo que decirte que me alegro por ti, Kendrick. ¿Es ella mejor montura que la que solías tener? —finge que acaricia la grupa de *Corr*. Siento que tengo las mejillas rojas como un pimiento. Sean sigue imperturbable; me pregunto cómo lo consigue. ¿Será la práctica? ¿Estará ya acostumbrado a escuchar ese tipo de cosas como para que lo afecten?

*Corr* se agita intranquilo bajo las piernas de Mutt. Acerca los ollares hacia Prince y frota la cabeza contra el pecho de éste. El mozo le rasca la testuz y lo aparta.

—Tranquilo, muchacho —le dice. Prince vuelve la cabeza para mirar a Mutt—. ¿Lo vas a sacar para que dé unas vueltas antes de que suba la marea? —mientras Prince habla, *Corr* vuelve a frotarse contra el pecho del mozo, esta vez con más insistencia, de modo que vuelve a sonar aquel cascabeleo. David Prince lo aparta de nuevo.

—Sí, claro —contesta Mutt. Agita una de las riendas para llamar la atención de *Corr*, quien sigue acercándose a Prince y frotándose contra él. Veo cómo le tiembla la piel al semental debajo de la coraza que le han colocado.

—Venga pues —anima Prince. *Corr* tiene el morro cerca de la clavícula del mozo, como cuando *Dove* está cariñosa y se acerca para que le rasque la crin. Prince extiende la mano y acaricia la mejilla del animal mientras éste resopla contra su cuello.

—¡David! —grita Sean, y empieza a correr repentinamente, levantando una nube de arena a su alrededor.

Prince levanta la vista.

Rápido como una serpiente, *Corr* le hinca los dientes en el cuello.

Mutt Malvern tira con fuerza de las riendas y el caballo se encabrita. Se oyen gritos en el corrillo, que se dispersa rápidamente. Los otros dos mozos que acompañaban a Mutt se apartan, indecisos. No saben si ponerse a salvo o ayudar a su patrón. Sean se queda quieto de repente y aparta la cara para protegerse de la arena. Prince está en el suelo. Arquea la espalda y agita desesperadamente los pies. No puedo apartar la vista de él.

*Corr* se encabrita de nuevo y, esta vez, Mutt no puede controlarlo y cae al suelo. Se aparta rodando de los cascos del *capall* y acaba cubierto de sangre. Es la sangre de

Prince, no la suya. El semental pone los ojos en blanco mientras se vuelve enloquecido. Todos tienen la vista fija en él y en Sean, pero ninguno de los dos se mueve de su lugar.

Cuando *Corr* se dispone a dar otro giro, aprieto a correr hacia donde yace Prince. No sé si está muy malherido, porque la sangre no me deja ver nada. Tengo miedo de que el animal lo pisotee, pero no sé si voy a conseguir sacarlo de ahí. Lo único que puedo hacer es colocarme entre él y el caballo e intentar acallar este horror que siento dentro de mí.

*Corr* se vuelve y gime de nuevo. Su grito parece un lamento ahogado. Una telaraña formada por hilillos de sangre le cubre el hombro.

—*Corr* —susurra Sean.

A pesar del ruido de los cascos, de las olas y de los quejidos de Prince, el semental rojo lo obedece y se queda quieto. Sean extiende los brazos y se acerca a él lentamente.

*Corr* tiene sangre en la mandíbula inferior y le tiembla el hocico, y sus orejas están dobladas hacia atrás, muy planas.

—Aguanta —le murmuro a Prince. De cerca no es tan joven como yo pensaba, distingo perfectamente cada arruga que le surca el rostro, alrededor de los ojos y los labios. No sé si puede oírme. Agarra con la mano puñados de arena y tiene los ojos clavados en mí con una expresión terrible. No quiero tocarlo, pero me acerco más a él. Cuando siente mis dedos, me agarra con tal fuerza que me hace daño.

Sean está cerca de *Corr*. Se ha quitado la chaqueta y la ha tirado en la arena, luego se quita la camisa por la cabeza. Su piel es muy blanca y tiene muchas cicatrices. Nunca hasta ahora me había preguntado si las costillas rotas vuelven a colocarse en su lugar una vez curadas. Sean le habla a *Corr* en voz muy, muy baja. El animal se estremece y mira al océano.

Estoy cubierta de la sangre de Prince. Nunca en la vida había visto tanta. «Así murieron mis padres», me digo. Pero no quiero imaginarme la escena, aunque no puedo evitarlo. Mi mente no acepta esa posibilidad, y lo siento profundamente. Por muy terrible que pueda resultar la imaginación, seguro que no es peor que la realidad que tengo ante los ojos, con Prince temblando y apretándome con fuerza la mano.

Sean se acerca muy despacio a *Corr*, sin dejar de hablarle en voz baja. Está a tres pasos de él. A dos. A uno. *Corr* levanta la cabeza y se aparta. Le enseña los dientes, manchados de sangre. Tiembla tanto o más que Prince. Sean hace una bola con su camisa y la presiona contra el hocico de *Corr*. Espera unos instantes para que el animal se empape de su olor, y entonces le seca la sangre que tiene en el hocico. El semental se queda muy quieto y Sean dobla la camisa de modo que la sangre quede en la cara exterior. Después le tapa los ojos y los ollares con ella.

—Daly —llama Sean. A su lado, los ollares de *Corr* inspiran a través de la tela,

dibujando el contorno de su hocico, antes de espirar de nuevo. Uno de los mozos que acompañaba a Mutt reacciona al oír su nombre. Está aterrorizado. Sean aparta la vista de él, decepcionado por lo que sea que ha visto en su rostro, y la posa en mí.

—Puck.

No quiero dejar allí a Prince, que me aprieta con fuerza la mano, pero me doy cuenta de repente de que, en algún momento, las tornas se han vuelto y ahora soy yo la que se aferra a él desesperadamente. Horrorizada, le suelto la mano con un rápido ademán y me pongo de pie.

Sean gesticula hacia las riendas que cuelgan de la brida de *Corr*.

—Sostenlas. ¿Puedes hacerlo? Necesito que... —el semental rojo sigue temblando bajo la venda que le ha preparado Sean. Estoy bastante tranquila, parece que mi miedo ha decidido ocultarse en algún recóndito lugar de mi cuerpo. Alguien tiene que sostener al caballo, y yo puedo hacerlo. Me seco la mano, todavía llena de sangre, en el pantalón y doy un paso adelante. Respiro hondo y extendiendo el brazo.

Sean me da las riendas y un pedazo de tela, esté lista o no. Estoy tan cerca de *Corr* que oigo perfectamente el débil tintineo de los cascabeles. Son los cascabeles que le han puesto en la brida y en las cuartillas. El semental se estremece con tal sutileza y tan repetidamente que las bolas de metal contenidas dentro de los cascabeles emiten un continuo cricrí, como si fueran saltamontes metálicos.

Sean comprueba que tengo bien sujetas las riendas y después se agacha con decisión bajo la falda del semental. Se saca un cuchillo del bolsillo y le pasa la palma de la mano por la pata delantera.

—Estoy aquí —le susurra. La oreja de *Corr* tiembla y apunta hacia Sean.

Éste corta con destreza las cintas rojas, lanzándolas furioso tras de él. Al caer, tintinean por última vez. Me asusto al ver que el semental empieza a moverse. Libre de los cascabeles, levanta las patas antes de dejarlas caer, piafando, trotando sin moverse del sitio. Sean bufa: intenta quitarle la coraza, pero *Corr* se mueve demasiado. No sé si controlar a un *capall uisce* es parecido a controlar a *Dove*, de modo que decido poner en práctica lo que haría con ella. Tiro un poco de las riendas, ondeándolas con rapidez, y el semental levanta la cabeza. Me parece que tiembla menos, pero es difícil saberlo sin el tintineo de los cascabeles. Intento no pensar en la sangre de Prince, que todavía me mancha la mano. Me esfuerzo por recordar lo que le he visto hacer a Sean con los caballos.

—So, so —le digo al semental, alargando la ese, como si fueran las olas del mar. De inmediato, me apunta con las orejas y deja de mover la cola por primera vez. No sé si me gusta ser el blanco de su atención, aunque tenga los ojos vendados. Sean asoma la cabeza por encima de la cruz y me mira con extrañeza (¿o tal vez aprobación?) un instante antes de lanzar la coraza allí donde antes ha tirado las cintas.

—Ahora ya me ocupo yo.

—¿Y qué pasa con ese mozo, Prince? —pregunto, sin dejar de sostener las riendas hasta que estoy segura de que Sean las tiene bien sujetas.

—Está muerto.

Me vuelvo a mirar. Como Sean y yo hemos conseguido calmar a *Corr*, alguien se ha atrevido a apartar de allí a Prince. Pero le han colocado una chaqueta sobre el rostro. Me estremezco.

—¡Ha muerto! —sé que es una estupidez repetirlo, pero no puedo evitarlo.

—Llevaba un buen rato muerto, y él lo sabía, ¿no lo viste en sus ojos? Mi chaqueta.

—¿Cómo que «mi chaqueta»? —le digo, con un tono de voz tan alto que *Corr* se estremece—. ¿Qué te parece si me lo pides por favor?

Sean Kendrick me mira, perplejo, y me doy cuenta de que no tiene ni idea de por qué me he enfadado. No puedo dejar de temblar; parece que *Corr* se haya liberado de su tembleque contagiándomelo a mí.

—Pero si eso es lo que he dicho —suelta al cabo de un rato.

—No, no me has dicho eso.

—¿Y qué te he dicho?

—Me has dicho «mi chaqueta».

Sean parece bastante desconcertado.

—Pues si tú lo dices...

Rebufo como cuando estoy enfadada y voy a por su chaqueta. Si existiera la más mínima posibilidad de que la marea no se la llevara antes de que Sean pudiera regresar a la playa, la dejaría allí tirada. Sólo puedo pensar en que ese hombre está muerto. Sostenía mi mano con fuerza y, cuantas más vueltas le doy a eso, más enfadada me siento. Pero no sé a quién culpar, excepto a ese *capall uisce* cuyas riendas acepté sostener: eso me hace sentir cómplice y todavía de peor humor.

La chaqueta de Sean está hecha un guiñapo, completamente rebozada de arena, sangre y salitre. Parece un pedazo de vela. Estaba a punto de colocársela a Sean sobre el brazo desnudo pero, sin la protección de la camisa, le rozaría.

—Ya te la daré —le informo—. La lavaré con la manta de *Dove*. ¿Dónde te la llevo?

—A Malvern Yard —me responde—. De momento.

Me vuelvo para mirar a Prince. Allí sigue su cuerpo sin vida. Alguien ha ido a avisar al doctor Halsal para que lo declare oficialmente muerto. Hay quien habla en voz baja, como si de ese modo mostraran su respeto por el difunto. Pero los oigo perfectamente desde aquí, y están hablando de las apuestas.

—Gracias —me dice Sean.

—¿Cómo? —pero en ese momento mi cerebro hace un esfuerzo para interpretar lo que me acaba de decir. Al ver en mi rostro que le he entendido, Sean asiente. Tira

de la brida de *Corr* para que éste baje la cabeza y le susurra algo antes de pasarle la palma por el flanco. El semental se sobresalta, como si aquella mano lo quemara. Pero no arremete contra él, y Sean se lo lleva de la playa en dirección a los acantilados. Sólo se detiene una vez, cuando pasa cerca de Mutt. Desde aquí, sin la camisa puesta, se le ve pálido y delgado, pero fuerte. No es más que un muchacho que camina junto a su caballo, rojo como la sangre.

—Señor Malvern —le dice—, ¿le gustaría llevarse a su caballo al establo?

Mutt lo mira de hito en hito.

Mientras Sean se aleja de la playa, retuerzo una y otra vez su chaqueta con las manos. No doy crédito ante lo sucedido, hace apenas diez minutos sostenía la mano de un hombre muerto, y dentro de unos días estaré en la playa rodeada de docenas o más de *capaill uisce*. No puedo creer que le dijera a Sean Kendrick que le lavaría la chaqueta.

—Tiene narices la cosa.

Me vuelvo. Es Daly.

—¿Cómo? —le pregunto.

—Que digo que tiene narices la cosa—repite él, empujado por la necesidad de decir algo, aunque sea una tontería—. Lo que pasa en esta isla tiene narices.

No le contesto. No tengo nada que decirle. Sostengo con fuerza la chaqueta de Sean para que las manos me dejen de temblar.

—Quiero irme a casa —confiesa Daly, con voz triste—. Ninguna carrera vale tanto como para soportar esto.



## 43

### SEAN

Benjamin Malvern quiere que nos reunamos en el Hotel Skarmouth. Se nota que le gusta jugar, porque el hotel está lleno hasta los topes de turistas que vienen a ver la carrera. La carnicería es el centro neurálgico de las apuestas y de los rumores, un lugar al que los jinetes acuden para hablar, mientras que en el hotel se congregan las gentes venidas del continente para comparar notas, hablar del entrenamiento diario, rascarse pensativos la cabeza y preguntarse si esa yegua o aquel semental se serenarán lo suficiente como para poder participar en la carrera. Que yo esté allí, en el vestíbulo del hotel donde Malvern decidió que teníamos que reunirnos, es enviarme a la boca del lobo.

De modo que entro en el hotel, a salvo del frío, pero paso por el vestíbulo lo más rápido que puedo en dirección a las escaleras, donde decido esperar. Parece que conducen sólo a unas pocas habitaciones, así que las probabilidades de que alguien me moleste son escasas. Me froto los brazos (hay corriente) y miro escaleras arriba. El hotel es el edificio de más solera de toda la isla; se diseñó para que la gente que viniera del continente se sintiera como en casa. Por eso tiene columnas pintadas y arcos de madera, cornisas y madera pulida. Bajo los pies tengo una alfombra persa, y en la pared de al lado hay un cuadro de un caballo purasangre delante de un paisaje idílico. Absolutamente cada detalle del hotel deja entrever que quienes residen en él son caballeros y eruditos; gentes cultas y de bien.

Observo un instante el vestíbulo en busca de Malvern; está repleto de turistas reunidos en pequeños corrillos. Fuman y hablan de los entrenamientos. En la sala retumban acentos muy dispares. A lo lejos se oye un piano. Los minutos pasan muy despacio. Los días que van desde el Festival hasta las carreras son como una extraña tierra de nadie. Los más entusiastas llegan a la isla antes del Festival de Escorpio, pero Skarmouth es pequeño y hay poco que hacer, así que su principal entretenimiento es observarnos vivir y morir sobre la arena.

Me vuelvo a colocar junto a la escalera y me cruzo de brazos para protegerme de la corriente. No puedo reprimir ciertos pensamientos, que me vuelven una y otra vez a la cabeza: pienso en Mutt Malvern, montado sobre *Corr*; en el aullido de éste y en el rizo rojo como el sol del atardecer que caía sobre la mejilla de Puck Connolly.

Siento que me adentro en un terreno peligroso.

Los escalones crujen por encima de mi cabeza; alguien baja por las escaleras. Levanto la vista justo a tiempo para descubrir a George Holly, que se acerca, alegre como un cascabel. Cuando me ve, se mira para comprobar que todo está en orden y se coloca junta a la pared, como si fuera a mí a quien estuviera buscando.

—¡Hola! —saluda. Tiene aspecto de no haber dormido en toda la noche, como si

la tormenta lo hubiera arrojado a la orilla y lo hubiera obligado a elegir entre quedarse en tierra o volver al mar. Me resulta extraño imaginarme a George Holly haciendo algo que no sea observar caballos. Aunque seguro que le gusta cualquier actividad animada que pueda realizarse con un jersey blanco. Qué curioso que haya entablado amistad con alguien tan diferente a mí.

Le devuelvo el saludo inclinando la cabeza.

—Es verdad, siempre me olvido de asentir con la cabeza. De modo que espera a Malvern.

No me sorprende que lo sepa. La noticia de que abandonaba Malvern Yarn corrió como la pólvora por toda la isla, y supongo que los rumores de lo ocurrido con *Corr* por la mañana en la playa se han extendido todavía más rápido. Asiento de nuevo.

—Y supongo que han quedado ustedes junto a esta escalera.

Vuelvo a mirar hacia el vestíbulo. Me doy cuenta de que estoy nervioso. Por una parte quiero que Malvern llegue ya y diga lo que tenga que decir, pero, por otra, espero que llegue tarde y posponer así lo inevitable. Aunque tenga los brazos cruzados y los puños bajo las axilas, este frío no se me pasa. Son los nervios.

—Me parece a mí que lo que necesita es una chaqueta —me dice Holly al observar mi postura.

—Ya tengo una, de color azul.

Holly se queda pensativo unos instantes.

—Ah, sí, ya la recuerdo. La que es fina como el papel, ¿verdad?

—Esa misma —y ahora la tiene Puck Connolly. Puede que ya no vuelva a ver esa chaqueta nunca más.

—Alguna vez se ha preguntado por qué... —Holly se queda callado—. No, seguro que no. O quizá sabe la respuesta. Desde luego, si alguien la sabe, por fuerza tiene que ser usted. Verá, desde que estoy aquí me ronda por la cabeza una pregunta... ¿Por qué cree que sólo hay *capaill uisce* en Thisby? No los hay en ningún otro sitio.

—Porque nosotros los amamos.

—Sean Kendrick, habla usted como un anciano. ¿Fuma? No, yo tampoco. Aunque, con lo cargado que está el ambiente en esta sala, no nos pasaría nada. ¿Alguna vez había visto a tantos hombres fumando con tal fruición? Por cierto, ¿ésa es su respuesta definitiva?

Me encojo de hombros y le contesto:

—Los caballos y los hombres llevan conviviendo en esta isla desde siempre. Al otro lado de Thisby hay un acantilado con una cueva que tiene un semental rojo dibujado en una de sus paredes, muy antiguo. ¿Cuánto tiempo tienes que vivir en un lugar para que se convierta en tu hogar? Éste es su hogar en la tierra.

Encontré aquel dibujo mientras intentaba atrapar a un *capall*. Con la bajamar, la

cueva se volvía tan profunda que pensé que si seguía caminando llegaría al otro lado de la isla. Y entonces, de repente, la marea empezó a subir con tal rapidez que me quedé atrapado. Me pasé horas agarrado a un pequeño saliente. Cada movimiento de la mar me empapaba una y otra vez. Por debajo de mí, oía perfectamente los aullidos graves y los chasquidos de un caballo marino que rondaba la cueva. Para no caer, logré ponerme boca arriba sobre el saliente, y allí estaba la pintura, por encima del nivel del agua. En ella aparecía un semental de un color rojo más vivo que el de *Corr*. La pintura apenas se había desgastado, al quedar fuera del alcance de los rayos del sol. A los pies del caballo había un hombre muerto, con un borrón negro por cabello y una línea roja por pecho.

El mar de Escorpio lleva escupiendo *capaill uisce* a nuestras costas mucho antes de que naciera mi padre o el padre de mi padre.

—¿Siempre han sido animales sagrados? ¿Nunca nadie los ha utilizado como alimento?

Lo miro con desdén.

—¿Acaso se comería usted a un tiburón?

—En California nos los comemos.

—Bueno, pues por eso mismo en California no hay ningún *capaill uisce* —hago una pausa para que Holly pueda acabar de reír y añado—: Tiene pintalabios en el cuello de la camisa.

—Han sido los caballos —bromea, pero se mira de reojo y frota los dedos sobre la mancha—. Es ciega. En realidad lo que buscaba era mi oreja.

Eso explica su aspecto desarreglado. Me inclino otra vez para observar el vestíbulo.

Hay todavía más gente que antes; más y más hombres se congregan allí a medida que la tarde avanza y el frío se vuelve más intenso en el exterior. Pero Benjamin Malvern sigue sin aparecer.

—¿Sabe ya lo que le dirá? Parece usted muy tranquilo —declara Holly.

—Estoy hecho un manojo de nervios —le confieso.

—Pues no lo parece.

Al igual que *Corr*, puedo experimentar miles de sensaciones en mi interior y no reflejarlo en el rostro, como hizo hoy en la playa. Somos tan parecidos...

Por un instante, me permito pensar en el motivo de la reunión con Malvern. Siento un aguijoneo en el corazón.

—Ahora sí parece nervioso.

Frunzo el ceño, miro otra vez hacia el vestíbulo y esta vez sí veo a Benjamin Malvern. Acaba de entrar y cierra la puerta tras de sí. Tiene las manos en los bolsillos de su abrigo y entra con paso decidido en el vestíbulo, como si fuera el dueño de todo. Quizá lo sea. Por la posición de sus hombros y la línea adelantada del cuello

parece un boxeador. Hasta ahora no había visto nada de Benjamin Malvern en Mutt, pero finalmente reconozco el parecido.

Holly sigue mi mirada.

—Mejor me voy. No se alegrará de verme aquí.

No imagino a Benjamin Malvern molesto por ver a uno de sus compradores o, por lo menos, no me lo imagino haciéndoselo notar.

—Hemos discutido —me explica Holly—. La isla es mucho más pequeña de lo que imaginaba. Pero no se preocupe, mis dólares garantizan nuestra amistad.

Nos separamos. Holly parte en dirección al piano y yo me adentro en el vestíbulo. Me doy cuenta perfectamente del momento exacto en el que me reconocen los allí presentes, porque todos apartan la vista con tanta discreción que es obvio que me miraban tan sólo un momento antes.

Tardo un instante en localizar a Malvern. Lo veo hablar con Colin Calvert, uno de los comisarios de la carrera. Calvert es más amable que Eaton, el carcamal con el que tuvo que enfrentarse Puck. No pudo presenciar el Festival porque su esposa profesa un tipo de cristianismo que prohíbe las reuniones en las que hay mujeres bailando por las calles, aunque no las carreras en las que mueren hombres. Calvern me ve y asiente con la cabeza a modo de saludo, que yo le devuelvo. Pero sólo puedo pensar en la conversación que tengo por delante. Malvern se acerca a mí, despacio, como si no fuera la persona a la que esperaba ver.

—¿Y bien, Sean Kendrick? —me dice Malvern.

Quiero a *Corr*.

Pero me quedo mudo.

Malvern se pasa el pulgar por la oreja y contempla el cuadro de dos purasangres que descansa encima del magnífico hogar.

—A ti no se te da bien conversar, y a mí no me gusta nada perder, de modo que haremos lo siguiente: si ganas, te lo venderé. Si pierdes, nunca más hablaremos del tema.

El sol se ha alzado por encima del océano.

Ahora me doy cuenta de que pensaba que no sería posible.

He ganado cuatro veces. Puedo hacerlo otra vez. Podemos conseguirlo. Ante mí, veo la playa y los caballos. Las olas juegan bajo los cascos de *Corr*, y a lo lejos se divisa la libertad.

—¿Por cuánto? —le pregunto.

—Por trescientos —es astuto como un zorro. Mi salario anual es de ciento cincuenta, y él es quien me lo paga, de modo que lo sabe perfectamente. En los años en que he ganado, me he llevado el ocho por ciento del premio. He ahorrado lo que podido.

—Señor Malvern —le digo—, ¿quiere que vuelva a trabajar para usted o prefiere

seguir jugando conmigo?

—Querer y necesitar son dos cosas bien diferentes.

—El señor Holly me ha ofrecido un trabajo.

Malvern parece dolido, aunque no sé si por la idea de perderme o por oír el nombre de Holly.

—Doscientos cincuenta.

Me cruzo de brazos. Doscientos cincuenta es una cantidad inalcanzable.

—¿Quién va a querer acercarse a él después de lo que ha pasado hoy?

—Todos han matado a alguien.

—Sí, pero no llevando a su hijo en la grupa.

Me funde con la mirada.

—Dame un precio.

—Doscientos —es un precio alto, pero podría pagarlo si gano este año y consigo hacerme con la parte del premio que me correspondería.

—Éste es el momento en que me marchó, señor Kendrick —pero no lo hace. Me quedo allí, esperando. Me doy cuenta de que en el vestíbulo se ha hecho el silencio. Y que ésa es la razón por la que no nos hemos visto en el salón de té, en las cuerdas o en su oficina. Es un modo de publicitarse todavía más. Su nombre estará en boca de todos.

Malvern suspira hondo.

—Dejémoslo en doscientos, pues. Disfruten de las carreras, caballeros.

Se lleva las manos a los bolsillos y se marcha. Calvert le abre la puerta, por la que entran los últimos rayos rojizos del ocaso.

Tengo que ganar.

## 44

### PUCK

—Puck, te das cuenta de que no es culpa tuya, ¿verdad?

El padre Mooneyham me habla con un tono un tanto cansado; siempre parece tenerlo cuando voy a confesarme. Me paso las manos por la bata de trabajo. Me siento mal por ir a la iglesia en pantalones, pero tampoco iba a montar con un vestido, así que me he puesto una bata por encima de los pantalones. Yo creo que es un buen término medio.

—Pero me siento culpable. Yo fui la última que le cogió la mano y, al soltársela, se murió.

—Pero habría muerto de todos modos.

—Quizá no; ¿y si me hubiera quedado con él, agarrándole la mano? Nunca lo sabré, tendré que vivir con eso.

Observo la vidriera de brillantes colores situada encima del altar. La particular disposición del confesionario me permite ver perfectamente el resto del edificio desde donde estoy. Santa Columba es muy anterior, al parecer, a la confesión, a los sacerdotes e incluso al pecado; por eso los confesionarios se añadieron después. La cabina está abierta al resto de la iglesia, y el único elemento de separación es una cortina que oculta al sacerdote y que resulta bastante inútil; no sólo porque no le impide ver perfectamente al penitente que se acerca a él por entre los bancos, sino también porque el padre reconoce perfectamente todas las voces de la isla. Así que, aunque estuviera ciego, sabría quién le habla. La única ventaja de la cortina es que te puedes hurgar la nariz sin que nadie, divino o humano, te vea. Joseph Beringer lo sabe muy bien.

El padre parece ahora un poco molesto.

—Eso que dices me parece bastante egoísta, Kate. Le estás otorgando demasiado poder a una simple mano.

—Usted siempre dice que Dios obra a través de nosotros. Quizá lo que quería era que me quedara junto a él y que no lo soltara.

Se hace el silencio unos instantes al otro lado de la cortina.

—No todas las manos pueden obrar milagros. Entonces, nos daría miedo tocar cualquier cosa. ¿Sentiste una llamada divina que te dijera que te quedaras junto a él? ¿No? Pues entonces aparta esa culpa de ti.

Tal y como lo explica el padre, parece que la culpa sea algo que pueda lanzarse a la papelera, sin más. Me desplomo en la silla y contemplo el techo de la iglesia.

—Además, estoy muy enfadada con mi hermano —añado—. La ira es un pecado, ¿no? —recuerdo, no obstante, que Dios se enfadó unas cuantas veces, y que eso no parecía estar mal. Siento que tengo razón, por lo que quizá resulte que al final no es

un pecado.

—¿Por qué estás enfadada con él?

Me seco una lágrima de la mejilla. Es una lágrima muy astuta, porque se ha escapado sin que yo me diera cuenta.

—Porque se va y nos deja aquí; y encima por un motivo absurdo. Y yo no puedo hacer nada.

—Gabriel —suspira el padre Mooneyham, pues sabe perfectamente de qué hermano le hablo.

Se queda callado unos instantes para que me desahogue. Los colores anaranjados y azules de la vidriera logran traspasar la barrera que forman mis manos, con las que me cubro la cara. La iglesia está sumida en un silencio casi total. Al cabo de un rato me paso la manga de la camisa por la mejilla.

La cortinilla se agita levemente y veo la mano del padre Mooneyham, que me ofrece un pañuelo. Me seco la cara con él y la mano desaparece.

—No puedo decirte nada de lo que se habla en este lugar, Kate. Y no sé si hará que te sientas mejor saber que él también se ha sentado en esa misma silla en la que estás tú ahora, y que ha llorado también amargamente.

Intento, sin éxito, imaginarme a Gabe llorando. Ni siquiera lo hizo en el momento en que enterraron en aquel hoyo a nuestros padres durante el funeral. Finn y yo lloramos desconsolados, abrazados a él. A pesar de eso, la imagen de mi hermano mayor llorando en aquella silla se me mete en la cabeza, y noto que mis sentimientos hacia él se vuelven menos fríos. Me da rabia que ese hipotético Gabriel sea capaz de tener ese efecto en mí.

—Pero no tiene por qué irse —protesto.

—Te diré algo que me dijo, Kate. Que no tenías por qué competir en las carreras.

—¡Pues claro que tengo que hacerlo! Necesitamos el dinero.

—Y resulta que las carreras son la solución a ese problema. De este modo tú crees que puedes solucionarlo. Pues bien, Gabe tiene un problema también, y marcharse de la isla es el modo en que él tiene de solucionarlo.

Ese argumento es tan lógico que me descoloca y me molesta.

—¿Y cuidar de viudas y de huérfanos desamparados no es algo sagrado? ¿No se supone que tendría que ocuparse de nosotros? —pero, al oírme diciendo aquello, recuerdo las palabras de mi hermano: «Ya no puedo soportarlo más». Ha estado cuidando de nosotros desde el día del funeral, en que no derramó ni una lágrima y nos dio consuelo. Ha estado trabajando en el muelle hasta muy tarde para intentar salvarnos de las garras de Malvern. De repente, me siento muy egoísta al intentar frustrar sus sueños. Suspiro hondo.

—¿Por qué tiene que marcharse? ¿No puede encontrar una solución mejor a su problema? ¿No puedo hacerle cambiar de idea?

El padre Mooneyham escucha atentamente lo que le digo.

—Que se marche no quiere decir que no vaya a volver. No te vendría nada mal repasar la historia del hijo pródigo...

Sus palabras me reconfortan tanto como un jarro de agua fría. Le devuelvo al padre el pañuelo por debajo de la cortinilla y, cuando lo coge, miro la vidriera con el ceño fruncido. Hay trece paneles centrales, y mamá o alguien me dijo que se suponía que eran gotas de sangre de Columba. Fue martirizado aquí. Sucedió mucho antes de que las gentes del lugar creyeran que la confesión, los sacerdotes y el pecado eran algo bueno, así que apuñalaron a Columba y lo lanzaron por los acantilados de poniente. Su cuerpo apareció junto a los *capaill uisce* un mes de octubre remoto y, como no estaba hecho unos zorros después de pasar tanto tiempo en el océano, lo santificaron. Creo que guardan su mandíbula detrás del altar, como reliquia.

Eso me recuerda que, a los quince años, Gabe quería hacerse sacerdote. Se pasó dos semanas dando la lata, ¡qué tostonazo! Fue él quien me contó la historia de Columba. Recuerdo estar sentada en un banco junto a él. Se había peinado hacia atrás porque creía que le daba un aire más angelical. Me doy cuenta de que echo muchísimo de menos a aquel Gabe tan serio y solemne, y a aquella Puck siempre tan peleona y leal.

—¿No me impone ninguna penitencia, padre? —le pregunto.

—Kate, antes tienes que confesarme algún pecado.

Me pongo a pensar en lo sucedido la semana pasada.

—Pues casi digo el nombre de Dios en vano. Bueno, no iba a decir «Dios mío», sino «¡ay, Jesús!». Ah, y me comí una naranja entera sin decirle nada a Finn, porque sabía que se enfadaría conmigo.

—Vete a casa, Kate —me aconseja el padre Mooneyham.

—Me he portado fatal. Es que no me acuerdo ahora exactamente de lo que he hecho, pero debe saber que he estado insoportable.

—¿Te sentirás mejor si rezas dos avemarías y un credo por Columba?

—Sí, mucho mejor, padre, gracias —me da la absolución y me siento libre de mis pecados. Al levantarme veo que alguien espera para confesarse en los bancos del lado opuesto de la iglesia. Es Annie, la hermana pequeña de Dory Maud. Tiene el pintalabios un poco corrido, pero me parece un poco cruel decírselo, porque es ciega, de modo que no le digo nada. Casi no me doy cuenta de la presencia de Elizabeth. Está sentada al final del mismo banco. Tiene el pelo recogido y los brazos cruzados. Por la pose, no sé cuál de las dos se va a confesar. Annie parece distraída, aunque siempre tiene ese aspecto, porque no ve nada que esté a menos de un metro de distancia. Elizabeth parece enfadada, pero siempre está así, porque ella sí ve todo lo que pasa a más de un metro de distancia.

—Puck —me llama Elizabeth.



Annie me saluda con su dulce voz.

—¿Adónde vas? —me preguntan.

—A devolver una chaqueta —ya me siento un poco más aliviada.

## 45

### PUCK

Antes de emprender el camino que lleva a Malvern Yard, iluminado por la pálida luz del crepúsculo, ya sé que voy en la buena dirección: los campos se llenan de caballos que pacen tranquilos, y huele a estiércol de calidad, el que proviene de un heno también excelente. A mi entender, los excrementos de caballo tienen mucho en común con los arañazos de gato: no resultan desagradables si son pocos y no demasiado recientes. Y me gusta el olor a hierba, a heno y a estiércol que emana de Malvern Yard. Como he tenido un día muy largo y no hay nada que presagie que vaya a alargarse mucho más, me permito el placer de fantasear que aquellas praderas y las hermosas yeguas que pacen a ambos lados del camino me pertenecen, y que estoy paseando tranquilamente por mis dominios, con esa satisfacción que te da el tener propiedades y el saber que lo que se sirva en tu mesa esa noche procede de tus campos.

En la pista, a mi izquierda, hay un escuálido muchacho a lomos de un caballo castrado purasangre. Lleva los estribos muy cortos, como los jinetes. Supongo que lo es. Cuando trota, se mantiene suspendido en el aire sobre su montura. Un hombre lo observa desde la valla y, si me gustaran tanto las apuestas como a Dory Maud, me jugaría algo a que no es de Thisby. Para empezar, lleva zapatos blancos, y no hay un solo lugar en Thisby en el que se vendan zapatos de ese color. Cerca del edificio principal, otro mozo lleva a un caballo gris ceniza empapado de regreso a los pastos. El caballo parece mucho más limpio y mejor alimentado que yo. Entonces, a través de las puertas abiertas del establo, vislumbro un caballo castaño atado en el corredor, que espera a que el muchacho que está junto a él lo cepille. La luz del atardecer proyecta una sombra violácea sobre caballo y mozo, y recorta ambas siluetas en el suelo, detrás de ellos. Se oye un relincho en el patio y otro caballo responde con idéntico sonido desde las caballerizas.

Es todo muy parecido a lo que me imaginaba que sería esa famosa pista de entrenamiento, y me siento un poco rara. No soy una persona especialmente ambiciosa, ni tampoco de esas que se pasan el día soñando con tener una finca. La gente que malgasta su vida lamentándose y mortificándose por las cosas que ni tiene ni tendrá jamás no son santo de mi devoción. Papá nos inculcó bien la diferencia entre querer y necesitar. Aunque ahora, al estar ahí, en pleno corazón de Malvern Yard, no puedo evitar sentir un asomo de tristeza por lo que nunca podré tener.

Intento descubrir si valdría la pena ser como Benjamin Malvern si ello implicara vivir en un sitio como éste.

—¿A quién buscas?

Escudriño mi sombra antes de ubicar aquella voz. Es el mozo que acompañaba al

purasangre gris que acababa de bañar (qué mundo éste en el que se baña a los caballos. ¿Cómo se ensucian en un lugar así, para empezar?). Se han detenido en mitad del patio. El caballo le da empujoncitos al mozo, que no le presta atención.

—A Sean Kendrick.

Es raro pronunciar su nombre en voz alta. Sostengo su chaqueta, como si fuera una invitación. El corazón me late con fuerza bajo el pecho.

—¿Dónde está Kendrick? —le pregunta el mozo a un hombre que acaba de salir de uno de los edificios más pequeños. Hablan un rato. Me pongo nerviosa. No pensaba que me fueran a tomar en serio—. Busca en la cuadra. Tienes que ir al establo principal.

No me preguntan nada más ni me dicen que me vaya, aunque tienen una mirada inquisitiva, como si esperaran que yo fuera a dar explicaciones. Les doy las gracias y me adentro en Malvern Yard. Cierro la puerta con cuidado tras de mí, porque sé que lo peor que puedes hacer en una finca es dejarte las puertas abiertas.

Finjo que no noto las miradas curiosas de los mozos mientras entro en los establos. La verdad es que cuesta imaginar que esto sea un establo, incluso a pesar de los caballos, porque es un edificio tan magnífico como Santa Columba. Tiene las mismas bóvedas altas, la misma piedra esculpida y el mismo eco. Lo único que le falta para ser una iglesia es el confesionario con su ridícula cortinilla. Aquel establo me recuerda, por alguna razón, a la piedra cuajada de sangre seca sobre la que todos los jinetes realizan su particular juramento.

Me obligo a no mirar directamente al muchacho, que sigue cepillando al caballo castaño, no quiero parecerme a Finn cuando observa con esos ojos tan abiertos. Tanto el mozo como el caballo tienen un aspecto limpio y resuelto, y yo me siento en inferioridad de condiciones; sucia, ataviada con la bata, los pantalones y el jersey de capucha. Señalo la cuerda con la que el caballo está atado, el modo universal de preguntar «¿Puedo pasar por aquí debajo?» sin mediar palabra, y el mozo asiente con la cabeza. Me mira con la misma expresión curiosa que los demás. Creo que el interés que demuestran se debe a mi condición de forastera, hasta que paso junto a él y me dice:

—Eres muy valiente atreviéndote a competir con tu yegua en las carreras.

—Muchas gracias —le respondo—. ¿Sabes dónde está Sean Kendrick? Vuelvo a sostener su chaqueta como antes, para que todos vean que tengo un motivo para buscarlo. El muchacho señala con la barbilla el pasillo que se abre detrás de él, en el que se distinguen las magníficas y relucientes puertas de las cuadras. Todas están rematadas por un arco, como si fueran capillitas y los caballos, sus dioses. Paso por delante de ellas hasta que veo una cuadra al final de todas con unos pálidos barrotes blancos en vez de los habituales de acero. En ella distingo la inconfundible cabeza del semental rojo.

Me acerco silenciosamente y tengo la sensación de que Sean Kendrick no debe de estar allí. Eso me fastidia bastante, por algún extraño motivo, hasta que distingo su silueta entre las sombras del box. Está agachado cerca de las patas de *Corr*, vendándolas por debajo de la rodilla. Lo hace muy despacio, meticulosamente gira la tela una vez, se escupe en los dedos y se estira para tocar el cuerpo de la bestia. Y entonces le da otra vuelta a la venda antes de volver a escupir. Mientras tanto, *Corr* tiene el cuello arqueado y mira por el ventanuco de la cuadra, a través del que se ven unas rocas y tierra. Aquel panorama es un tanto lúgubre, pero al animal parece gustarle, porque lo observa largo rato. Es mejor que mirar a las paredes, supongo.

Durante un momento, me limito a mirar cómo Sean envuelve aquella especie de tela alrededor de la pata de *Corr*. Observo el movimiento de sus hombros cuando no los oculta la chaqueta y la inclinación de la cabeza al concentrarse. No sé si se ha percatado de mi presencia y finge que no, o si no me ha visto de verdad. Sea lo que sea, no me importa. Es un placer ver cómo se hace un trabajo bien hecho, prestando toda tu atención. Intento pensar por qué Sean Kendrick me parece tan diferente a los demás; de dónde provienen esa intensidad y esa calma que son una sola cosa. Llego a la conclusión de que lo que le hace diferente es la seguridad. Casi todo el mundo duda entre paso y paso, o se detiene, o pierde intensidad al actuar, tanto si se trata de vendar una pata, comerse un bocadillo o vivir en general. En cambio, Sean nunca realiza un movimiento del que no esté seguro, incluso si para ello tiene que quedarse completamente quieto.

*Corr* alza la cabeza para mirarme con el ojo izquierdo, y ese movimiento hace que Sean levante la vista. No dice nada, y yo levanto la chaqueta todo lo que puedo para que la vea.

—No he podido limpiar toda la sangre.

Sean se vuelve a agachar por debajo de la falda del semental, dejándome allí de pie con la chaqueta. Me debato entre dejársela sin más, delante de la cuadra, o esperar a que me diga algo, pero, antes de que pueda decidirme, él acaba de vendarle la pata a *Corr* y se pone de pie, mirándome. Aprieta con los dedos el cuello del animal.

—Qué amable, muchas gracias —me dice.

—De nada —le respondo. Lo cierto es que no tenía que lavar la manta de *Dove*, pero la lavé de todos modos porque tenía la chaqueta de Sean. Estuve frotándola hasta que se me arrugaron los dedos como pasas y mi talante benevolente acabó transformándose en pura irritación—. ¿Qué haces?

—Le envuelvo las patas con algas.

Nunca había oído nada parecido, pero Sean parece llevar a cabo esa tarea con tal decisión que a buen seguro debe de ser importante.

—¿Quieres que la deje en alguna parte? —hago un gesto con la chaqueta. Se lo pregunto porque es de buena educación. No quiero que diga que sí. La verdad es que

no sé qué es lo que quiero que diga, pero espero que sea algo que me dé alguna excusa para quedarme aquí, observándolo, unos minutos más. Admitirlo es un revés para mi orgullo, como el deseo de casarme con el doctor Halsal cuando tenía seis años. Siempre he pensado que nadie puede fascinarme tanto como yo misma.

Desde el otro lado de la puerta, Sean pasea la vista pasillo arriba y pasillo abajo. Parece que busca un lugar en el que colgar la chaqueta, pero, de repente, frunce el ceño como si no fuera eso lo que estuviera buscando.

—Ya casi estoy. ¿Puedes esperar?

Intento no mirarle la mano: la tiene apoyada en el cuello de *Corr*. El modo en que toca su piel indica una advertencia: le dice al animal que mantenga la distancia, pero, a la vez, también lo reconforta, igual que cuando yo acaricio a *Dove* para recordarle que estoy allí, junto a ella. La diferencia es que *Corr* mató a un hombre ayer por la mañana.

—Supongo que no vendrá de unos minutos —le contesto.

Sean me mira de cabo a rabo, con aquella mirada suya que me escruta de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies, como si estuviera calibrando la profundidad de mi alma y desvelando mis anhelos y mis pecados. Es peor que ir a confesarse con el padre Mooneyham.

—Si me ayudas, acabaremos antes —me pide después de analizarme. Lo dice entrecerrando los ojos, dándome a entender que se trata de una prueba. ¿Seré lo suficientemente valiente como para entrar en la cuadra de *Corr* después de lo sucedido ayer, después de haber tenido tiempo para reflexionar? Ese pensamiento me acelera el pulso. No se trata de confiar en el semental o no, sino de confiar en Sean.

—¿Y cómo se supone que puedo ayudar? —le respondo, y su rostro se ilumina como los rayos de sol sobre Skarmouth en un día despejado. Se escupe en los dedos otra vez y empuja a *Corr* contra la pared trasera de la cuadra para que yo pueda abrir la puerta. Me quedo de pie dentro del box.

—No confíes en él —me advierte.

—¿Y en ti? —le provoco, entrecerrando los ojos.

Su rostro no se altera ni un ápice.

—No seré yo quien te haga daño. ¿Sabes cómo vendar una pata?

—¡Claro, nací vendando patas! —exclamo, brusca, porque me siento ofendida.

—Debe de haber sido un parto difícil —bromea Sean, señalando hacia un cubo que descansa contra la pared. Su contenido es negro como el azabache.

—Eso es lo que va debajo del vendaje. Tiene que colocarse por igual en todas partes.

Sin dejar de mirar a *Corr*, cojo el cubo.

—Asegúrate de que el alga queda bien plana.

—Vale.

—Deja libres unos tres centímetros por debajo de la rodilla.

—De acuerdo.

—Tiene que quedar un poco suelta, que quepa un dedo.

—¡Sean Kendrick! —lo digo con tanto énfasis que *Corr* me apunta con las orejas.

No me gusta que se haya dado cuenta de que estoy allí: su curiosidad me recuerda al *capall uisce* que nos encontró a Finn y a mí en el cobertizo.

Sean no parece dispuesto a disculparse.

—Quizá será mejor que lo haga yo y punto.

—Oye, que tú eres el que me ha pedido que entrara aquí —le recuerdo—. Ahora eres tú quien no confía en mí.

—No es sólo por ti —me responde.

Lo miro echando chispas por los ojos.

—Bueno, pues lo haremos al revés. Yo lo sostengo y tú le vendas las patas. Así, cuando lo hagas mal, sólo te podrás echar la culpa a ti mismo. Y coge la chaqueta, que se me cansa el brazo de llevarla tanto rato.

Sean me mira con ojos inquisitivos, como calibrando si hablo en serio. O quizá esté decidiendo si soy capaz de hacer aquella tarea.

—Vale —me dice.

Coloca una mano delante de la cara de *Corr*, a modo de advertencia. Hacemos el intercambio: con la otra mano coge la chaqueta y yo agarro el ramal. Se pone la chaqueta y, por arte de magia, se convierte en el Sean Kendrick que vi por primera vez en la carnicería.

—Tienes que fijarte siempre en los dientes —me advierte.

—Ya lo sé —le espeto, con un tono cortante que me sorprende a mí misma.

—Ése que viste en la playa no era *Corr* —continúa Sean—. Hay que conocer bien a los caballos marinos. Sólo tienes que usar lo necesario en cada caso. No puedes coger todos los cascabeles de Thisby y colocárselos a todos por igual. Reaccionan de modo diferente. No son máquinas.

—¿Así que me estás diciendo que David Prince estaría vivo si tú hubieras montado a *Corr*? —es una pregunta cuya respuesta ambos conocemos, por lo que añado—: ¿Por qué?

Sean se agacha y le acaricia la pata con la mano, para que sepa que está allí, junto a él.

—¿Acaso tú no notas cuando tu yegua está nerviosa?

Pues claro que me doy cuenta. He crecido junto a ella. Sé cuándo está triste, y seguro que ella sabe cuándo lo estoy yo.

—¿Vuelves a trabajar aquí? —le pregunto.

Levanto la vista, porque las bombillas se han encendido, llenando el espacio de un resplandor amarillento que no llega al suelo. Sean va mucho más rápido con los

vendajes. Trabaja sin pararse a escupir, por lo que deduzco que era un truco para que *Corr* no se moviera. ¿Es que no había nadie en todas las cuadras que se atreviera a sostener a *Corr* mientras Sean le vendaba las patas? El animal lleva todo este rato manso como una ovejita, aunque sus ojos brillan, astutos como los de una cabra. Sean no levanta la vista para contestarme.

—Malvern me dijo que podría comprar a *Corr* si ganaba la carrera.

—¿Así que has aceptado tu empleo de nuevo?

—Sí.

—¿Y qué pasa si no ganas?

—¿Y qué pasa si no ganas tú? —me pregunta.

No quiero contestarle, por lo que prefiero cambiar de tema.

—¿Qué harás si ganas?

Ha acabado ya de vendarle la pata, pero sigue agachado.

—Con mis ahorros y la parte del premio que me corresponde, compraré a *Corr* y me mudaré a la casa de mi padre, en la roca de poniente. Sólo el viento podrá marcarme el rumbo.

Quizá porque acabo de descubrir la increíble belleza de los establos de Malvern, me atrevo a decir, incrédula:

—¿No echarás todo esto de menos?

Levanta la vista y me mira. Desde donde estoy yo parece que alguien le haya manchado con carbón la piel que tiene debajo de los ojos.

—¿Y qué voy a echar de menos? Nada de todo esto ha sido nunca mío como para que lo eche de menos —suspira hondo. Aquello era lo más parecido a una confesión que le había oído decir nunca. Se levanta—. ¿Y qué hay de ti, Kate Connolly? ¿Puck Connolly?

Por el modo en que pronuncia mi nombre, creo que finge que no lo recuerda porque le gusta oír el peso de las palabras cuando las repite dos veces, y eso me pone nerviosa y hace que sienta un agradable calor en mi interior.

—¿Qué quieres decir?

Volvemos a hacer otro intercambio: él me pasa el cubo y yo, el ramal. Doy un paso atrás.

—¿Qué harás si ganas la carrera?

—Ah, pues me compraré una docena de vestidos, una carretera para ponerle mi nombre y probaré todos y cada uno de los pasteles que venden en Palsson's.

Aunque no levanto la vista, noto que él me está mirando, y esa mirada suya no es cosa para tomarse a broma.

—¿Y la respuesta de verdad, cuál es? —insiste.

Cuando intento hablarle en serio, pienso en el padre Mooneyham y en que me dijo que Gabe se había sentado en el confesionario y había llorado. Aunque todo

fuera como la seda, mi hermano se acabaría marchando igualmente...

—¿Crees que voy contándole mis secretos a todo el mundo o qué? —le espeto, evitando decir la verdad.

Sean ni se inmuta.

—No sabía que fuera un secreto —suspira—. Si lo hubiera sabido, no te habría preguntado nada.

Aquella respuesta tan honesta me descoloca, y me siento mal por ser tan antipática.

—Lo siento —me disculpo—. Mi madre siempre me decía que, en lugar de salir de su vientre, había salido de una botella de vinagre, y que mi padre me tuvo que bañar en azúcar tres días seguidos para poder quitármelo. Intento comportarme, pero no siempre lo consigo... —cuando a papá le salía el ramalazo imaginativo, les decía a los invitados que los duendecillos me habían dejado en el umbral de la puerta porque les mordía los dedos. Mi teoría favorita era la de mamá: decía que, antes de que naciera yo, llovió siete días y siete noches sin parar y que cuando salió al patio a preguntarle al cielo por qué lloraba tanto, una nube me depositó a sus pies y salió el sol. Siempre me ha gustado la idea de ser una pesada carga incluso para los elementos.

—No tienes por qué disculparte. Ha sido culpa mía, por preguntar demasiado.

Y ahora me siento peor todavía, porque mi intención no era que pensara eso.

*Corr* se mueve repentinamente y cambia el peso de una pata a otra. Su gesto tiene más de lobo que de caballo. Algo en él hace que Sean vuelva a escupirse en la mano y a colocársela sobre el lomo para empujarlo hacia la pared.

—¿Por qué te escupes en la mano? Te he visto hacerlo antes —temo que vaya a pedirme que salga de la cuadra, así que le formulo rápidamente la pregunta. No tengo que fingir interés, aquel gesto llama la atención de una parte de mí reprimida por años de estudio en el colegio, obligada por los adultos que gobernaban mi vida.

Sean se mira los dedos, como si fuera a hacer una demostración, pero se limita a abrirlos y cerrarlos. Estudia a *Corr* mientras piensa en la respuesta; como si su caballo pudiera ayudarlo a responder mejor.

—La saliva... es una parte de mí. Es el modo que tengo de llegar a un lugar al que no tengo acceso de otro modo.

Recuerdo el día de la playa: el caballo marino sólo se quedó quieto cuando Sean estuvo cerca de él. Su olor, impregnado en su camisa, fue lo único que logró calmarlo ese día.

—Algo me dice que mi saliva no significaría tanto para *Corr* como la tuya.

Sean tarda un rato en responder.

—Quizá todavía no.

«¡Todavía!» Creo que no he oído una palabra tan bonita como esa jamás en la



vida.

—¿Y lo de susurrarle cosas? ¿Qué le dices?

Sean se coloca junto al hombro de *Corr* y, por primera vez, me sonrío. Es un gesto muy sutil: no indica buen humor, no sé lo que significa. En cualquier caso, parece más joven con una sonrisa en el rostro, y menos solemne. Quizá por eso no lo hace a menudo. Apoya la mejilla contra la cruz del animal y me responde:

—Lo que necesita oír.

Una oreja de *Corr* se vuelve hacia él. La otra sigue apuntándome a mí. Hay algo especial en aquella escena: el menudo y sombrío Sean Kendrick apoya la mejilla contra aquel coloso rojo que mató a un hombre, como si fueran amigos. Me resulta fascinante y aterrador a la vez, y no puedo despegar la vista de ellos.

—¿Le tienes miedo? —me pregunta Sean, al ver que los observo.

No quiero decir que sí, porque ahora mismo no lo tengo: en este momento parece un caballo y no un demonio, pero tampoco quiero decir que no, porque ayer por la mañana, en la playa, estaba absolutamente aterrorizada. Conteste lo que conteste, estoy segura de que Sean Kendrick es capaz de ver todos los matices contenidos en mi respuesta. Así que me decido por la ambigüedad.

—Me dijiste que no confiara en él.

—Tampoco yo confío en el océano: puede matarme en cualquier momento, pero eso no quiere decir que lo tema.

Miro a Sean con el ceño fruncido: lo veo una y otra vez subido a lomos del semental rojo, galopando a pelo por los acantilados. Pienso en el Sean que no puede soportar ver a Mutt Malvern montando a *Corr*. Por primera vez, no aparto la vista de aquellos ojos tan penetrantes.

—Pero tú amas a los caballos, ¿no? Quieres mucho a *Corr*.

Sean Kendrick se estremece, como si lo sorprendiera mi respuesta. Se queda callado tanto rato que oigo a la perfección todos los sonidos del patio: los relinchos, el borboteo del agua y el ruido de las puertas al abrir y cerrarse.

—Y tú amas la isla. ¿Acaso es diferente?

Tan pronto como lo dice me doy cuenta de que no puedo rebatir ese argumento. Es verdad que la isla podría matarme en un abrir y cerrar de ojos, y es cierto que la sigo amando a pesar de todo. Seguramente por ese mismo motivo.

—Creo que no me gustaría discutir contigo —anuncio—. Me parece que sería un pasatiempo muy poco gratificante.

Por toda respuesta, Sean mira a través de la estrecha ventana. Estudia aquel paisaje desolado con tanta intensidad que me obliga a seguir su mirada, porque pienso que quizá haya descubierto algo. Después me doy cuenta de que llevo años viviendo con dos hermanos, y sé que no está mirando hacia el exterior, sino hacia su interior, y que se debate en una lucha interna. Lo único que puedo hacer es esperar.

—¿Quieres montar en él? —me pregunta al fin.

Tengo la impresión de no haberle oído bien. No quiero decirle «¿cómo?», porque si de verdad oí bien, podría parecer que no quiero montar, y si no he oído bien, parecerá que no le prestaba la suficiente atención.

—Yo me subiré contigo —añade.

Estoy hecha un lío. Vi cómo ese caballo le mordía la yugular a un hombre hace apenas un día. Sé que es el caballo más rápido de toda la isla y que deshonraré la memoria de mis padres. Temo que me guste, no quiero tener miedo y deseo que Sean Kendrick tenga un buen concepto de mí. Y lo que es más importante, necesito saber que podré dormir tranquila por la noche al pensar en lo que he hecho durante el día.

—Vamos a los acantilados —le propongo. La marea está alta, por lo que tendrá que ser allí. Recuerdo al otro *capall uisce* lanzándose al vacío.

—No puedes negarte —me dice, tras mirarme largo rato.

Pero ya sabe que no le diré que no.

## 46

### SEAN

Cuando tenía ocho años, el viento de octubre trajo consigo una tormenta que encrespó el mar que baña Thisby. Días antes de que llegara la lluvia, las nubes abrazaban el horizonte y el océano subía más y más, ansioso por llegar al calor de nuestros hogares. Mi madre lloraba y se cubría la cara con las manos cuando las tejas empezaron a castañetear como si fueran dientes. La oía gimotear contra las ventanas incluso antes de que el cielo se llenara de nubes. Eso fue antes de la primavera y antes de que llegara el siguiente octubre. Antes de que la marea se la llevara al continente y trajera a *Corr* a cambio.

Mi padre, en aquella oscuridad, abrió la puerta y me hizo salir de la cabaña para que me adentrara con él en la salada noche. La luna llena brillaba fiera y redonda en el cielo. La playa a la que me llevó era llana y parecía de cristal, porque la arena húmeda reflejaba la luna. El océano se alargaba ante mis ojos hasta hacerse infinito, y el corazón me dolía al verlo.

Mi padre me llevó hasta una hendidura del acantilado. Tuvimos que trepar por enormes rocas para llegar a nuestra meta: una cavidad del acantilado en la que el furioso mar había lanzado una preciosa caracola, blanca como el armiño, y un hueso perteneciente a la pierna de un hombre. Estaba muy oscuro y la luna no podía vernos, aunque nosotros a ella, sí. La playa se extendía a nuestros pies.

No recuerdo si mi padre me pidió que me quedara callado, pero el silencio era total. La luna surcaba el cielo a medida que la marea se acercaba más y más a nosotros. Las espumosas olas parecían enloquecidas por la tormenta.

Llegaron con la marea. La luna iluminaba las extensas franjas de espuma a medida que las olas chocaban unas con otras e iban a morir a la arena, arrastrando a los *capaill uisce* consigo. Los caballos asomaban la cabeza con un esfuerzo por intentar liberarse del abrazo salado del mar. Cuando ya empezaban a salir del océano, mi padre me agarró el brazo con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

—No te muevas —me ordenó.

Los *capaill uisce* aterrizaban ya sobre la arena, refregándose unos contra otros, corcoveando y liberándose a golpe de fuertes sacudidas de la espuma que les cubría las crines y de los retazos del Atlántico que todavía arrastraban con los cascos. Aullaban desde la arena a los caballos que todavía estaban en el agua, con un lamento tan agudo que me puso los pelos de punta. Eran veloces y letales, salvajes y hermosos. Los caballos eran verdaderos colosos, océano e isla a la vez, y por eso los amaba.

Ahora Puck y yo estamos con *Corr* en los acantilados, bajo un cielo azul intenso. Ella tiene una expresión fiera y firme en el rostro, tan valiente e intrépida como una

barquichuela en un mar agitado. Por encima de nuestras cabezas asoma la misma luna que iluminó el océano tantas noches atrás.

Recuerdo la mano de mi padre, con los nudillos blancos. «No te muevas.»

Puck está al lado de *Corr* y lo observa.

Quiero que lo ame tanto como yo.

## 47

### PUCK

Aquí afuera, en los acantilados, el semental rojo se mueve sin cesar. Ensancha los ollares para atrapar el viento del mar que me alborota el pelo. Cuando era pequeña y montaba a *Dove* a pelo, sin bridas y sucia por el prado, solía apoyarme en una verja o en una roca para subirme a su grupa. Hoy, con *Corr*, no será muy diferente. Lo único que cambia es el tamaño de la roca a la que tengo que subirme. Sean coloca bien a su caballo y me dice:

—Más quieto que ahora no va a estar.

El corazón me galopa, desbocado. No puedo creer que esté a punto de montarme en un *capall uisce*. Y no en un *capall uisce* cualquiera, sino en el que ocupa la primera posición en la pizarra de la carnicería. El mismo que ha ganado las Carreras de Escorpio cuatro veces seguidas. El que le destrozó el cuello a David Prince ayer por la mañana. Me agarro a su crin e intento que no me tire con su baile. Al fin logro montar. Me agarro a su crin con las dos manos, como si fuera una niña pequeña.

—Voy a darte las riendas. Necesito que las sostengas mientras me subo o tendrás que apañártelas sola con él. ¿Puedo confiar en ti? —quiere saber Sean.

Por el modo en que formula aquella pregunta me doy cuenta de lo mucho que se arriesga al dejarme montar en su caballo y darme las riendas.

—¿Los demás han podido sujetarlo bien?

Sean no muda la expresión.

—Nadie más se ha subido a *Corr*. Tú eres la única.

—Puedo sujetarlo —trago saliva.

Sean dibuja un semicírculo con el pie delante del caballo y escupe dentro. Después, pasa con rapidez las riendas por encima de la cabeza del animal y me las da a mí. Si nunca antes hubiera visto o tocado a *Corr*, éste sería el momento en el que me daría cuenta de lo colosal y lo diferente que es de *Dove*. Es curioso, pero a través de las riendas siento el poder que emana de este *capall*. Es como intentar anclar un barco con telarañas. *Corr* tienta mi pulso y yo lo tiento a él. No quiero que me ponga a prueba.

Sean se coloca rápido detrás de mí y me sorprende la repentina cercanía de su cuerpo. Noto el calor de su pecho contra mi espalda, la presión de sus caderas contra las mías.

Me vuelvo para preguntarle algo y aparta la cara bruscamente por la proximidad.

—Ay, perdona —le digo.

—¿Estás cómoda con las riendas? —bajo aquella luz, veo a Sean en tonos blancos y negros. Los ojos le quedan oscurecidos detrás de las cejas.

Asiento, pero el caballo se resiste a avanzar; se echa para atrás, agitando la

cabeza. Cuando tiro de las riendas, levanta las patas delanteras un poco; no para encabritarse, sino a modo de advertencia. Sean me dice algo que se pierde en el viento.

—¿Qué?

—Mi círculo —me indica al oído, con un aliento cálido. Me estremezco, aunque el viento no es más frío que antes—. No pasará por ahí. Tienes que rodearlo.

Tan pronto como dejamos atrás el círculo, *Corr* es como un pájaro que vuela en pleno vendaval: no sé si trota o galopa, lo único que sé es que avanzamos, y que todo parece posible. De repente, el semental se mueve hacia un lado: aprieto las piernas contra sus flancos para enderezar su recorrido. Sean me rodea con los brazos para agarrarlo por la crin.

Sé que sólo ha hecho ese gesto para sujetarse mejor; no para que yo estuviera más segura, pero, de repente, siento que vuelvo a tocar de pies al suelo. Me vuelvo y, de nuevo, él aparta la cabeza para dejarme espacio. Pero no me acuerdo de lo que iba a decirle.

—¿Qué? —reconozco la palabra porque se la leo en los labios, pero no la oigo bien—. ¿Es por...? —empieza a apartar los brazos y yo niego con la cabeza. Algunos mechones de pelo me golpean la cara, y a él también. Me dice algo, pero el viento vuelve a llevarse sus palabras.

Como se da cuenta de que no le he oído, se acerca más a mi oreja. No recuerdo la última vez que tuve a alguien tan cerca de mí. Siento la ondulación de su pecho contra el mío al respirar.

—¿Tienes miedo? —sus palabras resuenan, cálidas, en mi oído.

No sé lo que siento, pero miedo ciertamente no.

Niego con la cabeza.

Sean me coge la coleta con la mano, tocándome el cuello con los dedos, y me pone el cabello dentro del cuello del jersey, lejos del alcance del viento. Evita mi mirada. Entonces vuelve a rodearme con sus brazos y presiona la pantorrilla contra el flanco de *Corr*.

El caballo marino da un brinco en el aire.

A veces me cuesta distinguir el momento en que *Dove* pasa del trote al galope: sólo lo sé por el compás de cuatro y no de tres que marcan sus cascos.

Pero cuando *Corr* se arranca al galope, parece que se esté inventando un nuevo paso, mucho más rápido que los anteriores; tanto, que debería llamarse de otra manera. El viento ruge violentamente contra mis oídos. Hay piedras en el camino, pero no son obstáculo alguno para él. Apenas levanta los cascos y ya los hemos superado. A cada zancada siento que recorreremos más de un kilómetro. Antes nos quedaremos sin isla que *Corr* sin aliento.

Sobre él, somos gigantes.

—Pídele más —me susurra Sean al oído.

Y, cuando aprieto las piernas contra sus flancos, el semental da un brinco hacia delante, como si antes simplemente estuviéramos paseando. Es imposible que ningún otro caballo de los que he visto en la playa sea más rápido que éste. No existe ningún caballo más rápido que *Corr* en todo el mundo, ni siquiera con dos personas encima. Y durante la carrera sólo tendrá que llevar a Sean, es imposible que pierda.

Volamos.

Noto el cálido pelaje contra las piernas: la sensación es casi pegajosa, como cuando la resaca de la mar te entierra los dedos en la arena. Siento su pulso en mi pulso, su energía en la mía, y sé que éste es el misterioso y aterrador poder de los *capaill uisce*. Todos lo sabemos: te atrapa, te confunde y, antes de que te hayas dado cuenta, estás en el agua. Pero Sean se echa hacia delante, con decisión, y le agarra las crines a *Corr* para anudárselas: tres nudos, luego siete y tres de nuevo. Intento concentrarme en lo que hace en vez de pensar en la presión de su cuerpo contra el mío, de su mejilla contra mi pelo.

Aflojo las riendas y galopa hacia la izquierda, lejos del borde del acantilado. Sigo notando la presión del cuerpo de Sean contra el mío: con una mano le presiona las venas mientras con la otra le agarra la crin. Su magia se convierte en murmullo constante dentro de mi cuerpo, que me advierte del peligro del *capall uisce* que tengo entre las piernas, pero que, a la vez, me grita que está vivo, vivo, vivo.

Volvemos por la misma ruta. Sigo esperando que *Corr* dé alguna muestra de fatiga, pero lo único que noto es el repicar de sus cascos contra la hierba, el resoplido de su respiración alrededor del bocado y el rumor del viento contra mis oídos.

La isla se extiende ante nuestros ojos, bajo la luz de la luna. Galopamos en paralelo al borde del acantilado y, más allá, una bandada de pájaros se esfuerza por seguirnos el paso. Creo que son gaviotas dejándose llevar por las corrientes de aire que las envían violentamente hacia arriba a medida que se acercan a las rocas. «Éste es Thisby —me digo—. Éste es el Thisby que tanto amo.» De repente, siento que lo sé todo de la isla y de mí a la vez. Pero sé que esta revelación se desvanecerá tan pronto como ponga los pies en el suelo.

Volvemos a estar en el punto de partida y, sin ganas, freno a *Corr*. El corazón me late fuerte: sigue galopando a pesar de que nos hayamos detenido.

Me bajo del caballo y retrocedo. Me doy la vuelta para ver desmontar a Sean. Se lleva la mano al bolsillo y saca un puñado de sal. Lo esparce formando un círculo alrededor de *Corr* y escupe dentro mientras yo lo observo. Cuando ha acabado, se acerca a mí, sombrío y en silencio. Me mira del mismo modo que el día del Festival, y yo también lo miro a él. Algo salvaje y ancestral se mueve en mi interior, pero no tengo palabras para describirlo.

Sean extiende la mano y me coge la muñeca. Aprieta su pulgar sobre mi pulso: el

corazón me da un vuelco y se precipita. Aquel roce me impide moverme. Soy presa de una magia que no puedo explicar.

Nos quedamos así largo rato. Espero que mi pulso se frene, pero no lo hace.

Finalmente, me suelta la muñeca y se despide:

—Nos vemos mañana en los acantilados.



## 48

### PUCK

Cuando llego a casa, la encuentro limpia como una patena. No tenía este aspecto desde que mis padres murieron. Me quedo de pie en el umbral un instante, desconcertada, hasta que Finn irrumpe apresurado en el zaguán. Tiene el aspecto de un hombre al que le han prendido fuego y él mismo se ha librado de las llamas: está hecho un cuadro; más de lo habitual, quiero decir. Salgo de mi ensimismamiento para intentar averiguar qué ha sucedido.

—Finn, ¿qué pasa? —quiero saber.

Mi hermano intenta decir algo, pero sólo consigue mover las manos. Al final, logra emitir unas palabras.

—Le estuve dando vueltas a una cosa... que quizá te había pasado algo y yo no me había enterado.

—¿Por qué me tenía que pasar nada?

—Puck, es de noche. ¿Dónde estabas? ¡Pensaba que...!

Caigo poco a poco en la cuenta: Finn me vio partir para confesarme y debió de pensar que regresaría poco después.

—Lo siento —me disculpo.

Mi hermano se va hecho una furia a la cocina y me doy cuenta de que toda esta limpieza se debe a que ha estado muy preocupado por mí.

—La casa tiene un aspecto sensacional —señalo.

—¡Pues claro! ¡La he limpiado a fondo! Si te hubieras muerto, pensaba que no sabía cuánto tardaría en enterarme. ¿Quién iba a decírmelo?

—Lo siento, se me pasó. El tiempo se me ha pasado volando.

Eso todavía le irrita más. Nunca lo había visto así. Se comporta como mi padre cuando descubrió que mi madre le había comprado un caballo castrado gris a un granjero. Se había enfadado mucho: su irritación era una tormenta silenciosa, contenida entre las paredes de casa.

—¡Conque se te ha pasado el tiempo volando! —exclama, al cabo de un rato.

—Puedo seguir disculpándome si quieres, pero no sé qué voy a conseguir con eso.

—¡No vas a conseguir nada, ya te lo digo yo!

—¿Y qué es lo que quieres que haga, entonces? —la verdad es que me he llegado a sentir culpable, pero ahora la paciencia empieza a agotárseme. No puedo dar marcha atrás y cambiar el pasado.

Finn se agarra al respaldo de la butaca de papá con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—¡No puedo soportarlo! —espeta, y de repente veo a Gabe en él—. ¡No soporto

no saber lo que pasará!

Me acerco silenciosamente a la butaca y me agacho delante de ella. Cruzo los brazos sobre el asiento y observo a mi hermano. No entiendo por qué sigue pareciendo tan pequeño; quizá toda esta preocupación le está quitando años de encima. O quizá sea porque he visto hace poco a Sean Kendrick.

—Ya casi ha acabado todo. No te preocupes, no me pasará nada. Aunque no gane saldremos de ésta, ¿vale?

El rostro de Finn tiene un aspecto triste y desolado; no cree lo que le digo.

—¿Verdad que *Puffin* volvió? —añado.

—Con media cola menos. Y tú no tienes ninguna.

—Pero *Dove* sí. Y con esa comida tan cara que le damos, seguro que le volvería a crecer muy rápido.

No sé si lo que le digo lo reconforta, pero lo cierto es que no vuelve a protestar. Más tarde, se lleva su colchón a mi habitación y lo coloca junto a la pared contraria. Me recuerda a cuando éramos pequeños y solíamos compartir dormitorio con Gabe, antes de que mi padre construyera otra habitación adyacente para él y para mamá.

Cuando apagamos la luz, nos quedamos callados largo rato.

—¿Qué penitencia te impuso el padre Mooneyham? —me dice al fin.

—Dos avemarías y un Columba.

—Madre mía —suspira él en la oscuridad—, pero si te has portado mucho peor...

—Ya intenté decírselo.

—Cuando vaya yo mañana, se lo volveré a comentar. ¿Ya has rezado las oraciones?

—Pues claro, sólo eran dos avemarías y un Columba.

Mi hermano se agita en la oscuridad.

—¿Todavía hablas en sueños?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Si lo haces, te daré un cosCorrón.

Y se da la vuelta, ahuecando la almohada.

—Esto no es para siempre. Sólo me quedaré en tu habitación hasta después de las carreras.

—Vale —le contesto. Veo la silueta de la luna a través de la ventana, y pienso en el momento en que Sean me tomó el pulso. Aparto unos instantes ese recuerdo, porque quiero recuperarlo cuando Finn haya dejado de hablar. Pero, en vez de pensar en eso, le doy vueltas a lo que me ha dicho mi hermano antes: si yo me muriera, ¿cuánto tardaría en enterarse o quién se lo diría? Caigo en la cuenta entonces de que no recuerdo en qué momento nos informaron de la muerte de nuestros padres. Partieron juntos en la barca, algo nada habitual, y después descubrí que habían muerto. No es que no recuerde quién nos lo dijo, sino que ni siquiera recuerdo que

nos dieran la noticia. Me quedo estirada en la cama, cerrando los ojos con fuerza para revivir ese momento, pero una y otra vez me asalta la imagen de Sean y la sensación de ver pasar el mundo a toda velocidad montada a lomos de *Corr*.

Creo que la isla es bondadosa porque no permite que recordemos las cosas terribles demasiado tiempo, y en cambio nos deja atesorar los buenos recuerdos tanto como nosotros queramos.

## 49

### SEAN

La mañana de la subasta de ganado de Malvern resulta excepcionalmente despejada, incluso demasiado agradable para el mes de octubre. Perdí muchas horas de sueño después de dejar a Puck la noche anterior, así que le robo al día media hora para prepararme. Acto seguido, me visto y me dirijo al patio. Esta mañana no podré montar a *Corr* ni realizar mis tareas habituales. Aquella temperatura perfecta que podría hacer más soportables las condiciones de la playa se desperdiciará por culpa de la subasta.

El patio está lleno de hombres del continente. Llevan en la mano una copa de champán a pesar de que son las nueve de la mañana. Sus esposas van demasiado abrigadas, con unas ridículas pieles que a buen seguro les dan demasiado calor. De vez en cuando, el relincho de un caballo irrumpe en escena y destaca por encima de sus voces. Estos turistas son de otro talante al de los que llegaron justo a tiempo para las Carreras de Escorpio, más parecidos a los caballeros que vi el otro día en el hotel que a cualquier isleño. Todos los mozos de Malvern trabajan hoy a destajo: esta subasta proporciona los ingresos necesarios para salir adelante el resto del año.

Acabo de aterrizar cuando de repente George Holly me agarra del codo.

—Hombre, Sean Kendrick. Pensaba que estaría usted hoy con las bestias pardas.

—Hoy no —lo cierto es que preferiría estar con los mozos, llevando a los caballos a la pista para que los compradores los pudieran observar. En cambio, me toca estar cerca de Benjamin Malvern por si me mira o inclina la copa de champán en mi dirección, señal de que debo cantar las alabanzas de tal o cual caballo que esté a punto de entrar en la subasta—. Hoy quien está a la venta soy yo, no ellos. Soy la novedad.

—Ah, de ahí ese aspecto tan impecable. Casi ni le reconozco con esa chaqueta tan elegante.

—Me la compré para mi funeral.

George Holly me da una palmadita en los hombros.

—Veo que tiene pensado seguir así de delgado toda la vida o morirse pronto, ¿no? Qué cabeza tan cavilosa sobre unos hombros tan jóvenes... Si su Kate Connolly no lo ha visto con esa chaqueta puesta, debería hacerlo.

Dudo mucho que a Puck le guste esta versión de mí, como si mi única ambición en la vida fuera tener un reloj de bolsillo. Si prefiriese a este Sean, sería una lástima en cualquier caso. Me paso la palma de la mano por encima de los botones del chaleco para alisarlo.

—Es una experiencia fenomenal ver que se siente incómodo, señor Kendrick —bromea Holly—. ¡Esa chica le quita el sueño! Ahora dígame qué caballos debo

comprar.

Yo no diría que Kate me quita el sueño, ésa no sería la manera de definirlo... Lo único que sé es que me cuesta concentrarme en las cosas. Ojalá pudiera estar con *Corr* y no aquí, cociéndome con esta chaqueta.

—A *Mettle* y a *Finndebar*.

—¿«*Finndebar*»? ¡Casi ni lo sé pronunciar, y mucho menos recordar cuál era! ¿Me lo enseñó Malvern?

—Seguramente no —le contesto—. Es una yegua para la cría. Se está haciendo un poco mayor, por eso ha decidido venderla.

Levanto la vista justo a tiempo de ver llegar a Malvern junto a un grupo de posibles compradores, que parecen encantados con el tiempo que hace en la isla, los jinetes isleños y su pintoresco patrón. Malvern me ve y observo que memoriza mi ubicación para futura referencia.

Holly y Malvern se miran con expresión poco cordial.

—Vaya, la verdad es que no tengo pensado quedarme una yegua que me dé potrillos.

—Sólo da a luz a campeones. ¿Qué ha querido decir esa miradita?

Holly se encoge de hombros en el momento en que un mozo con un potrillo nos adelanta.

—Es la mirada que pongo cuando hablo de yeguas para la cría.

—No, me refiero a usted y a Malvern. ¿Sobre qué han discutido?

Se rasca el cogote y rechaza el champán que se le ofrece.

—Pues resulta que conocí a uno de sus viejos amores, sin saber eso yo antes, y creo que ahora piensa que soy un donjuán —parece dolido.

No le digo a Holly que a mí también se me había pasado esa idea por la cabeza.

—Pensaba que el hecho de que usted estuviera aquí significaba que las cosas se habían arreglado.

—Las aguas volverán a su cauce tan pronto como le compre algún ejemplar —manifiesta él mientras observa la subasta por encima del hombro—. *Mettle* y la supermamá. Entendido. Aunque no era mi intención comprar una yegua para la cría, tenemos muchísimas en la ganadería. ¿Por qué no la cruza con su semental rojo y me vende el fruto de tan feliz unión el año que viene?

—Cruzar a un *capall uisce* no es tarea sencilla —le explico—. A veces una yegua les parece eso, una yegua, y otras, su plato del día.

Si hay un patrón o una razón que explique por qué un semental *uisce* elige a una yegua o por qué una yegua *uisce* elige a un semental, todavía no la he descubierto. Algunos caballos de Malvern tienen sangre *uisce* en sus venas, pero es escasa y se manifiesta de modo curioso. Un ejemplo son los caballos a los que les gusta nadar, como *Fundamental*, los potrillos cuyos relinchos tienen algo de lamento o los potros

de orejas largas y finas.

—Exactamente lo mismo pasa con los humanos —suspira Holly, con amargura.

Pienso en si se refiere a que su amante ciega le ha dado calabazas o si la cosa ha ido al revés, pero me distrae en ese momento la presencia de Mutt Malvern entre los compradores. Habla con ellos y gesticula en dirección a una potrilla que está en esos momentos en la pista, como si la conociera a la perfección. Los mimados y achispados compradores escuchan sus palabras y asienten con la cabeza porque es el hijo del dueño, y seguramente sabe lo que se dice... Holly sigue la dirección de mi mirada y por un momento nos quedamos los dos observando la escena, hombro con hombro.

—¡Vaya, buenos días! —saluda Holly, efusivo. Cuando me doy cuenta de a quién saluda, me alegro de no haber dicho nada malo de Mutt. Benjamin Malvern está justo detrás de nosotros.

—¡Buenos días a los dos! —exclama Malvern—. Señor Holly, confío en que haya encontrado algo que sea de su agrado.

Malvern me mira.

Holly sonrío de oreja a oreja con su sonrisa americana perfecta, blanca y resplandeciente.

—Apreciado Benjamin, hay tantas cosas que me interesan de Thisby...

—¿Y algo que pertenezca a la categoría de cuadrúpedos?

—Quizá *Mettle* y *Finndebar* —responde Holly. A pesar de su protesta inicial, pronuncia el nombre de *Finndebar* sin atrancarse.

—*Finndebar* sólo da a luz a campeones —declara Malvern.

Hago una mueca con los labios al oír mis palabras en boca de otra persona.

Holly asiente con la cabeza en mi dirección.

—Eso tengo entendido. ¿Por qué la vende, entonces?

—Bueno, está ya entradita en años.

—Sin embargo, la edad lo hace a uno más sagaz —replica Holly—. Bueno, ¡qué le voy a decir a usted! Ah, qué maravilloso lugar, qué gentes tan extraordinarias. Caramba, veo que tenemos aquí reunidos a todos los Malvern: aquí llega Matthew, que es clavadito a su padre.

Holly lo dice porque Mutt se encuentra lo suficientemente cerca como para oírle. Está allí, de pie, hablando de una potrilla con otro hombre. Creo que quiere aparentar que es útil delante de mí o de su padre. Oigo perfectamente lo que le dice al comprador, y es totalmente ridículo. Aun así, el hombre asiente en todo momento con la cabeza.

Malvern observa a Mutt con expresión inescrutable. Sin embargo, lo que sí adivino es que no mira a su hijo con orgullo, precisamente.

—Le confesaré —prosigue Holly— que le he cogido bastante aprecio a este

muchacho que tenemos aquí, Sean Kendrick. Tiene en él una ayuda inestimable.

Malvern se vuelve bruscamente para mirarme a mí primero y después a Holly. Arquea la ceja.

—Tengo entendido que se está usted empleando a fondo para llevárselo a tierras americanas.

—Es cierto, pero es un muchacho demasiado leal —declara Holly. La sonrisa que me dedica no puede ser más sincera—, lo que es una verdadera decepción. Supongo que lo debe de tratar usted demasiado bien.

Mutt, que lo ha oído todo desde su cercana ubicación, me mira con el ceño fruncido.

—El señor Kendrick lleva casi una década con nosotros —responde Malvern—. Cuando murió su padre lo acogí en mi casa.

En apenas una frase ha logrado esbozar el retrato de un muchacho huérfano sentado a su mesa, criado igual que su hijo Mutt y que ha conocido los placeres de ser un Malvern.

—De modo que es prácticamente como un hijo para usted —asevera Holly—. Eso explica el vínculo tan fuerte que hay entre ustedes. Todos estos caballos tienen su sello personal, ¿no es así? Si me pidiera la opinión, le diría que me parece el heredero natural de Malvern Yard.

Padre e hijo se han mirado largamente durante el parlamento de Holly. Cuando éste se queda callado, Malvern me mira a mí, de pies a cabeza, antes de intervenir.

—Hay mucho de cierto en lo que dice, señor Holly —y observa a Mutt antes de añadir—: De hecho, creo que tiene usted toda la razón.

No sé si de verdad lo piensa. Lo único que se me ocurre es que está tomándole el pelo a Holly con uno de sus jueguecitos. O tal vez lo haya dicho para que Mutt lo oyera, cosa que claramente ha hecho.

Holly y yo nos miramos de hito en hito. Los dos estamos igual de sorprendidos por aquella revelación.

—Lo que es una verdadera pena —prosigue Malvern, apartándose ahora de Mutt— es que estas cosas no siempre se llevan en la sangre. Me mira y de repente caigo en la cuenta de que nunca he sabido de verdad lo que piensa detrás de esos ojos astutos y hundidos. Apenas sé nada de él: sólo conozco sus caballos y el apartamento que queda por encima de las cuadras. Sé que solía montar, pero lo dejó, y que su hijo es ilegítimo, pero desconozco si la madre vive en la isla. Sé que gano la carrera año tras año para él, y que se queda con nueve décimas partes del premio, como haría con cualquier otro empleado.

—El señor Kendrick nació sobre un caballo y morirá en uno. Quizá sea algo que no se hereda con la sangre. Es uno de esos pocos elegidos que logran que un caballo haga lo que él quiere, pero jamás le exigirá más de lo que puede darle. Si le ha

recomendado que invierta su dinero en *Mettle* y en *Finndebar*, sería usted un necio de no hacerlo. Que tenga usted un buen día, señor Holly.

Malvern le dedica un saludo con la cabeza a Holly y desaparece dando unas zancadas. En su ausencia, Holly me dice algo que no entiendo, porque estoy pendiente de Mutt. En su rostro se dibuja una expresión de incredulidad y de rechazo. En ese momento ya no importa si lo que haya dicho Malvern es cierto o no. Lo único que importa es la mala fe que ha tenido al decirlo.

Al verme, la expresión de Mutt se vuelve temible. Algo está cambiando en su interior. Vuelve a la casa abriéndose paso a empujones.

—Sean Kendrick —me llama Holly—. ¿En qué piensa usted?

—En que esto no me gusta nada —reconozco.

Holly mira hacia el lugar que ocupaba Mutt Malvern hace apenas unos segundos.

—Yo que usted, esta noche cerraría bien la puerta.



## 50

### PUCK

Por la mañana, antes de ir a los acantilados a entrenar (donde probablemente me encuentre con Sean), Finn y yo nos vamos a ver a Dory Maud. Él va en bicicleta y yo, a lomos de *Dove*. La razón de nuestra visita es que Finn va hacerles algún trabajito, y yo acudo también deseosa de que las teteras se hayan vendido bien, porque sólo nos queda un pedazo de mantequilla en casa y no tenemos nada de pan para untarla, ni harina.

Entramos a paso lento en Skarmouth. Desmonto y tiro de *Dove* con especial cuidado, porque no quiero que se tuerza una pata en algún adoquín desigual. Finn se baja de la bicicleta para asegurarse de que puede mirar largo y tendido el escaparate de Palsson's sin miedo a caerse de ningún vehículo.

Al pasar por delante de la pastelería, los dos miramos con tristeza, aunque me había jurado y perjurado que no lo haría. No hay nada que indique con más claridad que dos chavales son huérfanos que verlos comerse con los ojos las bandejas de pastelillos de noviembre, las fuentes de galletas y las esponjosas rebanadas de pan que todavía humean, calentitas, detrás del cristal. Ambos suspiramos al unísono y seguimos con nuestra ruta hacia Fathom & Sons. Ato a *Dove* delante de la tienda y mi hermano, a su vez, le dice a su bicicleta que lo espere fuera. No sé si habrán abierto ya; puede que Elizabeth y Dory estén en el tenderete que han instalado junto al camino del acantilado.

Sin embargo, la puerta se abre y al entrar me sorprende hallar a las susodichas. Las acompaña un hombre rubio muy guapo que no oculta su embeleso ante una almohada sepulcral de piedra que Martin Devlin se encontró en su huerto el año pasado, cuando plantaba patatas.

—¡... de verdad que se ponía aquí la cabeza durante el funeral! —exclama.

Finn me mira y yo observo al forastero. Debe de tener unos treinta años, quizá, que no hacen sino sumarle atractivo. Es elegante y va hecho un pincel (creo que ésa es la expresión que se suele usar). En las manos sostiene una gorra chata de color rojo.

—¡Mira quién está aquí! ¡Puck! —exclama Dory Maud—. Puck Connolly.

Finn y yo nos volvemos a mirar, extrañados.

—Encantada de conocerle —saludo al forastero.

—Ay, pero si no os he presentado —interviene Dory Maud—. Señor Holly, le presento a Puck Connolly. Puck, te presento al señor George Holly.

—Bueno, pues ahora estoy encantada de conocerle —repito, no sin cierto mosqueo—. Iba a dejar aquí a Finn y... —Elizabeth se acerca furtivamente hasta mí y me clava sus garras en la piel.

—Necesito robároslo un momento —gorjea. Me lleva a la trastienda y cierra la puerta una vez estamos dentro. Nos quedamos a solas ella y yo, con un público compuesto por una mesa que es más grande que el propio suelo y una pila de cajas llenas de las cartas de amor que les escribía Dory Maud a sus amantes marineros. Estamos muy cerca la una de la otra; Elizabeth huele como si se hubiera perfumado con un cargamento de rosas.

—Puck Connolly, haz el favor de comportarte como mejor sepas con ese hombre.

—Pero si estaba siendo amable...

—No es verdad. Te lo he visto en la cara. ¿Te crees que soy tonta? Necesitamos animarlo para que nos compre cosas, ese americano es más rico que la propia reina, y creo que quiere llevarse un pedazo de Thisby consigo.

Espero que se lleve la dichosa estatua de la fertilidad.

—¿Se puede saber qué es lo que intentas venderle?

Elizabeth se apoya contra la puerta para asegurarse de que nadie nos interrumpe.

—A quién, mejor dicho... A Annie.

—¿A Annie?

—Si vas a repetir cada cosa que te diga, le daré tu lengua también para que se la lleve.

—¿Y Annie sabe algo de esto?

—Es una pena que no seas igual de lista que de mona —Elizabeth cae en la cuenta de que todavía me está agarrando del brazo y me suelta—. Ahora sal ahí afuera y haz el favor de ser un encanto.

Frunzo el ceño y la sigo a la sala principal. Todos los allí presentes se vuelven para mirarme. No sé cómo, pero Finn ha acabado con la almohada sepulcral de piedra en las manos.

—¿Ya han terminado con sus cosas, señoritas? —pregunta Dory Maud. No recuerdo la última vez que utilizó la palabra «señoritas» en un tono que no fuera sarcástico—. El señor Holly precisamente se mostraba interesado en ti, Puck.

Quizá se me note el apuro que siento, porque Holly interviene raudo y veloz en mi ayuda:

—Sean Kendrick me ha hablado de usted.

—No mencionó usted eso antes —afirma Dory Maud, sin quitarme los ojos de encima—. Puck, ¿sabes lo que sería perfecto? Que te llevaras al señor Holly a desayunar algo.

—Pero... —ambos protestamos al unísono.

—Es que tengo a *Dove* delante de la tienda, esperándome —añado enseguida.

—Y yo me iba ya a los entrenamientos —se excusa él, mirándome con complicidad. Decido en ese momento que me cae bien. El hecho de que vaya tan elegante ayuda, no lo voy a negar, pero su inteligencia es lo que acaba de decidirme.

—Pues entonces tendrías que llevártelo a Palsson's para que probara los pastelillos de noviembre. Claro que a Annie también le salen buenísimos, ¡incluso mejores que los de Palsson's! —exclama Dory Maud—. Precisamente, mi hermana acababa de decirme, señor Holly, que le gustaría haberle preparado algunos, pero claro, no ha tenido tiempo la pobrecilla. Puck, si vais a Palsson's, podéis llevároslos a la playa y desayunar allí juntos.

La sonrisa de Holly centellea en la sala como un cometa, y tanto Maud como Elizabeth caen rendidas ante aquel fulgor.

—¿Me permite que la invite, señorita Connolly? —pregunta Holly—. ¿Y también a su hermano?

Elizabeth me mira con tal intensidad, como diciéndome «ya te dije yo que era un americano de posibles con mucho dinero», que creo que me va a atravesar con los ojos. Les lanzo una mirada feroz a ella y a Dory Maud.

—Pues claro. Ah, Dory, si me das algo de dinero suelto compraré algunos pastelillos más para... Annie.

Nos fulminamos con la mirada hasta que Dory Maud me da al fin unas monedas. Y así, los dos Connolly, exultantes, salen con George Holly de Fathom & Sons rumbo a la pastelería. El americano me observa con gran interés mientras desato a *Dove*, y yo lo miro a él con más interés si cabe. Sé que no se trata de un simple turista por cómo observa a *Dove*. Sus ojos van desde el corvejón hasta la babilla y de la cruz hasta el ángulo del hombro. Me pregunto si conocerá bien a Sean.

—Supongo que ya sabrá —anuncia Finn, de camino a la pastelería, contento como un cascabel ante la perspectiva de llenarse el buche— que Annie es ciega, ¿verdad?

—No del todo —corrige Holly—. Quiero decir que algo sí que ve.

—¡Eso es lo que le han dicho ellas! —exclama Finn. Me los quedo mirando a los dos. ¿Qué tendrá este hombre que es capaz de hacer que mi hermano esté así de feliz y confiado?

—Y es verdad —responde, alegre, Holly. Se inclina hacia Finn y le pregunta—: Oye, ¿exactamente qué son los pastelillos de noviembre?

Lo pregunta con una curiosidad tan auténtica que mi hermano se anima todavía más y parlotea sin cesar. Le describe la húmeda miga, el néctar que fluye de su base, el glaseado que empapa todo el dulce antes de que puedas darle un lametón. Ver a George Holly y a mi hermano hablando sobre repostería hace que se me enternezca el corazón. Holly levanta la vista para observarme, y sé que la mirada que le dedico es un poco cortante: para nada encantadora. Pero dudo bastante que George Holly, tan bueno, agradable e inteligente, se deje engatusar por las tretas de Dory Maud y Elizabeth.

Entramos los tres en Palsson's. Intento mantener cierto aire de dignidad, pero me

cuesta horrores no dejarme llevar por el delicioso olor que flota en el aire. El perfume de la canela se mezcla con el de la miel y la levadura. Palsson's está en la esquina de la calle, y la luz entra a borbotones por sus ventanas. Las paredes están repletas de unas immaculadas estanterías de madera, totalmente abiertas, con lo que la luz se filtra libremente por los cristales y dibuja grandes cuadrados dorados en el suelo. En los estantes hay pan, galletas, rollitos de canela, pastelillos de noviembre, panecillos dulces y pastas de té. La única pared que no está tan abigarrada es la que hay detrás del mostrador, contra la que se apilan sacos y sacos de harina deseosa de convertirse en pan. Hay tanta harina que puedo distinguir perfectamente su olor dulce y agradable. Dentro de la panadería todo es de color dorado y blanco; puro néctar de los dioses. Creo que podría vivir perfectamente aquí y dormir cada noche entre los sacos de harina.

Palsson's está lleno hasta la bandera, como de costumbre: es una verdad universal que tanto las amas de casa como los clientes allí congregados charlan mucho más animadamente cerca de un horno humeante lleno de pastelillos. George Holly observa la escena y le susurra algo a Finn mientras avanzan entre las estanterías en dirección a la larga cola. Su cabello dorado como un pastelillo de noviembre encaja perfectamente en aquella estampa.

—Su tía es una mujer de armas tomar —aventura Holly.

—¿Quién, Dory Maud?

—La misma.

Si Dory Maud le ha dicho que somos parientes, creo que volveré a adoptar el mal hábito de escupir.

—No es mi tía.

—Ay, lo siento —se disculpa, divertido—. Como se trataban con tanta familiaridad pensé que eran parientes. No quería entrometerme.

—En Thisby todos nos tratamos con familiaridad —le replico—. Quédese aquí un mes y verá cómo acaba siendo tía suya también.

Finn se ríe divertido.

—¡Caramba! —exclama George Holly—, ¡menuda afirmación!

Avanzamos en la cola. La cabeza de mi hermano va de bandeja en bandeja, como si fuera un búho que mira en todas direcciones mientras evalúa las posibilidades de cada dulce.

—El señor Kendrick me ha dicho que su poni tiene un buen ancho de caña —prosigue Holly, para darme conversación. Alguien dice «una gorra roja» detrás de mí.

—No es un poni, es un caballo.

—¿Cómo?

—Que mide metro y medio de alto hasta la cruz y es un caballo. ¿Le ha dicho él eso?

—Huy, discúlpeme, señora —se excusa Holly. Lo dice porque Mary Finch acaba de empujarlo para llegar hasta el escaparate y, de paso, la mano de la mujer lo ha rozado de algún modo, para gran alegría de ella. Holly avanza hacia el mostrador y se recompone antes de darse la vuelta para mirarme—. Se dice en la playa que su poni... perdón, su caballo, galopa en línea recta, mientras que los *capaill uisce* suelen tentar al jinete yendo hacia la derecha, y que eso puede darle muchas posibilidades de ganar.

Me pregunto si Sean Kendrick lo cree de verdad. Yo debo creerlo, porque, de lo contrario, ¿qué demonios estoy haciendo?

—Supongo que ésa es la idea. Por cierto, si vamos a tratarnos con familiaridad..., permítame que le pregunte si conoce bien a Sean Kendrick.

Mary Finch vuelve a apretujarse contra George Holly para pasar, y éste la observa, un tanto desbordado por aquel derroche de hospitalidad local. Intento que no se me escape la risa.

—Ah, bueno —me dice—, la verdad es que vine a Thisby para echarles un vistazo a los caballos de Malvern, y así nos hemos conocido. Es un muchacho muy peculiar, y con eso quiero decir que le tengo bastante afecto.

Finn repiquetea con los dedos en el mostrador para llamar la atención de Holly y que éste vea los pasteles que acaban de colocar allí, bajo el cubre tartas. Durante un instante, los dos tienen la misma expresión de niño triste que anhela su pastel. Y esa tristeza no se ve mitigada por el hecho de que la cola que los separa de los dulces apenas llega a los dos metros.

—Y ya que estamos con el tema de la familiaridad... ¿Lo conoce usted bien?

Me pongo roja como un tomate, cosa que me mortifica. Maldito sea este pelo naranja y todo lo que lo acompaña. Mi padre me dijo una vez que si no hubiera heredado el cabello pelirrojo de mi madre no me pondría roja con tanta facilidad ni tampoco diría tantos tacos. Lo que me pareció muy injusto, porque apenas digo tacos ni me pongo colorada, aunque motivos no me han faltado muchas veces. Creo que soy una persona bastante equilibrada, dadas las circunstancias.

Finn me mira con los ojos muy abiertos, interesado por saber la respuesta a la pregunta de Holly.

—Un poco —le respondo—. Nos llevamos bien.

—¿Igual de bien que con su tía? —inquire Holly, quien, tras ver que lo fulmino con la mirada, cambia de táctica—: ¿Como si fueran primos? ¿Hermanos, tal vez?

—Pues la verdad es que no lo conozco tanto como Mary Finch a usted —declaro. Como se queda desconcertado, imito el gesto de un pellizco y se sobresalta como si en ese preciso momento notara las atenciones de aquella mujer.

—Ahí me ha pillado usted —conviene Holly.

Nos quedamos junto al mostrador, donde Bev Palsson canjea dinero por dulces.

Finn se compra una cantidad obscena de rollitos de canela con el dinero de Dory Maud. Cuando ya estamos fuera de la pastelería, cerca de donde he atado a *Dove*, Finn le pide a George Holly que le quite el envoltorio a una de las tartas, para así poder observar su reacción. Holly le da un mordisco y se le derrama un poco de miel por la comisura de los labios. Cierra los ojos de puro deleite, y es difícil adivinar si exagera un poco para que Finn se ponga todavía más contento.

—Tengo entendido —prosigue Holly— que la comida siempre sabe mejor cuando la recuerdas. Pues bien, no sé cómo un recuerdo mío puede mejorar lo presente.

Finn está encantado, como si hubiera hecho él mismo aquellas tartas. Veo en la expresión del americano un sentimiento agridulce: creo que la isla ha empezado a atraparlo, y eso hace que me caiga todavía mejor. Alguien a quien Thisby elige para seducirlo no puede ser mala persona.

—Finn, ¿serías tan amable de pedirles otra bolsa para que podamos repartir los pastelillos y las tartas en dos paquetes? Y, si te doy esto, ¿podrías comprarme otro rollito para llevármelo a mi habitación? Cómprate otro para ti también, así la otra mano no te parecerá tan vacía.

Cuando Finn se ha ido, Holly me advierte:

—Puck, quizá me estoy metiendo donde no me llaman y puede que pague por ello, pero permítame que le diga que hay personas que no quieren verla en la playa; no sé si tiene constancia de ello.

Recuerdo a Peg Gratton diciéndome que no permitiera que nadie ajustara mi cincha. Se me quitan las ganas de desayunar de golpe.

—Sí, algo he oído.

Holly parece verdaderamente preocupado.

—Es usted la primera mujer que participa en la carrera, ¿verdad?

Me llama la atención lo de «mujer», pero asiento con la cabeza.

—Es que me parece que las cosas se están poniendo un poco feas allí abajo —me confiesa—. No le diría nada si no pensara que corre usted peligro.

Qué rápido se ha convertido George Holly en uno de nosotros: voy a competir contra más de una docena de *capaill uisce* y sabe que es a los hombres a los que debo temer.

—Ya sé que no puedo confiar en nadie —reconozco—; sólo en...

Holly me observa.

—Le gusta, ¿a que sí? ¡Qué lugar tan maravilloso, extraño y reprimido éste!

Casi lo mato con la mirada. Por lo menos, esta vez no me sonrojo, algo es algo. Aunque también puede ser que esté roja como un pimiento morrón y ya no pueda ponerme más colorada.

—Por lo menos yo no me dejo engañar por tres hermanas que suman entre todas

cuatro ojos y medio.

Holly se ríe, encantado.

—¡Tiene toda la razón!

*Dove* pone su empeño en darle un lametón a mi pastelillo de noviembre, y yo la aparto de un codazo.

—Annie es agradable —prosigo—. ¿Le parece guapa?

—Mucho.

—Yo creo que usted también le gusta —lo miro por el rabillo del ojo, esbozando una sonrisilla—. Debe de ser porque no ve más allá de sus narices. Aunque no creo que le prepare muchos pastelillos de éstos. Que *Palsson's* siempre esté lleno hasta los topes tiene su explicación: las mujeres de *Thisby* son unas perezosas.

—¿Perezosas como usted?

—Más o menos.

—Entonces me parece que podré soportarlo —levanta la vista: Finn acaba de salir por la puerta de *Palsson's*, cargado con dos bolsas, y se acerca a nosotros feliz como una perdiz.

—Le deseo muchísima suerte, señorita Connolly. Y le recomiendo que no espere a que Sean Kendrick se dé cuenta de que se siente solo...

Me gustaría preguntarle qué quiere decir con aquello, pero Finn ya nos ha alcanzado, y ésa no es una pregunta que pueda formularle delante de uno de mis hermanos.

Así que nos despedimos muy educadamente. Holly se marcha a ver los entrenamientos en la playa, yo me voy con *Dove* hacia la cima de los acantilados y Finn se prepara para hacer las chapucillas que le ha encargado Dory Maud.

—¿Te has fijado en su acento? —me pregunta mi hermano.

—No soy sorda.

—Si yo fuera Gabe, me iría a América, y no al continente.

Esa frase arruina cualquier atisbo de buen humor que estuviera germinando en mi interior.

—Si tú fueras Gabe, te daría un bofetón.

Finn no me hace ni caso. Le da a *Dove* una palmadita en la grupa antes de marcharse.

—¡Espera! —lo detengo para darle dos pastelillos más de mi bolsa—. Toma. Anda, vete.

Se marcha con paso alegre, encantado por aquel inesperado festín. Sujeto la bolsa de los pastelillos en una mano y, con la otra, cojo las riendas de *Dove*. Pienso en las palabras de Holly, que la comida siempre sabe mejor en tus recuerdos... Qué comentario tan extraño y sensacional: asume que no sólo disfrutarás desde el primer mordisco, sino también de todos y cada uno de los momentos en los que evoques ese

bocado delicioso. Mi futuro pende de un hilo, y no sé si puedo permitirme el lujo de perderme en divagaciones. En cualquier caso, el pastelillo de noviembre me sabe muy dulce en este preciso instante.



## 51

### SEAN

Cuando Puck llega a la cima del acantilado, yo ya llevo un rato allí. Pero no soy el único: dos docenas de turistas interesados en la carrera se han acomodado en las rocas y nos observan a mí y a *Corr* desde tan cerca como el temor se lo permite. Puck casi los fulmina con la mirada. Algunos de ellos no pueden ocultar su sorpresa ante aquella reacción. No sé qué debo esperar de ella después de lo sucedido ayer por la noche. No sé cómo tratarla ni lo que ella espera de mí. Ni siquiera sé lo que espero yo de mí mismo.

Lo que recibo es un saludo sin palabras y un pastelillo de noviembre. Nos comemos uno cada uno en silencio bajo la atenta mirada de los turistas y después nos limpiamos las pegajosas manos en la hierba.

Puck mira con cara de disgusto a los curiosos.

—*Dove* se cohíbe bastante cerca de los caballos marinos.

—Es normal.

—Bueno, pero para la carrera eso no nos favorece mucho, ¿no? —me dice Puck, airada.

Me vuelvo para mirar a la yegua parda, que nota visiblemente la presencia de *Corr*, pero no parece asustada.

—Eso no es malo —aventuro—. Si los caballos marinos le infunden respeto, eso la hará más veloz. A menos que tú tengas miedo de que ella tenga miedo.

Observo a Puck reflexionar sobre lo que le acabo de decir. Mira a *Corr* con los ojos entrecerrados y me pregunto si estará pensando en nuestro recorrido de ayer por la cima de los acantilados.

—En mí sí que puedo confiar —dice al cabo de un rato. Me mira como si me estuviera haciendo una pregunta. Pero ella es la única que sabe la respuesta.

—¿Estás lista para empezar a trabajar? —le pregunto.

Allá vamos.

*Corr* no está nada cansado después del galope de la noche anterior, y la yegua de Puck parece en plena forma y no acusa el frío viento. Avanzamos en círculo, nos perseguimos, galopamos y reñimos en broma. *Corr* y yo tomamos la delantera hasta que éste se distrae y entonces Puck de repente se acerca. Su yegua tiene las orejas tiesas y está disfrutando del juego. Galopamos a la misma velocidad, no por competir, sino por el mero placer de galopar.

Se me olvida que estamos entrenando y que faltan apenas unos días para la carrera. Olvido también que Puck monta una yegua isleña, y yo, un *capall uisce*. Para mí no existe nada más que el rumor del viento en mis oídos, su sonrisa fugaz en cuarto menguante y el peso familiar de *Corr* bajo las riendas.

Transcurre una hora sin apenas darme cuenta y al final tengo que frenar a *Corr*. No quiero cansarlo demasiado. Puck hace lo mismo con *Dove*. Tengo la impresión de que va a decirme algo por el modo de colocar la lengua contra el paladar, pero al final lo único que hace es repetir mis propias palabras.

—¿Nos vemos mañana en los acantilados?

## PUCK

Sean está allí al día siguiente, al otro y todos los días. Tengo la impresión de que no voy a verlo el domingo, porque nunca lo he visto en Santa Columba. No sé dónde debe de meterse los días de fiesta, pero después de misa voy a la cima de los acantilados y allí está, observando la playa.

Nos quedamos los dos contemplando el entrenamiento, sin apenas decirnos nada, y al día siguiente volvemos con nuestras monturas. A veces estamos muy juntos y simulamos alguna escaramuza, y otras galopamos a mucha distancia el uno del otro, sin llegar a perdernos de vista. En numerosas ocasiones me sorprende recordando el tacto de los dedos de Sean sobre mi muñeca, y fantaseo con la sensación otra vez. Pero lo que más me impresiona es el modo que tiene de mirarme, con respeto, y creo que es lo que más valoro de todo.

Lo único malo es que cuanto más veo a *Corr* y a Sean juntos, más me doy cuenta de que no podrían pasar el uno sin el otro.

Pero no podemos ganar los dos.

## SEAN

Llevamos entrenando juntos una semana y ya casi ni me acuerdo de mi rutina diaria de acudir a la playa. Echo de menos las solitarias mañanas cerca del mar, pero no lo suficiente como para cambiarlas por la compañía de Puck. Algunos días casi ni hablamos, así que no sé por qué representa un cambio tan grande para mí, pero lo cierto es que *Corr* y yo tampoco necesitamos palabras para entendernos.

Así que los entrenamientos se han convertido en horas de montar a *Corr*, obligándolo a ir a paso lento, y en horas de observar a Puck inventándose nuevos juegos para que *Dove* no pierda el interés en el entrenamiento. La yegua ya no tiene esa barriga típica de los caballos que comen sólo heno, no sé si por el ejercicio regular o porque está mejor alimentada. Puck también ha cambiado: tiene un aire más

sosegado cuando monta, y está más segura. Ha conseguido domar su mal genio. La transformación de ambas es tan espectacular que ya nunca me cuestiono por qué entreno con ellas.

No sé en qué momento me he dado cuenta de que *Corr* se esfuerza en los entrenamientos; no va al máximo, es cierto, pero no se relaja en ningún momento, y *Dove* no le va a la zaga a pesar de llevar una hora entrenando y de galopar detrás de un *capall uisce*.

Freno a *Corr*, que tropieza a propósito para llamar la atención de la yegua. Tiro de las riendas para recordarle que sigo allí. Puck tarda unos instantes en darse cuenta de que nos hemos detenido. Se vuelve para mirarnos. *Dove* respira agitadamente y ensancha los ollares, pero para nada está fuera de combate y sigue con las orejas muy tiesas.

—Puede que lo consigas.

Puck me mira con una extrañeza divertida. No me ha oído. Se lo repito y veo el momento exacto en que entiende lo que le digo. De repente, se le borra la sonrisa del rostro.

—No sé si lo dices en serio —espeta.

—Pues claro que te lo digo en serio. Mañana tendrías que llevarla a la playa para comprobar que podéis apañáoslas a pesar de la presencia de los demás *capaill uisce*. Para acostumbraros.

En su rostro se refleja la preocupación.

—No sé si en dos días *Dove* va a poder acostumbrarse.

—No lo digo por ella, sino por ti. Y no os quedan dos días, sino uno —le recuerdo. *Corr* baila y lo freno con las piernas—. El día antes de la carrera los caballos no pueden pisar la playa. Así que mañana es el último día de entrenamiento.

*Dove* se rasca la barriga con el casco de la pata trasera, como si fuera un perro. Cuando hace cosas así, no parece que vaya a llegar demasiado lejos. Puck debe de darse cuenta, porque parece molesta y le da una patadita con la bota para que deje de rascarse.

—No lo dirás porque te di un pastelillo antes, ¿no?

—No, lo dicen las normas desde tiempos inmemoriales.

Me observa para ver si hablo en serio y después hace una mueca.

—No hombre, me refiero a lo de conseguirlo.

*Corr* se retuerce bajo mis piernas: está intranquilo y la idea de estarse quieto empieza a aburrirle. Eso me recuerda que tengo que cambiarle de cuadra y ponerle en la de *Edana*. Como la yegua *uisce* no ha entrenado en la playa, lleva unos días muy nerviosa, y su box da a la parte trasera del establo, desprovisto de ventana. La vista que tiene *Corr* desde su ventanuco no es nada del otro mundo, pero puede que la tranquilice un poco hasta que acaben las carreras y pueda volver a prestarle atención.

—No lo diría si no lo pensara.

—Pero yo hablo de conseguirlo de verdad —aparta la vista de mí, como si pensara que la idea de que ambos podemos optar al primer puesto pudiera ofenderme.

—También hay algo de dinero para el segundo y el tercer puesto —le informo. Ella juguetea enredándole las crines a *Dove*—. ¿Ese dinero te bastaría?

—No nos vendría mal —la voz de Puck es apenas audible—. Tendrías que venir a cenar con nosotros. Prepararemos judías o alguna delicia similar...

Dudo un instante. Suelo cenar en el apartamento de cualquier manera, con la puerta abierta y un ojo puesto en las cuadras, a las que regreso después para acabar con mis tareas. No estoy acostumbrado a cenar sentado a una mesa, buscando las palabras adecuadas que respondan a preguntas educadas. Ir a cenar con Puck y sus hermanos sería... Faltan pocos días para la carrera y hay mucho que hacer: debo sacar lustre a las botas y limpiar a fondo mi silla. Tengo que lavar los pantalones y buscar los guantes, por si llueve o el viento me agrieta las manos. Debería intercambiar las cuadras de *Corr* y *Edana* y limpiarlas a fondo. Además, tendría que volver a la carnicería por si tienen algo para *Corr*...

—No pasa nada —me dice Puck. Es muy rápida ocultando su decepción. Si no la conoces bien, ni te das cuenta de que por un momento se le ha ensombrecido el rostro—. Estás muy ocupado.

—No —le digo—, no; yo... lo pensaré. No sé si podré escaparme —me sorprende oírme decir eso. Es imposible que tenga un rato libre estos días. Además, no se me dan nada bien las reuniones sociales, aunque eso es lo de menos. Lo único que me preocupa es no haber contestado con un poco más de tacto para así no ver el desengaño reflejado en su cara.

Puck sigue intentando quitarle importancia al asunto.

—Si no te veo esta noche, ¿te veo mañana?

Esta vez, no dudo. A lomos de *Corr*, es fácil estar seguro de las cosas.

—Sí.

## 52

### PUCK

Gabe llega a casa esa noche con un pollo y acompañado de Tommy Falk. Me cuesta reconocerlo, pero la presencia de los tres me pone de buen humor: hace lustros que no cenamos con Gabe, y el pollo implica que no comeremos judías. Además, Tommy Falk logrará que Gabe esté animado y haga un poco el tonto. Se pasan el pollo el uno al otro por encima de mi cabeza hasta que la desplumada ave acaba en el suelo, con mi consiguiente bronca.

—Si estiramos todos la pata porque nos mata la peste bubónica o lo que quiera que haya en este suelo, yo me lavo las manos —amenazo. El pollo tiene un poco de arenilla pegada en la piel.

—Mujer, sopla y ya está, un poco de suciedad no le hace daño a nadie —bromea Tommy Falk—. Gabe dice que preparas un pollo de los que quitan el hipo.

Finn, que está sentado cerca del hogar, entretenido con el humo, interviene por primera vez:

—Puede que quite el hipo, pero que esté rico ya es otro tema.

—¡Oye! O te callas o lo preparas tú mismo —resulta que la suciedad del pollo es la última de mis preocupaciones. Tengo las manos francamente sucias y tardo una eternidad en conseguir que estén limpias. Aun así, siguen oliendo sospechosamente a *Dove* y a *Corr*.

Gabe está agazapado sobre la radio, intentando sintonizar una de las cadenas musicales del continente, que sólo se oye cuando las condiciones meteorológicas son las apropiadas y los dioses de las ondas catódicas están satisfechos tras los sacrificios realizados en su honor. Como no se oye nada, Tommy Falk decide ponerse a canturrear una melodía que escuchó antes de la tormenta. Es la primera vez en muchos meses que la casa parece llena de vida.

—Podremos ir a conciertos —dice Tommy. Está sentado junto a Finn, ayudando a avivar el fuego. Estira el brazo para coger la concertina de mi padre, abandonada cerca de su butaca. Toca la misma canción que canturreaba antes, aunque con la concertina el tono parece un poco más triste—. ¿Te lo imaginas, Gabe?

Habla del continente, cómo no. Porque sólo faltan pocos días para la carrera...

—Y los coches —añade mi hermano mayor—. Y comer naranjas todos los días.

—Y no te olvides —responde Tommy— de los grupos de música.

Finn observa el fuego.

Yo observo la cocina.

—No te pongas triste —me dice Tommy, quien llega hasta mí de un salto al ver la cara que pongo—. No te creas que no vas a volver a vernos. Además, os enviaremos dinero. ¿Has visto la ropa que lleva Esther Quinn, Puck? Su hermano está en el

continente, vende nosequé y así puede mandarles dinero. Por eso ella parece salida directamente de las páginas de un catálogo. ¿Cuándo es la mejor época para venir de visita, Gabe? ¿En Pascua, quizá? Sí, creo que Pascua es buen momento para volver. Y así os traeremos más pollos todavía.

Gabe le quita la concertina a Tommy y se pone a tocar una melodía. Había olvidado lo bien que toca mi hermano. Tommy me coge por la cintura y me da vueltas en círculo mientras yo arrastro los pies. No me gusta que la gente me toque inesperadamente y, además, para alegrarme haría falta mucho más que un simple baile.

—¡Venga, más rápido, que sé que puedes! ¡Todo el mundo comenta lo rápida que cabalgabas esta mañana por los acantilados! —exclama Tommy.

Dejo de arrastrar los pies.

—¿Eso dicen?

—Dicen que tú y Sean Kendrick ibais como almas que lleva el diablo por los acantilados —Tommy me da vueltas y más vueltas y me sonríe—. Ay, ay, qué tendrá ese Sean Kendrick...

Me paro de golpe y ahora soy yo la que toma la iniciativa y él quien gira a mi alrededor. Finjo que el último comentario se refiere a la carrera.

—No estarás preocupado, ¿no?

—Es Gabe quien tiene que estar preocupado, no yo —replica Tommy. Me coge de las manos y me da una vuelta con tanto ímpetu que temo por los objetos de la encimera—, porque su hermanita pequeña se está convirtiendo en toda una mujer.

Mamá me decía que no debía sentirme obligada a hacer nada sólo porque alguien me dedicara un cumplido, pero Tommy Falk no parece querer persuadirme para hacer nada, por lo que acepto el cumplido de buen grado. Es una sensación bastante placentera y no me importaría recibir más en el futuro.

Gabe deja de tocar de repente y se queda con los brazos entendidos alrededor de la concertina, como si lo que tuviera entre las manos fuera un libro abierto.

—Mira que te doy un puñetazo en los morros, Tommy. ¿Cuánto tardará ese pollo, Kate?

Tommy me toma el pelo y me dedica las palabras «Ay, Kate» con tono zalamero, pero mi hermano esta vez no pica el anzuelo.

—Veinte minutos —le informo—. Quizá treinta. O puede que diez —y entonces alguien llama a la puerta. Todos nos miramos, y Tommy está tan desconcertado como nosotros. Nadie reacciona, de modo que me limpio las manos en los pantalones, voy hacia la puerta y la abro.

Sean está al otro lado. Tiene una mano en el bolsillo y con la otra sostiene una barra de pan.

No esperaba la llegada de Sean y noto una sensación rara en el estómago, como si

tuviera hambre o acabara de escapar de un gran peligro. Verlo allí, en el umbral de mi casa, tan quieto y sombrío, me descoloca por lo inesperado.

Me aparto para que pueda pasar; empieza a hacer bastante frío.

—Has conseguido escapar de Malvern Yard.

—¿Sigo invitado?

—Sí, claro. Sólo estamos Gabe, Finn, Tommy Falk y yo.

—He traído esto —sostiene la barra de pan, que ha comprado en Palsson's y está todavía tan tierna que huele de maravilla. Debe de venir directo de allí—. ¿Es lo que se suele hacer?

—Bueno, es lo que has hecho tú, así que supongo que sí.

—Puck, ¿quién es? —pregunta Gabe.

Abro la puerta de par en par para desvelarles la sorpresa. Todos miran a Sean de arriba abajo y él sigue con una mano en el bolsillo y la barra de pan en la otra, y entonces se me pasa por la cabeza que quizá, sólo quizá, puede que me esté cortejando un poco. No tengo tiempo de explicarles nada, porque Tommy se ríe divertido y pega un salto.

—¡Pero si es Sean Kendrick, el único e inimitable! ¿Qué tal?

Nos lo llevamos hacia la cocina y Gabe cierra la puerta, porque a mí de la misma emoción se me olvida. Mi hermano intenta arrancarle la chaqueta a Sean mientras Tommy le dice algo sobre el tiempo, y de repente se organiza un buen jaleo sin saber muy bien por qué, ya que tampoco somos tantos. Sean, como de costumbre, se las apaña con una palabra mientras que los demás necesitamos cinco o seis. En medio del caos, se quita finalmente la chaqueta y me dedica una mirada y una sonrisa muy breve, pero resplandeciente, antes de volverse hacia Tommy.

Aquella sonrisa me hace muy feliz, porque papá me dijo una vez que tenemos que sentirnos afortunados cuando recibimos un regalo inesperado.

Unos minutos más tarde, Tommy y Gabe se ponen a jugar a las cartas delante del hogar, porque no hay nadie en casa que se lo prohíba. Finn se los queda mirando, con la duda de si aquello es pecado o no. Sean acude junto a mí a la cocina. Desde esta distancia puedo oler su perfume a heno, a agua salada y a polvo.

—¿Puedo ayudarte? —me dice.

Le pongo un cuchillo en la mano.

—Corta algo. El pan que has traído, por ejemplo.

Y se pone manos a la obra con gran decisión.

—Después de que te fueras vi a Ian Privett —me comenta en voz baja—. Cuando se fueron los demás de la playa, él bajó con *Penda* y se emplearon a fondo. Hay que tener cuidado con él.

—Tengo entendido que le gusta acelerar desde el exterior al final de la carrera.

Sean me mira arqueando una ceja.

—Sí, es verdad. Privett se cayó hace cuatro años y perdió, pero antes me ganó dos veces, montando a *Penda*.

—Este año no te ganará —declaro.

Sean se queda callado. No hace falta que diga nada, sé perfectamente que está pensando en la posibilidad de perder a *Corr*. Remuevo el pollo, que ya está hecho, pero no quiero sentarme a la mesa todavía.

—He estado pensando en algo —añade tras una larga pausa—: nadie querrá ir por el interior, porque el mar estará muy agitado a primeros de mes.

—Y yo debería ir por allí, cerca del mar, porque a *Dove* eso no le importa, ¿no?

Ha acabado de cortar el pan, pero recoloca las rebanadas como si todavía no hubiera terminado.

—Pues yo he pensado que tendría que esperar y retener a *Dove* hasta el final —le comento.

—¿Y atacar cuando el grueso de competidores se haya reducido? —Sean reflexiona—.

Yo no esperaré demasiado ni tampoco me quedaría muy rezagada, creo que no es lo suficientemente fuerte como para acelerar desde tan atrás.

—No quiero estar cerca de la yegua pinta, y ella estará en cabeza —le recuerdo—. He visto cómo la lleva Mutt...

Sean entorna los ojos. Se alegra de que me haya dado cuenta de eso, y yo me alegro de que se alegre.

—Tienes que tener cuidado con Blackwell —me advierte—. Es el que monta el semental que intentó tirarte al suelo, y tiene un caballo de reemplazo. Y es rápido de la leche —concluye, sin maldad.

Y, claro está, hay un caballo que sé que será mi competidor, pero al que nunca he visto correr de verdad. Además, su jinete no me ha dado ni una pista para que averigüe qué estrategia seguirá.

—Y tú y *Corr*, ¿dónde estaréis?

Sean aprieta las yemas de dos dedos contra la encimera para hacer un montoncito con las migas. Veo que tiene los dedos permanentemente manchados, como yo.

—Justo al lado de ti y de *Dove* —anuncia.

—No puedes arriesgarte a perder; no por mi culpa, Sean —le digo con una mirada muy seria.

Él no levanta los ojos de la encimera.

—Cuando vosotras os pongáis en marcha, nosotros nos colocaremos a vuestro lado. Tú irás por el interior, y yo, por el exterior. *Corr* puede avanzar desde el medio, ya lo ha hecho otras veces, así que no tendrás que preocuparte por esa zona.

—No voy a ser tu punto débil, Sean Kendrick —le hago saber.

Ahora me mira, y me dice delicadamente:



—Es tarde ya para eso, Puck.

Me quedo como una boba mirando al fregadero, intentando recordar lo que iba a hacer a continuación.

—¡Puck! —grita Gabe—. ¡La sopa!

La sopa hierve descontroladamente y por unos instantes creo que vamos a comer ceniza en vez de pollo, pero me las apaño para coger el cazo y apagar el fuego.

Los chicos merodean en torno a la mesa ahora que saben que la cena está a punto de servirse.

—Tenías razón, Gabe, tu hermana hace un pollo de los que quitan el hipo. Un poco más y salta de la cazuela.

—Ya, pero ella sabe defenderse —bromea Gabe.

Finn empieza a servir la sopa en los cuencos mientras yo paso un trapo por los fogones. Tommy explica que su yegua *uisce* deja que los otros caballos le den empujones, pero que se pone de buen humor cuando ve sus ancas. Gabe nos sirve a todos un vaso de agua, tanto si se lo hemos pedido como si no. Y durante toda la cena intento con todas mis fuerzas evitar que se me vayan los ojos hacia Sean, porque estoy bastante segura de que a nadie de los allí presentes se le ha pasado por alto cómo miro a Sean, y cómo me devuelve él la mirada.

## 53

### SEAN

Me despierta un llanto. Reacciono demasiado tarde: me costó mucho dormirme anoche. Me quedo unos instantes tumbado en la cama. El cansancio me impide despertarme del todo, pero de nuevo oigo aquel gemido.

El sonido resulta ser un lamento agónico y ahora ya estoy despierto y llevo puesta la chaqueta, las botas y ya me dispongo a salir con la linterna.

Los establos están muy oscuros, pero noto un movimiento. No proviene de los pasillos, sino de las propias cuadras. Los caballos remugan: o bien el sonido los ha despertado a ellos también o alguien ha estado allí. No enciendo la linterna todavía y avanzo entre la oscuridad.

El lamento crece a medida que me aproximo a la planta principal. Viene de la antigua cuadra de *Corr*, en la que hace apenas unas horas instalé a *Edana*.

Me deslizo tan rápido por el pasillo como el silencio me lo permite. El gemido ha enmudecido, pero ahora ya sé que es *Edana*. Aquella oscuridad me impide ver el interior de la cuadra. La tenue luz azulada de la noche se filtra por el ventanuco y me permite vislumbrar el interior del box desde los barrotes.

Me sobresalto cuando la oigo aullar de nuevo. Está a unos centímetros de mi rostro.

La pobre yegua tiene la cabeza apoyada contra los barrotes, el cuello contra la pared, los ollares apuntando al techo y la boca totalmente abierta.

Le susurro su nombre y me contesta con un gemido suave. Sigo con los ojos la línea de su cuello, que llega en pendiente hasta la cruz, y la extraña postura de sus caderas, cerca del suelo. Nunca he visto a ningún caballo en esa posición. Con un nudo en la garganta, abro la portezuela y entro en la cuadra. Ahora veo claramente su silueta contra la luz de la ventana: tiene la cabeza y el cuello apoyados contra la pared y el cuerpo hundido entre las ancas, parece un perro. Extiende las patas traseras, como si el suelo estuviera resbaladizo.

Le toco la grupa: tiembla como una hoja. Dentro de mí nace una terrible premonición. Le paso la palma de la mano por la cruz y luego columna abajo. Me agacho para seguir con la exploración y sigo avanzando por las ancas, presas de los espasmos, en dirección al ligamento de la corva. *Edana* gimotea.

Tengo la mano empapada. La miro y reconozco el olor de la sangre. Me saco la linterna del bolsillo y la enciendo.

Le han cortado los ligamentos de los corvejones.

La herida se curva en su parte superior como si fuera una siniestra sonrisa, y la sangre emana a borbotones alrededor de ella.

Me acerco a su cabeza y se estremece al intentar ponerse de pie. Le acaricio el

mechón que le cae sobre la testuz y le susurro al oído: «No te muevas. No tengas miedo». Espero a que su respiración se tranquilice y a que me crea.

Nunca más volverá a caminar.

No lo entiendo. No sé quién sería capaz de mutilar a *Edana*, un caballo que no iba a participar en la carrera ni le había hecho ningún daño a nadie. Alguien había cometido aquella salvajada para que yo la viera y se me removieran las entrañas. Y sólo me viene el nombre de una persona a la cabeza.

Me parece oír un ruido en las profundidades del establo.

Apago la linterna.

En la oscuridad, el pelaje pardo de *Edana* se parece bastante a la capa roja como la sangre de *Corr*. No sería difícil confundirlos si esperaras encontrar allí al semental y estuvieras concentrado en no resultar herido.

Algo se mueve en el establo; esta vez, más lejos.

Salgo del box apresuradamente y me adentro en el pasillo. Me quedo de pie, escuchando. El corazón me va a mil por hora. Lo único que deseo es que el sonido provenga de cualquier lugar menos de las cuadras traseras, que Mutt Malvern se haya equivocado al ir en busca de *Corr*. Hay cinco cuadras más equipadas para los *capaill uisce*. Podría haber entrado en cualquier otra después de darse cuenta de su error.

Vuelvo a oír un estruendo.

Viene de las cuadras traseras.

Corro como alma que lleva el diablo.

Enciendo las luces cuando paso por delante de la puerta. Si sabe que estoy aquí, seguro que se detendrá.

—¡Mutt! —grito. Ahora, bajo la luz de las bombillas, veo perfectamente unas huellas de color escarlata en el suelo. Corro a toda prisa, con los cinco sentidos a flor de piel—. ¡Esto ha llegado demasiado lejos! ¡Mutt!

El eco de mi voz resuena en los altos arcos del establo. Nadie contesta. Quizá se haya marchado.

*Corr* relincha.

Jamás he corrido tan rápido como en ese momento. Veo a *Edana*, con el cuello apoyado contra la pared y estirado hacia el techo, en una posición antinatural, sin saber que le han arruinado la vida para siempre.

Si se ha atrevido a tocar a *Corr*, lo mataré.

Doblo la esquina a toda velocidad. La puerta del establo de *Corr* está abierta, y allí está Mutt Malvern, blandiendo un maléfico cuchillo con una mano y sujetando un tridente de los que se usan para atrapar peces o pájaros con la otra. El muy miserable presiona las tres cabezas de acero del tridente contra la grupa de *Corr*, obligándolo a retroceder. El caballo se estremece y tiembla por el contacto con metal. Mutt Malvern se ha empleado a fondo con su plan.

—Apártate de él —murmuro con rabia—. Por cada gota de sangre que derrame, tú derramarás diez.

—Sean Kendrick —replica él—, qué repugnante por tu parte que los hayas cambiado de cuadra...

*Corr* emite una especie de rugido grave cuyo temblor sentimos en los pies y no en los oídos. La amenaza del tridente le impide moverse: las tres cabezas de acero son demasiado para él.

—Si conocieras a los caballos de estos establos —continúo—, habrías sido capaz de ver la diferencia entre *Edana* y *Corr*, incluso a oscuras.

Mutt me mira largo rato y se da cuenta de que estoy cada vez más cerca de él. Gesticula con la barbilla en dirección al tridente.

—Sal de este establo, matarife de caballos.

Me seco muy despacio la mano manchada de sangre en la chaqueta y saco una navaja del bolsillo. Se la enseño.

Mutt la mira con desprecio.

—¿Acaso crees que vas a detenerme con eso?

La cuchilla se abre con un chasquido perfectamente audible. Con ella ha matado antes a seres de más envergadura que Mutt.

—No creo que pueda detenerte —le digo—. Probablemente le vas a hacer daño a mi caballo, pero cuando salgas de esa cuadra te juro que usaré esta navaja para arrancarte el corazón antes de dártelo.

Estoy tan alterado que creo que voy a derrumbarme. No puedo mirar a *Corr* o perderé la cabeza.

—¿De verdad quieres que me crea que podrás hacer algo mientras tenga esto en la mano? —sí lo cree. Lo veo en sus ojos.

—¿Qué quieres probar? ¿Que eres el mejor jinete? ¿Que los caballos te quieren más a ti que a nadie? ¿Quieres ganarte la aprobación de tu padre a fuerza de mutilar a todos los *capaill uisce* de la isla?

—No. Me basta con éste.

—¿Y eso será suficiente? —le pregunto, desafiante—. ¿Qué harás después?

—No hay un «después» —me contesta Mutt—. Esta bestia es lo único que te importa en el mundo.

Me mira, vacilante. Quizá porque se suponía que yo no iba a estar allí, observando. Yo tenía que llegar a la mañana siguiente y encontrarme a *Corr* tal y como me había encontrado a *Edana*. Quizá me mire con un asomo de duda en los ojos porque está contemplando otra alternativa mejor para hacerme daño.

Seguro que hay algo que satisfaría a Mutt mucho más que lisiar a *Corr* para siempre. Tiene que haber algo. Pienso en su rostro desencajado durante la subasta y aventura:

—Si quieres demostrarle algo a tu padre, tienes que ganarnos en la carrera. En la playa.

Le cambia la expresión del rostro. Esa diabólica yegua pinta lo tiene fascinado. Mutt me mira de nuevo antes de observar el tridente con el que amenaza a *Corr*.

Sé perfectamente en lo que piensa, porque yo también estoy pensando en ello. Recuerda las palabras que Benjamin Malvern le dijo a George Holly: que yo soy el heredero natural de Malvern Yard. Piensa en el nombre de *Skata*, escrito en la pizarra de la carnicería, y en la velocidad descomunal de la yegua *uisce*.

Es un canto de sirena. Y lo seduce.

Mutt da un paso atrás. *Corr* avanza hacia el espacio que le ha dejado libre. Tiene la mirada perdida. Desde aquí veo las gotas de sangre causadas por la presión del tridente. Cuando Mutt cierra la puerta tras de sí, me abalanzo sobre él y le pongo la navaja contra su cuello de toro, que se agita con el latir del pulso. Tengo la cuchilla de la navaja a un milímetro.

—Creía que me habías dicho que tenía que ganarte en la playa —rezonga Mutt. *Corr* le da una fuerte coz a la pared de la cuadra.

Mis dientes apenas dejan escapar el siseo de mis palabras.

—También te he dicho que por cada gota que derramara *Corr*, tú derramarías diez —quiero que se forme un charco de sangre a sus pies, idéntico al que tiene *Edana* bajo sus cuartos traseros. Quiero verlo desplomado contra la pared, gimoteando como ella. Y que sepa que nunca más podrá levantarse. Quiero que recuerde el rostro moribundo de David Prince, porque él tendrá la misma expresión muy pronto.

—Sean Kendrick.

Oigo una voz detrás de mí. Aparto mi cabeza de la de Mutt, que no puede dejar de mirarme.

—Es un poco tarde para andar entreteniéndose con estas cosas, ¿no?

Muy a mi pesar, aparto la navaja del cuello de Mutt y doy un paso atrás. Él tiene los brazos a los lados del cuerpo, el tridente en una mano y el cuchillo todavía ennegrecido por la sangre en la otra. Los dos observamos a su padre, quien acaba de entrar en los establos, acompañado de Daly. Lleva una especie de camiseta interior con botones con la que seguramente debe de dormir, pero su aspecto no resulta menos aterrador. Daly, avergonzado, no se atreve a mirarme a los ojos.

—Matthew, se te enfría la cama —la voz de Malvern no es airada, aunque su postura sí. Mira a su hijo a los ojos y, por un instante, no sucede nada. Después, Malvern vuelve a dedicarle una dura mirada y él pasa a su lado dando grandes pasos sin mediar palabra ni mirarme.

Malvern se vuelve hacia mí. Todavía estoy temblando por lo que Mutt podría haberle hecho a *Corr* y lo que yo estaba a punto de hacerle a él.

—Señor Daly —dice Malvern, sin volver la cabeza—. Muchas gracias por su

ayuda. Ya puede regresar a la cama.

Daly asiente con la cabeza y pone pies en polvorosa.

Benjamin Malvern está a menos de un metro de mí y no me quita ojo de encima.

—¿Tienes algo que decirme? —me pregunta.

—Yo no... —cierro los ojos. Necesito recobrar la calma y encontrar la paz interior. No puedo: estoy roto. Estoy en el océano y con las manos busco el cielo. La corriente no puede conmigo. Abro los ojos—. No me habría arrepentido.

Malvern mueve bruscamente la cabeza. Me mira largo rato y también contempla la navaja que todavía tengo en la mano. Finalmente cruza los brazos detrás de la espalda.

—Señor Kendrick, haga el favor de acabar con el sufrimiento de esa yegua.

Se da la vuelta y sale del establo.

## 54

### SEAN

El siguiente día es amargo y despiadado. El viento sopla con fuerza entre las patas de los caballos, enloqueciéndolos. Por encima de nuestras cabezas, se deshilachan las nubes como el vaho en los días de frío. Ante nosotros se extiende la masa gris del océano.

Me encuentro con Puck en la parte más alta del camino que lleva a los acantilados. Me mira con el ceño fruncido: sé que debo de tener un aspecto horrible después de lo sucedido la noche anterior. Lleva sujeto el cabello bajo un gorro tejido de un modo un tanto desmañado, pero se le han soltado algunos mechones. Los vendedores se las ven y se las desean para evitar que los tenderetes salgan volando. Los jinetes que avanzan camino abajo tienen el mismo problema con sus monturas.

Puck tira del gorro con una mano para ajustárselo mejor. El viento transporta hasta nosotros un crujido seguido de un lamento. *Dove* mueve la cabeza y veo el terror reflejado en sus ojos, abiertos como platos.

—Llévate a *Dove* a casa —le sugiero—. No es un buen día para estar en la playa.

—No nos lo podemos permitir —me replica—, pensaba que querías que me acostumbrara a la playa y vamos fatal de tiempo...

Tengo que gritar para que me oiga bien. Le enseño las palmas de las manos.

—¿Acaso ves que haya traído a *Corr*? Ésta no es una playa a la que puedas acostumbrarte —«Arenas asesinas», así se refería mi padre a un día como el de hoy, en el que mueren los jinetes porque no lo saben, están desesperados o se hacen los valientes.

Puck frunce el ceño y mira hacia el camino del acantilado. Por la arruga que se le dibuja en el entrecejo sé que no las tiene todas consigo.

—Si confías en mí, no te arriesgues hoy. Ya estás más que preparada para la carrera —insisto—. Todo el mundo se ha quedado sin entrenar hoy.

Se mordisquea el labio inferior de pura frustración y mira al suelo. Se da por vencida.

—Bueno, tendré que apañármelas. ¿Está Tommy Falk ahí abajo?

No lo sé. Tommy Falk no es una persona que me preocupe especialmente.

—Coge a *Dove* —me pide, al ver que no le respondo nada—. Si está ahí abajo, voy a ir a buscarlo.

No quiero que Puck esté en la playa, con caballo o sin él.

—No; iré yo. Llévate a *Dove* a casa.

—Iremos los dos —me dice ella—. Espera un momento, le voy a pedir a Elizabeth que la ate detrás del tenderete. No te muevas de aquí.

Observo a Puck en su recorrido hacia el tenderete de lona de Fathom & Son's.

Después, mantiene una acalorada discusión con una de las hermanas.

—Qué emparejamiento tan desafortunado, Sean Kendrick —me murmura alguien al cogote. Es la hermana que faltaba de Fathom & Sons, que se da cuenta de que miro a Puck—. Ninguno de los dos estáis hechos para ocuparos de la casa.

No aparto la vista de Puck.

—Creo que tienes demasiada imaginación, Dory Maud.

—Muy al contrario: no dejas nada para la imaginación. Te la estás comiendo con los ojos. Me sorprende que quede algo de ella para los demás.

La miro. Dory Maud es una mujer poco agraciada, inteligente y trabajadora. Y sé, por lo que he visto en Malvern Yard, que es capaz de enfrentarse al hombre más fuerte de toda la isla por un penique.

—¿Acaso ella representa algo para ti?

Dory Maud me observa, sagaz.

—Lo mismo que tú para Benjamin Malvern, sólo que yo le pago menos y soy más afectuosa.

Los dos nos volvemos para mirar a Puck, que le ha ganado la batalla a Elizabeth y ya está atando a *Dove* al tenderete. El agitado viento alborota sus mechones y las crines de *Dove*. Recuerdo el tacto de su coleta en mi mano y el calor que desprendía su piel cuando se le puse dentro del cuello del jersey.

—No ha tenido la oportunidad de conocer a nadie más —me advierte Dory Maud—. Lo que una chica como ella necesita es un hombre con los pies en la tierra. Un hombre que la sostenga con fuerza y evite que se marche. No sabe que es mejor tener a alguien como tú volando que en la mano.

Sé por su expresión que no lo dice con maldad.

—Ya, claro, ¿necesita a alguien que la sostenga como te sostienen a ti?

—Yo no necesito que nadie me sostenga —me espeta ella—. Tú y yo sabemos que tu pasión es la carrera; y que ésta es una amante muy celosa.

Me doy cuenta por su tono de voz de que lo dice por experiencia propia. Pero no me conoce bien, porque mi pasión no son las carreras.

Puck aparece justo en ese momento. Lleva dibujada en el rostro la sonrisa triunfante fruto de su victoria.

—¡Dory!

—Ten cuidado en la playa —le advierte Dory Maud, antes de marcharse refunfuñando entre dientes. Puck se queja de su mal genio.

—¿Has cambiado de idea? —le pregunto.

—Yo nunca hago eso —me responde.

La playa está tan mal como había previsto. El cielo, de tan bajo, parece como si rozara la arena. Algunas gotas de lluvia nos salpican el rostro. Desde nuestra posición en el camino veo perfectamente el agitado océano y los *capaill uisce* que se resisten a



los envites del viento. Hay alguna refriega que otra, y manchas rojas sobre la arena. Un *capall* oscuro yace muerto cerca de las olas, que le lamen las patas, pero no logran arrastrarlo mar adentro. La playa no sólo es peligrosa para los hombres hoy.

—¿Ves a Tommy? —me pregunta Puck.

No lo alcanzo a ver porque hay demasiada gente yendo y viniendo. Siento el repiqueteo de la lluvia en los oídos.

Puck avanza por el camino y no me queda otra alternativa que ir detrás de ella. En la base del sendero hay algunos espectadores, que se protegen como pueden del viento, y un comisario de la carrera; creo que es uno de los Carroll, tío de Brian y de Jonathan. Me detengo para hablar con él mientras hundo la cabeza en el cuello de la camisa.

—¿Qué pasa ahí abajo? —el viento hace apenas audible mi voz y no puedo apartar los ojos del *capall* muerto.

—Los caballos se pelean sin cesar: el mar los está enloqueciendo a todos.

—¿Has visto a Tommy Falk por aquí? —le pregunto.

—¿Falk?

—¡Sí, el de la yegua negra!

—Cuando se mojan, todos los caballos parecen de color negro —bromea.

—¿Buscas a Tommy Falk? —repite uno de los espectadores situado cerca de nosotros.

Es un forastero, y va vestido con un traje azul marino y corbata, indumentaria poco habitual para la playa—. ¿Es un chico bastante guapo?

No tengo ni idea de si es guapo o no.

—Puede ser.

Señala hacia la curva de los acantilados. El comisario de la carrera parece recordar algo:

—Alguien lo buscaba antes, señor Kendrick.

Espero a que me diga quién es, pero como no dice nada más me aparto del grupo. En medio del barullo he perdido a Puck. Este tiempo del demonio hace que todos parezcamos iguales. No sólo los *capaill uisce*. La playa está repleta de bestias oscuras e insensibles que cargan con pequeñas criaturas. No tiene sentido que la llame: el rugido del viento predomina por encima de cualquier otro ruido.

Finalmente a quien encuentro no es ni a Puck ni a Tommy Falk, sino a su yegua. Es más negra que el azabache y su porte elegante es inconfundible. Se refugia cerca del acantilado y está atada junto a otro *capall uisce*. Baja mucho la cabeza, el morro casi a ras de suelo. Lleva todos los arreos pertinentes, pero su jinete no anda cerca. Quizás Puck también la haya visto, de modo que me acerco a la yegua avanzando entre las rocas sueltas de la playa.

Antes de haber recorrido la mitad de la distancia que me separa de la yegua,

descubro a Puck. Extendidos detrás de la curva que forma el camino de los acantilados hay cuatro cuerpos inertes, uno junto al otro. Son las víctimas que se ha cobrado la mañana. Puck está arrodillada junto a una de ellas, sin atreverse a tocarla ni mirarla. Está muy quieta, estudiando la arena que tiene bajo los pies.

Me acerco a Puck y veo la cara destrozada de Tommy Falk.

## 55

### PUCK

El día siguiente es el día previo a las carreras y el del funeral de Tommy Falk. Estoy distraída por el inminente acontecimiento, cosa que me parece una falta de respeto hacia Tommy, pero cuando intento repetirme la frase «Tommy está muerto» sólo me viene a la cabeza la imagen de él y Gabe lanzándose el uno al otro aquel pollo la otra noche.

Cuando me marchó de casa con *Dove*, Gabe sigue tumbado en la cama. La puerta de su habitación está abierta, por lo que veo que está mirando al techo. Cuando regreso, veo que se ha llevado los escombros que dejé delante de la valla que hizo añicos el *capall uisce* y que está fijando unos clavos en los tablones de madera. No puedo quedarme en casa, porque no dejo de pensar que mañana es el gran día y que sólo queda una noche, de modo que Finn y yo nos vamos a ver a Dory Maud para echar una mano con el envío de una nueva remesa de catálogos. Al volver, Gabe ha transformado totalmente el jardín: ha arrancado todas las malas hierbas y las ha apilado en un montón, detrás del cobertizo. Me doy cuenta también de que todo eso no ha servido para hacerle olvidar la muerte de Tommy Falk. Cuando entramos en el jardín, nos mira largo rato hasta que parece darse cuenta de nuestra presencia. Le tiemblan las manos y lo obligo a comer algo. Me parece que no ha dejado de trabajar en todo el día. Cuando la tarde se empieza a confundir con la noche, llega Beech Gratton, y Gabe y él se saludan tristemente. Nos vestimos y nos marchamos a los acantilados de poniente.

Gabe no nos adelanta demasiadas cosas sobre el funeral de su amigo, sólo que los asistentes serán de Thisby de toda la vida, que no estará presente el padre Mooneyham y que no se celebrará en Santa Columba, sino en unas rocas, cerca del mar. Finn parece bastante nervioso: cualquier cosa que tenga que ver con la inmortalidad del alma lo altera mucho, pero Gabe le dice que no se preocupe, que aquélla es una religión tan respetable como la nuestra, y que los Falk son buena gente, de la mejor que uno podía aspirar a encontrarse. Dice todo esto con la mirada perdida, como si estuviera desempolvando aquellas palabras de un viejo armario. Sé que se está hundiendo, pero no sé cómo agarrarlo y sacarlo del agua para salvarlo.

Tenemos que bajar por los irregulares acantilados para llegar hasta la playa de poniente, mucho más rocosa y desigual que la playa en la que se celebra la carrera. El océano se tiñe de tonos dorados en el ocaso de la tarde y una hoguera arde junto al mar. A nuestro encuentro acude el pequeño grupo que asiste al funeral: reconozco entre ellos a muchos de los amigos pescadores de mi padre.

—Gracias por venir, Gabe —suspira la madre de Tommy Falk. De ella heredó sus bonitos labios. No puedo ver si es hermosa porque tiene los ojos muy rojos y

empequeñecidos por la pena.

La mujer le coge las manos a mi hermano mayor.

—Tommy era mi mejor amigo. Habría hecho cualquier cosa por él —lo dice en un tono tan serio que me siento increíblemente orgullosa de él, a pesar de todo.

Ella le responde algo, pero no lo oigo porque me quedo de piedra al ver llorar a Gabe. Sigue hablando con la mujer, pero no puede reprimir las lágrimas, que le brotan de los ojos y le recorren las mejillas. No puedo soportar verlo así, de modo que me alejo de mis dos hermanos y me voy hacia la hoguera.

Tardo apenas unos segundos en darme cuenta de que no se trata de una hoguera, sino de una pira que ya humea. En la playa no se oye nada más que el crepitar del fuego. Las llamas anaranjadas y blancas destacan sobre el cielo del atardecer, y la arena mojada refleja aquellos tonos como si fuera un espejo. Con cada ola el reflejo se extingue, para reaparecer de nuevo instantes después. La pira lleva largo rato ardiendo gracias a las ascuas y a la ceniza que tiene debajo. Me impresiona ver un retazo de la chaqueta de Tommy entre los troncos.

«Estaba sentado a la mesa, con nosotros, y llevaba esa chaqueta.»

—¿Eres Puck, verdad?

Me vuelvo hacia la izquierda para ver a un hombre que me observa con los brazos cruzados, como si estuviera en misa. Sé que es Norman Falk, porque recuerdo haberlo visto exactamente en esa misma posición en nuestra cocina, hablando con mamá. Entonces pensaba que era un pescador más, nunca se me ocurrió relacionarlo con Tommy. A su lado está uno de sus hijos pequeños, apenas un niño. Norman Falk no se parece en nada a Tommy, pero huele como Gabe o, lo que es lo mismo, a pescado.

—Lo siento mucho —le digo, porque eso es lo que la gente me decía a mí cuando papá y mamá murieron.

Norman Falk contempla la pira con los ojos secos. El hermano pequeño de Tommy se apoya contra su pierna, y él le pasa el brazo por el hombro.

—De todos modos nos habría dejado.

Parece un consuelo bastante extraño. Jamás se me pasaría por la cabeza pensar eso de mi hermano mayor. Entre el Gabe muerto y el Gabe feliz en algún lugar desconocido, a pesar de que yo no lo volviera a ver, me quedo con este último; aunque el sentimiento de pérdida pueda parecerme similar a mí, seguro que a él no le daría lo mismo.

—Era muy valiente —se lo digo porque me parece educado. Noto que las llamas me queman la cara, pero no quiero apartarme y que parezca que me voy porque no quiero hablar con él.

—Eso es verdad. Todos lo recordarán a lomos de esa yegua —la voz de Norman Falk se tiñe de orgullo—. Le hemos pedido a Sean Kendrick que la devuelva al mar,

y ha aceptado. Lo haremos por Tommy.

—¿Van a devolverla al mar, señor? —pregunto educadamente, en un intento de fingir que la mención de Sean Kendrick no me ha llamado la atención.

Norman Falk se da la vuelta para escupir con ímpetu y evitar que el escupitajo pase demasiado cerca de su hijo pequeño. Se gira de nuevo hacia la pira.

—Sí, vamos a liberarla como manda la tradición. Hay que mostrarles un respeto a los muertos, como se hacía antes. Y también hay que ser respetuoso con los *capaill uisce*. No todo en la isla tiene que girar en torno a los turistas y a llenarse los bolsillos a toda costa. La isla también son los *capaill uisce* y somos nosotros. Todo lo demás no hace sino perjudicarnos —en ese momento parece recordar con quién está hablando, porque añade—: En esa playa no hay sitio para ti, Puck Connolly. Tu yegua y tú no deberíais estar allí. Conocí a tu padre y le tenía mucho aprecio, pero creo que lo que haces está mal, si quieres que te dé mi opinión.

Me siento avergonzada por algún motivo que no alcanzo a entender, y a continuación me siento mal por haber permitido que alguien me avergonzara.

—No pretendo faltarle a nadie al respeto, señor.

Norman Falk me contesta con un tono cariñoso.

—Pues claro que no. Lo que te pasa es que no tienes a unos padres que te digan lo que debes hacer y lo que no. Tu yegua es un caballo normal: ése es el problema. Si las Carreras de Escorpio no fueran más que unas carreras de caballos corrientes, entonces esto —dice señalando con la barbilla hacia las llamas— no sería más que una desgracia sin sentido...

Hace dos semanas habría pensado que estaba loco y que lo importante de la carrera era la competición, el dinero y la emoción. Si me hubiera limitado a observar los entrenamientos desde la playa, probablemente seguiría pensando eso. Pero ahora ya no estoy segura: después de haber pasado tanto tiempo con Sean Kendrick y de haber cabalgado a lomos de *Corr*, siento que algo en mi interior ha cambiado. No sé si ha valido la pena que Tommy muriera por ese «algo», pero ahora entiendo el atractivo de tener un pie en la tierra y el otro en la mar. Nunca había conocido Thisby tan bien como en las últimas semanas.

El muchacho le dice algo a Norman Falk, quien le contesta:

—Ahora la trae. Mira hacia allí.

Los dos volvemos la cabeza y allí está Sean, bajando por uno de los senderos que conducen a la playa. La yegua negra de Tommy lo sigue y, comparada con *Corr*, parece frágil. Él lleva la misma chaqueta negra azulada de siempre, con las solapas subidas hacia arriba. Siento un fiero pinchazo en el corazón al verle; como si fuera orgullo, a pesar de que yo no puedo atribuirme ningún mérito suyo. Guía a la yegua negra hacia la playa; hacia nosotros, deteniéndose sólo cuando ésta quiere dar media vuelta y emite un chillido suave como el piar de un pájaro.

Los allí congregados nos situamos cerca de la pira para ver mejor cómo lleva Sean a la yegua hasta la orilla del mar. Sólo entonces me doy cuenta de que va descalzo. Las olas se arremolinan en torno a sus tobillos, empapándole unos centímetros del pantalón. La yegua levanta los cascos al sentir la caricia de las olas alrededor de sus cuartillas y emite un grito marino. Sus ojos apenas son ya equinos. Cuando intenta atacar a Sean, éste se limita a apartarse y a enredarle los dedos en el mechón de la testuz para bajarle la cabeza. Después mueve los labios, pero es imposible oír lo que le dice.

—Del mar al mar —reza el padre de Tommy Falk, y me doy cuenta de que esas palabras encajan con el movimiento de labios de Sean.

Me pregunto cuántas veces habrá tenido lugar este ritual, con el mismo oficiante o con otro diferente. Me recuerda al momento en que declaré que *Dove* era mi montura, sobre la piedra llena de cuajarones de sangre. Siento que *Thisby* tira de mis piernas y noto la presencia invisible del peso de mil ritos en los tobillos.

Sean mira al grupo.

—Las cenizas —dice.

Otro muchacho —quizá otro hermano de Tommy; éste se parece un poco más a él — se acerca a Sean con paso rápido. Empieza a oscurecer y no alcanzo a distinguir dónde se han colocado las cenizas que acaban de recoger de la pira. Sean extiende la mano hacia el recipiente, como si quisiera comprobar la temperatura antes de cogerlo delicadamente. La yegua agita la cabeza y vuelve a gritarle algo al mar. Sean arroja entonces las cenizas al aire, por encima de ella. Su voz es apenas perceptible por el viento, pero Norman Falk repite con él aquellas palabras:

—Que el océano dé abrigo a nuestros valientes...

Sean se coloca de espaldas a nosotros y tira de la cabezada que lleva la yegua. Ella se defiende y él se aparta como si aquel ataque no entrañara peligro. La yegua agita la crin y da un poderoso salto hacia el mar. Al principio lucha contra las olas, pero enseguida empieza a nadar. Ahí va ese caballo negro que galopa en un mar de rabioso color azul, en el que descansan las cenizas de otros muchachos muertos...

De repente, desaparece. Sucede tan rápido que me pierdo el momento exacto en el que sucede. Lo único que alcanzo a ver es la ondulación de la superficie del mar.

Sean está en la orilla, mirando al mar. Tiene una curiosa expresión de anhelo en el rostro, como si él también quisiera saltar y perderse entre aquellas olas. Creo que precisamente por ese motivo Norman Falk le pidió a Sean que estuviera allí; no sólo porque fuera el único que podía officiar aquel ritual. Sean Kendrick es la carrera misma, incluso si jamás se hubiera llegado a celebrar. Es un recordatorio de lo que significan los caballos para la isla: un puente entre lo que somos y la parte de *Thisby* que todos anhelamos pero no podemos tocar. En aquella posición, mirando al mar, Sean me parece igual de salvaje que los *capaill uisce*, y eso me desconcierta.

Siento el corazón lleno y vacío a la vez; lleno de principios y de finales. Mañana tendrá lugar la carrera; será un día de estrategias, de peligros, de deseos y de miedos. Al otro lado de la línea de meta, veo a Gabe, marchándose en barco, alejándose de nosotros. Me siento como Sean cuando contempla el océano. Estoy tan llena de un anhelo sin nombre que no puedo soportarlo.

## 56

### SEAN

Después de soltar a la yegua de Tommy Falk, me uno al grupo de asistentes al funeral. A la luz de las llamas, es difícil distinguir las caras. Veo a Gabriel Connolly y a Finn Connolly, pero no encuentro a Puck por ninguna parte.

Le pregunto a Finn —que tiene esa postura suya de espantapájaros— si ha venido Puck con ellos y me responde que «pues claro», pero no añade nada más. Me adentro en el grupo, preguntando a todos si la han visto, sabiendo perfectamente que al hacerlo estoy gritando a los cuatro vientos lo que siento por ella. Nadie tienen ni idea de dónde está.

La carrera es mañana y he hecho lo que me correspondía por Tommy Falk. Ahora debería volver a Malvern Yard, pero me siento vacío al saber que Puck está aquí y que no he podido verla. Necesito encontrarla, y esa sensación me inquieta.

Me quedo unos momentos en las rocas, pensando en dónde podría estar, hasta que empiezo a subir por el camino del acantilado. La tierra es de un color más oscuro en este punto, pero aquí, más cerca del cielo, la tarde todavía tiene los tonos azules y rojizos del ocaso. Es de noche en todo Thisby menos en este punto, donde el sol del atardecer se apaga poco a poco, lejos de la oscuridad del mar de poniente. Y allí está ella, en la cima del acantilado, mirando al horizonte. Está sentada de modo que apoya el mentón en las rodillas y se abraza las piernas con los brazos. Parece camuflarse con las rocas y la tierra que tiene a su alrededor. Oye mis pasos, pero no aparta los ojos del mar.

Me acerco y la miro sin disimular el interés que me despierta. Aquí, ella es la única que puede verme. El sol del ocaso tiñe de dorado sus mejillas y su cuello. La brisa le mece suavemente el cabello, que tiene los tonos de la hierba del acantilado. Su expresión es menos fiera de lo habitual; no está tan alerta.

—¿Estás asustada? —le pregunto.

Tiene los ojos fijos en el horizonte, hacia el oeste, donde ha desaparecido ya el sol pero no su resplandor. Allí, en algún lugar, están mis *capaill uisce*, la América de George Holly y la inmensidad del océano.

Puck no aparta la vista del fulgor naranja que se dibuja al final del mundo.

—Dime cómo es la carrera.

Es una batalla. Un revoltillo de hombres, caballos y sangre, los más rápidos y los más fuertes después de dos semanas de entrenamiento. Es la caricia de las olas contra tu rostro y la magia de noviembre en la piel. Los tambores de Escorpio reemplazan el latido de tu corazón y, si tienes suerte, cabalgas rápido como el viento. Es la vida, la muerte y ambas a la vez. No hay nada igual. Antes, hace muchos años, ese instante en que se apagaban los últimos rayos de la tarde anterior a la carrera era mi momento



favorito. Estaba ansioso por empezar. Pero entonces lo único que podía perder era mi propia vida.

—No hay nadie más valiente que tú en esa playa.

—Eso da igual —dice, con desdén.

—No da igual. Lo que te dije en el Festival, lo creo de verdad: a esta isla el amor no le importa, pero favorece a los valientes.

Se vuelve para mirarme al fin. Es fiera y roja, indestructible y voluble: es Thisby en estado puro.

—¿Tú sientes que eres valiente? —me pregunta.

La diosa yegua me dijo que pidiera otro deseo. Aquel regalo me parece ahora algo tan frágil... Recuerdo los años en que lo sentía como una promesa.

—No sé lo que siento, Puck.

Ella mueve los brazos para no perder el equilibrio mientras se inclina hacia mí. Cuando nos besamos, cierra los ojos.

Se aparta y me mira. No me he movido y ella apenas se ha movido tampoco, pero el mundo se agita bajo nuestros pies.

—Dime qué deseo quieres que pida —le ruego—. Dime qué debo pedirle al mar.

—Ser feliz. La felicidad.

Cierro los ojos. Tengo la cabeza llena de *Corr*, del océano y del tacto de los labios de Puck Connolly sobre los míos.

—No sé si es posible ser feliz en Thisby. Y si lo es, no sé si podré amarrar esa felicidad para que no se desvanezca.

La brisa sopla suave sobre mis párpados cerrados. Consigo trae un perfume a agua salada, a lluvia y a invierno. El océano se mece en torno a la isla, como en una canción de cuna.

Puck me habla al oído. Noto su cálido aliento contra el cuello.

—Pídeselo. Dile lo que necesita escuchar. ¿No es eso lo que me dijiste?

Inclino la cabeza para sentir sus labios contra mi piel. Nos besamos y noto la caricia fría del viento contra la mejilla. Puck reposa la frente contra mi pelo.

Abro los ojos y el sol ha desaparecido. Siento que llevo el océano dentro de mí, salvaje e impredecible.

—Sí, eso te dije. Y yo, ¿qué necesito escuchar?

—Que mañana ganaremos las Carreras de Escorpio y que seremos los reyes de Skarmouth. Yo salvaré mi casa y tú, tu caballo. *Dove* comerá dorados copos de avena para el resto de su vida y tú serás el terror de las carreras año tras año. La gente vendrá de todos los confines del mundo para saber cómo consigues que tus caballos te escuchen. La yegua pinta arrastrará a Mutt al océano y Gabriel se quedará en la isla. Yo tendré mi propia finca y tú me traerás pan para cenar —me susurra Puck al oído.

—Eso es lo que necesitaba escuchar —suspiro.

—¿Ahora ya sabes qué deseo pedir?

Trago saliva. No tengo ninguna concha de los deseos conmigo, pero sé que el mar me oye de todas maneras.

—Que me dé lo que necesito.

## 57

### PUCK

Antes de que papá se marchara a pescar, la casa rebosaba actividad. Aunque se fuera a primera hora de la mañana o de madrugada, con los bancos de peces y las mareas, mamá solía cocinarle la comida para que se la pudiera llevar. Gabe escudriñaba su habitación por si se olvidaba la cuchilla de afeitar y Finn y yo nos agarrábamos a sus piernas, nos metíamos en su bolsa o nos poníamos a enredar en la cocina con mamá. El día que se fueron los dos, la que cocinaba era yo, mientras Gabe comprobaba que mamá tenía la bolsa preparada y Finn estaba de morros porque nos quedábamos solos.

Esa mañana, el día de las Carreras de Escorpio, siento que la que se va soy yo. Finn está como loco comprobando que no me dejo nada y Gabe saca lustre a mis botas mientras yo me recojo el pelo en una coleta. Me cuesta creer que haya llegado el momento. Nos lo tomamos con calma: durante toda la mañana se suceden carreras más breves y menos peligrosas, por lo que no tendré que estar en la playa hasta primera hora de la tarde. Recuerdo que tengo que coger dinero de la lata de galletas por si debo comprarle algo para comer a *Dove*. Con los dedos toco la fría base de la lata. No nos queda nada.

Es una especie de recordatorio de por qué voy a participar en la carrera. Siento que los nervios me recorren la espalda.

Cuando finalmente me dispongo a marcharme, Finn me dice que me traerá la comida más tarde —aunque en este momento me siento incapaz de comer nada en todo el día, porque mi barriga es un nido de serpientes, lo que es un incordio para hacer bien la digestión— y Gabe me acompaña hasta la entrada.

—Puck —me dice—, no lo hagas.

Se inclina sobre la valla y observa cómo paso la cincha por detrás de la silla de montar de *Dove*. Se parece mucho a papá bajo aquella luz, porque no ha dormido mucho últimamente y tiene bolsas debajo de los ojos. Empieza a parecer un pescador de verdad, porque todos tienen surcos en el rabillo del ojo.

—Creo que es un poco tarde para echarme atrás —lo miro por encima de la grupa de *Dove*—. Si me das otra alternativa para salvar la casa, te aseguro que me quedo aquí.

—¿Y tan mal estaría dejar esta casa?

—A mí me gusta. Me recuerda a mamá y a papá. Y, además, ni siquiera es por la casa. ¿Sabes qué será lo primero que desaparecerá si nos quedamos sin casa? *Dove*. No puedo ni... —tengo que callarme y concentrarme en frotar una mancha de la silla.

—No es más que un caballo. No me mires así, ya sé que la quieres. Pero puedes vivir sin ella, puedes buscarte un trabajo, yo os mandaré dinero y todo irá bien.

Entierro los dedos en las crines de *Dove*.

—No, las cosas no irán bien. No quiero conformarme con tener un trabajo y apañármelas de cualquier manera. Quiero tener a *Dove* a mi lado y espacio para respirar, y no quiero que Finn tenga que trabajar en el molino. No me apetece vivir en Skarmouth, en una lata de sardinas, y que Finn tenga que vivir en otra lata de sardinas diferente a la mía, haciéndose mayor lejos de mí.

—Entonces el año que viene habré ahorrado lo suficiente para que los dos os vengáis al continente conmigo. Allí los trabajos son mejores.

—Tampoco quiero irme al continente ni quiero tener un trabajo mejor. ¿Es que no lo entiendes? Aquí soy feliz. ¡No todo el mundo quiere marcharse! Aquí es donde quiero estar. Si pudiera tener a *Dove* y un lugar que me pertenezca, además de un saco de judías secas, me daría por satisfecha.

Gabriel se queda mirando al suelo e intenta decir algo, igual que cuando hablaba con papá y no le gustaba que éste lo presionara demasiado.

—¿Y vale la pena dejarse la vida por eso?

—Sí.

Toquetea una astilla que ha quedado suelta en una de las tablas.

—No has dudado ni un momento.

—No necesito hacerlo. Te propongo otra cosa: yo no participo en la carrera y tú no te marchas —pero sé, mientras lo digo, que se negará y que yo participaré de todos modos.

—Puck —murmura—, no puedo...

—Bueno —continúo, mientras abro la puerta del jardín y guío a *Dove* hacia el exterior—, pues ya lo ves.

Pero no estoy enfadada. Siento aquella punzada de siempre, pero ya no hay lugar para la sorpresa. Tengo la sensación de haber sabido desde pequeña que se iba a marchar, pero que había elegido borrar ese pensamiento de la cabeza. Creo que Gabe también sabía desde que empezamos a hablar que no conseguiría apartarnos ni a mí ni a *Dove* de la playa. Simplemente era necesario que los dos mantuviéramos aquella conversación. Al pasar junto a él, Gabe me detiene. *Dove* se para de buena gana mientras mi hermano me da un abrazo, sin decirme nada. Me rodea con los brazos como antes, cuando los seis años de diferencia entre nosotros eran como el cauce de un río que nos separaba y nos colocaba en dos distantes riberas. A un lado estaba yo, una niña, y al otro él, ya casi un adulto.

—Te echaré de menos —le digo a su jersey. Por una vez, Gabe no huele a pescado. Huele al heno que estuvo mezclando para mí la noche anterior y al humo de la pira funeraria.

—Siento haber complicado tanto las cosas —murmura—. Tendría que haber confiado más en vosotros.

Ojalá nos lo hubiera dicho antes, cuando estaba triste y asustado. Pero no importa; acepto las disculpas.

Gabe me deja marchar.

—Iré a ver si ya están repartiendo las mantas de colores para la carrera —me mira—. Ahora mismo eres igualita a mamá.

## 58

### SEAN

Hoy es primero de noviembre, y alguien va a morir.

Llaman a la cuarteada puerta, que se abre de par en par.

—¿Cómo está el chico de oro de Skarmouth el día de las carreras?

Abro los ojos y me vuelvo: en el umbral está George Holly, quien observa la austera decoración de mi pequeño apartamento. No hay más que una cama, una pila y un pequeño fogón bajo el techo inclinado. La tenue luz de la mañana lo tiñe todo de un color lavanda.

Asiento con la cabeza a modo de saludo y hago un gesto para indicarle que entre.

—Pero ¡qué deprimente es este lugar! —exclama—. Hasta usted parece triston —después de una pausa, saca una caja de latón de debajo de la pila y se sienta en ella, doblando las piernas. Se coloca la gorra roja sobre las rodillas y la acaricia como si fuera un gato.

—No logro tranquilizarme —le confieso—. No puedo ir a la cuadra a por *Corr* en este estado porque se daría cuenta. Puede que ni siquiera pise la playa hoy.

—¿Es por la carrera? —me pregunta Holly—. ¿Tiene miedo de ellos?

—Nunca he tenido miedo —replico, sin abrir los ojos.

—¿Es porque esta vez se juega a *Corr*? ¿Qué es lo que quiere de verdad, Sean?

Me llevo la mano a la cara para bucear en mi interior en busca de la calma perdida; de la certeza que siento cada año antes de participar en la carrera y cada mañana antes de subirme a un caballo.

—¿La libertad? Si es eso, olvídense ya de la carrera y venga a Estados Unidos conmigo. Le haré socio; nada de mozo ni de entrenador. Podrá ir y venir a su antojo —al ver que no le respondo, Holly añade—: ¿Lo ve? Me estaba engañando al decirme que lo que anhela es la libertad. Ahora hemos caído en la cuenta de que lo que anhela no es eso.

Vamos avanzando.

Aparto la vista. Oigo el jaleo característico del día de las carreras en el jardín. Y yo no estoy allí abajo.

—Entonces, ¿tiene que ver con el semental rojo, no? ¿Perderá la carrera y lo perderá todo por un golpe de suerte inusitado de los Malvern? Vamos, hombre, pero si ha ganado usted cuatro años de seis, ¿cierto? Las estadísticas son muy favorables... De modo que tampoco se trata de eso.

Abro los ojos. Holly cambia el peso de una pierna a la otra, haciendo que la lata cruja bajo su cuerpo.

—He perdido dos veces contra Ian Privett, montado en *Penda*. El tercer año se cayó y perdió a *Penda*, pero este año vuelve a correr con él. Y Blackwell tiene a

Margot...

—... que es rápida de narices —conviene Holly, cuyas palabras podrían ser perfectamente las mías.

—... y luego está la yegua pinta. No la conozco y no sé si debería tenerle miedo. Creo que podría perderlo todo.

Holly se rasca el cuello y observa las sombras que se arremolinan bajo mi estrecho camastro.

—Yo diría que ese «todo» sería el verdadero motivo. No se estará refiriendo a Kate Connolly, ¿no? Ah, ya veo que sí.

—De mí sí estoy seguro —le confirmo.

—Ya —asiente.

—No sea tan misterioso, señor Holly. No vaya usted de sabio con esa gorra roja y esos zapatos, entrando aquí como si fuera su casa.

—¡Y eso lo dice usted, el hombre descalzo! —exclama, se pone de pie y se acerca al hornillo—. ¿Cómo se las apaña para vivir aquí, Sean? ¿Cómo puede prepararse una taza de té sin quemarse la pilila, si me perdona la expresión? Cuando se acurruca en la cama corre el riesgo de acabar dentro de la pila... Y cada mañana se toma el desayuno en la cama porque no tiene espacio suficiente en el suelo.

—No está tan mal.

—Ya —repite de nuevo—. Y si gana, ¿a este lugar es al que desea regresar?

—La casa de mi padre está a una hora a pie de aquí, en los barrancos del noroeste. Si yo fuera libre de verdad, sería allí donde querría vivir —apenas tengo recuerdos de esa casa, pero he llegado hasta allí a caballo en alguna ocasión. Son como fotografías del pasado: la cama, la ventana de mi habitación, mi madre sentada en una silla... Ahora la casa no pasa por su mejor momento. Está a mi nombre, pero está demasiado lejos y es un inconveniente teniendo que trabajar para Malvern.

—¿Y allí cuidaría de la yegua que acabo de comprar hasta que tenga un bonito potrillo rojo de su semental?

Cojo los calcetines del radiador y las botas, situadas debajo de éste.

—Nunca dije que me gustaría tener mi propia ganadería.

—No ha sido necesario. Volveré el año que viene y tendrá una manada de caballos paciando cerca de su ventana, a Puck Connolly en su lecho y yo le compraré caballos a usted y no a Malvern. Ése es su futuro.

—El futuro suena mucho más agradable con su acento —suspiro y cojo la chaqueta.

—¿Adónde va? No he acabado con mi pronóstico.

Me llevo la chaqueta al hombro.

—A la playa. No podré darle ese potrillo rojo del que habla a menos que gane a *Corr* antes.

## 59

### PUCK

Durante la noche he encogido y todos los demás han crecido: miden casi tres metros y yo poco más de uno, y vuelvo a ser una niña. A medida que me adentro entre la multitud, siento que *Dove*, a su vez, es un juguete o quizá un perro. El camino del acantilado es un hervidero: las primeras carreras empezaron hace ya horas, el quinto grupo es quien protagoniza ahora la competición en la playa. Se oyen los gruñidos y las risas de los espectadores que observan el espectáculo desde arriba. El viento ruge sobre nosotros.

Observo las nubes que tapan el cielo. No son de las que duran todo el día y me siento aliviada: temía que fuese otro día como el que vio morir a Tommy en la orilla de la playa. Hace frío, pero es normal para el mes de noviembre. Esperaba que fuera así.

Todo el mundo me observa y oigo constantemente mi nombre; al menos, eso es lo que me parece. Alguien escupe en los cascos de *Dove*, o quizá el escupitajo iba dirigido a mí, no lo sé. A mi paso oigo comentarios en el característico acento del continente y en el acento cerrado de Thisby. Es curioso, pero me siento como si fuera yo la forastera que está de visita en una isla huraña. Todos acarician a *Dove*, que está intranquila y voluble. En un momento dado, levanta la cabeza y relincha, aunque no hay nadie que pueda responderle en este lado de la isla. Lejos, en la playa, un *capall uisce* le contesta con un grito. *Dove* se estremece y tira de mí; tardo unos metros en recuperar el control.

Se oyen risas y alguien me pregunta si necesito ayuda en un tono poco amigable.

—Lo que de verdad necesitaría es que tu madre hubiera pensado bien en lo que hacía nueve meses antes del día de tu cumpleaños.

—¡Cuidado que muerde! —exclama alguien.

Me quedo callada e intento abrirme paso. Gabe debe de estar entre esta multitud, en algún lugar, con la manta del color que llevaré en la carrera; como Finn, que me espera con la comida.

—Kate Connolly, ¿su intención es cambiar el orden de las cosas?

Pestañeo, incrédula, y me doy la vuelta. Delante de mí tengo a un hombre vestido con un traje marrón que seguramente cuesta más dinero que nuestra casa. Lleva una libretita en la mano y va acompañado de un fotógrafo que sostiene un enorme flash fotográfico. Detrás de mí y de *Dove* se ha formado un corrillo. Estoy atrapada.

—Lo único que intento cambiar es mi situación —le contesto.

—¿De modo que no se inspira en el movimiento por el sufragio femenino?

Estiro el cuello en busca de mis hermanos, de Dory Maud o de alguna cara conocida. Jamás había visto tantos bombines como hoy.



—Mire, yo tengo un caballo y punto. Como todo el mundo en esta isla. ¿Le importa? Está poniendo muy nerviosa a mi yegua.

—¿Qué les diría a las gentes de Thisby que afirman que no debería participar en las Carreras de Escorpio?

—No tengo nada ingenioso que decirle a nadie —declaro.

—Una pregunta más, señorita Connolly. ¿Cómo cree que acabará la carrera? ¿Cree usted que tiene alguna posibilidad de llegar a la meta? —les doy la espalda y sigo mi camino. El reportero avanza a mi lado. Su presencia, junto a la del fotógrafo, me altera mucho más que cualquier otro comentario. No se me había pasado por la cabeza que yo pudiera ser el centro de atención, y mucho menos que un periódico del continente se interesara por mi historia.

—Pregunte en Gratton's. Siempre lo saben todo —lo miro echando chispas por los ojos.

Intento que *Dove* se vuelva otra vez para poder seguir avanzando.

—¡Puck!

Me vuelvo, ahora ya muy alterada, y veo a Sean. A diferencia de lo que me sucede a mí, que tengo que abrirme paso a codazos, Sean pasa sin dificultad entre el gentío. Parece que se aparten a su paso sin darse cuenta. Va en mangas de camisa y resuella, por lo que me cuesta creer que es él al principio.

Se acerca a mí, dándole la espalda al reportero, e inclina su rostro hacia el mío. Parece que le da igual la cantidad de ojos que nos observan.

—¿Dónde tienes la manta de color?

—Gabe la ha ido a buscar.

—Las están repartiendo en la playa —me informa—. Tienes que bajar a buscarla.

—¿Tienes tú la tuya?

—Sí. Puedo quedarme con *Dove* mientras tú bajas a recogerla.

*Dove* se estremece porque alguien le toca la grupa. Aquel jaleo es demasiado para ella y temo que use toda su energía aquí, antes de llegar a la playa. Recuerdo a Peg Gratton diciéndome que no dejara que nadie le ciñera la cincha a *Dove* el día de la carrera. Pero Sean no es cualquier persona.

—¿Puedes conseguir que la dejen tranquila?

Asiente con la cabeza.

—Gracias —susurro, de modo que tiene que acercarse a mí para oírme.

Sean se acerca más y me coloca una pulserita hecha con una cinta roja en la mano que tengo libre. Me coge del brazo y aprieta los labios contra el interior de mi muñeca. Estoy quieta como una estatua y siento el latir de mi pulso contra su boca.

—Para que tengas suerte —me murmura, antes de coger el ramal de *Dove*.

—Sean —le digo. Se da la vuelta y entonces yo lo tomo de la barbilla y lo beso en los labios. De repente recuerdo el primer día en la playa, cuando le saqué la cabeza

del agua.

—Para que tengas suerte —le deseo, dejándolo totalmente sorprendido.

Se oye un fogonazo proveniente del flash de una cámara y los vítores de la gente.

—Vale —me dice Sean, como si acabáramos de cerrar un trato y me diera su conformidad. Se vuelve a los allí congregados y les grita—: Si quieren que haya carrera, ¡apártense ahora mismo de este caballo!

Mientras se dispersan, me abro paso hacia el camino del acantilado. Antes de empezar el descenso, me vuelvo para mirar a Sean. Él también me mira. Ahora *Dove* y él tienen bastante espacio a su alrededor. Siento el peso de la isla bajo mis pies y a Sean todavía en mis labios, y me pregunto si hoy los dos tendremos suerte.

## 60

### PUCK

No hay tanta gente en la playa como esperaba. Estamos en un intermedio entre dos de las carreras menores, y sólo los *capaill uisce* que participarán a continuación están en la playa. Todos los espectadores que estaban antes en la arena se han desplazado a los acantilados, acercándose tanto al borde como el valor se lo permite. El cielo se ha aclarado y ha adquirido esa tonalidad azul intensa tan característica del mes de noviembre. El océano extiende a mi derecha su negro manto.

No puedo pensar que en breve voy a competir porque se me paraliza el cuerpo.

Enseguida localizo la mesa de los comisarios de la carrera, situada al abrigo del acantilado. Dos hombres con bombín están sentados detrás de una mesa repleta de mantas y telas de vivos colores. Aprieto el paso y acerco el rostro a la mesa para no tener que gritar.

—Vengo a recoger mi manta—anuncio. Reconozco al hombre que está a la derecha: se suele sentar cerca de nosotros en Santa Columba.

—No hay ninguna para ti —me contesta el otro comisario, que está cruzado de brazos sobre un montón de telas de colores.

—¿Perdone? —le pregunto, con educación.

—Que no quedan más. Hasta luego —se vuelve hacia el comisario que tiene al lado—: Qué buen tiempo hace hoy, ¿verdad?

—Señor —insisto.

—No es por quejarme del calor, pero luego tendremos mosquitos —le responde el otro comisario.

—No pueden fingir que no estoy aquí —grito.

Pero sí que pueden. Siguen hablando de tonterías y ninguneándome hasta que me trago mi orgullo y mi rabia y me doy por vencida, no sin antes decirles que son unos hijos de mala madre. Al volver por el camino del acantilado me cruzo con Gabe. Va muy despeinado por culpa del viento.

—¿Y tu manta? —me pregunta.

No quiero decirle lo que ha pasado, pero lo hago.

—Se niegan a dárme la.

—¿Cómo?

Me cruzo de brazos.

—Da igual. Correré sin ella —pero sí que me importa. Un poco.

—Voy ahora mismo a hablar con ellos —declara Gabe. Me alegra ver que se enfada por aquella injusticia, aunque no creo que vayamos a conseguir nada. A veces lo que ayuda es compartirlo con otra persona—. Serán idiotas.

Lo veo bajar por el camino, pero por las caras de los comisarios entiendo que la

respuesta es la misma. Me repito que no importa, que no tengo por qué parecerme a los demás. No necesito pertenecer a ningún grupo.

—Que les den a esos carcamales —espeta mi hermano, ya de regreso.

Cerca de nosotros, alguien dice a voz en grito que sólo los participantes en la siguiente carrera pueden estar en la playa, porque falta muy poco para que empiece la carrera final.

La nuestra.

## 61

### SEAN

El sol de la tarde brilla con fuerza en la playa, pero sus rayos son fríos. El viento arrecia sobre la superficie del mar, veteándola de blancas crestas de espuma. En la cima de los acantilados se dibuja la silueta de la multitud que observa la pálida franja de arena que los separa del océano.

Veo con regularidad la cabeza de un *capall uisce* en el agua, lejos de la orilla, atraído hasta la costa por las corrientes marinas de noviembre.

Los *capaill* que tuvieron la mala fortuna de ser capturados forcejean en la playa. En las bridas, enjaezadas, llevan cascabeles, cintas rojas, acero, hojas de acebo, margaritas y el susurro de una oración. Los caballos marinos son terribles, maliciosos y hermosos a la vez. Nos aman y nos odian.

Han empezado las Carreras de Escorpio.

Me siento tan, tan vivo...

Noto a *Corr* bajo mi cuerpo, impaciente y rebosante de energía. El canto que le dedica el mar es muy diferente al de ayer y, cuando pasa a nuestro lado otro *capall uisce*, *Corr* le enseña los dientes. Antes de conocer a Puck jamás me había dado cuenta de la cantidad de jinetes y caballos que participan en la carrera. *capaill uisce* de todos los colores se arremolinan unos contra otros: entrechocan, se muerden, se bufan, se cocean... La franja norte de la playa me parece más lejana que nunca.

En ocho estadios y cinco minutos, todo habrá acabado.

Distingo a Puck entre los jinetes. A diferencia de ellos, no le coloca abalorios ni adornos en el último momento a su caballo. Está inclinada sobre el cuello de *Dove* y presiona su mejilla contra las crines de la yegua.

—Sean Kendrick.

Reconozco la voz de Mutt antes de volverme. Está cerca de mí, montado en la yegua pinta. Cuando ésta agita las crines, los cas cabe les que lleva enjaezados en ellas entonan un acorde disonante. No sé cómo espera que sea rápida con todo el acero que lleva sobre el pecho y la grupa.

—No me dirijas la palabra.

—Esta carrera será un infierno para ti —me amenaza.

*Corr* echa las orejas hacia atrás, y la yegua *uisce* le responde del mismo modo.

—En esta playa no me das ningún miedo —le respondo.

Mutt Malvern aparta a la yegua, que resopla y cascabelea. Sigue mi mirada, en ese momento puesta en Puck.

—Ya sé qué te importa de verdad, Sean Kendrick.

## PUCK

Intento pensar, sin lograrlo, que ésta será una carrera más. Me esfuerzo por no pensar en lo lejana que queda la meta y me obligo a recordar que mi objetivo no es sólo sobrevivir, sino tener éxito. Necesito ganar. Siento un asomo de culpabilidad por Sean, por si se cumple mi deseo. Y si gano... ¿tendría suficiente dinero para la casa y para *Corr*?

—Puck, bájate un momentito —me sorprende oír la voz de Peg Gratton. Está de pie junto a *Dove*, observándome. Tiene el pelo alborotado por el viento y parece muy seria. Desmonto, obediente. Sostiene en la mano su traje de pájaro de Escorpio, algo que me extraña—. ¿Cómo estás?

—Bien —miento.

—Qué vergüenza —me dice—, Gabe me ha explicado que no quieren darte tu manta.

Asiento con la cabeza. Mi rostro es inexpugnable.

—Bueno, pues a quitar la silla se ha dicho —concluye.

Estoy perpleja, pero confío en ella y hago lo que me dice. Quito la silla y observo cómo desdobra cuidadosamente el traje. Veo que la terrible cabeza de ave no está y que sólo ha traído la capa cubierta de plumas. Peg la coloca sobre el lomo de *Dove*, donde tendría que haber ido la manta con mi color. A continuación, coge la silla y se asegura de que no me hará ninguna rozadura.

—Ahora llevas los colores de Thisby —me anuncia.

—Gracias.

—No me des las gracias a mí —me dice Peg, que ya se ha empezado a alejarse—. Demuéstrales quién eres.

Trago saliva. ¿Y quién soy? Alguien que se esconde en el cuerpo de una chica llamada Puck Connolly y que desea con todas sus fuerzas no dejarse la vida en los próximos minutos.

—¡Jinetes, en posición!

¿Ya ha llegado el momento de alinearse? Pero si acabamos de bajar a la playa... Además, no he visto a Sean. Me balanceo sobre *Dove* para mirar por encima de los *capaill uisce* en su busca. Si pudiera verlo...

Lo descubro al otro lado de la hilera; en ese momento levanta la barbilla y me mira. *Corr* lleva una manta de color azul oscuro, y el sudor blanquecino ya le empapa el pelaje. Sean sigue mirándome y yo levanto la muñeca para mostrarle que llevo su cinta puesta.

—¡Jinetes, en posición!

Ojalá hubiera podido colocarme al lado de Sean y de *Corr*, pero ya no queda

tiempo. Tres comisarios de la carrera nos obligan a formar una línea de salida detrás de unos grandes postes de madera. El cascabeleo y el repicar de los cascos es casi ensordecedor. Los *capaill uisce* resoplan y enseñan los dientes, dan patadas contra el suelo y se estremecen. Alejo a *Dove* de sus vecinos todo lo que puedo. Tiene las orejas echadas hacia atrás: estamos rodeadas de depredadores.

A mi lado, un *capall uisce* agita la cabeza y una cascada de espuma blanquecina le recorre el cuello y el pecho.

Empieza la cuenta atrás.

Oigo el rumor de las olas.

Levantán los postes.

## 62

### PUCK

La carrera ha empezado. No me gobierna el ritmo ni la razón: lo único que atino a pensar es que debo hacer que *Dove* corra por el interior. Nadie quiere estar cerca del agitado mar de noviembre a menos que les resulte imposible evitarlo. *Dove* roza con los cascos las olas que lamen la orilla, y noto el agua del mar en el rostro. La sal se me ha metido entre los dedos y las riendas, y los invisibles cristales me queman y rozan la piel.

Algo me presiona la pierna con fuerza; es la hebilla de cuero de mi estribo, que se me clava en el hueso. Me giro justo a tiempo de ver a un enorme *capall uisce* cerniéndose sobre mí. Aparto bruscamente a *Dove* y la guío hacia la orilla justo a tiempo para esquivar al caballo zaino, que nos enseña los dientes, agitado. *Dove* prácticamente entierra sus orejas en la crin y veo que el jinete que va a lomos del *capall* es Gerald Finney. Agarra con tal fuerza las riendas que tiene los nudillos blancos. No se vuelve para mirarme. Sé por el temblor que noto en el cuerpo de *Dove* que ha reconocido al *capall*. Le presiono los flancos con mis piernas, como diciéndole: «No tengas miedo todavía, *Dove*. Nos queda mucho que recorrer».

Recuerdo, demasiado tarde, que debo reservar la energía de *Dove* para el final e intento ajustar la velocidad. Los caballos nos adelantan: veo ahora los colores verdes de Ian Privett, el azul cielo del *capall* de Blackwell y el tono dorado de la manta que cubre la grupa de la yegua pinta. Pero no veo a ningún semental rojo con su manta azul. No sé si está ya tan adelantado que me resulta imposible verlo o si va detrás.

### SEAN

Busco a Puck o a *Dove*, pero no veo nada entre la muchedumbre de caballos y jinetes. Noto la potencia de *Corr* bajo las riendas y los hombros me duelen a causa de su peso.

Me queman las pantorrillas por la fricción con los estribos de cuero. No sé cuánto debo retrasar a *Corr* por detrás del pelotón para buscarla. Éste es el peor lugar en el que quedarse: los *capaill* que se quedan rezagados no sólo no avanzan por su lentitud, sino porque pelean entre ellos o contra las olas del mar. Los cascos del caballo que tengo delante me arrojan arena a los ojos, que me pican intensamente. Pero no puedo soltar las riendas para frotármelos.

A mi izquierda hay un caballo gris y otro castaño, azuzándose el uno al otro. Intentan incorporar a *Corr* en su escaramuza particular. Lo sostengo con firmeza y lo



presiono para que siga adelante, aunque no demasiado, porque si Puck está detrás de mí, no quiero perderla de vista. Tengo las manos enterradas en las crines de *Corr*, a la altura de la cruz. Siento el temblor de sus músculos al entrar en contacto con el mar de noviembre. Le susurro al oído para que se calme.

Miro por debajo del brazo, a la derecha, en busca de Puck. No la veo a ella, sino al caballo gris, que tiene casi todo el cuerpo metido en el agua. Es prácticamente una criatura marina: los ojos son meras rendijas en una cabeza cada vez más estirada. El caballo se retuerce y se agita, más preocupado por el jinete que porta en el lomo que por la carrera. Noto una sensación helada en el cuello: es el agua marina, que proviene de algún lugar que no alcanzo a ver.

Otro *capall* avanza por mi flanco izquierdo: me muerde la pierna antes de que su jinete logre apartarlo. No puedo quedarme aquí detrás. Tengo que buscar un claro y encontrar a Puck: si no ha logrado salir de aquí, puede que ya esté muerta.

Me inclino sobre el cuello de *Corr* para susurrarle algo, pero, por primera vez, no sé qué decirle.

Pero no importa: *Corr* ya sabe lo que quiero sin necesidad de decir nada, y avanza a toda prisa para separarse cuanto antes de los *capaill* que se han quedado rezagados.

A la derecha, hay un estrecho paso que me llevaría a la cabeza del pelotón, donde tres jinetes pugnan por llegar el primero a la meta. El año pasado yo estaba allí con *Corr*, y los demás tuvieron que limitarse a contar la distancia que separaba a *Corr* del pelotón durante el resto de la carrera.

Pero decido no actuar.

Espero.

## PUCK

En menos de un minuto ya han mordido a *Dove* y, en apenas segundos, algo afilado me desgarró la carne. Es imposible que hayan si do los dientes de algún caballo. No tengo tiempo para observar la herida ni para preguntarme qué ha sucedido. Estamos atrapadas: a pesar del rugido del viento oigo perfectamente los chillidos, los chasquidos de lengua y los aullidos que emiten aquellas colosales criaturas.

Noto que de la herida mana un líquido caliente: mi sangre. No siento ningún dolor, el corte ha debido de ser bastante preciso y se trata de una herida limpia.

*Dove* empieza a estar muy asustada. A su derecha percibe que hay demasiado movimiento, por lo que mueve bruscamente la cabeza y las riendas me revientan una de las dolorosas llagas que se me han formado en la palma de la mano. Mi yegua

tiene los ojos muy abiertos por el miedo.

Tengo que salir de aquí. Noto el aguijonazo de la arena en las mejillas y alrededor de los ojos, pero no puedo soltar las riendas para frotármelos. Es imposible que logremos avanzar, pero, de repente, el *capall uisce* que tengo a la derecha se zambulle de un salto en el mar y desmonta a su jinete con una espectacular cabriola.

Es Finney. Nos miramos apenas un segundo. Agita las manos en el agua hasta que su *capall* gris le muerde en el rostro con sus afilados dientes.

Nos alejamos y lo único que veo es una sombra oscura en el hombro de *Dove*: el reflejo de las agitadas aguas. Se me revuelve el estómago.

Inesperadamente se abre un camino ante mis ojos donde antes había un *capall uisce*. Si voy hacia la derecha, valiéndome de la preciosa energía de *Dove*, puede que salgamos de ahí.

No tiene ningún sentido que mi yegua conserve su energía si morimos en la carrera. Aprieto con fuerza las pantorrillas contra sus costados y, de repente, todo cambia. *Dove* encuentra el paso justo y nos liberamos de la horda de caballos enloquecidos en la que habíamos quedado atrapadas. Y allí, detrás de los que van en cabeza, distingo al rojo semental de manta azul, y a Sean Kendrick perfectamente montado en él.

Limpio la sangre que tiene *Dove* en el costado. La herida no es profunda, pero la culpa me mortifica por dentro. Le dedico un «lo siento» y ella endereza una temblorosa oreja. Suelto un poco de rienda. Está aterrorizada, pero de momento logro recuperar su atención.

«Céntrate.» Recuerdo la carrera sobre los acantilados. Logré que estuviera tranquila y siguiera un ritmo constante. Pienso en la yegua *uisce* que saltó desde el acantilado. El secreto es pensar siempre en la carrera y no pensar sólo en el océano, como los demás.

No perderé el control.

## SEAN

Un recién llegado asoma por la derecha y *Corr*, enloquecido por el roce del mar, mueve la cabeza bruscamente para morderlo. Lo tranquilizo y el nuevo contrincante da un respingo pero no pierde el control. Tiene la punta de las orejas de color negro y es más pequeño que *Corr*. En realidad, es más pequeño que cualquier otro caballo de los que corren en la playa. Además, los músculos que se mueven bajo su piel tampoco son extraordinarios.

Es *Dove*, que se coloca ahora a nuestra altura. Un abanico de plumas revolotea

bajo la silla de montar. Miro varias veces a Puck antes de dirigir la vista a su yegua. Alguien le ha dado una dentellada, pero no parece profunda. Puck también está sangrando, pero a diferencia de *Dove*, ella tiene un corte limpio y alargado; el cuero de su estribo ha parado parte del golpe. Es la herida producida por un cuchillo y no por un caballo. Alguien se ha sentido ofendido por su presencia en la playa. No puedo pensar demasiado en eso porque me pondré furioso y perderé la concentración. Y no puedo permitírmelo.

No puedo porque delante de nosotros se ha desatado el caos más absoluto. Lo peor de todo es el ruido: el resollar de los exhaustos *capaill*, sus gruñidos al pelearse, el batir furioso de los cascos y el rugido del mar. Por encima de ellos se oyen los chillidos y los gritos de la multitud. Incluso si un caballo lograra mantener la calma ante el mar de noviembre, ese ruido atronador lo volvería loco.

El *capall* que tenemos justo delante gira inesperadamente y se aleja del océano como alma que lleva el diablo. Otros dos se empujan y se pelean, ralentizando el ritmo, y podemos adelantarlos sin mayores complicaciones. Ante nosotros tenemos una pared de corvejones, rodillas y cascos; de huesos cuajados de sangre y de dientes afilados. Intentan incluírnos en su escaramuza, pero *Corr* se sitúa entre ellos y *Dove*, haciendo las funciones de tembloroso muro. La yegua, a su vez, representa una pared entre *Corr* y el mar.

Estamos a mitad del recorrido. Eso quiere decir que hemos logrado avanzar poco más de un kilómetro. Esa primera parte de la carrera sirve de criba: quienes no están preparados no pasan. Los caballos mal domados no llegan hasta aquí. Miro a Puck y ella me devuelve la mirada con expresión fiera.

La arena parece un borrrón bajo nuestros pies y el océano es un remanso de silencio en comparación con el sonido que emiten nuestros pulmones al respirar. No hay nadie más en la arena, sólo nosotros dos.

Los caballos de Blackwell y de Privett pugnan por la primera posición: avanzan, retroceden, se enseñan los dientes, galopando flanco contra flanco... Justo detrás de ellos está Mutt Malvern con *Skata*, a la que no deja de fustigar. Puck avanza hacia ellos sin perder el ritmo ni la tranquilidad. Me coloco junto a ella para que *Corr* y *Dove* vayan al mismo paso. A cada zancada, ganamos más y más terreno.

*Corr* rebosa pura energía. Delante de nosotros se abre un camino por el que podría avanzar para colocarme delante de Blackwell y de Privett. Mutt no es un rival de peso porque se retrasa más y más a cada segundo, colocándose muy cerca de nosotros. Podríamos ser líderes y ganar con tanta facilidad como el año pasado. En apenas tres minutos *Corr* sería mío para siempre.

Es todo lo que siempre he querido: un techo que me cobije, unas riendas que sostener y *Corr*.

Siento el aliento de la diosa yegua en el rostro.

Le dije a Puck que me quedaría junto a ella hasta que decidiera actuar. Quizá *Dove* no pueda adelantar a los líderes de la carrera. Aunque puede que lo eche todo a perder si espero demasiado... Pero me repito que tengo tiempo. Que *Corr* todavía puede hacer un sprint.

En ese momento, *Dove* decide actuar.

Me doy cuenta entonces de que Mutt Malvern ha retrocedido con *Skata* intencionadamente.

Su intención no es ganar la carrera.

## PUCK

El ataque de la yegua pinta me coge desprevenida.

Se encabrita y se sitúa entre mí y el mar, como si quisiera zambullirse en él, pero en ese momento ataca a *Dove*. Tiene los dientes muy cerca de su testuz, justo detrás de sus orejas.

Mi yegua se tambalea.

Me vuelvo y veo a Mutt Malvern, sonriendo con una diabólica mueca.

De repente, oigo un grito. Es su voz.

—¡Esto es algo entre tú y yo, Mutt!

Forzándome por no soltar los estribos, me inclino sobre el sudado cuello de *Dove* para agarrar a la yegua pinta por la oreja. Tiene una piel resbaladiza que no se parece a la de ningún otro caballo que jamás haya tocado. *Dove* presiona con fuerza su columna contra mi barriga y me duele la mano, pero intento ignorarlo mientras le retuerzo la oreja a la yegua *uisce*, que grita y se aparta.

—¡Sal de ahí, Puck! —apenas alcanzo a entender las palabras de Sean.

Pero *Dove* sí las comprende. A medida que se acerca *Corr*, sale disparada como una bala, abriéndose paso entre éste y la yegua pinta. Casi ni tengo tiempo de recolocarme en la montura: la silla de cuero está empapada; no sé si de sangre o de agua.

*Skata* se retuerce y se encabrita bajo el peso de Mutt, pero al fin nos libramos de ellos. Lanzo una mirada fugaz y sólo alcanzo a ver cómo Sean golpea con su hombro a la yegua pinta. Él me mira un instante apenas para comprobar que salgo de allí.

Quiero esperarlo. Sé que ha ganado en cuatro ocasiones la carrera sin mi ayuda, que no me necesita, pero no quiero dejarlo allí.

—¡Vete! —es la voz de Sean Kendrick.

Suelto las riendas de *Dove*.

## SEAN

No hay escapatoria.

*Corr* podría librarse de *Skata* si pudiéramos avanzar, pero Mutt Malvern ha agarrado una de mis riendas. Tira de *Corr* hacia él, aproximándolo a los temibles dientes de su yegua pinta. Ése es el lado malo de *Corr*, por el que ve peor, y está muerto de miedo al no saber a qué se enfrenta. Tiene los ojos en blanco y levanta el hocico una y otra vez. *Skata* le lanza una dentellada tras otra, rozándole la mejilla. Mientras lucho por recuperar la rienda, mi rodilla choca contra la de Mutt, hueso contra hueso, y el dolor es insoportable.

*Skata* y *Corr* galopan el uno contra el otro. A cada paso nos adentramos más en las olas. Noto el sabor del agua salada; mi silla de montar está tan húmeda que resbala. Cada músculo del cuerpo de *Corr* se estremece y tiembla. Miro a Mutt y veo que tiene problemas para mantener el equilibrio. Descubro el cuchillo demasiado tarde.

Levanto el brazo, pero no puedo protegerme a mí mismo ni tampoco a *Corr*.

Sin embargo no me ataca a mí, sino a su yegua. Traza con el cuchillo un camino escarlata por su cuello y el animal se vuelve loco de dolor.

—A ver cómo te las apañas ahora, Kendrick —me grita Mutt.

Suelta las riendas.

*Skata* se abalanza sobre nosotros.

## PUCK

Alcanzamos primero a Blackwell y a Margot, que es una enorme y enjuta yegua zaina, larga como un tren de mercancías. El jinete se las ve y se las desea para frenarla, y me doy cuenta de que con la boca abierta se le forma una mueca siniestra en la cara, parecida a la del *capall uisce* que nos acechaba en el cobertizo. Hace un instante iba rápida como una bala, pero veo que Blackwell tira ahora con fuerza de las riendas para no perder el control. Cuando le suelta un poco de rienda, la yegua sale disparada como una flecha.

Pero a *Dove* no le preocupa el mar. Me inclino sobre sus crines —tiene el cuello sudado y resbaladizo— y le pido más. Ella se impulsa y rebasa a Blackwell.

Ahora ya sólo queda Privett, a lomos de *Penda*, delante de nosotras. Avanza a buena distancia del mar, y podría superarlos por esa franja sin dificultad. Pero si pudiera atraer a *Penda* hacia el mar de noviembre, quizá lograría distraerlos el tiempo

suficiente como para mantener con holgura la primera posición. Eso significaría que tendría que situarme muy cerca de un *capall uisce*, sin tener ningún plan alternativo... y, además, *Dove* está ya demasiado asustada.

La meta está cerca. Quedan apenas tres estadios. No quiero crearme falsas esperanzas, pero siento que es posible ganar.

Lo único extraño es que *Corr* ya debería estar aquí, junto a mí. No tendría que estar yo sola con *Penda*.

Miro hacia atrás y no lo veo. Margot sigue allí, avanzando a toda prisa para darnos caza. Las plumas de colores de la montura de *Dove* se agitan, enloquecidas por el viento.

Oigo la voz de Sean, me dice que puedo conseguirlo. Y también la de Peg Gratton, repitiéndome que debo demostrarles quién soy. Sé que lo importante no es que *Dove* lo haga por mí, sino que yo lo haga por ella, por mi mejor amiga en el mundo. Me inclino sobre su cuello y le pido que use toda su energía por última vez.

## SEAN

Sostengo a *Corr* por una rienda, pero, de repente, mis manos están vacías. Oigo un grito que atraviesa el viento y después me caigo.

En mi descenso hacia la arena, pienso en las docenas de caballos que tenemos detrás y recuerdo la muerte de mi padre.

La única posibilidad de sobrevivir es apartarme como pueda. Espero que, al llegar al suelo, rebote con tanta fuerza que pueda impulsarme rodando y escapar. Si no pierdo el conocimiento, quizá lo logre.

Durante un instante, lo veo todo con gran claridad. Veo el desfigurado y ensangrentado rostro de *Corr*, con uno de los ollares desgarrados. Veo el horizonte, tan lejano, y el cielo de noviembre, de rabioso color azul.

La yegua pinta me golpea con la rodilla en la cabeza.

Cuando mi cuerpo cae sobre la arena, todo se vuelve borroso. La boca se me llena de agua y la arena tiembla por el batir de miles de cascos. Sobre mí, todo se ha vuelto rojo.

## 63

### PUCK

Cuando adelantamos a Privett y a *Penda*, Ian me mira y sé que no se lo cree.

Y entonces se acaba la carrera.

A pesar de que cruzamos la línea de meta las primeras y pasa medio segundo hasta que aparece Margot, y otro segundo más hasta que llegan Ake Palsson y el Dr. Halsal, al mismo tiempo, no puedo creérmelo.

Freno a *Dove*, dándole unas palmaditas en el cuello, sin dejar de reír y de secarme las lágrimas con el ensangrentado dorso de la mano. Todo el dolor que siento ha desaparecido de golpe, su recuerdo es un mero escalofrío. Me pongo de pie en los estribos, temblorosa, en un intento de apartarme de los demás *capaill uisce* que van cruzando la meta. Ante mis ojos desfilan caballos grises, negros, castaños y zainos.

Pero no veo a Sean por ninguna parte.

Noto un fuerte pitido en los oídos. Pasa un largo rato hasta que caigo en la cuenta de que son los gritos del público desde lo alto de los acantilados.

Vitorean mi nombre y el de *Dove*. Me parece oír la voz de Finn, pero quizá son imaginaciones mías. Y cada vez se arremolinan más *capaill uisce* en la meta; no dejan de encabritarse y de moverse en todas direcciones.

Pero no veo a Sean por ninguna parte.

Un comisario se acerca hasta mí y estira el brazo para agarrar a *Dove* por la cabezada. Las manos me tiemblan, descontroladas, y me embarga un terrible presentimiento.

—¡Felicidades! —exclama el comisario.

Lo miro largo rato hasta que descifro sus palabras, y entonces le pregunto:

—¿Dónde está Sean Kendrick?

Como no me responde, giro a *Dove* para dar media vuelta y regresar. La playa es en este momento un verdadero caos de sudorosos *capaill uisce* y exhaustos jinetes. No se parece en nada a la que veía cuando galopaba en dirección contraria. Cuando voy a lomos de *Dove*, no es más que una franja de arena, y el océano, un mar de tranquilas olas; jamás una oscura amenaza. Conduzco a mi yegua por el mismo camino en sentido inverso mientras escudriño la húmeda arena. Hay regueros de sangre en ella, testigos mudos de encarnizadas peleas, y un caballo de pelaje castaño muerto junto a la orilla. Hacia el interior, alguien tapa con una manta un cadáver. El estómago se me revuelve, pero no puede ser: aquel bulto es demasiado grande para ser Sean.

Y entonces veo a *Corr*, junto a la orilla. Su color rojo se refleja en la pálida y húmeda arena, tiñéndola de escarlata. Parece esconder una pata trasera bajo el cuerpo y descansa el peso sobre la punta de la pezuña. Tiene la cabeza cerca del suelo y, a

medida que me acerco, veo que está temblando. Alguien ha tirado de su silla de montar, que ha quedado a medio descolgar en el flanco del *capall*.

Bajo su falda veo una sombra oscura y delgada. A su alrededor yacen las enmarañadas riendas. A pesar de que está muy sucia, reconozco perfectamente la chaqueta negra azulada. Y el color escarlata que tomé por un mero reflejo es sangre, que poco a poco desaparece por voluntad de las olas.

Recuerdo las palabras de Gabe: «No puedo soportarlo». No lo creí, porque claro que se pueden soportar las cosas si uno quiere.

Pero entonces entiendo perfectamente a mi hermano, porque si Sean Kendrick está muerto yo tampoco podré soportarlo. Me resulta imposible después de todo lo que ha pasado. Ya es bastante doloroso ver a *Corr* acurrucado, con una pata que parece rota. Pero Sean no puede haber muerto.

Desmonto a toda prisa. A mi lado hay otro comisario, y le doy las riendas. Me pongo a correr hacia *Corr*. Tengo que pararme un instante porque una gaviota me pasa demasiado cerca del rostro. Ya han empezado a congregarse en la playa para sacar provecho de aquella masacre. ¿Por qué nadie las detiene?

—Sean.

A medida que me acerco, me sorprende un movimiento brusco: es él. Estira un brazo a tientas. Cuando halla el estribo, lo usa para levantarse. Le cuesta tanto mantener el equilibrio como un potrillo recién nacido.

Me abalanzo sobre él para abrazarlo. No sé si tiembla él o tiemblo yo.

—¿Lo has conseguido? —me pregunta con una voz ronca.

No quiero decírselo, porque nuestro plan sólo se ha cumplido a medias.

Me aparta y me mira a la cara. No sé lo que ve en ella, pero afirma:

—Sí.

—*Penda* ha quedado en segundo lugar. ¿Dónde estabais? ¿Qué ha pasado?

—Mutt —me dice Sean, entornando los ojos—. ¿Lo has visto? No, no creo que lo hayas podido ver. Se lo ha llevado mar adentro. La yegua lo ha arrastrado hacia el océano.

Las heridas empiezan a dolerme y tengo un nudo en el estómago.

—No quería ganar. Lo único que quería era hacerte...

—*Corr* se ha quedado aquí, junto a mí —dice Sean vagamente—. Yo habría muerto. No tenía por qué quedarse aquí —veo en sus ojos, por un momento, que no le importa no haber ganado. La lealtad de *Corr* es más valiosa para él.

Entonces Sean observa a *Corr*: ve la inclinada cabeza, la sangre en los ollares y la torcedura en el cuarto trasero. Desde aquí, la herida tiene un aspecto tan terrible que se me revuelven las tripas. Sean da un paso adelante y toca con suma delicadeza la pata trasera del animal, acariciándosela. Veo el instante preciso en el que detiene la palma sobre la pendiente del cuarto trasero y entonces sé que se ha roto la pata.



Recuerdo su deseo: conseguir lo que necesita.

Y, en ese momento, no sé cómo voy a creer en la existencia de ningún dios o diosa de la isla. Si de verdad existen, su naturaleza es demasiado cruel.

Sean se aparta y sacude la cincha para que la silla caiga sobre la arena. A *Corr* ya sólo lo cubre su pelaje rojizo, por el que desliza la mano Sean.

En ese momento retuerce un mechón de su crin y apoya la frente con fuerza contra el hombro de *Corr*. No necesito que me diga que jamás volverá a correr.

## 64

### PUCK

El resto del día desfila ante mis ojos como un torbellino. Tiene lugar la entrega de premios, me dan el dinero que he ganado, veo rostros de periodistas y de forasteros... Muchos me felicitan y me dan la mano; me hablan tantas voces tan diferentes que no oigo ninguna de ellas. Alguien me cura la herida con un «¡Caramba, Puck Connolly! Vaya corte más feo que tienes ahí. ¿Y eso te lo ha hecho un caballo? ¡Tienes suerte de que no sea un corte profundo!», mientras otros atienden a *Dove*. Los compromisos parecen interminables y no puedo ocuparme de las cosas que son verdaderamente importantes.

Cuando el sol desaparece tras el horizonte, alguien me informa que le han preparado un refugio a *Corr* en una cueva de los acantilados porque no es capaz de llegar a Malvern Yard. Logro al fin escapar de la multitud y desciendo por el camino del acantilado. Bajo la tenue luz del crepúsculo se dibuja la silueta de Sean Kendrick, sentado contra la pared del acantilado, con los ojos cerrados. Habría ido hacia él, pero a su lado se encuentra ese americano, que intenta hacerle reaccionar y convencerlo para que se marche de la playa. Aunque estoy lejos, veo perfectamente que Sean está deshecho por todo lo que ha perdido hoy. Holly me dedica un gesto con la cabeza para que me marche, pero sólo cuando me mira Sean decido que es mejor dejarlo solo.

Finn se une a mí en el camino de regreso a casa. Da unos saltitos para ponerse a mi altura. Tiene las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. Caminamos en silencio unos instantes, y lo único que se oye son nuestras pisadas sobre la tierra y los repiqueteos ocasionales de los cascos de *Dove* sobre algunos guijarros. El velo del anochecer lo vuelve todo más pequeño.

—No pareces demasiado contenta —aventura al fin.

Sé que tiene razón..

—Estoy haciendo cálculos —le explico—. Por eso estoy tan concentrada —y los números no me cuadran: nosotros tenemos suficiente dinero para salvar la casa, pero a Sean no le basta para comprar a *Corr*, incluso si Malvern se lo permitiera.

—¡Tendrías que estar celebrando la victoria! ¡Gabe me ha dicho que nos preparará un auténtico festín! —a pesar del día tan largo que hemos vivido, no puede contener su alegría. Es como un potrillo en un día ventoso.

Me esfuerzo por no ser demasiado cáustica, porque Finn no tiene la culpa de nada, pero no puedo evitar que mis palabras se tiñan de amargura: —¡No puedo alegrarme! ¡Sean Kendrick está en la playa con un caballo que jamás podrá volver a correr y que no se puede permitir por mi culpa!

—¿Y cómo sabes que Sean todavía lo quiere?

No necesito que él me lo diga: sé que todavía quiere a *Corr*. La carrera nunca ha sido lo más importante para él.

Finn me observa y ve la respuesta reflejada en mi rostro.

—Vale, lo entiendo. ¿Y por qué no puede permitírselo?

Creo que diciéndolo en voz alta me siento todavía peor.

—Porque Sean tenía que ganar la carrera para reunir el dinero necesario para comprar a *Corr*. No tiene suficiente dinero.

De nuevo, lo único que se oye son nuestros pasos y el repiqueteo de los cascos de *Dove*. Las ráfagas de viento nos agujonean los oídos. Me pregunto si Holly habrá conseguido llevarse a Sean de la playa, o si se quedará a dormir allí abajo. Normalmente es un chico muy pragmático, pero no en lo que atañe a *Corr*.

—¿Y por qué no le damos algo de dinero? —pregunta Finn.

Trago saliva.

—Porque no he ganado lo suficiente para salvar la casa y además comprar a *Corr*.

Finn busca algo en los bolsillos.

—Bueno, quizá podamos usar esto.

Cuando veo el fajo de billetes que tiene en la mano, me quedo quieta con tal brusquedad que *Dove* se da un coscorrón contra mi hombro.

—¡Finn Connolly! —exclamo—. ¿De dónde has sacado eso?

Me doy cuenta de que mi hermano hace todo lo posible por no sonreír de oreja a oreja. Ese esfuerzo resulta en la archiconocida cara de rana, llevada a su más exagerada expresión. Tengo los ojos clavados en el fajo de billetes, casi tan voluminoso como el premio de la carrera.

—Cuarenta y cinco a una.

Tardo unos minutos en recordar dónde he visto esas cifras: en la pizarra de Gratton's. De repente, entiendo dónde ha ido a parar el dinero que quedaba en la lata de galletas.

—Apostaste por... —no soy capaz de acabar la frase.

Finn avanza de nuevo y esta vez en su paso hay un cierto pavoneo.

—Dory Maud me dijo que apostara por ti.

## 65

### PUCK

Mi madre siempre decía que cuando estás enfadado tienes que ir bien vestido, porque así impresionas más a la gente. No estoy enfadada, pero quiero que los demás me teman, así que pienso largo rato en la ropa que debo ponerme la mañana siguiente a las carreras. Me paso una hora delante del espejo oval de mi madre, peinándome con un cepillo el pelo azafranado y marcando bien los rizos con ayuda de los dedos. Tengo presente el pelo de Peg Gratton mientras me atuso el mío. Al cepillármelo bien, en la misma dirección, el volumen parece menguar bastante y, al recogérmelo, el rostro de mi madre me devuelve la mirada desde el espejo.

Voy a su armario y echo un vistazo a sus vestidos, pero creo que no asustaría a nadie vestida con uno de ellos. Así que en su lugar me pongo una camisa con cuello, unos pantalones y me calzo las botas —después de limpiarlas y quitarles toda la arena de la playa que llevaban incrustada—. Tomo prestado su pulsera de coral y el collar a juego antes de salir al zaguán.

—Kate —silba Gabe, sorprendido. Está sentado a la mesa, en la cocina, y me observa. Sé que ayer por la noche se preparó la maleta, porque lo oí.

—Me voy a Malvern Yard.

—Estás muy guapa.

Abro la puerta. El sol de la mañana me saluda con sus rayos templados y pálidos. El aire transporta un perfume a madera quemada. El día parece tan apacible como duro fue el de ayer.

—Ya lo sé —le respondo.

Me echo a la espalda la mochila de la escuela y cojo la bicicleta, porque *Dove* se ha ganado un día de descanso, quizá su único premio... Pedaleo hacia Malvern Yarn bajo los benevolentes rayos de la mañana.

Igual que cuando fui la primera vez, la finca rebosa actividad. Hay mozos sacando a pasturar a los caballos, jinetes que llevan a los purasangres a la pista de doma para que realicen su rutina diaria, muchachos que barren los adoquines en los establos...

—Kate —me saluda uno de los mozos—, Sean no está aquí.

Ya me lo había imaginado, pero no me gusta oírlo. Aun así le respondo: —a quien busco es a Benjamin Malvern.

—Está en su casa. ¿Te espera?

—Sí —le digo, porque si no esperaba antes mi presencia, la esperará cuando me vea en la puerta.

—Bueno, pues un momento —me dice el mozo mientras abre la cancela para que pase con la bicicleta.

Le doy las gracias y me dirijo a casa de Malvern. Su hogar está situado detrás de las cuadras, y es una magnífica mansión. Es como el propio Malvern: su aspecto es atemorizador, pero no particularmente bello. Apoyo la bicicleta contra la pared y me acerco a la puerta principal. Llamo.

Nadie responde durante largo rato, hasta que al fin aparece Benjamin Malvern.

—Buenos días —saludo, antes de adentrarme en el vestíbulo. El interior de la estancia, de techo alto, es austero. No hay más que una mesita contra una de las paredes. Más allá se distingue una sala de estar, donde humea una taza de té sobre un mantel blanco.

—Estaba tomándome un té —me dice.

—Es un momento perfecto, entonces —le contesto. No espero a que me invite a pasar y me voy directa hacia él. Como el recibidor, la estancia está casi vacía. No hay más que una mesa en esa sala, también de techo alto, y el único adorno son unos apliques de bronce en las paredes. Parece sentirse bastante solo. Me pregunto si estaría allí sentado, preguntándose si el mar escupiría de vuelta a la yegua pinta o a Mutt Malvern. Me siento en una silla que está justo delante de la que parecía ocupar él antes de mi llegada.

—¿Leche y azúcar? —me pregunta.

Me cruzo de brazos sobre la mesa y lo miro.

—Tomaré lo mismo que usted.

Arquea una ceja antes de prepararme una taza de aquel extraño té. Me lo acerca y se sienta delante de mí. Cruza una pierna y se echa hacia atrás.

—¿Qué te trae a mi casa hecha un huracán, Kate Connolly? Es de mala educación aparecer así.

—No lo dudo. He venido a por tres cosas —declaro. Inclino la taza sobre mis labios y me observa. Cierro un ojo; beberse ese brebaje es como chupar una alfombra —. Tres.

—No está mal.

Abro mi mochila y coloco un fajo de billetes sobre la mesa.

—Lo primero es saldar todos los gastos de la casa.

Malvern observa el dinero, pero no lo toca.

—¿Y lo segundo?

Le doy otro sorbo a ese brebaje por puro efectismo teatral. Me obligo a tragarme el líquido, que sabe a rayos, pero lo consigo.

—Quiero que me dé un trabajo.

Deja su taza en la mesa.

—¿Y qué tipo de trabajo quieres?

—Pues creo que limpiar establos, montar caballos y empujar carretillas, para empezar. Y me parece que lo haría de maravilla.

—En esta isla los trabajos exigen mucho esfuerzo, ¿lo sabías?

—Eso tengo entendido —asiento.

Benjamin Malvern se frota los dedos por encima de los labios y levanta la vista hacia el alto techo que tenemos encima de nosotros. Hay una grieta en el yeso, cosa que parece molestarlo.

—Bueno, creo que podría hacer algo al respecto. Y lo tercero, ¿qué es?

Dejo la taza sobre el mantel y lo miro con dureza. Es un momento decisivo y tengo que intimidarlo. Debo resultar aterradora.

—Quiero que le venda *Corr* a Sean Kendrick, aunque no ganara la carrera.

Malvern contrae el rostro en una mueca.

—Hicimos un trato y sabía a lo que se exponía.

—Ese caballo no le sirve para nada, y los dos lo saben. ¿Qué piensa hacer con él? Señala al techo con la palma de la mano.

—Pues entonces, véndaselo. A menos que disfrute haciéndole la vida imposible —pienso en añadir la coletilla «como hacía con su difunto hijo», pero creo que es echarle demasiada leña al fuego.

—¿Te ha pedido él que me lo preguntaras?

Niego con la cabeza.

—No sabe que estoy aquí. Y si lo supiera se extrañaría mucho.

Malvern me observa.

—Mira que sois raritos los dos. Qué pareja. Porque sois pareja, ¿no?

—Estamos en ello.

Asiente con la cabeza.

—De acuerdo, lo venderé. Pero el precio no ha cambiado aunque el caballo se aguante ahora en tres patas y no en cuatro. ¿Hemos acabado?

—Le dije que quería decirle tres cosas, y eso ha sido lo que he hecho.

—Me ha quedado muy claro. Bueno, vete y déjame que me acabe el té. Vuelve el lunes y ya hablaremos de tu carretilla.

Me pongo en pie. No toco los billetes, que siguen en la mesa, y salgo al patio principal. Una brisa baja sopla cerca del suelo, transportando consigo un aroma a mar, hierba, heno y caballo. Creo que no hay un olor mejor en todo el mundo.

## 66

### SEAN

El mar de noviembre es una joya que refulge, oscura, más allá de los rojizos peñascos de la costa. *Corr* y yo nos alejamos de los blancos acantilados que tenemos detrás en nuestro recorrido hacia la orilla. No lleva puesta más que una cabezada hecha con una cuerda, como cuando lo saqué por primera vez del agua. Hace ya tiempo que le he quitado el vendaje que llevaba en la pata trasera, que no se le cura. Holly me dice que en California tienen unos métodos novedosos para fijar bien el hueso, pero que aun así no podrá volver a correr jamás. Me dice que sólo a mí se me ocurriría comprarlo para después devolvérselo al mar.

Que *Corr* vaya a California es tan improbable como que aprenda a volar y, de todos modos, no sé qué clase de vida le esperaría como *capall uisce*. Él ama el mar y galopar: mientras pude darle una de las dos cosas fuimos felices.

De modo que ahora lo llevo hasta la orilla a paso lento. En el mar, su torpeza desaparecerá, compensado el peso de su cuerpo por el agua, y no se dará apenas cuenta de que su pata trasera ya no es lo que era.

No quiero despedirme.

En los acantilados me esperan Puck Connolly y George Holly. Los dos cruzan los brazos sobre el pecho, en idéntica postura. Me han dejado a solas con *Corr* y yo se lo agradezco.

El semental avanza penosamente hacia la orilla y aun así apunta con las orejas hacia el mar. El océano de noviembre le canta, dulce; seduciéndolo y acariciándolo, acelerándole el pulso. Entramos en el mar juntos. El agua está helada. Bajo esta luz, *Corr* tiene el color rojo del atardecer; es un gigante, un dios. Echa la oreja hacia atrás cuando el océano juguetea con su maltrecha pierna antes de volverla a apuntar hacia el horizonte. El mar es en este punto oscuro y profundo. Oculta en su seno, tal vez, más maravillas que las aguas de Thisby...

No hace mucho, *Corr* y yo chapoteábamos aquí mismo, en la base de los acantilados.

Ahora ni siquiera podría dar un paso sin pensarlo bien antes.

Le paso la mano primero por el cuello y luego por la cruz hasta llegar al hombro. Siempre había dado por supuesto que estaríamos juntos. Descanso la mejilla sobre su hombro y cierro los ojos un segundo antes de susurrarle: «Encuentra la felicidad».

Y ya no puedo quedarme allí más tiempo porque las piernas empiezan a fallarme. Parpadeo para no ver borroso y estiro el brazo para quitarle la cabezada.

Retrocedo hacia la arena sin dejar de mirarlo. Sigue apuntando al horizonte con las orejas, y no a mí. El océano es ahora su amante y por fin lo tendrá en sus brazos.

Me subo el cuello de la chaqueta y le doy la espalda para irme hacia las rocas del

acantilado. No puedo verlo desaparecer entre las aguas. Me rompería el corazón.

Puck se frota los ojos afanosamente, como si tuviera arenilla. George Holly se muerde el labio. Los altos acantilados se extienden sobre mí, y me digo para consolarme: «Encontraré otro *capall uisce*. Volveré a galopar, me mudaré a casa de mi padre y seré libre». Pero no hallo consuelo.

Detrás de mí, el océano canta con su rumor marino.

Se oye un delicado y largo lamento. Sigo avanzando con los pies descalzos sobre las irregulares piedras.

El lamento se oye de nuevo, grave y quejumbroso. Puck y Holly miran hacia el mar, de modo que me vuelvo yo también. *Corr* sigue en la orilla. Se ha dado cuenta de que me he marchado, y se ha quedado quieto allí donde lo he dejado, mirándome. Levanta de nuevo la cabeza y me llama.

El irresistible océano lo arrastra con fuerza, pero aun así me mira por encima de la cruz sin dejar de llamarme, una y otra vez. Se me eriza el vello de los brazos al oírlo. Sé que quiere que me acerque a él, pero no puedo seguirlo allí donde va.

*Corr* se queda en silencio al ver que no acudo junto a él. Mira al infinito horizonte y lo veo levantar una pata antes de volver a posarla en el suelo. Comprueba que aguanta su peso.

Entonces se da la vuelta y sale del agua. Levanta la cabeza bruscamente al tocar el suelo con la pata herida, pero vuelve a dar otro paso con dificultad antes de volver a llamarme. Da otro paso más en dirección hacia mí. Y otro más.

Va despacio, y el mar nos canta a los dos, pero vuelve a mí.



## NOTA DE LA AUTORA

De adolescente, siempre me intrigaban los artículos que hablaban de escritores sesudos que se pasaban meses o años dándoles vueltas a sus ideas hasta que sabían cómo expresarlas. Como escritora adolescente que garabateaba guiones para novelas tal y como me venían a la cabeza, esto me parecía muy pintoresco y extraño. «¿Cómo es posible que no sepas escribir tu propia historia?», pensaba mientras perpetraba otra novela malísima a todo correr en un mes.

Pues bien, ahora soy como uno de esos autores. Hace mucho tiempo que quería escribir sobre caballos marinos. La verdad es que lo intentado varias veces. La primera fue en la universidad, y la segunda, justo al acabarla. Casi me había dado por vencida hasta que, hace unos años —después de haber publicado tres novelas, cuando tendría que haber pensado mejor en lo que hacía—, volví a intentarlo. Y fallé una vez más.

La única diferencia entre este fallo y los anteriores, es que no fue una fractura de hueso, sino un rasguño con algunos puntos.

La dificultad residía en la complejidad del mito y en la ausencia de trama. El relato no tenía una narrativa inherente que pudiera guiar a una autora tan sobrecogida como yo lo estaba. La leyenda tenía muchas variaciones: la versión de la isla de Man, llamada *glashtin*, las irlandesas, llamadas *capall uisge*, *cabyll ushtey* y *aughisky*, y las escocesas, llamadas *each uisge* y *kelpies*. Su principal característica, además de la universal dificultad de pronunciar aquellos nombres (yo me decidí por *capall uisce*, que se pronuncia *capel ishka*), es la presencia de un caballo sobrenatural surgido del agua.

Me interesaban muchos de los elementos mágicos de la historia: los caballos iban asociados al mes de noviembre, eran carnívoros, si los alejabas del mar eran unas monturas excepcionales..., hasta que entraban de nuevo en contacto con el océano.

Había un elemento fantasmagórico en los relatos. Algunos mencionaban que el caballo marino se transformaba en un hermoso muchacho de cabellos castaños que vagaba por la orilla, seduciendo a las doncellas (porque, claro está, a las chicas nos vuelven loquitas los chicos raros que huelen un poco a pescado) para luego arrastrarlas mar adentro y devorarlas. Más tarde aparecerían los pulmones y el hígado en la playa.

Fue esta segunda parte de la leyenda la que me impactó profundamente. Cada vez que intentaba hablar de esta criatura mitad hombre y mitad caballo, me daba cuenta de que explicaba una historia que no era la que deseaba transmitir. Hasta que no escribí la trilogía *Temblor*, con su particular versión de la leyenda de los hombres lobo, no me di cuenta de que no tenía por qué seguir las leyendas al pie de la letra: podía servirme de la mitología a mi antojo.

Eliminé todo lo que no necesitaba de la historia y así llegué a Las Carreras de Escorpio, un relato que no habla en realidad ni de caballos marinos ni de hadas, ahora que lo pienso.

De todas formas, si os apetece saber más cosas de los muchachos acuáticos de pelo rojizo que tienen algas en los cabellos, os animo a que os hagáis con una copia del Diccionario de las hadas de Katharine Briggs, que es un excelente punto de partida para familiarizarse con todo este mundo mágico.

Quizá algún día escriba la otra mitad de la leyenda.

No, la verdad es que nunca lo haré.

## AGRADECIMIENTOS

Podría reducir bastante el espacio que ocupan estos agradecimientos simplemente diciendo lo siguiente: gracias a quienes hicieron posible que visitara acantilados durante el último año y medio.

Pero supongo que es ser un poco perezosa y, además, merecen que los mencione: gracias a mi primera publicista en Scholastic, Samantha Grefé, quien organizó mis horarios de modo que pudiera visitar acantilados en California. Gracias a mi querido equipo de derechos de autor, formado por Rachel Horowitz, Janelle DeLuise, Maren Monitello y Lisa Mattingly, quienes coordinaron mis viajes al extranjero de manera que pudiera visitar acantilados en Normandía. Gracias al equipo de publicistas de Scholastic UK, Alyx Price y Alex Richardson, quienes hicieron todo lo posible para que pudiera visitar acantilados en el sur de Inglaterra. Gracias a mis queridos amigos Erin y Richard Hill, quienes aguantaron mis viajes en busca de acantilados por el Reino Unido no en una ocasión, sino en dos: una hacia el sur, y la otra, hacia el este.

Muchas gracias a quienes me ayudaron con la escritura: a mi sufrido editor, David Levithan, quien no se asustó cuando le dije que mi próximo libro trataría de caballos asesinos. Gracias a mi siempre implicada agente, Laura Rennert, por pavimentar el camino, a veces un poco torcido, que ha llevado a la publicación de este libro. Gracias a Tessa Gratton y a Brenna Yovanoff por sus comentarios críticos y por jugar conmigo a «¡Encuentra los errores!». Gracias a Carrie Ryan, a Natalie Parker, a Jackson Pearce y a Kate Hummel por sus comentarios sobre el argumento y sus historias sobre los vestuarios y las taquillas de los jinetes.

Como siempre, le estoy eternamente agradecida a mi familia por defender el castillo durante las entregas, normalmente coincidentes con las vacaciones. Les doy las gracias también a mis padres en especial, quienes protestaban (aunque sólo un poco) cuando montábamos a pelo.

Y, sobre todo, le doy las gracias a mi marido Ed, que siempre escala acantilados junto a mí.



MAGGIE STIEFVATER, nació en Virginia, Estados Unidos, en 1.981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor*, aunque tiene publicada también una serie de libros, *A gathering of faerie*.